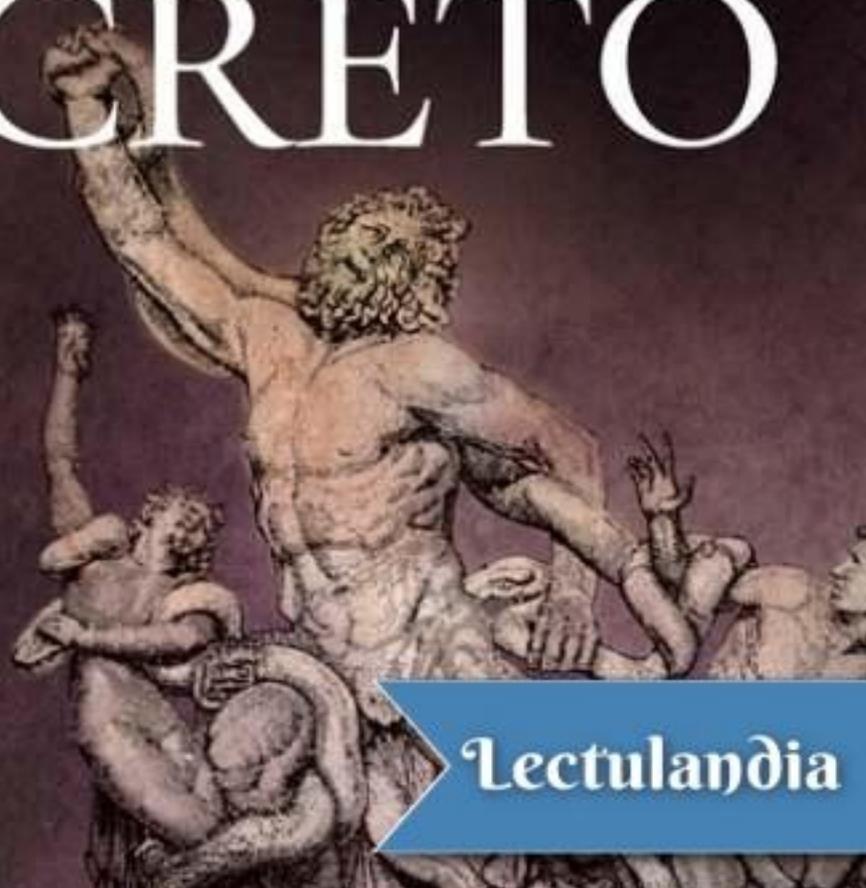




¿PUEDE UN SECRETO
CAMBIAR EL CURSO DE
LA HISTORIA?

CUSTODIOS DEL SECRETO

MARÍA
CORREA
LUNA



Lectulandia

Custodios del secreto es el final de una gran historia de amor y misterio. Resuelve el caso que se inició en *El último manuscrito* y que, continuó en *Operación esmeralda* pero, además, se adentra en un nuevo misterio, el testamento de la duquesa de Angulema (única sobreviviente de los reyes Luis XVI y María Antonieta muertos en la Revolución Francesa) quien pidió al Vaticano custodiase su testamento y lo abriera recién cien años después de su muerte. Fue el Papa Pio XII quien debió abrir el documento, cuando lo hizo se negó a revelar su contenido alegando que aquel secreto cambiaría la historia como la conocemos. Y, claro, continúa la historia de amor de Ana Beltrán y Agustín Riglos envuelta en el ritmo de un policial que transcurre entre La Plata, Mar del Plata y Roma.

Lectulandia

María Correa Luna

Custodios del secreto

El último manuscrito - 3

ePub r1.0

Titivillus 18-12-2016

Título original: *Custodios del secreto*

María Correa Luna, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A María de Elizalde, mi madre,
por haberme contado la historia de
Pierre Benoît en mi infancia.
Y en especial por haberme leído
infinitas veces, cada vez que se lo pedía,
las cartas de Lolita Benoît a su hijo Federico Zapiola.

A Fernán de Elizalde, el señor de los enigmas,
por su pasión por el niño del Temple y
los misterios de nuestra familia.
Sin él, la investigación para esta historia
no habría sido posible.

A Carlos Correa Luna, mi padre,
fuente inagotable de sabiduría.
Mi guía y referente.

A Juan y a Rufino, siempre.

Trahit sua quemque voluptas
Cada cual tiene un anhelo que lo atrae.

VIRGILIO, *Églogas*, II, 65

Prólogo

SENTADA en el asiento trasero de un vehículo oficial, Verónica Ávalos no prestaba atención a la conversación que mantenían el chofer y el copiloto del automóvil. Su mente vagaba para tratar de dar coherencia a los sucesos de los últimos días. Sus ojos estaban concentrados en su dedo anular. El anillo de matrimonio reposaba sobre la piel, casi impúdico. Una sonrisa irónica asomó en la comisura de sus labios. Con el dedo pulgar y la ayuda del índice hizo girar la argolla de oro, luego la deslizó sobre la falange y la retuvo sobre la palma de su mano derecha. Cerró el puño y sacudió la mano para poder sentir el bailoteo incesante del oro liviano contra la piel.

Se detuvo. Abrió la mano y volvió a mirarlo; en su interior, el relieve apenas dejaba ver un nombre grabado: «Román». Estiró el brazo, presionó el botón que permitía abrir la ventanilla y dejó que el aire tropical le nublara los sentidos. Respiró profundamente y, sin dudar, arrojó el anillo por la ventana.

Capítulo I

Buenos Aires

EN la soledad de su departamento frente al Jardín Botánico, Ana Beltrán cerró su *notebook*, se quitó los anteojos de lectura que había comenzado a usar para descansar la vista y suspiró. Haber retomado la rutina, las horas dedicadas a la investigación forense en la tranquilidad de su laboratorio de análisis, y haber dejado que Agustín tomara las riendas de Centauro, la editorial familiar, le habían dado a su vida la armonía que ansiaba.

Miró el reloj: eran cerca de las nueve y la noche ya se había instalado. En unos momentos escucharía el girar de la llave de Riglos, que entraría al departamento, el que habían decidido constituir como su hogar. No pudo evitar sonreír. Había recuperado su identidad, Agustín había dejado Interpol y planificaban un futuro juntos luego de años de turbulencias, mentiras y engaños.

Aún con la sonrisa dibujada en los labios, la patóloga hizo un par de anotaciones en un cuaderno junto a su computadora acerca del caso en el que trabajaba; luego se incorporó y caminó hacia la puerta de entrada. El exagente de Interpol entró y, verla, dejó el maletín sobre el suelo y se aproximó hacia ella sin hablar. Ana retrocedió expectante y dejó que el hombre la acorralara contra la pared. No hablaron, no emitieron sonido, y en aquel silencio vertiginoso y personal, el alguna vez Agente Cero capturó con avidez la boca de la mujer que amaba y dejó que ella se aferrara a él en un gemido. No había una gota de azar en aquel encuentro, estaban destinados a encontrarse. La vida los había llevado por caminos diversos, pero, de alguna manera, se había ocupado de reunirlos, y no importaba ya si su nombre era Marcos Gutiérrez o Agustín Riglos, ni siquiera si ella era Ana Beltrán o Isabel Romero, aquellas dos almas alguna vez perdidas en la oscuridad de una Buenos Aires caótica y audaz se habían encontrado para no separarse jamás.

Con los labios pegados a los de Riglos, Ana se permitió una sonrisa más y se olvidó del mundo, de la decepción por la traición de Evelyn Hall y por no haber logrado descifrar los secretos de la Tabla Esmeralda antes de que se la arrebataran. Se permitió sucumbir ante aquel mundo que le ofrecía ese hombre, libre de amenazas y colmado de promesas. Lo que ninguno de los dos imaginaba era que no estaban solos, aunque, por el momento, solo los observaban.

Ana Beltrán y Agustín Riglos estaban a punto de sufrir un nuevo giro en sus vidas, y la aparente tranquilidad que habían alcanzado estaba a punto de desvanecerse en cuestión de segundos.

Anotaciones de Pérgamo

En algún lugar, año 2013

Evelyn Hall sonrió, depositó las tablillas en la posición indicada y aguardó a que Pablo y el resto de la comitiva se ubicaran en su sitio. Luego dispuso las piezas como había descubierto que verdaderamente debían colocarse y tomó la llave. Primero, la tabla original, y luego, una sobre la otra, las láminas que habían encontrado ocultas bajo las tres flores de Redouté. Todavía sonreía al imaginar las expresiones de Riglos y Beltrán cuando descubrieron que ella no era en realidad quien decía ser, sino otra agente encubierta de La Legión en Interpol que, al primer descuido, tomó la tabla y desapareció para siempre.

La Legión había cumplido su objetivo: la Tabla Esmeralda estaba en poder de quienes realmente debían poseerla. Ahora, al introducir la llave de hierro en el cerrojo que se formaba en el centro de la tabla casi como por arte de magia, el secreto de los tiempos, aquello que ella ya había visto, al igual que Holmberg, Paracelso y otros pocos más, se develaría ante los ojos de los presentes.

Sin embargo, lo que jamás lograrían entender aquellos hombres ignorantes de la sabiduría divina era que aquella esmeralda caída de la frente de Lucifer les podría enseñar la verdad sobre la historia de los tiempos. Y, ciertamente, ninguno de ellos estaba preparado para comprenderla.

Concentrada en el microscopio, Ana no escuchó los pasos que irrumpieron en su laboratorio. Solía abstraerse del mundo cuando analizaba un cuerpo. Por lo general, daba vueltas en silencio a la camilla para estudiar el espécimen con detenimiento. Sus primeras impresiones las vertía en una pequeña grabadora digital que llevaba en la mano izquierda y, luego, las agregaba al análisis final.

El estado de aquel cuerpo la impactó. Lo habían encontrado en el centro de la plaza. El llamado llegó en la madrugada. «Ana, tenés que venir, te está yendo a buscar un auto», le había dicho el comisario inspector desde el otro lado de la línea antes de cortar. Lo que vio después aún le revolvía el estómago. Hacía años que se dedicaba a la criminología forense, había realizado cientos de autopsias y evidenciado cadáveres en estado de putrefacción mucho mayor que aquel que reposaba sobre la camilla; sin embargo, todavía no podía asimilar lo que había visto.

Caminó con lentitud hacia el escritorio y tomó el iPod que reposaba junto a varios libros, aún sin notar la presencia en la sala. Lo colocó en la base y enseguida los parlantes reprodujeron la voz acaramelada de Ornella Vanoni. Los primeros acordes de *L'Appuntamento* parecieron replicarse hacia el infinito contra las paredes del laboratorio. La melodía, mezclada con el olor a formol, ya formaba parte de su rutina. Cuando realizaba autopsias trabajaba sola y, mientras observaba el cuerpo en detalle,

dejaba que la cantante italiana acompañara sus pasos con esa letra lastimosa, casi como si pudiera sentir la desolación de aquella mujer perdida bajo la lluvia que esperaba un amor que no habría de llegar. Sabía lo que se sentía: había estado en ese lugar. Luego, y casi con exactitud napoleónica, daba una vuelta al cuerpo que se ubicaba sobre la camilla de metal y repasaba el aspecto general. La música acompañaba sus pensamientos, casi como un compañero sutil que le susurraba al oído palabras de un amor perdido. En minutos, la melodía se volvía parte del escenario y sus pensamientos se traducían en un discurso sin fin que el dispositivo digital registraba segundo a segundo. Aquella era una autopsia singular, sin duda.

El cuerpo que le habían entregado era, en realidad, un torso. Las piernas y los brazos habían sido seccionados con precisión quirúrgica. Era evidente que ningún principiante había realizado aquella disección; se necesitaban experiencia y maestría para extirpar cualquier miembro de un cuerpo sin astillar los huesos o cercenar arterias. Aquellos cortes eran impolutos, prolijos, casi perfectos. La sangre del cadáver brillaba por su ausencia. La cabeza, también.

Se ubicó frente a la camilla y distribuyó el peso de su cuerpo de manera equitativa: separó apenas las piernas, acomodó los hombros, rotó el cuello de manera circular para estirar cada una de sus vértebras y luego respiró. Cuando estaba a punto de iniciar el procedimiento, la música cesó de manera abrupta.



Se encontró sola, sentada frente a la mesa vacía, sin nada alrededor más que los recuerdos y la mirada perdida. El dedo anular de su mano izquierda refulgía, la línea blanca que había quedado marcada frente al bronceado del resto de su piel parecía gritar la evidencia de lo sucedido.

Verónica Ávalos estaba rota. No había una gota de azar en su vida, o sí. No lo sabía. No le interesaba. De repente se encontró ingiriendo las mismas comidas, porque aquel acto de deglutir no era comer, sino ingerir lo mínimo indispensable para sobrevivir. La comida no sabía a nada. Súbitamente, todo olía igual, nada parecía importar. Los aromas se repetían, las texturas no eran más que superficies carentes de sentido, los sonidos, el reflejo de su silencio. No sentía nada. ¿Qué había pasado? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Su vida se encontraba en un punto de inflexión. No parecía ser un estado transitorio, sino de supervivencia. Respiraba por inercia, trabajaba porque la mantenía ocupada y se obligaba a no pensar en Román. Pero Román Benegas ocupaba más que sus pensamientos, había usurpado su futuro.

El trabajo era su salvación. Cuando Interpol le propuso sumarse a la unidad de investigaciones especiales, no dudó, ya que le permitiría combinar su rol de agente

federal y participar de investigaciones que requerían de una mirada especializada. Su puesto como agente de la Policía Federal y su título de médica forense le daban un perfil que resultaba atractivo. La oferta había llegado en un momento catastrófico de su vida, pero había resultado una salvación.



El doctor Enrico Pellica caminó con determinación por el largo corredor de uno de los edificios del Vaticano. Iba enfrascado en sus pensamientos mientras analizaba los pasos a seguir. A medida que avanzaba, escuchó sus suelas repicar contra las baldosas antiguas. Miles de hombres habían recorrido ese pasillo; ninguno había concretado el encargo que él tenía.

Un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo y se alojó en sus terminaciones nerviosas para luego concentrarse en el centro de la palma de la mano. Entre los dedos, tensos y alertas, sostenía un portafolio de titanio que contenía aquello que jamás creyó tener que sacar de la bóveda.

Pellica avanzaba con firmeza por los corredores atiborrados de obras de arte. Botticelli, Miguel Ángel, Rafael, ninguna de aquellas magníficas piezas le llamaban la atención en ese momento. Era uno de los pocos hombres con acceso a aquella galería de arte privada en el corazón del Vaticano, y cada vez que atravesaba el sitio se detenía frente a cada una de las obras, pero en ese instante lo único en lo que pensaba era en llegar a la audiencia con el camarlengo.

Había recibido el llamado en mitad de la noche. La voz carrasposa del secretario privado del sumo pontífice parecía el susurro de un hombre desesperado. Recordó haberle pedido que repitiera aquello que le había dicho, luego, había hecho una pausa. El silencio en la línea solo se interrumpía por la respiración agitada del camarlengo. Pellica volvió a preguntar: necesitaba precisión, certeza respecto a aquello que le solicitaba la mano derecha del jefe de la Iglesia Católica. Aún con los datos corroborados, con la plena seguridad de que el protocolo establecido se había seguido al pie de la letra, no podía dejar de pensar en qué pasaría si aquel asunto salía a la luz. ¿Cómo habían dado con él?; ¿de qué manera habían logrado sortear las redes de seguridad internacional, los circuitos de defensa y las normas de contingencia previstas para esas situaciones? Y, lo más importante, ¿quién lo había hecho?

Ya próximo a la oficina se detuvo un breve instante. Necesitaba recuperar el aliento, ordenar las ideas. Cerró los ojos un momento, sabía que luego de cruzar esa puerta la vida como la conocía cambiaría para siempre, y aquel era el último instante de paz que viviría. Luego, y pese a todo, recuperó la compostura y accedió al *hall* que antecédía la sala de audiencia.

—El camarlengo me espera —dijo sin más.

El asistente observó con atención al doctor Pellica. Lo había visto en pocas oportunidades, pero cada vez que aquel hombre se reunía con el camarlengo, los eventos que se sucedían no eran felices. Se detuvo en el traje oscuro que llevaba, la camisa blanca con los tres primeros botones desprendidos y una cadena de plata que se adivinaba sobre el pecho. Notó el rostro duro de facciones marcadas, la nariz aguileña, el porte italiano que había heredado de su padre, el viejo profesor Pellica, antiguo curador de la Biblioteca Vaticana. Tenía los mismos ojos oscuros, penetrantes y, al igual que su padre, era un hombre difícil, áspero en su carácter, pero elegante en sus maneras. Reservado y, por momentos, taciturno, pero un experto en resolver problemas delicados.

Impávido, Pellica rechazó la invitación a sentarse, se mantuvo de pie con el maletín de titanio sujeto a su mano preparado para la reunión que debía afrontar.

—Conozco el camino —interrumpió cuando el joven sacerdote se ofreció a acompañarlo hasta las oficinas del camarlengo y, sin pedir permiso, se dirigió hacia el recinto donde, sabía, lo esperaban.

El sacerdote asintió con lentitud y siguió con la mirada al hombre que entraba en la oficinas, mientras observaba cómo una de sus manos intentaba acomodar el cabello ensortijado que, según el reflejo de los rayos de sol que atravesaban los ventanales de la sala, parecían más o menos entrecanos, lo que daba como resultado un extraño color entre ébano y plata. Cuando giró hacia la derecha, lo perdió de vista. Aquel era un hombre singular.

Pellica se encontró frente a la magnífica puerta que antecedió la oficina del camarlengo. Aunque sabía que no hacía falta, tocó.

—Adelante, Enrico. —Escuchó del otro lado.

Contra todo pronóstico, el recinto privado del secretario del papa era inversamente proporcional a la opulencia del umbral. Apenas un escritorio colmado de documentos, una biblioteca de pared a pared hasta el techo y un sillón gastado. El crucifijo coronaba el muro detrás del hombre, que se ubicaba en una silla de aspecto monacal frente al escritorio.

—Habría preferido verte en otras circunstancias, Olaf —dijo Enrico, mientras se acercaba a quien, desde ya hacía años, consideraba como a un padre.

El camarlengo se incorporó con cierta dificultad y se fundió en un abrazo cálido con él.

—No te habríamos llamado si no fuera sumamente necesario.

Pellica asintió. Conocía perfectamente el protocolo de seguridad.

—¿Algo nuevo que deba saber? —inquirió.

Olaf negó con la cabeza casi como si estuviera resignado. Luego volvió a sentarse y, tras apoyar las manos de venas marcadas y de un azul notorio sobre la madera descolorida, dejó escapar un suspiro, al tiempo que buscaba las palabras adecuadas para tratar el asunto que debían resolver.

Capítulo II

ANA Beltrán era médica forense y criminóloga de profesión. No estaba acostumbrada a sobresaltarse, estaba entrenada para manejar las emociones y, luego de más de diez años al servicio de la Policía Federal, sabía cómo controlarse. Pero los sucesos de los últimos meses la mantenían en alerta permanente. Por eso, cuando la música que solía acompañar los pasos metódicos de sus autopsias se interrumpió, hubo un segundo en el que sintió pánico.

En un acto reflejo, giró sobre sí misma y hasta creyó poder escuchar el rugir de su sangre y el desaforo del palpar cardíaco.

—Perdón, no te quise asustar —dijo el hombre bajo el dintel de la puerta—, pero tenemos otro cuerpo.

—Mandalo con Práder, estoy trabajando con algo.

—Ana —interrumpió el comisario Zapiola, que había sido nombrado jefe de la Policía Federal cuando Etchegaray fue designado a Interpol Latinoamérica—, no habría venido hasta tu laboratorio si no fuera urgente.

Ella observó en detalle al comisario. Llevaba la camisa arrugada y la mirada de un hombre agotado.

—¿Hace cuánto que no dormís, Justo? —inquirió.

—Vamos —dijo él mientras sonreía cansado—. Te explico en el auto —agregó.

La criminóloga tomó su cartera y se puso el abrigo. Que Zapiola, cabeza máxima de la Federal, hubiera ido a buscarla a su laboratorio personal no era asunto menor. Y aunque no fuese su costumbre dejar una autopsia a medio camino, el hecho de que Justo estuviese allí lo ameritaba. Así, a medida que salía de los laboratorios Mesa de Piedra, tomó el teléfono y aguardó hasta que respondieron.

—Soy Ana —dijo, sin necesidad de presentarse—. El cuerpo en mi sala de examen, necesito que termine la autopsia. Solo a usted puedo confiárselo. —Hubo un silencio—. Muchas gracias, Práder —concluyó. Luego se subió al automóvil del comisario y, al tiempo que se ajustaba el cinturón de seguridad, dijo—: Te escucho.

El hombre a su lado mantenía la mirada fija en la avenida por la que se desplazaban. Ana lo observó con detenimiento y no pudo evitar reflexionar que el comisario Justo Zapiola no era un hombre común. Había iniciado su carrera en el mundo de las leyes y, luego de recibirse de abogado, había ingresado a la academia de la policía. Graduado con honores de ambas carreras, y gracias a una importante red de contactos diplomáticos y políticos con los que contaba dado que su padre había sido embajador en los Estados Unidos, fue elegido por el FBI para perfeccionarse en sus oficinas en Quantico, Virginia. Se especializó en análisis de investigación criminal y trabajó allí por más de ocho años. Luego se convirtió en agente de la CIA. Sin embargo, cuando su país le solicitó sus servicios para ocupar la jerarquía máxima de la Policía Federal, no dudó un segundo en aceptar.

Los rumores decían que Zapiola había vuelto a Buenos Aires luego de un fracaso matrimonial y, aunque la criminóloga no lo conocía demasiado, percibía algo más. Parecía un hombre triste, hundido en sus propios demonios, corroído por la soledad que podía adivinarse detrás de esos ojos claros. Parecía un hombre noble, era un trabajador incansable y contaba con una inteligencia envidiable; sin embargo, había algo que le faltaba: alegría.

—Tenemos un viajecito —dijo por fin, aún concentrado en la autopista a la que acababan de acceder—. Vamos a La Plata.

Beltrán, que no había prestado atención al recorrido ya que se había concentrado en el comisario, comprendió de inmediato porqué Zapiola había ido hasta Mesa de Piedra.

—El otro cuerpo que encontraron... —murmuró.

—Es igual.

—¿Qué pasa? ¿Tenemos un asesino en serie?

—No sé, es muy pronto para afirmar tal cosa. Lo que sí te digo es que esto no se puede filtrar a la prensa, si la gente se entera que en el plazo de cuarenta y ocho horas aparecieron dos cuerpos de esta manera... —No pudo terminar la frase, resultaba casi imposible describir el estado de los cuerpos.

—Habría pánico.

—Exacto, y es lo que no queremos. Hemos cerrado la plaza Moreno como si se estuvieran haciendo refacciones. Por el momento, es una buena excusa para evitar que se sepa la verdad.

Beltrán guardó silencio un momento. Sus pensamientos volvieron al cuerpo sobre la mesa de metal en el laboratorio. Un torso cuyas extremidades habían sido perfectamente seccionadas. Tampoco había una gota de sangre en ellos. Tomó el celular y llamó al último número.

—¿Qué puede decirme?

—Hay algo que debes ver, Ana —respondió del otro lado de la línea el doctor Antonio Práder, una eminencia en el campo de la Patología Forense.

Había sido profesor de Beltrán, y en todos esos años fue un gran referente en su vida, de hecho, le había enseñado todo lo que sabía y, aunque lo quería como a un padre, insistía en tratarlo de «usted».

—Daniela —agregó para referirse a su asistente personal— te lo envía ahora mismo a tu teléfono.

Ana sonrió. El viejo Práder no perdía sus mañas: se negaba a tener celular y no usaba computadoras, todas sus notas las volcaba en un pequeño grabador que luego Daniela transcribía.

—Gracias, Práder —respondió Beltrán con gran amabilidad y un respeto que parecía casi tangible.

Apenas concluyó la frase, el aparato emitió el aviso de entrada de un mensaje. Tal como había dicho, la asistente le había enviado un archivo. Lo abrió rápidamente y,

ante sus ojos, se desplegó una imagen que no esperaba.



Agustín Riglos ingresó a las oficinas de la Editorial Centauro minutos antes de las siete de la mañana. Le gustaba recorrer los pasillos vacíos, las oficinas en penumbras y, después de prepararse un café, ubicarse en el que había sido el despacho de Emerio Beltrán, dueño de la editorial hasta el día de su muerte, para comenzar con tranquilidad el día de trabajo.

A medida que pasaban los minutos y la claridad del día se asomaba, la luz del sol se filtraba por el gran ventanal y se desparramaba con prolijidad por cada uno de los objetos del escritorio. Le gustaba ese momento, el instante preciso en que las sombras se disipaban para dar paso a la luz, a pequeñas motas que, de no ser por los rayos de sol, casi no notaría. Ese era su momento más placentero; reinaba el silencio, el cerebro estaba fresco y su paz interior se traducían en la parsimonia y sencillez con la que ejecutaba las acciones más complejas que hacían a su puesto: director de la más prestigiosa editorial del país.

Hacía poco menos de un año que había dejado Interpol y recuperado su identidad. Luego de casi quince años viviendo encubierto bajo el alias de Marcos Gutiérrez, Agustín Riglos había abandonado ese trabajo para reorganizar su vida junto a la mujer que amaba y con la profesión que disfrutaba.

Se recostó sobre el respaldo de la silla y recordó su vida anterior. Años de misiones como espía, el juego como doble agente que casi le costó la vida a manos de La Legión y Ana: Ana Beltrán, la médica forense que le había hipotecado el futuro sin preguntar. No pudo evitar sonreír.

Miró el reloj, pasaban de las ocho y no sabía nada de su mujer. Ella había recibido un llamado a mitad de la noche, en absoluto extraño, dada su profesión, y luego había ido directo al laboratorio. Ana amaba su trabajo, disfrutaba de las horas de estudio y examen en el laboratorio de análisis. Más de una vez, él había tenido que ir a buscarla para obligarla a que dejara de trabajar; se concentraba tanto en sus investigaciones que perdía la noción del tiempo. Tomó el celular y presionó el número. Sonrió al escuchar el contestador; cuando trabajaba se abstraía del mundo. Volvió a mirar el reloj, dejó un mensaje y se concentró en aquello que lo ocupaba: Román Benegas.



Prisión del Temple, París, 19 de enero de 1794

Simón recibió la noticia del traslado al mismo tiempo en que engullía el pedazo de pan del desayuno. El Consejo General, en su comunicado, ordenaba: «Desde este instante queda interrumpida y terminada definitivamente la historia del delfín cautivo». Se atragantó, tragó un poco de agua y luego le pidió a su esposa que preparara las cosas para partir de inmediato.

La noche ya se había instalado en los albores de la prisión. El niño dormía en un camastro, pero abrigado. A la luz de la vela, el custodio se acercó al niño que descansaba ajeno a su suerte.

Luis Carlos escuchó la voz protectora de Simón.

—Es hora de levantarse.

—Todavía es de noche —dijo el niño.

—No hagas ruido y no discutas —insistió Simón.

Luis Carlos observó la cara abrumada de aquel hombre bajo la tenue luz del candil. Algo ocurría.

—Carlitos, ¿soy de confiar? —preguntó Simón.

El niño de ojos grandes asintió. Minutos después, sumergido dentro de una gran canasta de ropa sucia, el niño había abandonado el Temple para no volver. De a ratos escuchaba el susurro de la mujer de Simón que murmuraba palabras de aliento. Tranquilo mi niño, escuchaba Luis Carlos, todo estará bien.

La noche era negra, tan cerrada y oscura como el presente que vivía. Luis Carlos sintió que las lágrimas corrían por sus mejillas. «Mamá, mamá», se escuchó murmurar, para después acurrucarse bajo la ropa sucia y perderse en lo que parecía un camino sin fin.

Nadie sabía nada del delfín de Francia desde ese entonces, ni siquiera los doscientos diez hombres que durante los sucesivos seis meses lo custodiaron veinticuatro horas al día y que jamás pudieron verlo, tampoco cuando estuvo enfermo y su hermana, *madame* Royale, pidió asistirlo. Se rumoreaba que el niño del Temple había sido reemplazado por otro. Nadie podría confirmarlo: luego de la noche del 19 de enero, nunca más se le vio la cara. El niño sustituto murió encerrado entre la soledad y el anonimato.



Román Benegas se encontraba despatarrado sobre su cama. Los ojos fijos en la pantalla del televisor. Miraba sin ver. Había visto esa película cientos de veces, retrataba la soledad que sentía de una manera tan visceral que se sentía obligado a cambiar el canal; pero merecía sufrir, por eso no lo hizo, y vio cómo las escenas del *Exótico Hotel Marigold* desfilaban ante sus ojos. Había una en particular, una que siempre le llamaba la atención: el funeral de uno de los protagonistas, donde la voz

en *off* recitaba: «Un cuerpo tarda muchas horas en consumirse, muchas horas para que los dolientes recuerden su vida, el fuego debe prenderse al amanecer y, para el atardecer, deben quedar solo cenizas...». Luego, observó Benegas, las cenizas se esparcían sobre el Ganges y flotaban hasta desaparecer. Así se sentía él, muerto, como si flotara hasta desaparecer.

El leve golpe en la puerta lo obligó a volver a la realidad. No tenía ánimo para hablar ni ganas de ver a nadie, pero se incorporó, colocó los brazos a sus lados y apoyó la palma de las manos sobre la sábana arrugada. Dejó que los pies se apoyaran sobre la alfombra mullida y separó levemente los dedos para que la tersura del tejido persa se le colara entre los dedos, sumergiéndolos en el blanco lujoso. Permitted que las ideas se le acomodaran y que la modorra de la tarde desapareciera de su rostro condenado a la tristeza.

Escuchó el crujir de la cerradura. Sabía quién era.

—No te esperaba tan pronto —musitó aún con la cabeza baja, mientras notaba el leve sonido de los zapatos del hombre que se aproximaban hacia la ventana.

Román levantó la cabeza y vio cómo su amigo, el exagente de Interpol, Agustín Riglos, le daba la espalda y observaba con atención el paisaje detrás del vidrio. El color amarillo y rojizo de las hojas de los arces y liquidámbares le daban cierta magia al lugar. Se detuvo en la postura de Riglos. Llevaba un traje oscuro y, aunque ya no era agente, no había perdido las mañas, podía adivinar la sobaquera con el arma bajo el brazo disimulado por el traje hecho a medida. El peso de su cuerpo se distribuía equitativamente entre sus dos piernas semiabiertas, los brazos cruzados, la mirada perdida en el horizonte.

—No puedo hablar del tema —dijo Benegas.

Riglos asintió.

—Estoy al tanto de todo, Román. —Benegas no se sorprendió. Riglos había estado muchos años en Interpol y seguía muy conectado—. ¿Cómo pensás resolverlo?

Benegas resopló. Se lo notaba abatido.

—No sé, Agustín, esta vez no sé.

—¿Y Ávalos?

—No puedo hablar con ella.

—¿Vas a renunciar a todo? —insistió.

—Vos no entendés —murmuró Benegas, cabizbajo.

Riglos asintió sin decir nada. Luego, como quien sabe que no hay nada más que hacer, giró sobre sus pasos, se acercó al amigo de antaño y le dio una palmada en el hombro. Segundos después, Román vio cómo su amigo desaparecía tras el vano de la puerta. Estaba solo.



El cuerpo se encontraba boca abajo. Ana se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo y trató de evitar el hedor. ¿Hacía cuánto que lo habían matado?

—Otro torso —murmuró el comisario Zapiola, y se pasó la mano por la cabeza lustrosa.

—Justo —dijo Ana, mientras ponía los brazos en jarra y se acercaba al oído del jefe de la Policía Federal—. Si este cuerpo tiene una marca similar a la anterior... — Y con eso se refería a la imagen que Práder le había enviado minutos antes.

—Lo sé —interrumpió el oficial—, pero no nos adelantemos. Necesito tu ojo experto, Ana, necesito que analices todo antes de que saquemos conclusiones.

Ella asintió y, tras colocarse el par de guantes descartables, dio órdenes a su equipo para que iniciara el análisis de la escena del crimen. Luego, ella personalmente se ocuparía de la autopsia del cuerpo.

Observó cómo su equipo se desplegaba casi de manera coordinada. Tomaba fotografías y las correspondientes medidas planimétricas respecto a la posición del cuerpo, la temperatura ambiente, las características del viento; cualquier dato, por más ínfimo que fuese, podría llegar a ser potencialmente clave. Cuando aquel relevo de información concluyera, el cuerpo sería enviado a Mesa de Piedra. Allí, en el laboratorio, dejaría que el cuerpo le hablara.

Volvió a mirar el símbolo que Práder había encontrado en el primer cadáver. No lograba descifrarlo. ¿Qué eran esas curvas entrelazadas? Marcó un número en su teléfono y llamó.

—Daniela —dijo—, el archivo que me pasaste, necesito que lo cargues en la base de simbología e iconografía del laboratorio.



Más tarde, ya en su departamento, Justo Zapiola se perdía en sus pensamientos. Era un tipo callado. Introspectivo para algunos, antipático para otros. Él, en cambio, se consideraba taciturno. No hablaba más de lo necesario, trabajaba hasta el hartazgo — con tal de no pensar— y mantenía su vida privada lo más hermética que podía. Pero intuía que algo de lo sucedido en Nueva York se sabía.

No le dio importancia a los rumores, pero la conciencia le carcomía el espíritu. Se obligó a apartar esos pensamientos de su cabeza y a concentrarse en los placeres de haber vuelto a Buenos Aires, a su soledad, aquella que tanto había añorado y ahora podía disfrutar. Abrió la puerta del departamento que la policía le había alquilado en una buena zona de Recoleta y se quitó el saco y los zapatos. Se acercó al gran ventanal sobre la plaza Vicente López y, sin prender las luces para poder contemplar la iluminación casi mágica de aquel lugar, se detuvo ante el vidrio y observó a los hombres y mujeres que corrían, algunos caminaban, otros paseaban a sus perros.

Tomó el control remoto del equipo de sonido y dejó que la música invadiera el ambiente. Sonrió. Su perfil de hombre de ley, de cabeza máxima de la Policía Federal, no encajaba con la melodía que emergía del dispositivo de audio que colgaba de la pared. Era como volver el tiempo atrás, volver a sus mejores épocas, aquellas en las que el mundo era una gran aventura que él estaba dispuesto a llevarse por delante. El susurro de Lou Reed en la oscuridad, las luces intermitentes de la plaza, la sensación de vacío y, a la vez, de libertad, generaban en Zapiola un ambiente ideal para no pensar o, por lo menos, para obligarse a no pensar. Aún sin encender las luces, y ya sin ropa, se sirvió una medida de whisky y se acomodó sobre el sofá frente al ventanal. La letra de *Why can't I be good?* parecía hablar de sí mismo. Bebió con lentitud el líquido color ámbar, se concentró en el sonido de los hielos al chocar entre sí. Luego, muy lentamente, fue quedándose dormido sobre el sillón y la noche cayó sobre Buenos Aires.



Calais, 25 de enero de 1794

El viento le pegó en la cara. Era frío, pero sabía a libertad. Flotaba en el aire un olor a sal que no habría de olvidar ni aun en su vejez. A lo lejos podía escuchar las olas romper contra las rocas y la bocina de los barcos pitar cuando despedían a los que se quedaban en puerto.

—Carlitos, este será tu nuevo hogar —dijo *madame* Simón al entregarlo al matrimonio que lo esperaba.

—¿Por qué no puedo quedarme con ustedes? —preguntó el niño.

—Ya no es seguro —respondió cariñosa.

Monsieur y *madame* Simón habían sido de los pocos que, en el Temple, le brindaron el cariño que su madre le habría dado de haber seguido viva. Lo arropaban por la noche, le llevaban la comida caliente y lo cuidaban como solo sus padres lo habían hecho. Les debía la vida.

Esa noche, cuando llegó el momento de que los Simón lo dejaran en su nuevo hogar, Luis Carlos escuchó cómo golpeaban a la puerta. La vivienda, pequeña pero confortable, se vio invadida por la sombra de un hombre no demasiado alto que iba vestido con sus ropas de fajina.

—Pase, *monsieur* Bonaparte —invitó el dueño de casa.

Napoleón Bonaparte ingresó a la morada y le entregó unas monedas de oro a *madame* Simón. Luego se acercó al niño y le dijo que hiciera caso a sus nuevos padres, que ellos y él mismo velarían por su seguridad; luego, le dio un apretón de manos. Antes de partir, le dijo a Simón:

—Una palabra suya le costará la lengua.

Esa noche, Luís Carlos volvió a llorar hasta que los párpados se le cayeron vencidos por el cansancio, y así se perdió en el anonimato de una nueva familia. Se convirtió en el hijo del matrimonio Benoît y pasó a llamarse Pierre.



Ana podía sentir el peso del día en cada uno de los músculos de su cuerpo. Estaba rota, literalmente. No había una fibra de su ser que no pidiera a gritos un baño y su cama. Tras saludar al agente de seguridad apostado en la entrada del edificio, subió por el ascensor hacia el último piso, allí ubicó el dedo pulgar sobre un lector digital y luego tecleó una clave alfanumérica que le permitió acceder al *penthouse* que compartía con Agustín Riglos.

La casa estaba a oscuras. Miró el reloj, pasaban de las diez de la noche. Riglos solía llegar tarde de la oficina, incluso mucho después de las once, por lo tanto no le sorprendió que estuviera ausente, pero, cuando dejó su maletín y su cartera sobre el *hall* de entrada y notó el resplandor de la pantalla de la *notebook* de Agustín sobre la mesa baja del *living*, sonrió. Se había quedado dormido en el sofá, con los pies apoyados sobre la mesa. Ella rodeó el sillón, cerró la tapa de la computadora y, tras quitarse la camisa y el pantalón que llevaba, se ubicó a horcajadas sobre él, que, aún dormido, no opuso resistencia alguna. El hombre la capturó rápidamente por la cintura y la atrajo hacia sí; ella le rodeó el cuello con todo el largo de los brazos y, una vez más, se dejó absorber por el vértigo incontrolable que Riglos le despertaba.

Capítulo III

EL doctor Enrico Pellica salió de la oficina del camarlengo por un sitio seguro. Casi nadie sabía de la existencia del túnel subterráneo que conectaba los aposentos del secretario personal del papa con las afueras del Vaticano. Allí, Pellica debía resolver lo impensable. Sabía que lo esperaban y, aunque estaba entrenado para afrontar aquella y muchas otras situaciones en particular, lo cierto era que jamás imaginó tener que hacerlo. Caminó despacio, casi como si retrasara el paso en aquel oscuro conducto que lo llevaba fuera de la Santa Sede. En su cabeza resonaba una y otra vez la voz de Iva Zanicchi que tarareaba la letra de *Fra noi*, casi como si desde algún oscuro recodo de su cerebro alguien le susurrara que aquello terminaba. Súbitamente se encontró musitando la canción en medio de la penumbra *Fra noi è finita così / domani non ritornerai più*. No pudo evitar pensar en todo aquello que quedaría atrás luego de la reunión que tendría en minutos. El protocolo de seguridad exigía desaparecer, y así debía hacerse. Lamentó haber tenido que despedirse del camarlengo, aquella sería la última vez que lo vería, lo sabía. Ahora, con profunda tristeza, Enrico Pellica dejaría atrás su vida, su historia, su pasado y su futuro si se confirmaba la amenaza recibida. Apretó con cierta violencia el maletín que llevaba en la mano y cerró los ojos un momento, como si de aquella manera pudiera evitar lo que sucedía. No había manera, lo habían encontrado. Pero ¿cómo?



El comisario Zapiola recibió el llamado en la madrugada. Se incorporó mientras escuchaba al hombre del otro lado de la línea que le informaba sobre la situación; a medida que se masajeaba las sienes con la mano derecha y sostenía el teléfono con la izquierda, intentaba asimilar la escena que le describían. Se puso de pie como si, al hacerlo, el horror que escuchaba del otro lado de la línea fuera a menguar. Recién en ese instante la notó: había olvidado a la mujer que dormía en su cama. Por un instante deseó no haberla llevado a su casa. ¿Qué hacía con la chica ahora? No podía dejarla sola en la casa, o sí. Dudó. Apenas la conocía. No debía meterse con mujeres de la policía, siempre había sido fiel a su política de no inmiscuirse con gente del trabajo, pero aquella noche en particular no quería estar solo y la agente se había mostrado dispuesta.

No recordaba el nombre.

Se despidió de la persona que le informaba que el intendente de la ciudad había dispuesto un avión para su traslado inmediato a la escena del crimen y prendió la ducha. Dejó que el vapor del baño y el agua caliente lo despabilaran mientras decidía qué hacer con la mujer desnuda en su cama.

Bajo el agua, su cuerpo empezó a cobrar vida. Estaba agotado. Hacía poco que había vuelto a Buenos Aires y, sin embargo, Nueva York le resultaba tan lejana. Sintió un aguijón en el pecho que desterró de inmediato. Ya no había nada que hacer; de todos modos, el recuerdo de Julia apareció inevitablemente. Había tomado la decisión correcta; aun cuando su carrera estuviera en un gran momento y gozara de un gran prestigio en la CIA, era el momento de volver a su país. Algunos lo habían tildado de cobarde, otros creían que no había podido con la humillación de lo sucedido. Él, en cambio, conocía el verdadero motivo de su regreso: Elena.

El calor del agua permitió que su piel se desintoxicara del alcohol de la noche anterior, de los besos de la mujer que desconocía, de esos olores que no eran suyos, de algunos fantasmas del pasado que insistían en atosigarlo. Su cabeza, entre tanto, repasó la conversación telefónica que acababa de mantener.

—Creemos que es clave que vengan —había dicho el hombre—, el cuadro de situación...

—¿Quién más está al tanto de lo sucedido? —recordó haber preguntado.

—El intendente, el equipo forense y dos de mis agentes.

—Está bien, manténgalo así. Estaré en el aeropuerto en una hora.

—¿Usted cree que puede ser...?

—Yo no creo nada —interrumpió áspero el comisario—, menos hasta que no lo vea. Resguarde la escena —ordenó—. Que no entre nadie hasta que lleguemos.

Zapiola volvió al vapor del baño, a la humedad de su cuerpo, a la toalla mullida que le envolvió la piel a medida que salía de la ducha, mientras dejaba que sus pies se hundieran en la alfombra blanca y gruesa que se encontraba junto a la bañera. Con otra toalla secó rápidamente su cabeza y observó el reflejo que le devolvía el espejo empañado. Ya no era el de antes, pensó. Sus ojos habían perdido la vivacidad de antaño y las arrugas que los rodeaban habían llegado para quedarse. El pelo brillaba por su ausencia. Ya nada quedaba del negro azabache que le había valido el apodo de «Negro». El «Negro» Zapiola, solían decirle. Ahora, a sus casi cuarenta y siete años, poco quedaba de aquella cabellera, razón por la cual había optado por afeitarse y, en cierta forma, la cabeza lustrosa le recordaba a su padre. Sonrió. Sabía que si cerraba los ojos aún podía oler esa fragancia personal que lo había caracterizado: la mezcla de piel recién afeitada y colonia inglesa. Ese aroma había marcado la infancia de Zapiola, y el vapor del baño lo llevaba inexorablemente a aquel pasado tan lejano, tan seguro, tan diferente a la realidad en la que vivía. Había elegido ser abogado cuando residía en los Estados Unidos durante una de las asignaciones diplomáticas de su padre en el Consulado de Nueva York. Luego de recibirse conoció a Elena. Otro aguijón le perforó el pecho. La mujer, de apenas veinticinco años en aquel momento, era una novel psicoanalista que recién iniciaba sus pasos en los perfiles de criminales, se atravesó en su camino como las grullas y lo inició en un mundo que desconocía: el de la felicidad.

Había pasado su infancia viajando por el mundo. Cuando apenas comenzaba a

hacer amigos en el destino de turno, debía partir. El desarraigo era inevitable y la escena se repetía una y otra vez. Beijing, Tailandia, San Pablo, Santiago, Londres, Bonn. Los destinos habían sido tantos que, por momentos, no recordaba a qué edad había estado en cada uno. Zapiola desconocía la sensación de pertenencia. Era un nómada de mansiones lujosas y colegios privados. No sabía lo que era jugar en la calle con los amigos del barrio ni la experiencia de ir al mismo colegio toda la vida. En cambio, conocía el mundo, había hecho amigos en los lugares más remotos, amigos que aún veía, y sabía que aquella experiencia, por momentos difícil para un chico, había resultado enriquecedora.

Volvió a la imagen en el espejo. El vapor se había esfumado y la claridad de los focos de luz sobre el espejo parecía ser más potente. Las marcas de su cara se notaban aún más bajo esa claridad artificial que develaba la soledad que acarrea en el alma desde Elena.

Ella le había dado un giro radical a su vida, lo había hecho descubrir un mundo nuevo en el que creyó haber encontrado la felicidad absoluta. Se habían mudado juntos a Nueva Jersey; los dos primeros años de convivencia habían sido idílicos. Luego, ella se había sumergido en su trabajo a tal punto que los casos que investigaba empezaban a robarle parte de su alegría, de su espíritu. Durante el último caso en el que trabajó, Elena perdió su iridiscencia: ya no había brillo en sus ojos, estaba callada, taciturna, casi como si el asesino serial que había rastreado los meses anteriores hubiese usurpado parte de su esencia. Zapiola sintió que la garganta se le anudaba y se obligó a tragar. Le dolió. Todavía le ardía recordarla hasta altas horas de la madrugada frente a la pantalla de su *notebook*, mientras se consumía por la tristeza de aquellos crímenes y la impotencia de no poder capturar al criminal. Cerró los ojos; no quería recordar. Luego, la última imagen de Elena que tenía lo asaltó sin permiso. Aún le retorció el estómago.

Ahuyentó la imagen con violencia y con un bramido dejó escapar la rabia que todavía no había podido purgar de su cuerpo. Luego abrió la puerta del baño y el aire frío del exterior lo golpeó en la cara como un balde de agua helada. Silencio. Salvo algún bocinazo a la distancia o el ronroneo apenas perceptible de un colectivo tras el doble vidrio de su departamento, la casa se encontraba vacía. Sobre la cama, las sábanas revueltas. La mujer ya no estaba.

Anotaciones de Pérgamo

En algún lugar, año 2014

Mi nombre es Evelyn Hall y he trabajado para Interpol por más de quince años; sin embargo, no he sido sincera. Soy una doble agente. Pertenezco a La Legión, a la cofradía más arcana, y siempre creí que mi misión era recuperar

y custodiar la Tabla Esmeralda. He sido engañada.

Luego de años tras ese manuscrito, y después de haber logrado evadir a la Interpol, se me ha pedido lo impensado: destruir la Tabla. Pablo se ha negado, lo entiendo. Luego de haber analizado los textos, comprendo ahora que los secretos que encierra la escritura de Hermes Trimegisto es más que alquimia: son predicciones. Terribles predicciones que se han cumplido a lo largo de los siglos. Predicciones que han de seguir cumpliéndose.

Pablo ha desaparecido. Tengo miedo. Sé que están tras mis pasos. La Legión no perdona.

Mi nombre es Evelyn Hall y soy la última custodia de la Tabla Esmeralda. Mi deber es esconderla y salvarla. Aquí pongo punto final a siglos de historia y cierro las Anotaciones de Pérgamo. Debo desaparecer.

Que Dios proteja a quien encuentre la Esmeralda.

Con los ojos cerrados, estiró la mano derecha hasta lograr alcanzar el teléfono, tomó el aparato en la oscuridad y casi de memoria presionó la pantalla para responder. No despegó los párpados.

—Sí —musitó somnolienta, con la cabeza puesta en la almohada y el cansancio desparramado en el lecho.

Riglos, a su lado, giró sobre su cuerpo y se acomodó junto a ella, que aún no había terminado de asimilar lo que escuchaba.

—Ahá... —murmuró—. ¿Cuándo? —Guardó silencio un momento y, como si de alguna manera pudiera retrasar lo inevitable, respiró profundamente y se incorporó—. En una hora estoy ahí —dijo lúcida, y después dio por concluida la comunicación.

Se quedó en silencio, sentada en el medio de la cama mientras Agustín dormía, ajeno a lo que a ella acababan de informarle. Observó el ambiente, cargado de ese sopor de la madrugada y del aire viciado de la noche. La claridad de la mañana apenas asomaba por las persianas, casi no había luz, el día se adivinaba gris y lluvioso.

Tardó en moverse; no quería hacerlo. Volvió a respirar en el vano intento de exorcizar las palabras de Zapiola que aún le retumbaban en los oídos. Agustín seguía dormido. Ella tenía la cabeza a mil por hora.

Práder. Necesitaba a Práder. Las dos autopsias anteriores no habían sido concluyentes, pero había sin duda conexión entre ellas. Los cuerpos, dos torsos sin una gota de sangre y seccionados con precisión quirúrgica, habían aparecido uno junto a la estatua del arquero en la plaza Moreno, y el otro en la misma catedral de La Plata. El tercero, en cambio, había aparecido a casi cuatrocientos kilómetros de allí.



El doctor Práder se encontraba en medio de la pista de aterrizaje. Sostenía su viejo portafolio color suela con la mano izquierda, mientras intentaba escuchar lo que le decía el comisario Zapiola sobre el rugir de las turbinas del avión privado que se alistaba para llevarlos a destino.

Práder asentía metódicamente. Zapiola gesticulaba demasiado, parecía preocupado. Ana se acercó y, tras abrazar cariñosamente a su antiguo profesor y agradecerle la pronta predisposición para sumarse a aquella inesperada travesía, saludó al comisario. Se lo notaba cansado. Sin demasiado protocolo subieron a la nave. Un hombre de algo más de treinta años, vestido con un impecable traje sastre, los esperaba en una pequeña sala de reunión dentro de la aeronave.

—Soy el agente Ezequiel Vieytes —dijo y extendió la mano a cada uno de los hombres que subían—. Sobre la mesa encontrarán un breve informe de lo sucedido.

Beltrán, Zapiola y Práder se miraron sorprendidos. No estaban acostumbrados a ese tipo de rapidez en el accionar policial. Ana se quitó la chaqueta de cuero negra y se acomodó sobre una de las butacas alrededor de la mesa en la que se encontraba la información. En silencio, tomó la documentación y la observó en detalle. Era breve, un preliminar de lo que encontrarían en destino. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Qué pasaba?

El sonido de las puertas automáticas de la sala vidriada la distrajo y giró la cabeza.

—Les presento a la agente de Interpol Verónica Ávalos —dijo Vieytes en alusión a la mujer que entraba con una taza de café en la mano—. Ella está a cargo del operativo.

—Ya me conocen —interrumpió Ávalos. Besó a Ana en la mejilla y palmeó en un hombro a Práder—. Comisario... —dijo seriamente a modo de saludo hacia Zapiola, quien devolvió el gesto con una leve inclinación de cabeza.

Ana estaba desconcertada. Sabía que Verónica había aceptado un trabajo con Interpol, pero jamás imaginó que estuviera a cargo de aquella serie de asesinatos. Zapiola estaba a cargo de la investigación, y el gesto de sorpresa y rabia que le había visto reflejado en el rostro en el momento en que la vio ingresar a la sala dejó claro que aquel no sería un equipo de trabajo fácil.

—¿Por qué está Interpol metido en esto? —preguntó Zapiola sin preámbulos.

Verónica bebió un poco más de café y luego le hizo un gesto al agente Vieytes. El joven apagó las luces de la sala y una pantalla plana descendió del techo de la avioneta.

—Lo que van a ver es absolutamente confidencial —aclaró Ávalos—. Este no es un simple caso de asesinatos en serie.

—¿Qué querés decir, Vero? —preguntó Ana a su amiga de antaño.

—Que no es la primera vez que ocurre.



Provincias Unidas del Río de la Plata, 1812

Próxima a arribar al puerto de Buenos Aires, la fragata de bandera inglesa *George Canning* se acercaba con cierta cadencia a destino. Sobre la proa, un singular grupo de hombres observaba el trajín del puerto a aquellas horas de la mañana. Venían a ponerse a disposición del gobierno, un triunvirato compuesto por Feliciano Chiclana, Manuel de Sarratea y Juan José Paso. Uno junto al otro, los hombres guardaban silencio. Sabían lo que tenían que hacer. Habían pasado más de cincuenta días en altamar desde que habían partido de Londres para planificar hasta el detalle más ínfimo del objetivo que los reunía.

Uno de los hombres, sentado sobre uno de los bancos de cubierta, cerró los ojos un momento y se permitió aspirar el aire limpio de aquella mañana estival.

—Teniente coronel —dijo una voz a su lado.

San Martín levantó la mirada. Junto a él, el general José Matías Zapiola lo miraba fijamente y, de pie, el primer teniente de guardias valonas, barón de Holmberg.

—Diga, general —respondió el militar e hizo una pausa para luego saludar al barón de Holmberg.

—Está todo listo —dijo el primer teniente con el tono de voz firme que lo caracterizaba.

San Martín dejó que una pequeña sonrisa de satisfacción se asomara en la comisura de sus labios, clavó los ojos en los de Zapiola, luego en los de Holmberg y asintió en silencio. Habían llegado a Buenos Aires.



El doctor Enrico Pellica observó su reflejo en el espejo y casi no se reconoció. El pelo ensortijado había desaparecido, y la cabeza, ahora calva, parecía brillar bajo la luz de aquel baño de hotel. Los anteojos de marco oscuro le resultaban ajenos, pero cumplían su propósito; la barba, algo incipiente, empezaba a crecer. Seguía al pie de la letra los pasos establecidos por la organización.

Pellica bajó la mirada y observó las huellas dactilares de sus manos. El proceso de abrasión químico al que se había sometido las había borrado por completo. Ahora, solo restaba perderse en la inmensidad del anonimato. Nadie, bajo ninguna circunstancia, debía encontrarlo, si lo hicieren...

Un escalofrío lento le crispó el esqueleto. Estaba dispuesto a perderlo todo, a renunciar a su vida, a su pasado, a sus orígenes, a todo. Pero tenía claro que había una

cosa que jamás se perdonaría: que algo le sucediese a ella. *Fra noi è finita così / domani non ritornerai più.* Se obligó a concentrarse, a volver a la seguridad de los pasos a seguir. Sus superiores habían sido muy claros: «No debe olvidar de cumplir ni uno solo de los pasos. Contamos con usted».

Pellica no pudo evitar pensar en Domenico Gemelli, en la sorpresa que se llevaría. Sonrió sin pensar. El rostro adusto de ese hombre, a cargo del centro de seguridad del Vaticano, asaltó sus pensamientos. Exagente de la NSA, la agencia de seguridad estadounidense, asumió el cargo durante el papado de Juan Pablo II, luego del incidente de 1981, cuando el pontífice fue herido con un arma de fuego durante una de sus acostumbradas audiencias. Tras aquel episodio, Gemelli había sido puesto a cargo. A partir de ese día, la seguridad vaticana dio un cambio radical: estaban preparados para todo.

Pellica había hecho una promesa a su padre, a su familia: debía proteger aquel secreto, debía aceptar, con resignación y templanza, aquella responsabilidad maldita que todos los hombres de su familia habían cargado como una cruz y que a él le había tocado honrar. Cerró los ojos y dejó que la imagen de su superior mientras le indicaba el procedimiento se evaporara entre sus pensamientos más oscuros y, lentamente, se despidió de lo que alguna vez fue. En horas dejaría de existir. Un nuevo nombre, una nueva ciudad, un nuevo futuro. Ella no estaría allí para compartirlo con él: eso le partía el corazón.

Capítulo IV

ROMÁN Benegas apretó con violencia el sobre blanco que llevaba en las manos y luego se lo entregó al agente que lo esperaba. Observó su reflejo una vez más y comprendió que había vuelto a ser el agente de Interpol de siempre, el hombre sin escrúpulos que había jurado no pasar hambre y frío nunca más y asegurar su futuro por sobre todas las cosas. Volvió al sobre, ahora entre los dedos del otro, que guardaba el último vestigio de un breve pero feliz pasado: su matrimonio con Verónica Ávalos, tan fugaz como un suspiro que se pierde en la eternidad. Para siempre.

—Si vamos a hacer esto —recordó haberle dicho a la mujer—, no podremos hablar de nuestras misiones, nunca.

Y, de hecho, aquella frase había resultado un presagio.

Cerró los ojos un momento, instantes, pero pareció una eternidad, y así abandonó aquella habitación de hotel para no volver. En el ascensor, escoltado por dos de los agentes de Interpol que participarían de la misión con él, se obligó a ordenar su cabeza en pos de la operación a la que había sido asignado. Ultraconfidencial y altamente riesgosa, Benegas sabía que había vendido el alma al diablo, que aquel era el principio del final, pero, que a fin de cuentas, era lo que siempre había querido.

Una vez dentro del automóvil oficial observó su mano izquierda y no sin pena se arrancó la alianza matrimonial. No la miró y la guardó en el bolsillo interno de su saco de raya diplomática, junto a la sobaquera en la que llevaba el arma reglamentaria. Luego, se obligó a olvidar el asunto.

Poco después, al llegar al aeropuerto, se sentía preparado. Acercó su iris al lector biométrico y las puertas de vidrio se abrieron automáticamente. Dirigió sus pasos, firmes pero lentos, hacia la sala de preembarque. Allí empezaba su misión.

Se ajustó el nudo de la corbata y dio media vuelta. Observó el movimiento del aeropuerto en detalle. La gente iba y venía, envuelta en sus propios quehaceres, sumergida en pensamientos que nada tenían que ver con él. Sin embargo, sentía que tenía que ver con todos, que una parte de él moría en ese preciso instante en que dejaba todo atrás: el pasado, Verónica, su vida entera. Adelante, un futuro que había siempre añorado.



El comisario Zapiola descendió del avión antes que el resto de la tripulación. No estaba de humor. No le gustaba que Interpol interfiriera en un caso que estaba a su cargo. Estaba acostumbrado a ser él, como exagente de la CIA, el que maltratara a los policías locales cuando irrumpía en casos que necesitaban de su mente de perfilador

criminal. Estar del otro lado, ver cómo una agente de Interpol se hacía cargo de su investigación, le había resultado un trago más amargo de lo que esperaba. En especial que fuera esa agente quien se hiciera cargo del asunto.

Subió al auto oficial que los aguardaba en la pista de aterrizaje y esperó a que el resto de los agentes se subieran a la camioneta. En el interior del vehículo, el silencio podía cortarse con una tijera. Lo que habían visto en la aeronave los había dejado sin habla.

Zapiola notó que Ana estaba particularmente callada, como si algo de lo que acababan de ver hubiese anidado en su cerebro para atormentarla. ¿Qué había visto, más allá de lo abrumador del escenario?



La catedral de San Pedro y Santa Cecilia se erigía majestuosa frente a la plaza San Martín, en Mar del Plata. De estilo neogótico, se emplazaba en las intersecciones de las calles San Martín y Bartolomé Mitre. El cordón policial y las mamparas de la policía científica impedían que el común de la gente observara lo que sucedía en el interior.

Ana Beltrán descendió del vehículo oficial junto a los agentes de Interpol, Verónica Ávalos, Ezequiel Vieytes, el comisario Justo Zapiola y el doctor Práder. En su mano llevaba un maletín de trabajo en el que podía verse el logo de Mesa de Piedra. Con firmeza, subió la escalinata que le permitía el acceso a la catedral y, tras acreditarse ante la comitiva local, accedió al recinto. En el medio de la iglesia, justo donde coincidían las dos alas que conformaban la planta en forma de cruz, el tercer torso se encontraba en medio de aquello que los había dejado sin habla en el informe que habían visto en el avión: cuatro bolsas negras cerradas al vacío.

Zapiola, que se había adelantado unos pasos, se detuvo frente al torso y distribuyó el peso del cuerpo entre sus piernas. Luego colocó los brazos en jarra y resopló.

—Esto es una locura.

Levantó la mirada y observó a la agente Ávalos agacharse frente a una de las bolsas de plástico. La mujer se movía con elegancia, y su seriedad le impactó desde el momento en que la había visto en la aeronave de Interpol. En nada se parecía a la mujer que recordaba desnuda en su cama veinticuatro horas atrás. Vio cómo se enfundaba los guantes de látex y con una pinza abría el primero de los envoltorios plásticos. A su lado, Ana Beltrán y el doctor Práder observaban atentamente el ritual.

La agente cortó el precinto de seguridad y el vaho a podredumbre les pegó con violencia en las fosas nasales. Los tres retrocedieron instintivamente ante el olor fétido que emanaba de la primera bolsa. Verónica cruzó miradas con Vieytes y asintió.

—Es igual —dijo—. Igual a lo que vimos en el informe —aclaró—. Pero...

—¿Pero? —interrumpió Beltrán con ansiedad.

—Ana... —murmuró Ávalos—, tenés que ver esto.

Se aproximó a la bolsa que la agente acaba de abrir y, al asomarse en su interior, un escalofrío lento le recorrió el cuerpo. Sin notarlo, retrocedió un paso y se tapó la boca. Levantó los ojos y su mirada se encontró con la de Verónica.

—No otra vez —murmuró con un dejo de terror en su voz—. No otra vez...

Zapiola, que observaba la escena a unos metros de distancia, pudo ver cómo Ana retrocedía unos pasos para sentarse sobre uno de los bancos de la primera fila de la iglesia. La vio respirar y recuperar el color.

Allí, en el centro de la catedral de Mar del Plata, cuyo piso de mosaicos le recordaba a Zapiola a la catedral de Chartres y su místico laberinto, en el medio de un círculo perfecto adornado por flores silvestres y flores de lis, reposaba el torso desnudo de una mujer, y, como si se quisieran marcar los cuatro puntos cardinales, en cada uno de los vértices que representarían el Este, el Oeste, el Norte y el Sur, cuatro bolsas negras estratégicamente ubicadas en forma de cruz.



Verónica Ávalos golpeó la puerta y no esperó demasiado a que le abrieran. Sin decir palabra, ingresó a la habitación y empujó al hombre contra la pared. Él no se resistió. Estuvo a punto de decir algo.

—Shh... —interrumpió ella mientras le capturaba la boca—. No vine a hablar.

—Eso está claro —dijo él, al tiempo que respondía al beso y atraía a la mujer hacia sí. Empezó a desabrocharle los botones de la camisa con apremio.

—No me interesa hablar con vos —dijo ella mientras le mordisqueaba el labio inferior—, ni saber de tu vida. —La mujer respiraba agitada—. No quiero una charla de café —agregó, al tiempo que terminaba de sacarle la camisa—. No quiero nada, ¿está claro? —Había determinación en su voz.

Él asintió, atónito, mientras respondía sin objeción a los besos de la mujer.

—Solo quiero pasar un buen rato; después te vas.

—Estás en mi habitación —retrucó él, y la dio vuelta para apresarla contra la pared. La obligó a mirarlo a los ojos. No le gustaba perder el control, no era del tipo que se dejaba manejar por una mujer y, sin embargo, la agente de Interpol insistía en hacer todo a su antojo.

—Entonces ya sabés qué va a pasar después —contestó agitada.

Él sonrió, se apretó con violencia contra el cuerpo atrapado entre el suyo y el muro y sin piedad le arrancó la camisa. En ningún momento dejó de clavarle la mirada, como si así pudiera controlarla. Luego la obligó a ponerse de espaldas y se

apretó más a ella, su cara parecía estrellarse contra el blanco del panel. Así, le tomó el pelo con fuerza y la obligó a llevar la cabeza hacia atrás. Ella gimió.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer, agente —dijo él en su oído, al tiempo que le mordía el lóbulo de la oreja y le abría las piernas con su rodilla.

—Yo sí —respondió ella sin pudor—. Yo te digo lo que vas a hacer acá y ahora, y si no te gusta...

—Me gusta. —Él rio—. Pero me gusta así —concluyó. Y, tras levantarle la pollera que llevaba puesta, la penetró con urgencia.

Verónica dejó que el hombre le besara el cuello, que le tirara del pelo y que la obligara a recostarse sobre él. Lo sintió con placer, dejó que la llevara al clímax y gritó, pero apenas él quiso abrazarla, agitado, se desentendió de sus brazos fuertes, se acomodó la ropa y caminó hacia la puerta.

—No busco amor, Zapiola. ¿Está claro? —dijo mientras se acercaba a la puerta sin echarle otra mirada.

Él sonrió divertido.

—Nadie habló de amor, agente.



Encerrada en la habitación del hotel donde las autoridades de la ciudad de Mar del Plata los había alojado, Ana Beltrán observaba las fotografías de la escena del crimen. En el centro de la catedral marplatense el torso de una mujer reposaba inerte, sus miembros superiores e inferiores habían sido cercenados con exactitud quirúrgica. Al igual que los otros dos cuerpos encontrados en la ciudad de La Plata, no tenía una gota de sangre. Pero, en este caso, había una gran diferencia: alrededor del cuerpo yacían cuatro bolsas de plástico negro que contenían lo impensable: cabezas. Dos pertenecían a los cuerpos hallados en La Plata y otra, al segundo cuerpo de mujer encontrado hasta el momento: el de la catedral. Pero la cuarta cabeza era la que ocupaba sus pensamientos; como las otras, también, tenía los labios cosidos.

Tan solo observar las fotos de los rostros azulinos, ya casi purpúreos producto de la lividez cadavérica, le había dado náuseas. Otra vez labios cosidos. En el preciso instante en que Verónica le pidió que observase el contenido de las bolsas sabía lo que vería: cabezas, al igual que en el informe que habían visto en el avión. Sin embargo, los labios suturados, como los de su padre y los de Máximo Zaldívar, no los esperaba. De inmediato se había contactado con Agustín, que había tomado el primer vuelo a Mar del Plata. Había algo en todo aquel asunto que, inevitablemente, se vinculaba con ellos.

Ana dejó que el peso de su cuerpo cayera sobre el lecho. Las fotos sobre la cama reposaban inertes. Clavó la mirada en el techo y respiró. ¿Es que acaso aquello no

terminaría nunca?

Meses atrás, cuando Interpol logró encontrar la Tabla Esmeralda, obra de Hermes Trimegisto, pensó que había puesto fin a la persecución que había consumido tres años de su vida. No imaginó que la científica que la ayudaba en aquella búsqueda, Evelyn Hall, sería una espía de La Legión y desaparecería con la Tabla. Tampoco creyó que luego de haberla conseguido, La Legión volviera a irrumpir en su vida. Sin embargo, al igual que en el pasado, cuando Emerio, su padre, apareció colgado de la viga central de la biblioteca del zoológico de Buenos Aires y, días después, Máximo Zaldívar, el reconocido financista y su examante, colgado en su vestidor en iguales condiciones, su vida volvía a ser usurpada por aquella arcana cofradía.

Ahora, en Mar del Plata, se encontraba con un tercer cuerpo, un torso carente de sangre, brazos y piernas, y, además, cuatro cabezas. Tres cuerpos y cuatro cabezas. El cuarto cuerpo se encontraba a miles de kilómetros. Demasiados, pensó Ana, que había pasado horas tratando de encontrarle lógica al asunto. Pero no había lógica alguna. Tomó su iPod y conectó los auriculares. Luego navegó por Spotify y eligió algo de Dionne Warwick. Necesitaba descansar la cabeza.

Los primeros acordes de *Walk on by* se reprodujeron en sus oídos y cerró los ojos. Los sucesos de los últimos años desfilaron ante ella como una película. Intentó relajarse, concentrarse en la voz singular de la cantante, en el ritmo de la música, y empezó a tararear la letra: *If you see me walking by the street / and I start to cry every time we meet / walk on by, walk on by*. Pero la imagen de las cuatro cabezas con los labios cosidos la asaltaba sin cesar. Nuevamente estaba frente a La Legión. ¿Qué buscaban ahora? Ya tenían la Tabla y le habían robado lo más importante de su vida: a su padre. ¿Qué más querían?

—¿No será un imitador? —había preguntado Agustín cuando lo contactó por una línea segura.

Aunque conocía la misión en la que andaba Benegas, él sabía que no había posibilidad de que se tratara de un imitador. Pero no podía decírselo a Ana, no todavía.

—No es un imitador, Agustín —había dicho con seguridad—. La manera en que está dado el último punto de sutura es singular, es un dato que no se reveló a la prensa. —Recordó haber hecho una pausa—. Es La Legión. Están de vuelta.



Buenos Aires, 1 de julio de 1818

La goleta francesa *La Chiffonne* llegó al puerto de Buenos Aires cuando el alba asomaba en la distancia. El capitán Boudin observó el paisaje con cierta nostalgia. A

su lado se encontraba aquel al que conocían como Bolívar II, que había llegado para embarcarse con una carta de recomendación firmada por Leleux, capitán de la armada de Napoleón, armada a la que aquella goleta en la que viajaban había pertenecido. Aunque era callado, había resultado ser una gran compañía durante aquellos largos días de viaje.

Ese hombre, bien vestido, de cabellos rubios y ojos azules, procedente de Francia y con una exquisita educación militar, no había dicho su nombre hasta arribar a destino. Durante el trayecto se había mostrado callado pero educado, había hablado poco de sí, pero se notaba que era un hombre instruido y de maneras impecables. ¿Quién era Bolívar II, ese hombre que usaba un seudónimo carbonario como nombre de pila?

El oficial de la marina portuaria que se les acercó no parecía demasiado interesado en los ocupantes de aquella nave. Registró a cada uno de los pasajeros y, llegado el turno del masón, preguntó.

—¿Nombre?

—Pierre Benoît —contestó.

—¿Nacionalidad?

—Francés.

—¿Oriundo de...?

—Calais.

—¿Profesión?

—Marino.

—¿Nombre de su padre?

—Luis Benoît.

—¿Nombre de su madre?

—María Juana Daulo.

Capítulo V

ROMÁN Benegas cerró los ojos y se recostó sobre la butaca del avión. Ya habían pasado seis horas de vuelo y quedaban otras tantas para llegar a destino.

Cuando arribó, la Agencia ya había dispuesto de todas las medidas de seguridad correspondientes para la misión que debía concretar. El punto de encuentro era la Conferencia Internacional de Cibercrimen organizada por Interpol y Europol aquellos primeros días de octubre.

Llegó cansado y molesto al Marina Bay Sands de Singapur, el emblemático hotel que se elevaba sobre la bahía y cuya piscina parecía morir en el infinito. Ubicado a metros de la estación de metro de Bayfront y cerca del distrito financiero, el hotel era el lugar perfecto para pasar desapercibido entre los cientos de agentes que participarían del foro. Tras registrarse, Benegas subió a su habitación y, a medida que se quitaba la corbata y los zapatos, se dejó caer sobre la cama. Llevó sus dedos hacia el tabique de la nariz y lo apretó con fuerza. Cerró los ojos y trató de recordar dónde tenía aspirinas, la cabeza estaba por explotarle. Iba a tener que comprar, estaba agotado. Antes de quedarse profundamente dormido, abrió los ojos y observó la vista panorámica desde su habitación. La altura era vertiginosa y la bahía parecía refulgir bajo los cientos de luces que iluminaban la maravillosa Singapur. Lamentaba tener que asistir al simposio, habría preferido destinar aquellos tres días a recorrer, a su entender, la ciudad más moderna que conocía. La ciudad de las prohibiciones, le gustaba llamarla, porque allí no se podía hablar por celular en el subterráneo; por eso, durante una de sus misiones, había utilizado un sistema de comunicación a través de nano dispositivos insertados en su oído que no podían ser detectados a simple vista. Amaba esa ciudad tan futurista, con sus mujeres elegantes a toda hora y magnates que deambulaban en autos de última generación. La ciudad del dinero, del *crab cake*, su preferido, del mejor barrio chino que había conocido. Qué no daría por pasar una tarde en el barrio chino de Singapur... Pero sabía que tenía un encargo que cumplir. No estaba de vacaciones, estaba a cargo de la operación que cambiaría su vida para siempre y que, si resultaba un éxito, lo convertiría en la cabeza de Interpol Europa. Sonrió.

Cerró los ojos y repasó lo que lo había llevado a esas tierras: debía asistir al simposio y ubicar a su contacto, la abogada e ingeniera en sistemas especialista en cibercrimen Julia Durée.

La letrada era una eminencia en su área y quien cerraría el tercer día de congreso. Ella era su contacto, era quien había logrado acceder al centro informático de La Legión en Roma. Hasta el momento, la única persona capaz de vulnerar la más alta red de seguridad informática de aquella cofradía. Ya la había contactado por las vías tradicionales. Su encuentro, dentro de setenta y dos horas, daría inicio a la misión más importante de su carrera: el Protocolo Angulema.



Agustín Riglos ingresó al hotel Costa Galana cuando el sol de la tarde moría inexorablemente. Terminó de enviar unos mensajes en el ascensor y descendió en el séptimo piso para dirigirse a la habitación de Ana. Avanzó tranquilo por el pasillo mientras repasaba la conversación que acababa de tener con Román. Cuando estaba por llegar a la *suite*, se sorprendió al ver a una despeinada Verónica que se arreglaba la ropa y salía de una habitación. Sus miradas se cruzaron. Agustín, desconcertado, atinó a decir algo. Ella movió la cabeza y con un gesto de negación lo silenció.

—Ni media palabra —lo amenazó.

Agustín se quedó quieto, sorprendido. Observó cómo la mujer de su amigo ingresaba a otra habitación —¿la suya?— y desaparecía tras el vano de la puerta. Tardó unos segundos en volver en sí y continuar su camino. Cuando estaba a punto de golpear la puerta de la habitación, Ana la abrió. Se sobresaltó al verlo del otro lado. Sonrió y lo abrazó rápidamente.

—Práder me busca —dijo a modo de explicación y le indicó con un gesto que la siguiera.

Agustín, que había imaginado un panorama mucho más atractivo que el de ver al viejo patólogo, corrió resignado tras los pasos de su mujer y vio cómo ella golpeaba la puerta de una habitación a pocos metros de la suya. El profesor le sonrió cariñoso al verla y luego reparó en él. Con una leve inclinación de cabeza lo saludó hasta que los invitó a entrar.

—Quiero que veas algo —le dijo a Ana con su voz carrasposa—. Es el resultado de la autopsia del segundo cuerpo que encontramos en La Plata.



El comisario Zapiola tomó el cucharón de madera, lo sumergió en el agua que reposaba en el balde y volcó el líquido sobre las piedras calientes. El aroma a eucalipto mezclado con el vapor seco le pegó en las fosas nasales de manera violenta. Se ajustó la toalla a la cintura y se ubicó en la banqueta tibia. Solo. En silencio. Los listones de madera de cedro que lo rodeaban parecían gritar su soledad. Giró el cuello hacia la derecha con lentitud y luego repitió el mismo movimiento hacia la izquierda. Exhaló. Estaba abrumado. Las imágenes de Ávalos en su habitación unas horas atrás y su cuerpo húmedo que transpiraba el perfume de esa mujer parecía haber intoxicado el sauna del hotel.

Se recostó sobre la madera y cerró los ojos. Habían pasado demasiadas cosas en su vida en los últimos años: haber vuelto a la Argentina luego de tantos años en

Nueva York había sido una buena decisión; Verónica Ávalos, definitivamente, no. Pero había algo en el desenfado de esa mujer que avanzaba sobre su cabeza de manera lenta, casi corrosiva, que usurpaba su capacidad de pensar en otras cosas, que ocupaba su pensamiento y un tiempo que no tenía intención de dedicarle, pero que, sin embargo, no podía controlar.

Resopló. Estaba enojado, irritado, como si desde que se hubiera cruzado con Ávalos en el avión de Interpol habría permanecido expectante, en espera, como si aguardara la irrupción de la mujer en su cuarto, en su oficina. No tenía ganas de ocupar su mente con una mujer, mucho menos con la de Román Benegas.



Ana descargó el primer cartucho en el blanco casi sin respirar. Luego, y sin siquiera pestañear, recargó su Beretta 9 milímetros niquelada y volvió a vaciar el cargador. Estaba furiosa. Se le notaba en el jalar del gatillo, en la tensión concentrada en la muñeca que empuñaba el arma. Volvió a disparar. Vació un tercer cargador y recién ahí, cuando el nivel de adrenalina que necesitaba llegó al centro de sus terminaciones nerviosas, apoyó la pistola sobre la mesada, se quitó los lentes y las orejeras de protección y respiró.

Estaba sola en el polígono de tiro de Mar del Plata. Agustín se había quedado en el hotel luego de la reunión con Práder con la clara intención de averiguar más sobre lo que habían visto. ¿Podía ser posible? Ana presionó el interruptor y el blanco colgado en su línea de tiro se acercó con lentitud; los disparos, concentrados en el centro de la cabeza del objetivo, demostraban su puntería perfecta.

Volvió al asunto que la atormentaba. Sabía que La Legión había vuelto. Los labios cosidos eran una clara evidencia de eso, pero lo que Práder les había mostrado lo confirmaba por completo. El recuerdo de las fotografías que había visto le provocó náuseas. Estaban tras ellos, otra vez, y ya no importaba la Tabla Esmeralda, ellos la tenían; aquello era una cuestión de venganza. Recordó cómo la mirada de Agustín se ensombreció cuando vio el informe.

—Es Diaco —había dicho.

—Pensé que se había retirado —había retrucado ella.

—Es la última información que tenemos, pero luego de esto...

Agustín había vuelto la mirada al expediente que Práder les había entregado. Allí, las fotos de las víctimas y sus respectivas identidades los habían dejado sin habla, con la certeza de que La Legión no dejaba cabos sueltos y de que jamás perdonaría la traición de Uróboro.



Román Benegas abrió los ojos cuando el sol de la mañana parecía quemar el firmamento. Se había quedado dormido con el titilar de las luces de la noche de aquella ciudad cosmopolita y audaz. Había optado por no cerrar el *blackout* por el solo hecho de disfrutar de aquella magnífica vista nocturna. La habitación del Marina Bay Sand sobre la bahía parecía refulgir al ritmo de una melodía imposible de escuchar y que, sin embargo, lo hechizaba como el canto de las sirenas. Aquel sitio era uno de sus preferidos en el mundo. Cuánto le habría gustado a Verónica. Tan solo recordar su nombre hizo que cerrara el puño en un impulso violento. Estaba enojado, furioso, pero con él mismo. Ella no tenía la culpa: había aceptado no hablar de sus misiones, había aceptado sus silencios, lo que jamás podría haber imaginado era que él fuera tan asquerosamente ambicioso como para traicionarla, y todo por un puesto en la alta jerarquía de Interpol.

Aún recostado sobre el lecho revuelto, miró el reloj: eran las seis de la mañana. A las ocho se reuniría con Julia Durée, su contacto en aquella misión que buscaba recuperar la Tabla Esmeralda, el Protocolo Angulema. Durée era una renombrada agente especialista en leyes informáticas. No la conocía en persona, pero tenía fama de ser una mujer de armas tomar. Seguidora de Linus Torvalds, con quien trabajó un tiempo, había accedido al corazón mismo de La Legión y había logrado descifrar más información en una hora de navegación dentro del ámbito seguro de aquella intranet que Uróboro en años de investigación encubierta.



Agustín Riglos se dejó caer sobre la cama que había ocupado Ana y empujó las fotografías de los cuerpos, el iPod y la *laptop* que había dejado sobre las sábanas sin que le importara que muchos de los documentos cayeran al suelo. Ahora era otra la urgencia que lo ocupaba.

El inesperado llamado que había recibido lo había dejado fuera de juego. En el transcurso de tres minutos, su vida había dado un vuelco nuevamente. ¿Iba a tener que dejarlo todo? Ahora que había alcanzado cierta estabilidad, ahora que Ana y él finalmente iban camino a algo sólido, ¿tendría que abandonarlo? ¿Todo? El corazón le dio un salto, sintió que las manos le transpiraban, que repentinamente el cuarto a su alrededor giraba.

—Va a tener que dejarla —había dicho esa voz que conocía de memoria.

Luego, los archivos se habían reproducido en su celular con la violencia de lo sugerido: «La tenemos vigilada, día y noche, sabemos qué hace, a quién ve, dónde

come». La sangre bullía en su interior. Abrió un archivo: Ana disparaba su arma en el polígono de tiro, la foto tenía dos minutos de antigüedad, la observaban mientras hablaba con él. Luego, otra imagen: Ana reemplazaba el cargador y volvía a disparar. La foto era de hacía treinta segundos. El cuarto giraba. Agustín sintió un gusto metálico en la boca.

—Vas a tener que desaparecer —repetía la voz.

Sintió que el mundo se le venía abajo, que el futuro se le escurría como agua por una alcantarilla, que en aquel preciso instante habría hecho cualquier cosa con tal de no ceder a los pedidos del otro lado de la línea, pero sabía que no tenía escapatoria.

Recibió otra fotografía: Ana llegaba al hotel. La observaban desde la entrada. Se incorporó con violencia, el resto de los papeles que aún reposaban sobre la cama se esparcieron sobre la alfombra y corrió sin pensar hacia el ascensor. Cuando pulsó el llamador, la línea segura vibró.

—Riglos —susurró Diaco—. Ella no puede saber nada.

Agustín se detuvo en seco. Sintió que el corazón dejaba de latirle, que las piernas se le aflojaban, que la transpiración de su cuerpo se volvía áspera. Tragó saliva. No tenía escapatoria. Nadie traicionaba a La Legión y salía impune. Había llegado la hora de pagar su condena.

—Riglos —repitió la voz—. Aproveche este rato que le queda, será la última vez que la vea.

A medida que escuchaba el repicar de aquellas palabras en alguna cavidad remota de su cerebro, y casi como si fuera en cámara lenta, vio cómo la mujer que amaba entraba al cuarto de hotel, sonreía al verlo, se quitaba los zapatos. Él allí, impávido, muerto en vida, buscaba la manera de grabar a fuego ese momento. No podía dejarla, no quería dejarla, pero Diaco había sido categórico: «Si no la deja, en veinticuatro horas estará muerta», y La Legión cumplía. ¿Qué iba a hacer? ¿Ocultarla para siempre? No podía hacerle eso: Ana merecía vivir y, sobre todo, merecía algo de paz en su vida. Él, ciertamente, no podía brindársela.

Ana iba descalza. El largo de los *jeans* rozaba la alfombra mullida. Agustín, que estaba quieto, por un momento sintió que se había olvidado hasta de respirar, de modo que la habitación a su alrededor lo asfixiaba, se le venía encima y hasta podía escuchar el rugir de su sangre. Ana se aproximaba, ajena a la congoja que había usurpado su alma. «Aproveche este rato que le queda, será la última vez que la vea». Volvió a tragar saliva, trató de recomponerse. «Ella no puede saber nada», había insistido Diaco. Apretó los puños y, sin saber cómo iba a sobrellevar ese momento, se acercó rápidamente y la abrazó.

—¿Pasa algo? —inquirió ella, descolocada.

Había algo en la actitud de Agustín que desconocía, un cierto vacilar que le resultaba ajeno, casi como si no se tratara de él.

—Te extrañé —respondió él con un murmullo sobre la boca—. Te extrañé...

Agustín atrapó los labios de la mujer al tiempo que la abrazaba con fuerza y la

atraía hacia sí sin intención de dejarla ir. Notó que ella le pasaba los brazos por la nuca, le rodeaba el cuello y se entregaba al juego que le planteaba. No iba a poder dejarla, pensó mientras le quitaba el suéter y le soltaba el pelo cariñosamente. Ella se acurrucó en su pecho, lo abrazó con devoción y, luego, conocedora de la forma de despertar a la bestia, le mordió la piel dura del cuello. Él gimió, la alzó con rapidez y la acostó sobre la cama. Ana no se negó, dejó que esas manos le recorrieran el cuerpo sin permiso y cerró los ojos cuando él terminó de quitarle los pantalones y, con un leve pero sutil movimiento de dedos, la ropa interior. No pudo evitar arquearse cuando Agustín le posó la punta de la lengua en la entrepierna y la mordió. Se retorció. Luego, y sin contemplación alguna, se hundió en ella con la voracidad de aquel que sabe que no habrá de volver a aquellas latitudes. Ana gritó y no pudo evitar tomarlo de la cabellera. Sintió que explotaba y, no sin cierta violencia, lo obligó a incorporarse y lo atrajo hacia sí para quitarle la ropa. Él estaba agitado pero no dudó, se abrió paso en la mujer y la invadió por completo. Se movieron con cierta cadencia, agitados, transpirados. El cuarto empezó a oscurecerse, la luz de la media tarde moría inexorablemente y el aroma de los cuerpos entrelazados empezó a intoxicarlos con lentitud. Allí, entre las sombras del cuarto de hotel, mientras la mujer se entregaba ajena al abismo, Agustín Riglos sentía que explotaba en mil pedazos y empezaba a morir de a poco.



Provincias Unidas del Río de la Plata, 1820

Frente al convento de Santo Domingo, un grupo de hombres esperaba la llegada del visitante. El hombre, con el cargo de Bolívar II dentro del escalafón carbonario, venía recomendado por Napoleón Bonaparte y Simón Bolívar, y los hombres de la logia aguardaban ansiosos su llegada.

El general José Matías Zapiola encendió un cigarrillo y se cruzó de piernas mientras esperaba al visitante. Su mirada clara se había perdido tras la ventana y observaba a la gente deambular por el convento. La tarde se había cubierto de plomo y la lluvia amenazaba con desatarse con furia. El frío había llegado a la ciudad y la ventisca se sintió más fuerte cuando la puerta se abrió. El hombre no era demasiado alto y parecía renguear; iba vestido de manera impecable. Un silencio respetuoso ocupó la sala.

—Gracias por recibirme —dijo el hombre—. Mi nombre es Pierre Benoît y vengo a pedir su ayuda.



Julia Durée dejó que el café reposara unos instantes antes de probarlo y observó su reloj. Todavía faltaban unos minutos para las ocho de la mañana y pensaba disfrutar del último momento de paz con el que contaba antes de reunirse con el agente de Interpol que le habían asignado. Él sería su contacto para la operación a la que se había dedicado los últimos meses.

Un año atrás, cuando la cúpula de Interpol la había contactado para que accediera de manera ilegal a la fortaleza digital de La Legión, jamás imaginó que abriría una caja de Pandora. Ahora, en el *lobby* del hotel Marina Bay Sand en la bellísima Singapur, mientras sorbía con lentitud el café amargo y esperaba a Román Benegas, pensaba en cómo reaccionaría al verla ya que no la conocía como Julia Durée. Y eso podía ser un problema.

Cerró los ojos un instante y recordó el momento en que lo conoció. El español no tendría más de treinta y cinco años. ¿Cuántos años habían pasado ya? ¿Quince? El solo hecho de formular aquel número en su cabeza le hizo notar el paso del tiempo. En aquel entonces ella era otra mujer, tenía otra vida y Benegas había sido su compañero en una misión en Londres. No pudo evitar revivir las emociones de aquellos tiempos, cuando el día los encontraba en la rutina de una operación de vigilancia encubierta y la noche los perdía entre las sábanas. Habían sido meses de una relación tóxica y fulminante. Él era pasional, celoso, territorial; ella, en cambio, era libre. Y casada.

Sin embargo, aquellas noches aún le abrumaban los recuerdos de los cuerpos calientes, las miradas furtivas. Nadie debía enterarse del amorío entre los agentes, ninguno quería perder su carrera por algunas noches de sexo salvaje, pero habían jugado al límite y, a fin de cuentas, ambos habían perdido. Ahora, mientras lo esperaba en silencio y degustaba el brebaje oscuro, temía su reacción. Sabía que Benegas era un as de la mentira, un experto en el arte de la manipulación; no por nada se perfilaba para número uno de Europol. Sin embargo, ella le había mentado y él era un hombre rencoroso.



Diacó se acomodó sobre el sillón de cuero y sonrió. Había vuelto. Aun con sus más de ochenta años se sentía lúcido y fuerte para volver a comandar la cofradía que había manejado por más de medio siglo. La Legión volvía a estar bajo su mandato, por lo menos hasta que designaran al reemplazo de Paul. Su antiguo, y efímero, sucesor no había cumplido con las reglas establecidas: se había negado a destruir la Tabla

Esmeralda y aquella decisión había signado su destino.

Observó el reloj, pasaban de las dos de la tarde. El sol se clavaba en la ventana como una daga y se refractaba a través de los cristales de colores, dando vida a un crisol de vetas multicolores que en aquel momento no le llamaba la atención como cualquier otro día. En ese preciso instante, esa combinación mágica de traslucos no le generaba la emoción de siempre; su mente, en cambio, estaba concentrada en los sucesos que se avenían, en el inexorable giro del destino, en el preciso instante en que Interpol descubriera la identidad de los cuatro cuerpos que habían hallado.

Cerró los ojos. Las dos mujeres, los dos hombres. Sonrió. El detalle de las bocas cosidas había sido el toque magistral de Cancio. El juego de luces de colores diversos parecía bailotear al compás de una música que no lograba descifrar. Su mente vagaba entre los cuatro cuerpos y la necesidad imperiosa que tenía de vengarse. Jamás se había permitido sucumbir a las emociones, pero la traición de Uróboro le había calado hondo y, si era necesario, dedicaría el resto de sus días a vengarse.

Sus pensamientos se vieron súbitamente interrumpidos por el titilar de un teléfono satelital.

—Sí —dijo sin más.

—Está hecho —dijo la voz desde algún sitio indefinido del planeta.

—Bien.

Diacó dio por concluida la conversación y volvió a mirar el reloj. Ya era hora.



Ana abrió los ojos y se encontró en la cama impersonal del hotel Costa Galana. Tenía la cabeza embotada, el pelo revuelto y la boca pastosa. ¿Qué hora era? La noche parecía haberse instalado en la ciudad y las luces tras el vidrio brillaban con cierta gracia.

—Agustín —musitó con lentitud.

Sentía que la cabeza la explotaba. Se incorporó de a poco y trató de acomodar sus ojos a las penumbras de la habitación. Giró la cabeza y observó el lecho vacío.

—Agustín —insistió, al tiempo que se incorporaba con cierta dificultad. Sentía que había dormido una vida entera.

No obtuvo respuesta. El sinsabor en la boca se volvió amargo, casi como si pudiera degustar el abismo al que se aproximaba. Tranquila, Ana, pensó, salió antes que vos. Miró la hora, pasaban las cuatro de la mañana. Sus ojos revolotearon sobre la habitación, estaba todo allí: el maletín, la corbata. Sonrió. Un alivio inusitado le apaciguó el cuerpo. Tomó su celular y con el comando de voz ordenó al dispositivo comunicarla con él. El repiqueteo del aparato en la habitación la sorprendió. ¿Agustín había salido sin el teléfono?

Se aproximó al maletín de donde emergía el sonido y lo abrió. El celular repiqueteaba en el centro del cuero negro. Tomó el aparato y comenzó a revisarlo. Vacío. Ni un solo dato, ni un contacto, nada. El corazón empezó a latirle de manera desahogada. No había llamadas entrantes ni salientes, no había un solo archivo, absolutamente nada. Algo estaba mal, lo presentía. Con la certeza de que Agustín no estaba en la habitación, aun así revisó el baño y después llamó a la recepción. Efectivamente, se había retirado a eso de las dos de la mañana, le informaron desde la conserjería. ¿Había dejado algún mensaje? Nada. No había mensajes.

El corazón le latía más fuerte, las manos empezaron a transpirarle y, cuando quiso tragar, sintió que su garganta se había llenado de vidrio molido.

—¿Dónde estás, Agustín? —se escuchó murmurar.

Salió de la habitación sin siquiera considerar que llevaba una musculosa gastada y un *short* viejo a modo de pijama. Corrió descalza por el pasillo del hotel hasta la habitación de Zapiola y golpeó con fuerza.

El comisario abrió la puerta con lentitud, lo había despertado. Al ver el rostro desfigurado de Ana, se alertó.

—¿Qué...? —quiso preguntar.

—Agustín —dijo Ana, nerviosa—. Agustín no está. Están su celular y su portafolio. Vacío —aclaró—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Algo le pasó, estoy segura, Justo; alguien se lo llevó.

—Ana —interrumpió Zapiola—. Agustín es un exagente de Interpol, de los mejores que hay, te diría. Es imposible que alguien se lo haya llevado.

—No está en mi habitación, dejó sus cosas. Algo pasa. En conserjería dicen que se fue a eso de las dos. No se iría sin decirme, lo conozco. Necesito que pidas que me den acceso a las cámaras de seguridad del hotel.

Zapiola resopló. Luego, resignado, y tras cambiarse de ropas, dijo:

—Vamos, pero exagerás. Agustín debe de haber salido a dar una vuelta. ¿Lo buscaste?

—No hace falta, sé que algo pasó —retrucó, segura de sus palabras y temerosa de lo que acababa de decir.



Riglos detuvo el paso en la mitad de la calle. Estaba solo. Sus oídos capturaban el sonido del mar, ese ronroneo mezcla de agua y viento que solía calmarle los sentidos y que, súbitamente, se había convertido en la peor de las sinfonías. Miró el cielo. La inmensidad de la noche parecía cubrir todo con un manto de oscuridad infinita. Podía sentir cómo él mismo se disolvía con lentitud en esas penumbras macabras en las que se había convertido su realidad. La bóveda, alguna vez celeste, era en aquel momento

una inconmensurable boca de lobo, un abismo al que se dirigía con resignación.

No pudo evitar pensar en Max ni en el momento en el que tuvo que dejar a Ana porque La Legión lo había amenazado con matarla. Ahora comprendía la mirada taciturna del financista durante aquellos días. Máximo Zaldívar había dejado todo por la mujer que amaba. Su decisión, taxativa, lo había llevado por otros rumbos; luego, había tratado de sanar su corazón roto con Miranda. Y, de cierta forma, lo había logrado. Aquella extraña pareja había tenido problemas, pero, a su manera había logrado conectarse. Pero él lo conocía, sabía que no había olvidado a Ana, solo había hecho todo por protegerla. Ahora él se encontraba en el mismo punto: debía alejarse de Ana, debía protegerla. Aunque le fuera la vida en ello, estaba decidido a hacerlo.

Giró la cabeza y observó una vez más el perfil del Costa Galana donde ella descansaba, ajena a la debacle que se iba a desatar en su vida cuando despertase. Se acomodó el saco en busca de abrigo y emprendió el paso. No volvió a mirar hacia atrás. El viento le pegó en la cara con la violencia de la noche negra en la que se sumergía. Segundos después, sintió un gusto a sal en la boca, el olor a mar que flotaba en el aire y el rugido de las olas contra la escollera, y, con lentitud, se disolvió en la incertidumbre del paisaje con la certeza de que allí empezaba el final.

Capítulo VI

ANA se ubicó frente a los monitores y se detuvo en el instante en el que Riglos abandonaba el hotel. Retrocedió la imagen. Volvió a mirarla una vez más.

—No entiendo —murmuró—. ¿Se fue así nomás?

—Tiene que haber una explicación, Ana —interrumpió el comisario Zapiola sin dejar de observar la pantalla. Pero la cabeza de la mujer corría mucho más rápido que la de él.

—Román —dijo sin siquiera dudar—. Román tiene que saber.

—¿Benegas? —inquirió el policía con cierta sorpresa.

—Si esto se trata de lo que estoy pensando —dijo con furia—, Román Benegas es el que sabe.



Román Benegas observó cómo las puertas del ascensor se abrían cuando el sonido de su teléfono celular lo distrajo. ¿Qué motivo podía tener Ana Beltrán para llamarlo? ¿Le habría pasado algo a Verónica? Descartó el pensamiento enseguida y se concentró en la misión que lo ocupaba. Miró el reloj, eran las ocho en punto. Julia Durée lo esperaba en el café del hotel.

Caminó con cierta cadencia y, a medida que se acercaba a la cafetería del hotel, notó que se acomodaba el cuello de la camisa que llevaba abierta y los anteojos de sol. La mujer, de espaldas, ocupaba la mesa pactada frente al jardín interno del hotel. Por un instante le recordó a una figura del pasado, pero dejó el pensamiento a un lado cuando el móvil volvió a vibrar. Ana Beltrán. Volvió a rechazar la llamada y se concentró en la misión que lo ocupaba.

Se acercó a la mesa, giró para ubicarse frente a la mujer y, al enfrentarse al rostro conocido, un sinfín de imágenes desfilaron por su cabeza. Tardó en reaccionar.

—¿Victoria? —preguntó atónito.

—Sentate, Román —dijo Julia Durée—. Tenemos que hablar.



El avión de Interpol despegó del aeropuerto de Mar del Plata cuando la tarde llegaba a su fin. Alrededor de la misma mesa sobre la que habían visto los informes preliminares de lo que encontrarían en aquella ciudad balnearia, Verónica Ávalos, el comisario Zapiola, el doctor Práder y Ana Beltrán mantenían el silencio y la mirada

puesta en las fotografías de los cuatro cuerpos. Los dos primeros, que habían aparecido en la plaza Moreno de La Plata, y el tercero que habían visto allí, en Mar del Plata. Luego, la última foto, la del hombre que la Guardia Suiza había encontrado en las escalinatas de la plaza San Pedro. Cuatro torsos seccionados con precisión quirúrgica, sin una gota de sangre. Las cuatro cabezas que habían encontrado con los labios cosidos envueltas en bolsas de polietileno negro no se parecían en nada a las identidades que la Agencia les había revelado. Los rostros, deformes e hinchados, ocultaban los rasgos alguna vez distintivos de cada una de las víctimas. Dos mujeres y dos hombres que Ana Beltrán conocía perfectamente. No había duda, La Legión estaba de vuelta.



Olaf se recostó sobre el asiento y cerró los ojos solo un momento. Ya había dado aviso de la partida de Pellica. El corazón se le estrujó un poco, ¿hacía falta tanta mentira? Un aguijonazo de culpa le perforó el alma, haberlo visto partir le había removido hasta el último de los recuerdos más oscuros. Lo había visto crecer hasta convertirse en el profesor de renombre que era en la actualidad. Ya no más, pensó. Enrico Pellica se había perdido en la inmensidad del universo para no volver. Habían sido años dedicados a la custodia de aquel niño y, ahora, según el protocolo de seguridad, el hombre debía desaparecer.

Un crujido casi imperceptible lo distrajo. Abrió los ojos. Fue lo último que vio.



En la inmensidad de aquel silencio que la circundaba, Ana Beltrán observó las cuatro camillas dispuestas en el laboratorio de análisis principal de Mesa de Piedra, aquel que utilizaba cada vez que daba clases y necesitaba espacio. En aquella aula magna, el panorama era sórdido. Por la ventana, el otoño empezaba a desdibujarse para darle paso al invierno, el viento soplaba con un poco más de carácter y el gris de la tarde empezaba a abarcar el infinito.

Cuatro camillas. En tres de ellas, un torso y una cabeza por separado. En la cuarta, solo la cabeza. Macabro. Respiró profundamente al tiempo que intentaba serenarse. Ante sus ojos tenía los cadáveres de cuatro integrantes de La Legión, pero en su mente, a Agustín Riglos. ¿Dónde se había metido? Hacía más de veinticuatro horas que el exagente de Interpol había salido del Costa Galana en Mar del Plata y no había vuelto a saber de él. Lo conocía como a la palma de su mano, algo había pasado para que el hombre se perdiera en la inmensidad del firmamento. Antes de

concentrarse en las autopsias que estaba a punto de realizar, y mientras esperaba la llegada del doctor Práder, tomó su teléfono y buscó una dirección de *e-mail*. Cuando la encontró, escribió dos líneas y lo envió. El destinatario de aquel correo era una persona que había muerto en el año 1936: Eduardo Ladislao Holmberg.

—Ana —interrumpió Práder, que ingresaba a la sala con su maletín gastado, los anteojos color ocre viejo y su saco *tweed* con pitucones de gamuza en los codos—. ¿Estás lista?

El hombre se refería a las autopsias, habían acordado realizar las cuatro en simultáneo. Los dos primeros cuerpos habían sido sometidos a los estudios pertinentes; sin embargo, debido a la conexión que habían encontrado entre todos ellos, habían decidido volver a realizar el procedimiento. Ana asintió y luego, con la ayuda de uno de sus asistentes, terminó de colocarse el barbijo y los guantes. Práder, asistido por Daniela, hizo lo propio, y, cuando ambos estuvieron listos, levantaron la mirada, se observaron a los ojos y comenzaron.

El primer cuerpo correspondía al de un hombre caucásico de unos cincuenta años. Al igual que el resto, no había una gota de sangre en ese torso perfectamente seccionado. La rigidez cadavérica podía observarse a simple vista. Ya había pasado más de una semana desde su aparición en la plaza Moreno, justo bajo la estatua del arquero que apuntaba a la catedral de La Plata, pero el *rigor mortis* no era un problema, ya que al no contar con brazos y piernas, el torso se volvía fácil de manipular. Al hacerlo girar, pudieron observar sobre el omóplato derecho, bajo una quemadura química, el primer tatuaje que habrían de encontrar. Aquel juego de líneas entrelazadas los desconcertaba. Volcaron sus observaciones en un grabador digital que Ana llevaba sujeto en el ambo de trabajo. Práder asentía o agregaba comentarios que consideraba pertinentes.

Habían pasado dos horas cuando decidieron comenzar a examinar el segundo cuerpo. En ese caso, el de una mujer caucásica de poco más de cuarenta años. Ana no la había conocido en persona, como era el caso del primer cuerpo, pero había oído hablar de ella.

El procedimiento fue exactamente igual al anterior, y el análisis del cadáver evidenció signos de tortura e indicios de una mano experta al momento de cercenar los miembros superiores e inferiores. También, sobre el omóplato derecho y bajo una quemadura química, se podía observar otro tatuaje: líneas entrelazadas. Si bien no eran idénticas a las del cadáver anterior, resultaban similares.

Ana levantó los ojos y observó al doctor Práder, al tiempo que recorría la camilla con el tercer cuerpo. Otra mujer, la conocía, y en este caso, pensó, la conocía bien. Un leve escalofrío le crispó la espalda. Se detuvo en las manos venosas de Práder que, con precisión, hacían correr el cierre de la bolsa negra que contenía el cadáver. El blanco mortecino tachonado de manchas rojas la impactó de manera violenta. El cuello cercenado, los pechos erguidos fríos como el mármol, el estómago cubierto de moretones azulgrana. ¿Cuánto había sufrido aquella mujer antes de morir? Cerró los

ojos un momento y se concentró en el sonido del cierre que se deslizaba con lentitud, en el aroma a linóleo impregnado de desinfectante que la rodeaba, en el sonido sordo de los bisturíes y del instrumental quirúrgico. Y de repente Agustín asaltaba su cabeza.

No sabía nada de él. ¿Dónde te metiste, Riglos?, se preguntó, mientras desechaba el par de guantes que había utilizado para el análisis de la víctima anterior y se disponía a enfundarse las manos con uno nuevo para realizar el siguiente. Súbitamente escuchó su respiración, como cada vez que necesitaba abstraer su cabeza de algún asunto que la aquejaba –Agustín– y alejarse de todo. Acompañó su respiración con el canto silencioso de una canción que no recordaba dónde la había escuchado por última vez. Su mente tarareaba una estrofa que decía: *You shut your mouth / How can you say / I go about things the wrong way / I am human and I need to be loved / just like everybody else does*. Casi sin darse cuenta, la repetía una y otra vez. La música era un escape, una manera de abstraerse del escenario en el que se encontraba, de despersonalizar el cuerpo que examinaba y de evadir la realidad que la aturdiría: Agustín había desaparecido otra vez.

—Ana. —Escuchó como si de un murmullo se tratase—. Ana... —El susurro persistía.

—¡Beltrán! —interrumpió una voz más potente que la anterior.

La mujer regresó del limbo en el que se había sumergido y reconoció el rostro agotado del comisario Zapiola.

—Perdón —dijo a modo de explicación por su falta de respuesta—. Cuando trabajo...

—No importa —dijo Zapiola preocupado—. Acabo de recibir un llamado del jefe de seguridad del Vaticano. Hay un vuelo dispuesto para llevarnos a Roma apenas concluyan las autopsias.

Práder y Ana observaron absortos cómo el comisario les explicaba los pasos a seguir respecto del caso en el que trabajaban. El cuarto torso, cuya cabeza que reposaba solitaria sobre el aluminio ascético a la espera de ser evaluada, se encontraba en los laboratorios del Vaticano; allí realizarían el último procedimiento.

—¿Qué pasa, Justo? —preguntó Ana atónita.

—Mucho más de lo que podemos imaginar.



Agustín Riglos aterrizó en el aeropuerto de Lyon de madrugada. Allí, un auto de la Agencia lo esperaba para llevarlo a destino. Había dejado Mar del Plata cuarenta y ocho horas atrás y no había dejado de pensar en Ana un solo instante. ¿Qué pensaría ella ahora? Sabía que lo buscaba, ya que cuando recibió el *e-mail* en la casilla de

correo de Eduardo Holmberg, intuyó que sabía que su desaparición no era azarosa. Esa casilla de correo era la que había usado para comunicarse con ella luego de haber desaparecido de su vida por primera vez, aquella noche en el zoológico de Buenos Aires. Recordó haber leído el breve texto con un nudo en la garganta y la certeza de quien sabe que no puede responder. No te vayas. Sea lo que sea, no desaparezcas otra vez, decía suplicante. Había cerrado el puño con violencia como si, de esa manera, pudiera hacer desaparecer la angustia maldita que le carcomía las entrañas.

Ahora, a orillas del río Ródano, que apenas era visible por la bruma del amanecer, y mientras el vehículo oficial lo llevaba a la Secretaría General de Interpol, sabía que estaba a punto de cumplir la misión más difícil de su vida: matar a Diaco, terminar con La Legión y salvar a Ana Beltrán. Y si en ello se le iba la vida, estaba dispuesto a hacerlo.

Sonrió con cierta tristeza. Había creído que podía dejar los servicios secretos, abandonar la vida de doble agente que había llevado por más de quince años y armar una familia con la mujer que quería. Había sido un ingenuo, nadie traicionaba a Diaco y salía indemne. Y había una sola manera de resolver aquel asunto: matar a la cabeza de aquella cofradía o morir en el intento. Y fuera lo que fuera, estaba listo para afrontarlo.



Román Benegas sentía que había ingresado en una dimensión desconocida, no sabía lo que pasaba. Unos minutos atrás, su vida consistía en encontrarse con la agente Julia Durée y comenzar la misión que lo ocupaba: el Protocolo Angulema. Pero, de alguna manera, el destino le había jugado una broma macabra y, frente a él, se encontraba la persona que menos esperaba: Victoria Lang.

—¿Qué mierda pasa? —masculló, mientras se contenía para no gritar.

—Lamento que te enteres de esta manera —dijo Durée e intentó mantener la calma—, pero cuando nos conocimos estaba de encubierto.

Román tomó asiento y dedicó unos momentos a observar a la mujer que tenía enfrente. Luego habló.

—O sea que jamás fuiste Victoria Lang. —Había furia en su voz.

—Mi nombre es Julia Durée —contestó decidida la agente de Interpol sin despegar los ojos de su colega.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó súbitamente Benegas—. ¿Por qué desapareciste de un momento a otro?

—Román, no te tortures con eso ahora —insistió la mujer. No iba a ser fácil trabajar con él.

—Desapareciste de la faz de la tierra, te busqué como un loco, nunca escribiste,

no llamaste, simplemente te evaporaste, ¿por qué? —Apretaba los puños con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Masticó esas palabras casi como si las hubiera rumiado durante una década.

—Román...

—¿Por qué? —repitió sin concesión alguna. Demandaba una respuesta.

—Porque estaba casada —respondió.

El agente Benegas sintió que, otra vez, el mundo le jugaba una mala pasada.



Ana se acercó a la cabeza que correspondía al cuarto cuerpo y tomó valor antes de abrir los ocho puntos de sutura que sujetaban los labios azulosos e hinchados. En el interior de la cavidad bucal, al igual que en el resto de las cabezas examinadas, solo había piezas dentales sueltas producto de los golpes brutales que había recibido. El rostro deforme en nada se parecía al del hombre poderoso que recordaba; sin embargo, allí, a centímetros de sus manos, reposaba la cabeza de uno de los hombres más hábiles y astutos en el arte del engaño y la mentira.

Luego de concluir el examen de la cabeza de aquel singular personaje, Práder le alcanzó la imagen que habían recibido minutos antes desde las oficinas de seguridad vaticana: el tatuaje en la espalda de aquel individuo. Ana observó las curvas entrelazadas y colocó la fotografía junto a las de los otros tres tatuajes; a simple vista, podía afirmarse que componían un todo. Pero ¿cuál era el orden en que debían ir? ¿Qué formaba ese todo? Y lo que era más importante, ¿qué significaba?

—Daniela —dijo Ana a la asistente de Práder—. Te pedí que cargaras en la base de datos de iconografía y simbología los dos primeros tatuajes, agregá estos dos también, por favor. Y si no encontrás nada, comparalos con la base de datos de Interpol. No me llames hasta que no tengas una respuesta.

Daniela asintió y, sin más, desapareció tras el vano de la puerta. Ana sintió el cansancio de las horas de autopsia en cada uno de sus huesos. Se quitó los guantes, los arrojó con precisión dentro del cesto de desechos y luego se apoyó sobre el borde de una mesa de trabajo. Agotada, llevó sus dedos al tabique de la nariz. Apretó con fuerza, cerró los ojos y resopló.

—Deberías descansar, Ana —dijo Práder, mientras guardaba sus cosas en el viejo maletín de trabajo.

Pero ella no lo escuchaba, estaba absorta en la pantalla de su celular, buscaba algo que no parecía encontrar. Había desolación en sus ojos.

—¿Pudiste averiguar algo de Agustín? —le preguntó a Zapiola, que aún estaba presente en el laboratorio.

El hombre negó con la cabeza.

—Román no responde mis llamados —murmuró desganada—. Está con él.

—¿Por qué estás tan segura? —interrumpió Práder.

—Porque Agustín no hace nada porque sí. Sea lo que sea, Benegas le es incondicional, entonces hay dos opciones: o está con él o sabe dónde está. Tengo que ubicarlo.

Ana observó por última vez los cuerpos sobre las camillas, que ya estaban dispuestos para ser enviados a la morgue, y se dispuso a salir de allí. Necesitaba aire.

Terminó de ajustarse el impermeable y levantó la mirada al cielo. El gris de la tarde había mutado en una oscuridad incipiente y se adivinaba en el aire la proximidad del invierno. Metió las manos en los bolsillos en busca de algo de calor, al tiempo que echó una última mirada a aquello que consideraba su mayor logro: el laboratorio de análisis forense más prestigioso de Latinoamérica. Sonrió. Mesa de Piedra se erigía majestuoso en aquel valle de oficinas de elite. Unos días atrás, reflexionó, podría haber afirmado que su vida se encontraba en un punto perfecto de equilibrio: trabajaba en su propio laboratorio y la editorial de su padre, Centauro, había quedado bajo el mando del hombre que amaba. Era feliz. Ahora, en cambio, en ese preciso instante en el que se dirigía hacia su auto, sentía cómo a cada paso que daba la realidad que la rodeaba se desvanecía para convertirse en una inmensa incertidumbre. Respiró profundamente y dejó que el aire helado del crepúsculo se inmiscuyera por sus fosas nasales hasta calarle los huesos, luego apuró el paso y tomó el teléfono. Román Benegas iba a tener que responder, costara lo que costara. Aunque más no fuera por cansancio o saturación, iba a decirle dónde estaba Riglos y por qué se había ido. Pero en el fondo ella tenía una leve sospecha: que La Legión estaba detrás de ese asunto turbio.

Capítulo VII

ALFREDO Etchegaray se había convertido en la cabeza de Interpol Latinoamérica luego del arresto del topo Paul Preston, quien, además de haber sido un hábil doble agente, también había ocupado ese puesto en la organización.

Ahora, en el Vaticano, esperaba junto a Román Benegas ser recibidos por Domenico Gemelli, un hombre que imponía autoridad apenas ingresaba a un lugar. Con un metro noventa y cuatro de alto y algo más de cincuenta años, era un hombre parco, adusto, de palabras medidas, elegidas casi de manera estratégica. Nada en su vida quedaba librado al azar. Sus metódicas rutinas eran de una exactitud napoleónica y su carácter, de temer. Pero Etchegaray, que no solía incomodarse ante nadie, no estaba tranquilo. El escenario en el que se encontraba era complicado y lo que ocurría dentro de las murallas del Vaticano no podía salir de allí. Aquella mañana, el camarlengo había aparecido muerto. Un balazo en la cabeza coronaba su rostro arrugado.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de Gemelli.

—Señores —dijo sin más—. Tenemos trabajo que hacer.



Ana esperó del otro lado de la puerta. Escuchó los pasos, el tintineo de las llaves y el girar del juego de la cerradura.

—¿Puedo pasar? —preguntó con todo el peso de su alma en el cuerpo.

Verónica sonrió y la dejó entrar. La televisión estaba prendida pero en silencio. En la casa iluminada, una copa de vino reposaba sobre la mesa ratona del *living*, un trozo de queso sobre una tabla de madera y la seguridad del hogar conocido. Ana atinó a decir algo, pero Verónica la abrazó y, para su sorpresa, fue ella quien se desplomó en un llanto desgarrador. Ana, sin soltarla ni emitir palabra, dejó sus cosas en el piso y la abrazó fuerte. Conocía el motivo de aquella angustia: Román Benegas.

—Tengo una soledad tan profunda —gimoteo en un hilo de voz— que a veces siento que puedo tocarla.

Ana la abrazó más fuerte.

—No entiendo qué paso. Estábamos bien. ¿Por qué se fue?

Pero no encontraba palabras para dar consuelo a su amiga, solo podía abrazarla fuerte y clavar sus ojos en el televisor para no romper en llanto ella también. No sabía nada de Agustín.

Más tarde, Verónica se encontró sola sentada frente a la mesa del comedor con el único sonido de fondo de la voz gutural de Leonard Cohen, que surgía casi de manera impúdica de la radio. Como si el destino le jugara una broma macabra, se permitió

escuchar la letra de la canción y, súbitamente, comenzó a llorar. Cohen, con tono lastimoso, rezaba: *Your letters they all say that you're beside me now / Then why do I feel alone? / I'm standing on a ledge and your fine spider web / Is fastening my ankle to a stone.* No lo pudo soportar. Se secó las lágrimas y tomó el sobre que un oficial de Interpol le había acercado el día anterior. Lo recorrió con la yema de los dedos. El papel, suave al tacto y áspero para el alma, ponía punto final a una etapa de su vida que trataba empecinadamente de olvidar y no podía. Empujó el blanco del sobre con la punta de un dedo, que se deslizó con gracia sobre la madera oscura. Giró sobre sí misma, apagó la radio y se perdió en el pasillo que la llevaba a su habitación. Abandonó el documento sobre la mesa y decidió no lidiar con aquel asunto en ese momento, estaba demasiado triste para pensar. Se desvistió como una autómatas, se puso una remera vieja y se sumergió en las profundidades de las sábanas; a lo mejor, su cama resultaba un refugio más alentador que la realidad inhóspita que la rodeaba.



Ana ingresó a su despacho pasada la medianoche luego de abandonar el departamento de Verónica. El documento que había recibido de parte de la asistente de Práder la había desconcertado por completo. Encendió las luces y se apoyó sobre el escritorio al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho.

Frente a ella, un panel mostraba las fotos de las cuatro víctimas, y arriba, las de cuando aún estaban vivos. Observar esos rostros le generaba una violencia que no lograba manejar. Debajo de cada uno también estaba el resultado de cada autopsia, las secciones que componían el tatuaje resultante y, por último, la imagen completa de ese dibujo.

Se concentró en los rostros que parecían mirarla en silencio con los ojos aún vidriosos, ya vacíos, y sintió un escalofrío lento recorrerle la espalda. No supo cuánto tiempo observó en detalle aquellas imágenes, pero volvió en sí con el vibrar del celular. Miró la pantalla. Zapiola le informaba que partían para Roma en veinticuatro horas. Pero Ana sabía que debía hacer algo antes de viajar: encontrar a Agustín.



Justo Zapiola se observó en el espejo y notó que el cansancio que sentía se le evidenciaba en el rostro. Se secó la cabeza con una toalla blanca y, cuando giró para colgarla, notó el reflejo de su espalda íntegramente tatuada. ¿Cuántos años habían pasado ya? El recuerdo de los ojos de Elena le asaltó la memoria y sintió un vacío tan pronunciado que casi podía palpar el abismo. Dejó que sus párpados cayeran y se

sentó sobre el borde de la bañera. Se llevó las manos a la cara y se hundió en esa oscuridad improvisada que parecía devorarlo por dentro. No había manera de exorcizar los recuerdos, los *flashes* en su memoria lo asaltaban sin permiso: el cuerpo de Elena, la sangre, la *notebook* abierta, las fotografías de la escena del crimen que la mujer había estado investigando, los documentos esparcidos en el piso, los expedientes salpicados de rojo. Elena, sin vida en el *living* del que había sido su hogar, fría como una piedra.

Zapiola se obligó a levantar la cabeza para que el aire frío le pegara en la cara al salir del baño. No había manera de dejar atrás el pasado, pero debía avanzar. Miró el reloj. Tenía que volar: Roma lo esperaba. Sin embargo, había preferido meterse en la cama para no salir jamás.

Se vistió sin pensar con una remera oscura, *jeans* y zapatillas. En un bolso arrojó dos o tres cosas que podía necesitar para el viaje y, antes de salir, se calzó los anteojos y la campera de cuero. No estaba bien aquel día, el día en que se cumplían quince años del asesinato de su primera mujer. Pero, aunque sintiera que no estaba en condiciones de dar un paso, salió de la casa y partió rumbo al aeropuerto privado de Interpol. Tenía un caso que resolver, el más importante de su vida.



Ana detuvo la camioneta sobre el suelo de piedra frente a La Nelita y observó el paisaje. La casa, de un blanco immaculado y estilo mediterráneo, se recortaba en el horizonte con la magnificencia del mar como escenario. Bajó del automóvil y pudo sentir la piedra mezclada con arena a medida que se acercaba a la puerta principal de madera oscura. Si había un lugar en el mundo en el que Agustín Riglos podía estar, era en su casa en la Posta del Cangrejo, en Punta del Este. La morada en la cual habían celebrado aquel fin de año en el que, finalmente, habían entrelazado sus destinos para siempre.

La Nelita, que llevaba ese nombre en honor a la abuela paterna de Agustín, era una casa mágica, austera en su construcción de piedra caliza blanca y su *deck* protegido por un techo de caña que daba sombra durante las tardes de verano; era el lugar en el que Agustín y ella pensaban llevar de vacaciones a sus futuros hijos y luego a sus nietos. Aquel era su pequeño remanso, el lugar en el que se refugiaban cuando necesitaban desconectarse del mundo y, simplemente, disfrutar.

No pudo evitar respirar profundamente e intoxicarse de aquel aroma a mar. Luego hurgó en el bolsillo de su campera y extrajo un manojito de llaves. A medida que hacía girar la llave de la casona y desactivaba el código de seguridad en el panel de control, no pudo resistir mirar por el inmenso ventanal que, como un cuadro, enmarcaba el mar en su más indómito espíritu. Amaba esa casa, el olor del café por la mañana, la

piedra que se le clavaba en la planta de los pies cuando salía a la galería descalza, el quincho a lo lejos, el aroma a sal que flotaba en aire, la biblioteca de «Tata», como le decía Agustín, un compendio de incunables que había heredado de su abuelo y que cuidaba como su máspreciado tesoro. El verdadero Agustín Riglos se encontraba en ese pequeño gran refugio. Amaba La Nelita y, conociéndolo, luego de casi cinco días de desaparición sin explicación o motivo alguno, Ana intuía que el hombre había ido allí.

—Agustín —gritó.

Pero su voz murió en un eco seco. La casa estaba vacía. ¿Dónde te metiste, Riglos? ¿Dónde?, pensó.

Avanzó unos pasos, revoloteó con la mirada el comedor y luego fue a la cocina. La taza en el fregadero indicaba que alguien había estado allí, su intuición no le fallaba. Se adentró en la casa y vio que el cuarto principal tenía la cama deshecha. ¿Cuándo se había ido? ¿Esa misma mañana? ¿Lo había perdido por minutos? Iba a tener que pedir a la empresa de seguridad que le entregara los registros de activación y desactivación de las alarmas, así sabría cuándo había salido Riglos de la casa.

Desmoralizada, se dejó caer sobre el sofá blanco frente al ventanal y perdió la mirada en el horizonte, mientras trataba de resolver de qué manera seguir. En menos de doce horas debía viajar a Roma y de Agustín, ni noticias. Podía quedarse allí horas, mirar por la ventana el choque de las olas contra las piedras, escuchar el deslizarse del agua sobre la arena, sentía que en aquel sitio entraba en un trance del cual, a veces, no quería despertar. Le daba cierta paz.

Distrajo sus pensamientos en la decoración del lugar: bajo el inmenso vidrio reposaba un cuenco con caracoles y dos bolas de vidrio color turquesa que le encantaban. Extrañaba a Agustín, y no saber de él la angustiaba. Pero intuía que aquella desaparición tenía que ver con su propia seguridad y odiaba que no lo hubiera consultado con ella. ¿Qué le habían dicho para que desapareciera? O, lo que era peor, ¿qué le habían hecho? Un hombre no desaparecía sin dejar rastro, era imposible. Aunque si se trataba de un experimentado agente de Interpol y exespía del Vaticano, no podía asegurarlo.

Más tarde, Ana descendió del mismo avión que la había llevado a Punta del Este en el preciso instante en que el comisario Zapiola caminaba por la pista para subir a la nave que los llevaría a Roma. Tras él, y con paso cansino, el doctor Práder seguía el mismo camino. En su mano derecha llevaba el portafolio color suela que no podía evitar recordarle a sus épocas de alumna en la facultad de Medicina. Práder era un hombre de costumbres inalterables: usaba los mismos anteojos de marco oscuro hace años, el mismo *attaché*, la misma forma de vestir. No había cambiado en casi veinte años que lo conocía.

Al ver que los dos hombres desaparecían tras las puertas de la aeronave, Ana apuró el paso y, a medida que se acomodaba el pelo y los anteojos de sol, subió rápidamente al avión. Allí, sobre la misma mesa de trabajo que se habían encontrado

unos días atrás rumbo a la ciudad de Mar del Plata, Justo, Verónica y Práder repasaban los expedientes de las víctimas.

—Disculpen la demora —se excusó.

—¿Sabés algo de Agustín? —preguntó Verónica, mientras apoyaba la taza de café humeante sobre la mesa.

—No hay manera de encontrar a alguien que no quiere ser encontrado —respondió con un dejo de rabia en su tono de voz.

—Traje tus cosas —dijo, y cambió de tema. Se refería al bolso con ropa y algunas pertenencias que Ana le había pedido que le llevara para el viaje.

—¿Arrancamos? —preguntó Zapiola de manera brusca.

Las mujeres cruzaron una rápida mirada, Justo estaba de mal humor. En silencio, todos abrieron el expediente que tenían frente a sus puestos de trabajo. Lentamente notaron cómo la sala se oscurecía y descendía la pantalla plana. Verónica tomó el control remoto y dio inicio a la reunión. A medida que hablaba, las imágenes que tenían en sus archivos se reproducían en el monitor.

—Sabemos que los cuatro cuerpos que encontramos mantienen un claro vínculo entre sí. —Los demás asintieron—. El primero, Borja Sanz —dijo para referirse a la imagen que se reproducía en la pantalla—. Fue un renombrado bioquímico especialista en venenos de diseño, quien resultó ser un doble agente. —Ana tragó saliva; recordar que había estado a merced de aquel hombre le crispaba los nervios—. Luego de quince años en Interpol y con acceso total a nuestra seguridad, resultó que trabajaba para La Legión.

Se hizo un silencio. A medida que avanzaban las imágenes tomadas al momento de encontrar el torso en los alrededores de la plaza Moreno y de las placas de la autopsia, nada parecía quedar de aquel hombre inteligente y callado que Ana recordaba.

—La segunda víctima, la primera mujer, es Amelia Tate, otra doble agente de La legión infiltrada en nuestra agencia que fue asignada como oficial encubierto para seguir los pasos del fallecido profesor Jack Williams, encargado del análisis de la Tabla Esmeralda. —Verónica hizo una pausa—. El cuerpo de Tate apareció en las escalinatas de la catedral de La Plata.

Ana sintió que el estómago se le revolvía. Recordó el estado en el que recibió el cuerpo de Williams y cómo la habían obligado a realizar la autopsia. Sintió náuseas.

—La tercera víctima es otra mujer —aclaró la oficial. Sobre la pantalla se pudo ver el alguna vez lozano rostro de la científica Evelyn Hall, la mujer que trabajaba con Williams y que se había dado a la fuga con la Tabla Esmeralda.

Ana todavía podía sentir la desolación que experimentó en el preciso instante en que había entrado al laboratorio de análisis de Interpol debajo del Club 300, en San Isidro, y descubrió que la doctora Evelyn Hall era una agente de La Legión y se había llevado consigo el ejemplar completo de la Tabla Esmeralda.

—Por último, y este es el motivo por el cual volamos a Roma —aclaró Verónica

—, el cuarto cuerpo, el que se encontró en las escalinatas del Vaticano. Pertenece a Pablo, el último líder conocido de La Legión o, como nosotros lo conocíamos, el agente Paul Preston.



Agustín Riglos observó cómo el oficial le entregaba sus credenciales y el arma reglamentaria y, tras chequear que el seguro estuviera adecuadamente puesto, se abrió el saco y la colocó dentro de la sobaquera que solía usar. Segundos después guardó su placa y credenciales en el bolsillo interior. Había vuelto al ruedo.

Firmó la documentación que le entregaban y, de inmediato, envió un mensaje seguro a Benegas, donde le informaba que ya estaba activo en la operación que él comandaba: el Protocolo Angulema. Sin más, se colocó el dispositivo de audio en la oreja y se dispuso a escuchar los pormenores de la misión.

Caminó hasta el automóvil que lo esperaba mientras escuchaba la información más relevante del caso, los agentes que participaban y el rol de cada uno de ellos. Súbitamente, un dato llamó su atención: Julia Durée. ¿Dónde había escuchado ese nombre?



El vuelo de Interpol con destino a Roma había despegado hacía varias horas. Habían comido algo ligero luego del análisis exhaustivo de los expedientes de las cuatro víctimas y aguardaban la videoconferencia con Domenico Gemelli, el jefe de seguridad del Vaticano.

Ubicados alrededor de la mesa, esperaron a que Gemelli apareciera en la pantalla.

—*Buonanotte* —saludó Gemelli. En Roma eran las dos de la mañana—. Seré breve —agregó en un perfecto español—. El cuerpo de Paul Preston se encuentra en nuestros laboratorios. Tienen cuarenta y ocho horas para analizarlo. En los documentos que les envió está toda la información que necesitan. Mi gente los esperará en Fiumicino para escoltarlos hasta el Vaticano. Nos vemos en breve.

La comunicación se cortó sin que Gemelli se despidiera. Se notaba que era un hombre que no acostumbraba a dar explicaciones; eficaz y ejecutivo había sido concreto: tenían dos días, nada más.

—¿Por qué nos llaman si nos van a dar solo dos días para analizar el cuerpo? Es imposible resolver esta serie de crímenes en tan poco tiempo —reflexionó Ana.

—Porque algo pasó en el Vaticano —interrumpió Práder, al tiempo que limpiaba el vidrio de sus anteojos con lo que parecía ser una gamuza vieja—. Y ya no nos

quieren allí.

Capítulo VIII

JULIA Durée ingresó a las oficinas de Interpol pasada la medianoche. La reunión se había dispuesto para el momento en que la especialista arribara a Roma. En el interior de la sala la esperaban Jake Callahan, presidente de Interpol; Louis Blanc, cabeza de Europol; y Alfredo Etchegaray, director de Interpol Latinoamérica. La cúpula de la agencia aguardaba su presencia para empezar. Durée comprendió en ese momento que las barreras informáticas que había violado le habían abierto más que puertas; estaba en un punto de inflexión en su carrera y desde allí la escalada era meteórica. No pudo evitar sonreír: era lo que siempre había querido.

—Buenas noches —dijo sin preámbulos.

La mujer, de treinta y ocho años, llevaba una remera blanca en la que se podía leer la leyenda «*Liberté, égalité, fraternité*», un saco negro arremangado y una serie de collares que tintineaban al son de su andar. El repiqueteo de sus Aragona de Manolo Blahnik parecía multiplicarse hacia el infinito en aquella inmensa sala en la que se encontraban. A medida que se ubicaba en su puesto, y tras dejar reposar sus manos sobre la mesa, miró directamente a los ojos a Callahan y dijo:

—El Protocolo Angulema está en marcha.



Román Benegas estaba nervioso. No quería admitirlo, pero desde que había descubierto que Julia Durée no era otra que Victoria Lang, su vida tal como la conocía había dado un vuelco. La buscó por años, pasó días infinitos mientras trataba de saber de ella, pero simplemente se había evaporado. Y ahora, ahí, como si fuera una burla más del destino, se le presentaba como el contacto en la misión que manejaba.

Apuró el paso e ingresó al hotel Regina Baglioni sobre la Via Veneto. Ya en el *lobby*, se acercó a la recepción.

—Tengo reservada la habitación 707.

Minutos después se encontraba en la habitación indicada, dejó el sobre en el lugar estipulado y desapareció.



El vehículo avanzó sobre la ciudad sin dificultad, eran cerca de las tres de la mañana, y Roma parecía brillar detrás de los vidrios del automóvil. El silencio de aquella

noche le resultó acogedor. A su lado, Ana Beltrán tenía la mirada perdida en el horizonte, Práder cabeceaba y Verónica Ávalos, que parecía no dejar de trabajar nunca, escribía en su celular. Él sintió cómo el suyo vibraba, tomó el teléfono y notó que tenía un mensaje. Se trataba de una línea segura. Acercó el dispositivo a su oreja y dejó que la grabación corriera. Negro, tenemos que hablar, llámame, decía.

Zapiola cerró los ojos con un gesto de dolor que nadie más en aquel vehículo pudo notar. El comisario reconocería esa voz por más que los años pasaran, y la persona que había dejado el mensaje sabía que no hacía falta aclarar quién era.

Casi como si se tratara de una tortura volvió a escuchar lo que le habían dicho. Apretó los dientes y cerró el puño sobre el aparato. Súbitamente la letra de una canción asaltó su cabeza, no recordaba el autor, pero sí lo que decía: «Volviste una tarde / después de ciento trece noches sin volver / y en el contestador / amaneció tu voz de reina / con la cola entre las piernas...». Se mordió el labio inferior y volvió a escuchar la voz: Negro. Ella era la única que podía continuar llamándolo así. Primero sintió un escalofrío, luego, un fuego lento que empezaba a cocerse en las entrañas de una mente que, a fin de cuentas, no lograba deshacerse del pasado.

Tenemos que hablar, había dicho la voz del pasado. ¿De qué podían hablar? Ya nada quedaba pendiente. Furia, en ese instante sintió furia. Lo notó en el blanco de sus nudillos que sujetaban con violencia el dispositivo móvil, casi como si así pudiera destruirlo y, con él, el pasado. Abatido, apagó el teléfono y se obligó a guardar el recuerdo de esa mujer en algún compartimento oscuro de su memoria, y, aunque sabía que era imposible, estaba determinado a hacerlo, costara lo que costara.



El vehículo oficial ingresó al Vaticano por uno de los accesos próximos a la parroquia de Santa Ana de los Palafreneros. La oscuridad de la noche parecía devorar todo aquel pequeño Estado, sin embargo, la magnificencia de sus esculturas y construcciones no perdían una gota de esplendor aun en esa noche cerrada. El Vaticano era el estado más pequeño del mundo y, a la vez, uno de los más poderosos. Allí, Ana Beltrán, Antonio Práder, Verónica Ávalos y el comisario Justo Zapiola se dirigían a una reunión que podía aclarar el enigma que se escondía tras los cuatro cuerpos sin cabeza que habían encontrado. En silencio, los cuatro pasajeros bajaron del auto. Dos escoltas de la seguridad vaticana los acompañaron hasta ingresar en un pequeño edificio de oficinas donde, les informaron, se reunirían con Domenico Gemelli.

Ana miró el reloj, ya eran cerca de las cuatro de la mañana, estaba cansada. Habían volado más de doce horas por lo que el trajín de los días pasados y los nervios por no saber nada de Agustín empezaban a afectarla. Necesitaba dormir, pero sabía

que debía estar lúcida para esa primera entrevista con Gemelli. Según sus informantes, era un hueso duro de roer, estricto por demás y que, si los quería fuera de allí en cuarenta y ocho horas, así iba a ser. Como decía Práder, algo había pasado en la Santa Sede para que, súbitamente, la urgencia por contarlos entre sus colaboradores se hubiera esfumado. Pareciera ser que la muerte de Paul Preston había pasado a un segundo plano, pero ¿por qué? Práder había sido claro: «Cuando algo ocurre en un lugar de tantos secretos y misterios, es mejor que nadie de afuera se inmiscuya. Se cuidan entre ellos; algo ha pasado, algo lo suficientemente grave como para que nos quieran fuera». Lo que no lograban dilucidar era qué había ocurrido para que dos días atrás hubieran pedido de manera urgente que volaran a Roma y ahora quisieran sacárselos de encima.

La oficina donde se encontraban era bastante amplia y los confortables sillones les resultaron tentadores. Ana observó cómo Práder se desplomaba sobre uno de ellos y Verónica se quitaba el saco que llevaba puesto mientras giraba el cuello para estirarlo. Zapiola, en cambio, estaba más taciturno de lo habitual. No lograba descifrar si era el cansancio del viaje y las horas sin dormir que tenía acumuladas u otra cosa. Algo sucedía con el comisario, pero no lograba descifrar qué. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el ingreso de una figura que le llamó la atención. El hombre era alto y ancho, tanto que ocupaba casi la totalidad de la puerta. Tras de él ingresó un segundo hombre, un cura.

—Soy Domenico Gemelli —dijo mientras se acercaba a cada uno de los presentes y les estrechaba la mano.

—Entiendo que solo contamos con cuarenta y ocho horas para examinar el cuerpo y... —se apresuró a decir Ana con ánimo de no perder tiempo.

—Doctora Beltrán —interrumpió Gemelli con parquedad—. Una patóloga de su estirpe no necesita más que eso para hacer una autopsia. —Luego, como quien sabe que no va a dar explicaciones, agregó—: Estas serán sus oficinas durante los próximos dos días, aquí el padre Campos los asistirá en lo que necesiten.

Terminado su breve discurso, Gemelli se dio vuelta y se fue. Atónitos, los cuatro investigadores observaron al singular sacerdote, un hombre de unos cuarenta y cinco años y anteojos oscuros que llevaba una sotana larga hasta el piso y una cruz de plata sobre el pecho.

—Le mostraré el laboratorio, doctora Beltrán —dijo sin demasiada ceremonia—. El cuerpo está dispuesto para que realice la autopsia.



Agustín Riglos ingresó al hotel Regina Baglioni pasadas las siete de la mañana. El *lobby*, casi vacío, parecía dormir al igual que sus huéspedes. Se acercó al mostrador y

el conserje lo saludó con un somnoliento tono de voz.

—Tengo una reserva a nombre de Marcos Gutiérrez —dijo. Luego presentó su pasaporte y completó la papelería de rigor del hotel.

—Su habitación estará lista en unos minutos —aclaró el joven detrás del mostrador.

—No hay problema —respondió Riglos.

—Habitación 707 —dijo el conserje y le entregó la tarjeta magnética para el acceso.

—Gracias —respondió y se dirigió hacia los ascensores.

Había vuelto a convertirse en Marcos Gutiérrez.



Daniela escuchó la alarma del decodificador y se levantó del escritorio. Había estado cotejando los cuatro tatuajes encontrados en las víctimas con la base de datos de Interpol, ya que la de Mesa de Piedra no había sido útil.

Cuando la computadora le mostró el resultado, se extrañó. La base de datos había encontrado un patrón. Observó en detalle la imagen, presionó unas teclas del teclado e imprimió la ilustración; además, envió el resultado a la doctora Beltrán. Cuando recogió la impresión, la miró por largo rato. No encontraba relación entre los cuerpos, las líneas tatuadas y lo que veían sus ojos.

Allí, entre sus manos, impreso en blanco y negro, se observaba un texto ornamentado que nada podía tener que ver con las cuatro víctimas. ¿De qué se trataba eso? No encontraba explicación lógica a lo que veía, pero, por otro lado, los trazos en el cuerpo, al articularse, formaban aquel extraño tatuaje.



El doctor Práder terminó de colocarse los guantes descartables y el barbijo e ingresó al laboratorio de análisis forense de las oficinas vaticanas, donde Ana ya se encontraba junto a la camilla para iniciar el procedimiento. Observó cómo la mujer lo miraba a los ojos y asentía. Estaban listos para arrancar.

Detrás de un vidrio y sentados en unos cómodos sillones de cuero, Verónica Ávalos y el comisario Zapiola observaban con atención el escenario. Casi como si se tratara de un espectáculo, pudieron ver cómo Práder y Beltrán realizaban la autopsia de manera coordinada. Los movimientos, casi como si fuera un vals macabro alrededor del metal, eran perfeccionados con exactitud quirúrgica y en absoluto silencio. Observarlos los introdujo en un trance en el que Zapiola logró comprender

el porqué del amor –que hasta el momento nunca había entendido– de la patóloga forense por su profesión. Esa mujer hacía arte. Entre el uso del escalpelo y sus anotaciones parecía estar sumida en una realidad ajena, en un mundo paralelo al del resto de los mortales, donde tan solo Práder y ella entendían la sinfonía de gestos y movimientos con la que se comunicaban.

Observaba cómo se enfrentaba absorta a un torso perfectamente seccionado y sin una gota de sangre, al igual que el resto de los cadáveres. El omóplato derecho presentaba la misma abrasión química que las otras víctimas, debajo, un tatuaje similar. Pensar que aquel torso pertenecía a Paul Preston le generó cierto escozor. Trató de empujar ese recuerdo hacia algún compartimento remoto de su conciencia y enfocarse en un cuerpo sin identidad, sin personalidad. Si no lo hacía así, le resultaría imposible avanzar.

Práder estaba concentrado en el tatuaje, Ana observaba con atención la lividez cadavérica cuando sintió que su móvil vibraba. Había recibido un mensaje por su línea segura.



Agustín ingresó en la habitación 707, apoyó la pequeña valija de mano que llevaba sobre la cama y luego se dirigió hacia el baño para buscar algo tras la mochila del inodoro. Allí, entre la pared y la losa blanca, se escondía lo que buscaba.

Salió del baño con el sobre color madera en la mano, abrió la maleta y extrajo su *notebook*. Luego de ingresar al servidor seguro de Interpol, escribió el código de acceso y abrió el sobre. El código alfanumérico escrito en el papel que desplegó sobre la cama era lo que necesitaba para acceder al mensaje cifrado que Benegas le había dejado. Una vez que cargó los números correspondientes y acreditó su identidad con el lector biométrico que reconoció en la pantalla su iris, leyó el mensaje.

—Mierda —musitó Riglos sorprendido.



El doctor Práder observó en silencio el informe de Daniela. Levantó la mirada y se encontró con la de Ana, que también había recibido la información y, tras terminar la autopsia del cuarto cuerpo, lo había impreso y se encontraban en una sala privada para estudiarlo. A su alrededor, Ávalos y Zapiola aguardaban expectantes. Práder volvió a mirar la imagen. Ahora entendía el porqué de las quemaduras químicas en los torsos de las víctimas. Quien fuera que hubiera asesinado a esas cuatro almas, quería que quienes hicieran las correspondientes autopsias descubrieran los tatuajes,

no así que encontraran rastro alguno.

—Hidróxido de amonio —dijo Práder—, común y erróneamente se llama así al agua de amoníaco.

—Es un producto de limpieza de uso doméstico —agregó Ana.

—Que, utilizado en el lavado de un cuerpo, borra cualquier rastro de ADN o pista que pudiéramos haber encontrado —concluyó Práder.

Los científicos guardaron silencio. El doctor volvió a enfocar la atención en el informe y en la imagen que habían recibido.

—Ana, la quemadura química ha sido estratégicamente colocada. —Señaló el omóplato derecho del torso que, al igual que en el resto de los cuerpos, cubría las extrañas líneas tatuadas—. El asesino aplicó sobre el tatuaje una suerte de resina resistente al amoníaco que evitó que el hidróxido de amonio hiciera desaparecer el tatuaje, ha aislado el trazo fino en la carne mutilada. —Práder hizo una pausa—. Ahora, el resultado de la búsqueda en la base de datos...

—Usted sabe qué es esto —afirmó Ana con el resultado del cotejo de cada tatuaje en la base de datos de Interpol que había realizado Daniela.

Práder asintió en silencio. Los dos observaron la imagen impresa. Al unir las partes que conformaban el todo, los cuatro tatuajes componían un texto ornamentado que componía el nombre de una poco conocida obra de arte.

—¿Qué pueden tener en común estos cuatro cuerpos mutilados con una obra de arte helenística? —inquirió Ana desconcertada.

—Que la obra de arte se encuentra en el Museo Pío Clementino. —Práder volvió a hacer una pausa—. Más conocido como Museo Vaticano.

Capítulo IX

JULIA Durée observó el celular y lo desbloqueó con su iris, ya que tenía un dispositivo de seguridad mediante el cual solo ella podía utilizarlo. Chequeó rápidamente sus mensajes y, tras ubicarse en la butaca del auto que le había facilitado Interpol, dijo: «Hotel Regina Baglioni». El gps del móvil ubicó la ruta más adecuada a esa hora de la tarde y, tras confirmar el itinerario, el auto se encendió. Enseguida, el vehículo y el *smartphone* sincronizaron su información. El coche avanzó a través de una Roma caótica y audaz. La mujer volvió a hablar: Diana Krall, dijo, y casi como por arte de magia los parlantes inundaron el automóvil con la voz de la cantante canadiense.

A medida que recorría las callecitas atiborradas de autos, Julia repasaba los sucesos del día. Jake Callahan había sido claro: tenía carta blanca para avanzar con la investigación en curso. Si bien Román Benegas era el jefe de la operación, el de ella era un rol particular: podía decidir sin consultar. Observó el reloj, pasaban de las cuatro de la tarde, y Roma se le presentaba diferente, había algo en el aire que parecía intoxicarla. Inhaló los aromas de la vieja ciudad y sonrió; Roma era un lugar para enamorarse, no para la misión que la convocaba. Sin embargo, estaba feliz de formar parte de aquel complejo operativo que había comenzado cuando había logrado vulnerar las barreras informáticas de La Legión.

Repasó mentalmente cómo había llegado hasta allí. Luego de años de trabajar en Interpol, y después de más de un año de exhaustiva investigación, había logrado violar la seguridad informática del búnker de La Legión. Ella, Julia Durée, abogada especialista en cibercrimen e ingeniera en sistemas, había desarrollado un *software* capaz de revelar los secretos encriptados de aquella cofradía. Así, de un día para el otro, Interpol estaba a sus pies. Había logrado lo que nadie: adentrarse en la fortaleza digital de la organización criminal más importante de todos los tiempos. No pudo evitar volver a sonreír. Había dedicado días y noches en vela a la investigación de aquella inextricable red informática, había hecho cientos de pruebas –a riesgo de que los encargados de seguridad de La Legión la descubrieran– hasta lograr vulnerar sus *firewalls*. Lo había logrado. Una madrugada, luego de filtrar un *malware* en el servidor principal, había instalado un programa conocido como *keylogger*, que le permitió acceder libremente y de manera anónima hasta el último de los archivos encriptados en aquel fuerte digital de la historia. Había logrado lo imposible: diseñar un troyano imperceptible que le abrió camino en las redes virtuales de La Legión. Nadie había podido vulnerar aquella fortaleza, pero ella había roto el código de acceso y, hasta el momento y con la ayuda involuntaria del topo que La Legión tenía dentro del Vaticano, no la habían descubierto. El virus informático que diseñó y le permitió conocer todo lo que Interpol había querido saber desde que tuvo conocimiento de La Legión era absolutamente innovador. Ingresaba en el servidor, se

instalaba y borraba sus huellas. Pero una vez que tomaba control del servidor principal, podía monitorearlo todo.

Sin embargo, el mayor descubrimiento lo hizo cuando empezó a navegar por los archivos allí guardados. Los principales líderes del mundo tenían un archivo; asuntos como la muerte de John F. Kennedy, seguridad internacional, información financiera de cada compañía importante. Presidentes, primeros mandatarios, monarcas: todos tenían un *dossier*. Las operaciones en las que La Legión había intervenido, como la (¿falsa?) muerte de Hitler, los nazis en países recónditos, asesinatos, circuitos de lavado de dinero del Banco Ambrosiano, la verdad sobre la Papisa Juana, los pactos secretos entre gobiernos, la Revolución Francesa, los falsos delfines, el Área 51, los masones, las sociedades secretas, los asesinatos papales, la Piedra Narragansett, el Códex Gigas, los archivos vaticanos, la Tabla Esmeralda. La cantidad de documentos era infinito. El haber logrado hacer una copia de todo le había facilitado su análisis, y luego de poner en manos de sus superiores aquella invaluable información había provocado que Jake Callahan la había convocado a las oficinas en Nueva York.

—Lo que has logrado, Julia —dijo en su tono de voz monocorde— es inigualable. La información que nos has dado... —Hizo una pausa, buscaba la palabra adecuada—. Es inconmensurable.

Julia recordó haber agradecido las palabras del presidente de Interpol.

—Pero hay un archivo en particular que me ha llamado la atención.

Durée recordó haberlo mirado expectante.

—Luego de que nuestro equipo informático analizara los documentos, notamos que en los últimos cinco años hay varios archivos sobre los que se ha trabajado intensamente. —Callahan guardó silencio un momento.

Ella recordó haberse detenido en el aspecto del agente: llevaba un impecable traje azul marino, gemelos de plata en los puños y el porte de un tiburón. Aquel era un hombre difícil de descifrar.

—Julia —retomó Callahan—, de todos estos archivos hay dos que son los que más movimiento han tenido en estos años, uno es el de la Tabla Esmeralda y cómo hicieron para rescatarla. Hemos descubierto nuevas pistas, pero ya hablaremos de eso. El otro archivo es el que refiere a los Archivos Vaticanos y, pese a que lo hemos intentado infinidad de veces, no hemos logrado abrirlo. Necesito que lo quiebres. Tiene tres contraseñas, pero solo hemos obtenido una, la que conseguiste con el virus que instalaste, pero no hemos logrado pasar de ahí. ¿Podrás hacerlo?

La mujer recordó haber sonreído y, luego de pasar diez días sin dejar de trabajar, logró quebrar la segunda barrera. Pero aún no había logrado descifrar la tercera contraseña. No fue hasta veintisiete días después que, con la ayuda de un experto en seguridad informática —*hacker* de profesión—, que había trabajado con ella cuando estuvo en las empresas de Linus Torvalds, descifró el tercer código. La contraseña era por demás singular: Angulema.

Así, aquella misión que había logrado violar todos los protocolos de seguridad de

La Legión había sido bautizada como «Protocolo Angulema». Ella y Román Benegas estaban a cargo. Lo que Benegas no sabía era que su misión, recuperar la Tabla Esmeralda, era la mínima parte de lo que debían hacer. Convencido de que el nombre de la operación se refería al *software* que le había permitido a Durée *hackear* a La Legión, desconocía que el Protocolo Angulema implicaba revelar un secreto que podía cambiar la historia del mundo y poner en jaque a grandes potencias, entre ellas, al Vaticano, que había sido cómplice y ocultado la verdad durante años. Julia sabía que estaba en un momento bisagra de su vida, la misión en la que estaba no solo era la llave para una carrera de vertiginoso ascenso en los servicios secretos, también implicaba un gran riesgo para su vida. Pero la adrenalina que sintió el día que logró penetrar las redes secretas de La Legión era lo que quería para su vida, y así iba a hacerlo. Volvió a mirar el reloj. Pasaban de las cuatro y veinte y su contacto la esperaba en destino.



Daniela volvió a mirar la imagen del tatuaje, luego giró hacia la pantalla de la computadora y observó los distintos colores que representaban los componentes con los que se había hecho el dibujo. No había manera de explicar aquello. ¿Qué sucedía? ¿Cómo podía ser posible que el grabado en la carne de las víctimas estuviera hecho con aquellos compuestos? Nunca había visto algo semejante, pero resultaba evidente que quien fuera que lo hubiese hecho quería que el mensaje se distinguiera perfectamente. Por un lado, la tinta del tatuaje, si se la podía considerar como tal, estaba compuesta por tres sustancias claramente distinguibles entre sí, y cada una de ellas permitía dilucidar un área diferente para así distinguir las seis letras en cursiva que se entretejían en el ornamento del texto tatuado. No lograba descifrarla. ¿Eran iniciales? ¿Una sigla? No había encontrado nada en los archivos de Mesa de Piedra y tampoco en los de Interpol. Iba a tener que acudir a especialistas. Sin embargo, lo que más había llamado su atención y la preocupaba eran los pigmentos con los que habían hecho la tinta y su origen. Debía enviar los resultados a la doctora Beltrán, ella tenía que estar al tanto del asunto. Aunque pusiera en vilo toda la investigación y pese a no tener una respuesta completa, Daniela sabía que no podía dejar de informarle. Escribió unas pocas palabras en un mensaje seguro, presionó «enviar». Tragó saliva. Aquello era algo para lo que no estaba preparada: la sorpresa de la criminóloga sería tal o mayor que la de ella cuando lo viera.



Diaco tomó la cuchara de plata con cierta parsimonia. El sonido del metal contra la loza, amortiguada por el brebaje, era un mínimo placer con el que se deleitaba cada tarde. Ese sonido era un bálsamo para su mente atribulada, aquel pequeño ritual le daba paz. Cerró los ojos, hizo girar la cuchara una vez más y la llevó a su boca. La temperatura del agua era la justa, y las hebras de té negro especialmente habían sido elegidas para él por un experto *sommelier* de té. Ese era su único momento de calma.

Abrió los ojos. La luz se filtraba por los ventanales de manera prolija y le permitía ver las motas minúsculas que flotaban en el aire. Miró el reloj, en un par de horas, cuando el crepúsculo fuera inexorable, sus hombres de mayor confianza de La Legión llegarían al lugar, y con ellos, su hijo prodigo. Sonrió. Había llegado la hora de tomar ciertas decisiones impostergables.



Ana Beltrán escuchó las palabras del doctor Práder al tiempo que se dejaba caer sobre el sillón que coronaba la oficina que usaban en el Vaticano. Su cerebro trabajaba a una velocidad inusitada.

—Dígame más... —murmuró, a medida que procesaba la información que Práder le facilitaba.

—Este tatuaje —dijo Práder, mientras sacudía la hoja impresa que sostenía en su mano— es el nombre de una escultura conocida como *Grupo de Laocoonte*, una de las obras más representativas del período helenístico. Fue hecha por Agesandro de Rodas y sus dos hijos, Atenodoro y Polidoro, alrededor del año 50 después de Cristo. —Práder hizo una pausa y notó que Ávalos y Zapiola lo escuchaban atentamente. Ana, en cambio, parecía estar sumergida en sus propios pensamientos. Había notado algo que él todavía no. Le conocía los gestos, la manera en que pensaba y sus caminos lógicos a la hora de resolver misterios. Decidió continuar—: Esta escultura fue encontrada en 1506. El papa Julio II la adquirió para colocarla en el Vaticano. Desde ese entonces se encuentra expuesta en el Museo Pío Clementino.

—¿Y qué tiene que ver con los cuatro cuerpos? —preguntó desorientado Zapiola.

—Ciertamente no lo sé, Justo —contestó resignado—. En la mitología griega, Laocoonte era el sacerdote de Apolo Timbreo en Troya. Según el relato de Virgilio en *La Eneida*, después de que los sitiadores aqueos simulaban una retirada, los troyanos encontraron un caballo construido de madera en las puertas de la ciudad.

—El caballo de Troya —afirmó Verónica.

Práder asintió.

—Al ver el caballo —continuó, mientras se acomodaba los anteojos—, Laocoonte pronunció la famosa frase «*Timeo Danaos et dona ferentes*»: «Desconfío de los dánaos —griegos— incluso cuando traen regalos» y alertó a los troyanos de

que podría ser una trampa, que dentro del caballo podía haber tropas aqueas. Sugirió quemarlo, pero los troyanos no le hicieron caso. Al ver esto, lanzó palos en llamas para tratar de quemar el caballo. En ese momento, dos grandes serpientes, Caribea y Porce, emergieron de las aguas y devoraron a sus hijos. Angustiado, Laocoonte se lanzó a luchar contra las serpientes y también resultó devorado.

—No veo la relación —reflexionó en voz alta Zapiola mientras trataba de dilucidar qué conexión podría haber entre esos cuatro torsos sin cabeza y el tatuaje que llevaban en la piel.

—No es el significado —interrumpió Ana—, es el lugar.

—¿El lugar? —Verónica empezaba a comprender.

—Han aparecido cuatro cuerpos. —Ana empezó a hablar de manera vertiginosa, las palabras iban más rápido que sus pensamientos—. Dos en La Plata y el tercero en la catedral de Mar del Plata. Hasta ahí, el único denominador común eran los torsos cercenados con exactitud quirúrgica, sin cabeza ni miembros superiores e inferiores y sin ni una gota de sangre. También está la cuestión religiosa, ¿por qué aparecen en iglesias o en sus alrededores? Pero lo más importante es que cada cuerpo presenta un tatuaje en el omóplato derecho, y cada uno conforma la parte de un todo. El cuarto cuerpo nos trae hasta aquí. —Hizo una pausa y miró fijamente a sus compañeros de trabajo—. Nos trajo al Vaticano, donde se encuentra la escultura que nombra el texto tatuado en los hombros de los cuatro exmiembros de La Legión.

Todos guardaron silencio.

—Sé perfectamente que La Legión está detrás de estas muertes, no por nada Agustín desapareció. —Volvió a hacer una pausa—. Evelyn Hall, Borja Sanz, Amelia Tate y Paul Preston eran agentes de esa cofradía. No sé qué busca Diaco con sus muertes, ya tiene la Tabla Esmeralda, pero no es el tatuaje ni la escultura en sí lo que debemos investigar, es el lugar, debemos ir a la sala Pío Clementino.

—Se equivoca —dijo Domenico Gemelli al irrumpir en la sala junto con el padre Campos y dos oficiales de la Guardia Suiza—. Su deducción es muy atinada, doctora, pero el tatuaje dice mucho más de lo que cree.

—¿Qué? —inquirió desorientada Ana al verlo acercarse al jefe de la Policía Federal Argentina sin titubear.

—Comisario Zapiola —dijo Gemelli con aspereza. Justo devolvió la mirada dura y escuchó lo impensable—: Acompáñenos, queda usted arrestado.



Apenas caía la noche cuando el hombre llegó a destino. Estaba cansado, sucio y su apariencia nada tenía que ver con la del hombre que había dejado el Vaticano un par de semanas atrás.

—Bienvenido, hermano —dijo Diaco, al tiempo que se ponía de pie y lo abrazaba con calidez—. Ha llegado usted a su casa.



Román Benegas aguardaba la llegada de Agustín a las oficinas de Interpol en Roma. Le habían facilitado un despacho para poder trabajar con comodidad mientras se desarrollaba la misión que tenía a cargo. Enfocó la mirada en la pantalla de su computadora y releyó el último informe del operativo. El Protocolo Angulema marchaba bien y ya sabían dónde estaba la Tabla, pero, por alguna razón que no lograba dilucidar, la agencia no quería recuperarla aún. ¿Qué esperaban? Había algo que le ocultaban y sospechaba tenía que ver con Julia Durée o, como él la había conocido más de quince años atrás, Victoria Lang. ¿Quién era esa mujer en realidad? Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el ingreso del agente Riglos a la oficina.

—Cero. —Román lo llamó por su nombre de guerra—. Es bueno verte.

Ambos se fundieron en un cálido abrazo.

—Es bueno estar de vuelta —respondió Agustín—, aunque las circunstancias sean...

—¿Te contactaste con Ana? —Román no lo dejó terminar de hablar.

—No voy a hacerlo. No voy a volver a ponerla en peligro.

—Me llamó infinidad de veces; te busca.

—Lo sé. También sé que Diaco va por ella, que si no lo detengo antes... —Hizo una pausa—. Voy a verlo, sé cómo contactarlo.

Benegas enarcó una ceja.

—Fui parte de La Legión por más de una década —continuó—. Sé cómo piensa Diaco, él me espera.

—Vas hacia una muerte segura —afirmó Benegas preocupado.

—No si lo mato antes.



Julia Durée estaba sentada en el *lobby* del hotel Regina Baglioni a la espera de alguien que no iba a llegar. Miró el reloj, se le hacía tarde para su reunión en Interpol. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no se había presentado? Tomó el celular y aguardó unos minutos, nuevamente apareció el buzón de voz. Dejó un mensaje, pagó el café que había tomado y se fue.



—Recibiste el mensaje seguro —afirmó Benegas refiriéndose al mensaje que había dejado en el hotel Regina Baglioni.

Riglos asintió.

—Estoy preocupado —dijo Román.

—El camarlengo... —afirmó Agustín.

Benegas asintió.

—Alguien violentó la seguridad vaticana, entró a los aposentos papales y le metió un tiro entre ceja y ceja a la mano derecha del papa. Gemelli está como loco, cerró todas las entradas y salidas de la ciudad, ha convertido la Santa Sede en una fortaleza.

—Benegas hizo silencio un momento—. Creen que ha sido alguien de adentro.

—¿Un sacerdote? —preguntó incrédulo Agustín.

—No sé, son herméticos, nos han dado muy poca información. Creo que sospechan de alguien pero no dicen nada.

—No entiendo, Román. Gemelli es el jefe de seguridad vaticana, es el primero que debe querer que este asunto se aclare. Un asesinato en la Santa Sede es un escándalo, una bomba de tiempo. A fin de cuentas, ellos contactaron a Interpol, pidieron específicamente por nosotros debido a nuestra experiencia en el Vaticano. Entonces ¿por qué no brindar toda la información para ayudarlos?

—Por la misma razón por la cual no me dejan recuperar la Tabla Esmeralda.

Agustín se acomodó en su silla y lo miró absorto.

—No entiendo. ¿Sabés dónde está la Tabla?

Benegas asintió.

—Hemos *hackeado* a La Legión, hemos violado su fortaleza informática y sabemos en qué trabajan, qué han hecho, infinidad de cosas, entre ellas, dónde está la Tabla.

Riglos seguía sin entender.

—Pero si sabés...

—No quieren que la recupere, Agustín —dijo Benegas, mientras se acercaba a su amigo y hablaba en un tono más reservado—. Súbitamente, y a pesar de que la hemos buscado por años, Callahan no me autoriza el operativo para su recupero.

—Entonces ¿qué carajo es el Protocolo Angulema? ¿En qué estamos trabajando?

—Es lo que quiero averiguar, y para eso te necesito.

Capítulo X

ANA sintió que su celular vibraba en el preciso instante en que le reclamaba a Gemelli una explicación.

—No se va a llevar a Zapiola así como así —dijo enérgica.

—¿Por qué me arresta, Domenico? —interrumpió el comisario, utilizó el nombre de pila del exagente de la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana, a quien conocía de sus días en la CIA.

—Hablaemos a solas —respondió Gemelli con parquedad.

—De ninguna manera —interrumpió Verónica sin titubear—. El comisario Zapiola está bajo la órbita de Interpol, tiene inmunidad, no puede sacarlo de aquí.

Gemelli sonrió.

—¿Y usted lo va a impedir? —Por un segundo pareció divertirse el arrebatado de la agente.

—No —respondió, al tiempo que sacaba su celular.

—Si me está llamando a mí, agente —interrumpió una segunda voz tras Gemelli—, es en vano. Vamos, Zapiola, tenemos que hablar.

—¿Callahan? —Verónica no entendía lo que veían sus ojos. ¿Qué hacía la autoridad máxima de Interpol en el Vaticano?—. ¿Qué está pasando?

Pero Callahan no respondió, y con la elegancia con que se manejaba, escoltó a Zapiola fuera de las oficinas junto con Gemelli y los dos guardas suizos. Tras ellos fue el padre Campos.

Ana, Verónica y Práder se quedaron dentro de la sala, impávidos. A su alrededor quedaban los papeles y las carpetas que habían analizado y el desconcierto de lo sucedido. Se observaron en silencio.

—Verónica —dijo Ana resuelta—. Llamalo a Román.

Ella parpadeó. No sabía si la había sorprendido más el arresto de Zapiola o ese pedido. ¿Llamar a Román? ¿Llamar al hijo de puta que antes del año de casados se había mandado a mudar sin explicación alguna?

—De ninguna manera. Sabés que no hablo con él.

—Verónica, no seas ridícula. Si Callahan está aquí, en el Vaticano, con una persona de nuestro equipo, el único que nos puede ayudar es Román; lo sabés.

Verónica sabía que tenía razón. Él era uno de los agentes mejor conectados dentro de Interpol, tenía el poder de solucionar casi todo, incluso intervenir a favor de Zapiola frente a Callahan. Lo conocía, era un agente que había hecho favores a las personas indicadas y muchas le debían más que la vida. Pero la sola idea de llamarlo le ponía la piel de gallina. Sintió que el corazón se le estrujaba y que un sudor frío le recorría la espalda hasta alojarse en las sienes. Habían pasado meses desde que se habían separado y, aún así, todavía no se sentía capaz de enfrentarlo.

—Ana... —Había suplica en su voz.

Ella entendió, su amiga no podía enfrentar a Román Benegas. Tomó el teléfono, pero antes de llamar notó el mensaje de Daniela. Abrió el documento sin perder el tiempo y lo que vio la dejó sin habla.

—Ya sabían todo —murmuró, al tiempo que sentía que se le escapaba el aire del cuerpo—. Sabían todo.

Sin siquiera pensarlo, y ante la mirada absorta de Verónica y del doctor Práder, Ana se levantó del sillón y salió corriendo de la oficina.

—Gemelli —gritó hacia la inmensidad de un pasillo que parecía no tener fin.

Un oficial de la Guardia Suiza se le acercó y le impidió el paso. La retuvo enseguida y le impidió avanzar.

—Llámelo a Gemelli —dijo Ana con seguridad mientras le clavaba la mirada al guardia—. Y dígame que la doctora Beltrán ya sabe todo.



—Tengo otro asunto que hablar con vos —dijo serio Román, al tiempo que revolvía el café que le habían alcanzado.

Agustín asintió en silencio mientras probaba el brebaje caliente.

—Julia Durée —dijo.

—No la conozco —respondió Riglos y apoyó la taza sobre el plato—. En el informe de la operación decía que está a cargo de la parte de sistemas.

—Sí, sí la conoces.

El Agente Cero enarcó una ceja.

—Pero no la conoces como Julia Durée. —Hizo una pausa, había un dejo de ira en la manera en que mascullaba aquellas palabras.

—¿Y como quién la conozco?

Agustín notó que Román apretaba los puños y que por primera vez en los años que lo conocía se mostraba vulnerable. El labio superior le temblaba y había furia en sus ojos. Su silencio no duró mucho más:

—Es Victoria Lang.

Agustín, que se llevaba la taza de café a los labios, se detuvo en seco y volvió a dejarla sobre el escritorio oscuro.

—¿Qué?

—Ella misma. Después de más de quince años, aparece de la nada. —Había decepción en su voz, pero retomó el relato mientras simulaba compostura—. El asunto es que, cuando la conocimos, estaba de encubierto.

Agustín comprendió de inmediato.

—Me reuní con ella en Singapur —continuó—. Fue ella quien desarrolló el Angulema.

—¿El Angulema? —interrumpió, mientras terminaba su café.

—El *software* que le permitió *hackear* a La Legión.

—Entiendo.

—Está por llegar. —Hizo una pausa—. Todavía no salgo de mi asombro.

—¿Creés poder manejarla? —preguntó incrédulo Agustín, que todavía trataba de asimilar la idea de un Román Benegas vulnerable, ¿despechado? Y lo que era peor ¿enamorado?

—¡Vamos, Agustín! Dejé de ser un niño hace años. —Había determinación en la voz del agente español—. Pero el encuentro fue algo que no esperaba, no me gustan las sorpresas.

—¿Qué pensás hacer?

—¿Hacer? Nada, soy un profesional, sé a dónde quiero llegar y Dios sabe que he sacrificado todo para llegar hasta aquí.

—Verónica... —murmuró Agustín.

—He sacrificado mi vida para llegar a un puesto jerárquico en Interpol. El mando de Europol está a una operación de distancia. Blanc —dijo en referencia al jefe de esa organización— está a meses de jubilarse. Renuncié a todo, participé de la Operación Esmeralda. —Agustín sintió un dejo de amargura en su garganta, no quería recordar aquella operación. Bebió un poco de agua—. Y traicioné a la única mujer que verdaderamente me ha importado. —Se puso de pie, se lo notaba angustiado—. Me divorcié de Verónica, la dejé antes del año de casados porque Interpol no quiere directivos casados, son más vulnerables. Vendí el alma al diablo por tener este puesto y no lo voy a dejar pasar por esta oportunista de medio pelo que se ha convertido en la estrella por...

—Por lograr lo que nadie logró en años. —La voz firme de una mujer interrumpió en la oficina.

Riglos y Benegas giraron sobre sí mismos, frente a ellos se encontraba la agente que ellos conocían como Victoria Lang y que, en realidad, no era otra que la especialista en cibercrimen Julia Durée.

—Vamos a dejar algo en claro —dijo la mujer, mientras dejaba su cartera sobre una silla y se quitaba el saco negro corte sastre que llevaba.

Agustín y Román la observaban en silencio.

—Tenemos horas de trabajo en conjunto por delante y no vamos a hacer de una historia del pasado un problema del presente.

—Estoy de acuerdo —respondió Román e hizo un gesto para que la mujer se sentara junto a Riglos—. Tenemos mucho que hacer.



Ana observó el resultado del análisis que había recibido de Daniela y luego se lo entregó a Verónica para que lo mirara.

—No puede ser —musitó, al tiempo que le entregaba el documento a Práder.

—Por eso se lo llevaron a Zapiola —murmuró el doctor, mientras se acomodaba el marco de los anteojos. Se lo notaba cansado, hacía casi cuarenta y ocho horas que no dormían.

Ana asintió. Zapiola tenía mucho que explicar.



La hermandad estaba reunida en torno a la mesa, los cuatro hombres volvían a encontrarse luego de tres años. El anterior había sido un breve encuentro en la Universidad Pontificia de Salamanca y entre los cuatro habían decidido qué hacer con Ana Beltrán y la posibilidad de que la mujer encontrara el legado de Hipatia de Alejandría. Ahora el asunto que los urgía tenía otro tenor.

Diacó apoyó sobre la mesa los delicados papiros. Los hombres ya los habían visto, Evelyn Hall les había enseñado la magia que aquel arcano manuscrito encerraba.

—Ustedes conocen la razón por la cual Pablo, Evelyn, Borja y Amelia han muerto.

Los presentes asintieron. Diaco notó que uno de sus hermanos tenía las manos más arrugadas de lo que recordaba, las venas se le marcaban en un azul profundo y un surtido de manchas le salpicaba erráticamente la piel pálida. Podía adivinar ansiedad en esas manos que, sobre la madera oscura, repiqueteaban sus dedos al compás de una melodía inexistente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Diaco.

—Creo que fue excesivo —dijo el hombre, al tiempo que tomaba un cigarro y lo encendía con lentitud—. ¿Por qué cortarle los brazos y las piernas? —Dio la primera pitada y dejó que la nicotina llegara hasta la última de sus terminaciones nerviosas, luego expulsó el humo y lo observó contonearse un momento antes de seguir—. ¿Qué necesidad había de ser tan crueles?

Diacó sonrió y la mueca hizo que su piel arrugada pareciera más tirante. Ya era un hombre viejo; sin embargo, estaba seguro de cada una de las decisiones que había tomado era por el bien de La Legión. Hacía tiempo que la cuestión moral en su vida había dejado de ser un tema de preocupación. Él era un soldado de Dios, un custodio del orden, la cabeza de una organización que velaba por los secretos mejor guardados para así mantener el equilibrio. Si objetos paganos como la Tabla Esmeralda salían a la luz, el *statu quo* mundial se desestabilizaría. Había una historia oficial, un relato construido que hacía del catolicismo el mito real en el que se había construido: una

verdad absoluta. Miles de fieles creían en la Iglesia, en el Señor de los Cielos, y aquellos escritos ponían en vilo la seguridad de la humanidad, por eso había decisiones difíciles que tomaba en pos de un bien mayor. Pequeños grandes sacrificios, los llamaba.

—A veces, mi querido amigo, hay que demostrar poder.

—Pero no con nuestros hombres, hombres que han dedicado su vida a la causa de La Legión, a proteger los secretos más...

—Justamente —interrumpió el líder de la organización—. Porque son nuestros propios hermanos quienes nos traicionaron debemos ser más rígidos con ellos. Ningún otro miembro de La Legión desobedecerá una orden luego de esto, y el mensaje es claro. Desde la Antigüedad, cuando un miembro de La Legión traicionaba a la cofradía, sus manos y sus piernas se cortaban y se les extraía hasta la última gota de sangre, que luego se arroja al Mar de Galilea, el mar en el que Jesús caminó sobre las aguas. Solo en Tierra Santa pueden los impuros purgar sus pecados.

El hombre guardó silencio un momento. No estaba de acuerdo, creía que la crueldad con la que acabaron las vidas de cuatro soldados que habían dedicado su vida a la organización no era la manera correcta. Era cierto que Pablo no había aceptado su misión, destruir la Tabla, pero el recuerdo de los cuerpos cercenados, las cabezas separadas de sus torsos, las bocas cosidas...

Era hora de que Diaco dejara de ser la cabeza de San Miguel, era hora de poner fin a su mandato.



A medida que avanzaban por los pasillos de las oficinas vaticanas, Ana Beltrán, Antonio Práder y Verónica Ávalos sabían que si Gemelli había aceptado recibirlos era porque el mensaje que le había enviado Ana —dígame que lo sé todo— había surtido efecto.

Iban en silencio, sin siquiera prestar atención a los escritorios vacíos y a los cubículos a oscuras. Eran más de las cuatro de la mañana y las oficinas estaban en silencio. Sus pasos sobre el piso impoluto eran lo único que se podía escuchar. La respiración de los cuatro guardias suizos que los escoltaban acompañaba el ruido seco de las suelas de los zapatos y el eventual roce de alguna prenda contra otra durante el andar.

El pasillo era largo, demasiado extenso, pensó Ana, al tiempo que se acomodaba el cuello alto de su *sweater*, tenía algo de frío. O quizás era el desamparo de esos cubículos que la rodeaban, o el silencio que la aturdiía, o la certeza de que los cuatro cadáveres ya no eran tan solo un crimen de La Legión en busca de ¿venganza?, como había supuesto en su fuero más íntimo, sino algo profundamente más grande y

peligroso de lo que imaginaba. Todavía no lograba entender cómo era posible explicar el resultado del análisis que Daniela les había enviado. Algo se le escapaba, había un detalle que no veía, un hilo invisible que unía todas las puntas: los cuerpos, los sitios en los que aparecieron, los tatuajes, la escultura del *Grupo de Laocoonte*, el Vaticano, Gemelli que no los quería allí luego de haberlos convocado, algo les ocultaban, pero ¿qué? Demasiadas puntas para unir en un solo caso. Había más de una cuestión allí por resolver. El primer paso para esclarecer aquel intrincado asunto era que Gemelli le aclarara ciertos puntos, y a eso iba decidida, a sentarse frente al jefe de la seguridad vaticana y convencerlo de que ella y su equipo de investigación podían ser de gran utilidad. A fin de cuentas, estaban todos en el mismo bando, ¿o no? Ana se obligó a descartar esa duda, por lo menos en aquel momento. Lo cierto es que ya no confiaba en nadie. ¿Zapiola estaría involucrado? ¿Por eso se habría ido de la CIA? ¿Los rumores de su matrimonio frustrado no eran más que una pantalla? ¿Era el que decía ser? ¿De qué otra manera podía explicarse aquello?

Decidió hacer a un lado los interrogantes y concentrarse en los hechos. Empezó a repararlos mentalmente desde el momento en que Zapiola se había presentado en Mesa de Piedra. Pero tenía demasiadas preguntas y muy pocas respuestas.

Avanzó en silencio, ya habían atravesado infinidad de pasillos y subido a dos ascensores. Por último, aún en un estricto silencio quebrado tan solo por el sonido de los lectores biométricos que reconocían el iris de uno de los guardias suizos, llegaron a destino: dos puertas metálicas custodiadas por dos hombres de traje oscuro que, ante la presencia de los escoltas, abrieron las puertas con un código alfanumérico y los invitaron a entrar.



Enrico Pellica se sumergió en la bañera y dejó que el agua le llegara hasta las orejas. Luego, muy lentamente, sintió cómo el líquido le cubría el rostro hasta llegar a la nariz. Cerró los ojos y se sumergió por completo. El sonido del agua estancada cuando se perdía en ella era su melodía predilecta, le permitía pensar: el agua bloqueaba el sonido exterior, y él se refugiaba en sus recuerdos. Todavía le dolía el corazón, sabía que no vería más a Dolores, su hermosa Dolores, la mujer que amaba. Aunque entendía que sobre todo estaba el deber y honrar el juramento de su familia, sabía que moría por dentro, que no había secreto o verdad que debiera destrozar a un hombre como aquel, a quien su familia custodiaba desde hacía tanto tiempo.



Agustín Riglos se acomodó en la silla y observó en detalle a la mujer que tenía al lado. No había ni una gota de semejanza con la Victoria Lang que recordaba. Aquella mujer, hoy Julia Durée, parecía un ser solitario, alguien endurecido por el paso de los años. Se la notaba ejecutiva, era brillante al hablar y su vestir urbano era impecable. Le recordó a la manera en que Ana vestía los fines de semana: los pantalones de corte impecable terminaban al ras de un par de botas de diseñador, no sabía con exactitud cuál, pero sin duda valían sus buenos euros. Notó que usaba una alianza de oro, estaba casada, y que en la cara interior de su muñeca derecha se leía, en cursiva, un tatuaje que rezaba «Aroha», «amor» en la lengua maorí. Contra todo pronóstico, usaba dos pequeños y sobrios aros de diamante. Aquel arrebatado de seriedad que contrastaba con el resto de su impronta lo indujo a pensar que aquellos aros tenían un gran valor sentimental para ella. Llevaba el pelo lacio suelto, de una mezcla de colores rojizos. Calculó que no superaba los treinta y ocho años. Era una mujer joven pero, por momentos, aparentaba más edad, quizá por el halo de tristeza que enmarcaba su rostro.

Aquella fue una larga jornada de trabajo. Lo que más le llamó la atención fue cuánto Durée y Benegas se parecían. Tenía la sensación de que la mujer había sacrificado todo por un puesto en la cúspide de Interpol, era ambiciosa hasta la médula, al igual que Román. Nada ni nadie se interpondría entre ellos y su objetivo: ser cabeza de Interpol. Julia Durée era una mujer dura, se notaba, pero sobre todo era una mujer brillante.



Ana ingresó a la sala acompañada por Práder y Verónica. Lentamente se ubicaron en la mesa. Allí, mientras tomaban café bastante relajados para lo que se suponía iban a discutir, estaban Justo Zapiola, Jake Callahan y Domenico Gemelli. Todos guardaron silencio hasta que los patólogos y la agente de Interpol se ubicaron en sus puestos. Luego de que la puerta de la sala se cerrara y estuvieran a solas, Gemelli habló.

—La escucho, doctora Beltrán.

Ana no se intimidó ante el tono de voz duro del jefe de seguridad vaticana; en cambio, tomó su tableta electrónica y les mostró el análisis del tatuaje que había recibido.

—Usted dijo que el tatuaje decía mucho más de lo que yo pensaba.

Gemelli asintió en silencio.

—En un principio pensé que el texto del tatuaje, *Grupo de Laocoonte*, era un lugar de referencia, y lo sigo sosteniendo, pero, al ver estos resultados —Ana hizo una pausa, levantó la mirada y observó uno a uno a los presentes para detenerse en Zapiola—, entiendo que hay mucho más que un indicador de sitio.

Gemelli no hizo gesto alguno. Callahan y Zapiola guardaban silencio. Ana decidió proseguir.

—El tatuaje que encontramos en los cuerpos y que conforma este texto ornamentado no es un tatuaje normal, ya lo dijo usted. —Ana carraspeó, bebió un vaso de agua y luego magnificó el detalle del análisis en la tableta, allí se veía la frase *Grupo de Laocoonte* ornamentada con la singularidad de que para aclarar cómo estaba compuesto se representaba en tres colores—. Este tatuaje no se hizo con tinta convencional, sus elementos son bastante singulares.

Gemelli asintió.

—Se hizo con una mezcla de sangre y polvo, dos tipos de sangre, para ser específicos, y polvo de huesos, adn puro. Pero la sangre no pertenece a los difuntos. Uno de los tipos de sangre encontrada —Ana magnificó aún más la ilustración—, específicamente el ornamento que rodea al texto, que aquí hemos marcado en color verde para distinguirlo, corresponde al comisario Zapiola. —Ana clavó los ojos en él y continuó—. Estimo que usted —giró la cabeza y se dirigió al jefe de seguridad vaticana— sabe a quién corresponde el segundo tipo, aquí destacado en violeta junto al adn óseo, en rojo, mezclado para lograr esta extraña tinta.

—Doctora Beltrán, usted mandó a decir que lo sabía todo.

—Soy una experta en patología forense y una eminencia en análisis genético. Usted sabía desde antes sobre este tema, todo el tiempo nos monitorearon, usted nos necesita, por eso nos llamó. Pero hay algo que esconde y necesito que me lo diga ya. Si quiere resolver este asunto, si verdaderamente quiere saber porque encontró al líder de La Legión decapitado en las escalinatas de San Pedro, va a tener que confiar en mí, Domenico.

Capítulo XI

EN silencio, Diaco acomodó las tres finas placas de esmeralda grabadas con punta de diamante sobre el manuscrito de Hermes Trimegisto, la Tabla Esmeralda. Al hacerlo, un destello de luz invadió la sala donde se encontraba la cúpula de la hermandad.

—Abdiel —dijo Diaco al dirigirse a su hermano—. Sé que crees que nos hemos excedido en las medidas que hemos tomado, y pido disculpas por ello, pero te ruego, querido amigo —la cabeza de La Legión hablaba con lentitud pero firmeza—, que luego de ver lo que voy a mostrar consideres si no hubieras hecho lo mismo.

Sin emitir palabra y concentrado en el movimiento de sus manos, Abdiel observó cómo Diaco manipulaba una antigua y pesada llave de hierro. El mango estaba decorado con un grabado que no era posible dilucidar a aquella distancia, el paso del tiempo había hecho estragos en el diseño, apenas distinguible en las penumbras de aquella habitación. Notó cómo Diaco la hacía girar sobre la palma de su mano antes de cerrar uno a uno sus dedos alrededor del hierro frío. Por último, vio la extraña combinación de la llave, absolutamente críptica. Levantó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Diaco, que tomó la llave y, como si la luz se hubiera hecho dentro de aquellas cuatro paredes, el centro de la Tabla se iluminó conformando un cerrojo. Abdiel y sus hermanos se sobresaltaron, la Tabla refulgía.

—Confíen en mí, hermanos —imploró Diaco con decisión—. Confíen en mí.



El cielo parecía haberse cubierto de plomo. La tormenta se aproximaba y la luz del amanecer era aún insípida. El padre Campos caminaba con premura por los patios internos del Vaticano. En sus manos llevaba una caja y su saco bailaba al compás de la ventisca invernal que comenzaba a helarle los huesos, ¿o era la cuestión que lo llevaba a las oficinas vaticanas? Estaba acostumbrado a recorrer los museos, la basílica de San Pedro, los apartamentos papales, la casa de Santa Marta, pero las oficinas administrativas, ese búnker de luz artificial y aire viciado con pisos de linóleo y paredes pálidas como la nieve, le daba escalofríos. Él era un cura rural, su asignación al Vaticano había sido algo que no esperaba; lo disfrutaba, era cierto, pero no era lo suyo. Se sentía inútil, prefería pasar las horas ayudando a los necesitados de un pueblo de frontera y no invirtiendo sus horas en el papeleo que lo había llevado a la Santa Sede. Apretó la caja con fuerza, tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Necesitamos su ojo clínico —había dicho Gemelli meses atrás cuando lo convocó—. Usted es una eminencia en estas cuestiones.

Y así su vida había dado un giro radical que lo obligó a abandonar su pequeña parroquia para volver a la vida académica que había jurado no volver a explorar. No después de la última vez.

Cerró los ojos, no lo pudo evitar, el recuerdo del cuerpo de aquella mujer, la sangre. Se obligó a empujar esos recuerdos hacia algún compartimento oscuro de su memoria, no quería recordar; sin embargo, todo parecía indicar que la historia iba a repetirse.

Sin notarlo, se encontró frente a la entrada de las oficinas. Uno de los guardias suizos le abrió la puerta rápidamente y ofreció ayudarlo con la caja. Campos se negó, quería terminar con el asunto cuanto antes. Apuró el paso y, sin golpear, abrió la puerta de la sala donde el jefe de seguridad vaticana, el director de Interpol, el comisario Zapiola y Ana Beltrán, acompañada por Verónica Ávalos y el doctor Práder, esperaban su llegada.

—Gracias, Augusto —dijo Gemelli con un tono de voz cálido para su figura adusta—. Le ruego que se siente con nosotros.

El padre Campos se ubicó en el único sitio vacío y colocó la caja de metal frente a él. Apoyó sus manos largas y de uñas recortadas con prolijidad sobre el contenedor y respiró profundamente, como si supiera que abrir esa caja era revivir el pasado. Luego, como quien quiere postergar lo inevitable, giró y miró por un momento los ojos claros del comisario Zapiola. Ana notó dolor en esa mirada.

Zapiola asintió, como si diera permiso para que el cura hablara o abriera la caja. Algo pasaba allí y ella no lograba descifrar qué. Entonces lo dedujo: Zapiola y Campos se conocían pero ¿de dónde? Y lo que era más importante: ¿por qué el comisario no lo mencionó el día anterior, cuando Gemelli lo había presentado? ¿Qué pasaba?

El padre Campos se quitó el alzacuellos, abrió los primeros botones de su camisa y extrajo una cadena de plata que reposaba sobre su pecho, amparada por sus ropas clericales. Junto a una cruz colgaba una pequeña llave que logró quitar sin esfuerzo. Apoyó la llave sobre la mesa, giró la caja y buscó la cerradura. Volvió a mirar a Justo. Esta vez, el comisario no hizo gesto alguno, pero sus ojos se habían llenado de lágrimas, lágrimas que intentaba contener con toda la fuerza de su voluntad.

El silencio en la sala era absoluto. La luz de tubo resultaba demasiado fuerte, el aire estaba viciado y el tic-tac del reloj parecía haberlo conquistado todo. Verónica no había podido dejar de mirar a Zapiola, había una angustia tan palpable en sus ojos. Notó que tragaba saliva, como si un nudo estuviera anidado en su garganta. ¿Quién era el comisario Zapiola? ¿Qué lo vinculaba al padre Campos? Notó que el cura insertaba la llave en la cerradura, escuchó el sonido del cerrojo al destrabarse y, al fin, cómo levantaba la tapa de metal. A simple vista pudo ver papeles, muchos. El sacerdote tomó un sobre y de allí extrajo unas fotos. Una mujer.

—Esta es Elena Lavergne —dijo y mostró una fotografía de una mujer joven, de no más de veintiséis o veintisiete años.

Escuchar ese nombre hizo que Zapiola desviara la mirada y centrara los ojos en un punto fijo de la pared. De alguna manera quería abstraerse del mundo, no escuchar, no iba a soportar revivir aquel pasado, no otra vez.

—Elena Lavergne era una psicoanalista especialista en perfiles criminales. — Campos hizo una pausa—. Trabajaba para la CIA y su último caso fue una serie de asesinatos a manos de alguien que, aún después de veinte años, no hemos logrado atrapar, pero creemos que forma parte de La Legión.

Ana, sorprendida, se acomodó en la silla; iba a preguntar algo, pero Campos la detuvo con un gesto: no quería interrupciones.

—Creemos que Elena estuvo muy cerca de atraparlo. De hecho, estuvo tan cerca de hacerlo que el homicida se inmiscuyó en su casa de Nueva Jersey en mitad de la noche y la asesinó. —Hizo otra pausa. Luego sacó una segunda fotografía—. Así la encontramos —dijo.

Los presentes vieron el cuerpo de la mujer contorsionado sobre una alfombra blanca cubierto de lamparones de sangre, muebles y objetos desparramados sobre el suelo, una lámpara rota, un cuadro torcido. Ella había dado pelea. Tenía las manos atadas atrás y las piernas semiabiertas. Pero lo que más les impactó a todos fueron sus ojos: cada párpado presentaba cuatro puntos de prolija sutura hecha con un hilo color negro, en total había ocho puntos, y el último tenía el toque distintivo de La Legión. Ana levantó la mirada de la fotografía y en un segundo encontró los ojos de Verónica, pensaban de manera sincronizada. En aquella foto habían visto mucho más que cualquier otra persona.

—¿Encontramos? —le preguntó Ana a Campos, quien asintió.

—Fui agente de la CIA, doctora Beltrán. —Mantecía los ojos sobre la fotografía, era como si una deuda pendiente hubiera quedado allí, capturada en la imagen—. Soy criptólogo y participé de este caso porque la doctora Lavergne me convocó para su investigación.

—¿Por qué lo convocó? —interrumpió Verónica.

—Los cuerpos que se encontraron en ese momento tenían un tatuaje.

—Déjeme adivinar —intervino Ana—. ¿Tenían la piel grabada con el nombre «Grupo de Laocoonte»?

—No —respondió el comisario Zapiola, que hablaba por primera vez—. Solo el ornamento. El tatuaje en los cuerpos de las víctimas que investigaba mi esposa constaba solo del ornamento, no había texto.

Verónica se sorprendió al escuchar que Zapiola había estado casado con Lavergne, había una profunda tristeza en los ojos de aquel hombre. Pero más se sorprendió que durante toda la investigación no hubiera hecho alusión al caso de Elena Lavergne que presentaba claras similitudes. ¿Qué ocultaba?

—Elena analizó el dibujo una y mil veces sin obtener respuestas. No logró descifrarlo, por eso contactó al doctor Campos. —Zapiola hizo una pausa—. Perdón, al padre Campos —se corrigió.

—¿Y usted qué pudo averiguar, padre? —preguntó Práder con interés.

—Nada. No logré descifrar absolutamente nada hasta que el laboratorio de la doctora Beltrán cargó el tatuaje de estas nuevas cuatro víctimas en la base de datos de Interpol y ahí se encontró una similitud entre ambas.

—Ahí saltaron las alarmas —dijo Jake Callahan, director de Interpol—. Había un punto de contacto entre las muertes de hace dieciséis años que investigaba Lavergne y los cuatro cuerpos que han aparecido ahora. El ornamento es el mismo.

—Pero este está grabado con la sangre del comisario Zapiola —interrumpió Ana—. Tengo que preguntar, Justo, ¿creés que es algo personal? Porque no encuentro otra razón para que aquí esté tu sangre y ni hablar del hecho de que no hayas mencionado las similitudes entre ambos casos.

Zapiola, más taciturno que nunca, le devolvió la mirada y sin preámbulos dijo:

—Elena cambió a medida que se adentraba en el caso. Pasaba noches enteras frente a la computadora, investigaba, leía, recuerdo esas últimas semanas como... —Había angustia en su voz—. Como si ella hubiera sido una luz que se iba apagando de a poco. —Zapiola respiró profundo, como si tomara valor para continuar—. A medida que sabía más del tema, más triste la notaba. Elena dejó de ser quien era, se alienó con la investigación, dejó de comer, casi no dormía... —Hizo una pausa, hablar del pasado no era algo que disfrutara—. Yo estaba en Quantico en esos días. Cuando llegué a casa, era demasiado tarde.

—Pero tu sangre está en el tatuaje —insistió Ana—. No es un dato menor, algo debe significar.

—Lo siento, Ana, le he dado vueltas al asunto con Gemelli y Callahan y no encuentro relación.

Zapiola evadía las preguntas.

—Nadie más que Interpol tiene acceso a tus datos biométricos y tu sangre guardada en el banco de sangre —continuó Ana.

—¿Qué querés decir? —preguntó el comisario, al tiempo que el resto de la comitiva observaba atenta la conversación.

—Lo que todos pensamos...

—Siempre supimos que había más de un topo —interrumpió Verónica—. Paul Preston, Amelia Tate, Evelyn Hall y Borja Sanz no estaban solos.

—No hay topes en Interpol —aseguró ofuscado Callahan.

—Entonces explíqueme cómo la sangre del comisario salió del banco de sangre —retrucó Verónica.

—Debe haber una explicación —musitó Callahan.

Ana observó cómo el agente bebía un trago de agua y el resto de la comitiva guardaba silencio. Ella, en cambio, había empezado a atar cabos, a hacer conexiones, ya estaba claro que no había sido su pericia lo que la había llevado al Vaticano, sino el tatuaje en el cuerpo de las víctimas. Tenía demasiadas preguntas para hacer y por alguna razón los allí presentes no parecían tener ánimo de responder.

—Dejemos de lado, por un momento, el tema del origen de la sangre —dijo Ana—. Si la tinta con la que está tatuado el ornamento en los cuerpos está hecha con la sangre de Zapiola, ¿a quién corresponde el segundo tipo de sangre y a quién los restos de adn óseo que conforman el texto del tatuaje?

Callahan y Gemelli intercambiaron una mirada suspicaz. Algo se traían entre manos. Al notarlo, Ana observó directamente al jefe de la seguridad vaticana y al director de Interpol a la espera de una respuesta. Los dos hombres parecían nerviosos y, antes de decir palabra, observaron al padre Campos.

—Doctora Beltrán, han pasado varias cosas en el Vaticano estos últimos días —dijo Gemelli.

—No está respondiendo a mi pregunta —le reprochó Ana.

—Aguarde un momento, por favor —insistió Gemelli—. Quiero que entienda la magnitud de este tema.

El hombre se aclaró la garganta, lo que estaba por revelar no era fácil y, sobre todo, era absolutamente confidencial.

—El torso de un hombre ha aparecido en las escalinatas de San Pedro. —Beltrán asintió—. Ese hombre no es otro que el último jefe elegido de La Legión. Pero como si eso fuera poco, el camarlengo, es decir, el secretario privado de Su Santidad, fue encontrado en su escritorio con un tiro en la cabeza.

Ana sintió que el corazón le daba un vuelco, ¿habían asesinado a la mano derecha del papa dentro de la Santa Sede? Gemelli bebió un poco de agua antes de continuar.

—Y, por último, nuestro mejor espía ha desaparecido, y con él, un documento histórico. Todo esto, doctora Beltrán, en el transcurso de una semana.

—¿Por qué nosotros? —interrumpió Verónica—. ¿Por qué nos llamaron a nosotros? —insistió—. Si ya tenían el tatuaje cargado en la base iconográfica de Interpol, que veo que comparten —dijo mientras miraba a Callahan y Gemelli—, ¿por qué nos convocaron? Pueden investigar el tatuaje por su cuenta, no nos necesitan, menos con un criptólogo entre sus hombres. Así evitarían revelarnos toda esta información.

—Porque cuando recibimos confirmación de las similitudes entre los tatuajes de las víctimas del caso Lavergne y este último, en el que ustedes trabajan, y al descubrir el asunto de la sangre en el tatuaje...

—Sangre del comisario Zapiola —dijo Ana—, por eso lo arrestaron. ¿Desconfían de él? —preguntó incrédula—. Es absurdo.

—No lo arrestamos, fue una pantomima, queríamos ver qué sabían ustedes. Zapiola no sabía nada, estaba más sorprendido que nosotros.

—Nos estaban espiando —dijo Verónica.

—No olvides que estamos en el Vaticano —dijo mordaz Práder.

—El asunto es —interrumpió Gemelli— que, si bien no sabemos por qué hay sangre del comisario, nos preocupa a quién pertenece el segundo tipo de sangre y el adn del hueso molido que se usó en la mezcla para componer la tinta.

—¿Y a quiénes pertenece? —inquirió Ana, que deseaba llegar al meollo del asunto.

—Eso es lo singular —dijo Gemelli con un gesto adusto—. El segundo tipo de sangre corresponde a Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli.

Un silencio absoluto invadió la sala. Solo se escuchaba el tic-tac demoledor del reloj y el zumbido de uno de los tubos de luz que parpadeaba intermitentemente.

—Pío XII —murmuró sorprendido el doctor Práder—. El papa que salvó a cientos de judíos...

—Exacto —confirmó Gemelli algo emocionado.

—¿Y los restos óseos? —preguntó Zapiola, que no salía de su asombro.

—A un médico francés del siglo XIX —respondió Callahan y miró con seriedad a Zapiola. Sabía que lo que iba a decir a continuación lo iba a dejar sin habla—. El doctor Lavergne.



Hacía casi cuarenta y ocho horas que no dormían. El doctor Práder, un hombre ya grande, era quien más lo sufría. Gemelli había dispuesto que un auto oficial los llevara al Regina Baglioni para que luego de unas horas de sueño volvieran a reunirse en las oficinas vaticanas. Tenían mucho que investigar y poco tiempo antes de que la noticia de la muerte del camarlengo se supiera. Debían averiguar qué había pasado antes de que la prensa se les viniera encima.

En el auto iban en silencio. El comisario Zapiola estaba particularmente callado. No podía dejar de pensar en su sangre y en los restos de ADN del médico francés del siglo XIX de apellido Lavergne, el apellido de Elena. ¿Un antepasado? ¿Una casualidad macabra?, pensó, aunque no creía en las casualidades. Su sangre y los huesos de un hombre con el apellido de su mujer componían, junto con la sangre del papa Pío XII, la tinta que había marcado los cuatro cuerpos. Cerró los ojos, inmediatamente el tatuaje apareció en su cabeza, el texto en el que se podía leer «*Grupo de Laocoonte*». El ornamento que lo rodeaba estaba dibujado con su sangre. ¿Por qué aquellas líneas sinuosas en particular estaban hechas solo con su sangre? ¿Por qué el texto estaba hecho con la mezcla de la sangre de Pío XII y el desconocido doctor Lavergne? No podía dejar de pensar en ello, ¿qué relación había entre él y esas otras dos personas, ajenas a su tiempo y a su mundo?

Aún con los ojos cerrados y con la nuca recostada sobre el asiento, seguía viendo el tatuaje, el dibujo, el ornamento. Su sangre estaba resaltada en verde, podía ver las líneas pintadas distinguirse del resto de la ilustración: ¿qué eran?, ¿qué significaba? Hurgó en uno de sus bolsillos y, al tiempo que abría los ojos, desplegó la impresión del tatuaje que lo atormentaba. Allí, ante sus ojos y en blanco y negro, estaba aquello

que no lograba entender, el enigma escrito con su sangre.

Capítulo XII

AGUSTÍN estaba en marcha. Luego de la prolongada reunión con Benegas y Durée, el Protocolo Angulema estaba en un punto en el cual, si lograban terminar de vulnerar a La Legión, acabarían con ella. Todavía tenían la ventaja de que la antigua organización no había encontrado el gusano informático que seguía proveyéndoles de información.

—Román —había dicho Agustín casi sobre el final de la reunión—. Está claro por qué Callahan no quiere que recuperemos la Tabla Esmeralda aún.

Benegas había enarcado una ceja a la espera de una respuesta.

—Si solo vamos por la Tabla, se replegarán. Callahan quiere ir por todo, quiere destruir a La Legión de un solo golpe —sonrió—; un golpe magistral, por cierto. — Luego giró hacia la mujer y le preguntó—: ¿Cómo lograste que alguien de adentro te diera acceso?

Julia sonrió. No iba a contestar, pero lo cierto es que su movida había sido estratégica, aquel pobre hombre no había sospechado nada. Ahora ella vigilaba en silencio la red informática más ¿segura? de todo el planeta. Eso le había puesto a Interpol a sus pies y ahí era donde debía estar.

Riglos volvió al tema que lo ocupaba, estaba listo para enfrentarse a Diaco. Aquello era una cuestión personal, ya no se trataba de la Tabla o de Ana, se trataba de una venganza. Diaco quería vengarse y, para eso, atacaba donde más le dolía: amenazaba la vida de la mujer que quería, pero él iba a terminar ese asunto pendiente, y si en eso se le iba la vida, por lo menos sabría que Ana estaría a salvo.

Pensar en ella hizo que el alma le diera un salto. La extrañaba, no había hora del día en que no la evocara. Sabía que estaba en Roma por el tema de los asesinatos. Callahan ya lo había puesto al tanto de todo lo sucedido aquel día.

—Preguntó dónde estabas, Cero —le había comentado.

—No le habrás dicho nada.

Callahan había sonreído.

—Tranquilo.

—¿Qué le dijiste? —recordó haberle preguntado.

—Que desde que habías dejado Interpol, te perdí el rastro.

—¿Te creyó?

—Claro que no.



Ana ingresó a la habitación del hotel, se quitó los zapatos y las medias y dejó que sus pies se hundieran en la alfombra. Sentir la tersura de la mezcla de sedas, lanas y

algodones que componían ese paraíso persa fue como tener algodones bajo sus pies cansados. El cuerpo le pedía a gritos un baño, horas de sueño, parar de pensar. Pero su cabeza no descansaba nunca, menos desde que había visto la composición de la tinta del tatuaje. Avanzó con lentitud hasta el centro de la habitación, dejó el bolso sobre la cama cubierta por un acolchado extremadamente blanco y arrojó sus ropas sobre el lecho. Caminó desnuda por el dormitorio, ingresó en el baño y dejó que el agua de la ducha empezara a correr. El vapor empezó a acumularse, deslizó la mampara de vidrio y se sumergió bajo la intensa lluvia. El agua salía fuerte, casi como si fuera una fuente de energía que caía estratégicamente sobre su cuello, sus hombros, su cabeza. Cerró los ojos y se quedó así, mientras pensaba y dejaba que el cansancio del día se escurriera con el agua. No supo cuánto tiempo pasó, solo recordaba que su mente se debatía entre dos temas: las muertes que investigaba y dónde estaba Agustín. Por qué no había dado señales de vida aún, se preguntaba.

Cuando salió de la ducha, se sentía renovada, limpia. Se envolvió en una bata del hotel, cepilló su pelo mojado hasta desenredarlo y observó que había vuelto a su color natural, ya nada quedaba de aquel rubio ceniza que usó cuando se había convertido en Isabel Romero. El pelo había crecido, el color se había ido y el caoba oscuro había vuelto a ser el que era. Terminó de secarse y volvió a la habitación. Se acercó a la ventana y pudo ver la Via Veneto aún iluminada a esas altas horas de la noche. Abrió la puerta del balcón que había en su *suite* y, de inmediato, sintió el golpe de frío en la cara. No le importó, lo necesitaba. Avanzó unos pasos y salió para observar maravillada las luces intermitentes de la calle, los sonidos mágicos de la noche de Roma. Podría haberse quedado allí la noche entera, pero debía recuperar energía. Volvió al cuarto, cerró las puertas del balcón y corrió las cortinas. Odiaba despertar con la luz de la mañana en los ojos. Si había algo que disfrutaba era dormir y, últimamente, lo hacía poco.

Abrió el surtido frigobar: extrajo un agua mineral y un paquete de papas fritas. Se sentó en la cama, abrió el *snack* y luego encendió la computadora. Verificó su casilla segura de *e-mail* y, aunque sabía que era tiempo perdido, escribió una vez más a la dirección de correo Eduardo Holmberg. Decime que estás bien, escribió. Solo necesitaba saber que Agustín estaba bien. Sabía que aquella desaparición tenía que ver con La Legión, pero no podía dejar de pensar en él, de extrañarlo, de sentir el calor de dormir a su lado, levantarse en la mañana y notar cómo dormía con un brazo bajo la almohada y, siempre, uno de sus pies fuera de la sábana.

Tras enviar el breve mensaje se llevó los dedos pulgar e índice al tabique de la nariz y apretó con fuerza: le dolía la cabeza, estaba cansada y necesitaba comer. Mordisqueó una papa frita, bebió un poco de agua y luego abrió el buscador de Google y escribió «*Grupo de Laocoonte*». Necesitaba saber más sobre esa escultura que, a primera hora de la mañana, pensaba visitar en el Museo Vaticano.



Verónica Ávalos estaba agotada, pero no podía dormir. Metida en la cama, permanecía con los ojos clavados en los papeles que sostenía en su mano. Ya había llorado demasiado, la angustia la mataba y sabía que, si no avanzaba, la nostalgia iba a devorarla por completo. Con el dorso de la mano se refregó los ojos rojos por las lágrimas que no había podido evitar y, con determinación, se levantó de la cama, buscó su cartera y hurgó con premura. Cuando encontró lo que buscaba no titubeó, sabía que, si dudaba, no iba a poder hacerlo. No volvió a mirar el papel, no quería volver a ver que aquel era el documento en el que Román Benegas le pedía el divorcio a la señora Verónica Ávalos de Benegas, no podía soportarlo. Entonces, como quien toma una decisión que sabe que ha postergado por demás, y casi a sangre fría, buscó la lapicera de plata que había sacado de su cartera y firmó.

—Punto final —murmuró.

Luego, sin pensar, salió del cuarto y caminó descalza hasta la habitación de al lado, tocó la puerta. El comisario Zapiola no tardó demasiado en abrir. Verónica no dijo nada y le hizo un gesto para que no hablara tampoco. Solo caminó directo hacia la cama del hombre y se metió allí, en silencio. Zapiola, desconcertado, se acercó con lentitud.

—Verónica... —dijo preocupado.

—No me preguntes nada, por favor —susurró ella en posición fetal, tapada por las sábanas del comisario y dándole la espalda. No quería que la vieran llorar, aunque él ya había notado sus ojos rojos apenas entró—. No puedo estar sola, no esta noche —musitó mientras intentaba contener las lágrimas—. Por favor, no me pidas que me vaya.

Zapiola se conmovió como hacía tiempo no lo hacía, ver a aquella mujer fuerte, que podía comandar el Grupo Halcón con precisión napoleónica y casi sin pestañear, acurrucada en su cama, vulnerable a rabiarse y entregada a la tristeza hizo que el corazón se le estrujara. No sabía nada de Ávalos, por lo menos no mucho, pero en ella había un alma noble, aunque insistiera en ocultarlo. Sin decir nada, se acercó al lecho, apagó la luz y se acostó a su lado, luego la abrazó fuerte. Verónica lloró.



La mañana los encontró en silencio. Ana se ubicó en el mismo sitio en el que se había sentado la noche anterior. Mientras revolvía el café y tomaba un lápiz para hacer ciertas anotaciones, no pudo dejar de notar las caras cansadas de sus compañeros. El doctor Práder no dejaba de bostezar, las ojeras se le habían instalado como surcos

bajo los ojos y la piel se le había tornado de un color cetrino que parecía hacerle acrecentar el cansancio. Ana se detuvo en Verónica, estaba triste, se le notaba. Aun si no fuera su amiga del alma, si no la conociera ni una pizca, podría adivinar la tristeza que escondía esa alma. Los ojos hinchados delataban una noche de llanto. Muchas lágrimas había derramado aquella mujer por un Román Benegas que no valía la pena. ¿Qué explicación lógica podía haber en casarse con alguien para dejarla sin más antes del año de matrimonio? Y entonces, como quien no quiere la cosa, tuvo una epifanía: ¿y si Agustín y Román andaban en algo juntos? ¿Por qué Román había desaparecido de la vida de Verónica y meses después Agustín se había evaporado de la de ella? Ahí había algo, seguro que había vuelto a Interpol, se jugaba la vida en ello. Una rabia que, por un momento, creyó no poder controlar le había usurpado el cuerpo sin permiso. Había jurado no volver, después de todo lo que habían pasado, había jurado alejarse de Interpol para siempre. Pero no lo había hecho, y la fuerza acumulada en su puño hizo que se partiera por la mitad el lápiz que sostenía.

El crujido de la madera hizo que Verónica levantara la cabeza del café que bebía y observara a su compañera de aventura a los ojos. Conocía a Ana como a la palma de su mano, había visto algo que ella no. El gesto de su amiga le bastó para entender que luego hablarían del asunto.

Verónica observó cómo Ana dejaba el lápiz roto junto a la taza de café a medio beber y se ponía de pie. Se disculpó un momento y salió de la sala de reunión. Una vez fuera, tomó su celular y llamó a Román Benegas. Contestador.

—Decile a Cero que me llame —dijo yendo directamente al grano. Había furia en su voz—. No sé en qué mierda andan ni me importa, pero decile a Riglos de mi parte que, si no se contacta conmigo en veinticuatro horas, voy a buscarlo.

Tras dar por concluido el monólogo que había dejado a modo de mensaje, apretó el celular con violencia y lo guardó en el bolsillo de su pantalón de *jean*. Segundos después, volvió a ingresar a la sala. Allí, todavía en silencio, estaban Zapiola, Verónica y Práder, aún a la espera de la llegada de Gemelli y Callahan.



Román escuchó el mensaje y se lo hizo oír a Agustín, que no pudo evitar una sonrisa; le encantaba cuando Ana estaba furiosa, pero lo cierto es que no podía contactarla, implicaba poner demasiado en juego, sobre todo ponerla a ella en peligro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Román, al tiempo que guardaba el celular.

—Nada —respondió, sin ahondar en detalles.

Pero la idea de que Ana sufriera le dolía en el alma. El asunto era si sería capaz de ponerla en peligro para su propia satisfacción. Necesitaba verla con urgencia, pero ¿cómo hacerlo sin que corriera riesgo? Imposible.



Domenico Gemelli ingresó en la habitación con una taza de té humeante en la mano. Por un segundo pareció como si aquella fuera una reunión de rutina y no un encuentro de seguridad nacional. Antes de que el hombre se acomodara en la silla, Ana irrumpió el silencio:

—Necesito que vayamos a ver la escultura.

—Doctora Beltrán —dijo con cierta parsimonia Gemelli—. Antes de que procedamos a ir a los Museos Vaticanos, hay algo que deben saber.

El jefe de seguridad vaticana abrió una carpeta color marrón que llevaba entre las manos y que había apoyado sobre la mesa de vidrio que usaban para trabajar y, con lentitud, acomodó ciertos papeles. Ana observó los documentos, ¿era lo que pensaba que era? ¿Era posible? Vio que Zapiola se incorporaba en la silla para acercarse a las hojas blancas con estilizadas líneas verdes; había notado lo mismo que Ana. Gemelli, por su parte, colocó una hoja en el medio de la mesa y a su alrededor cuatro más. En cada una de ellas, un detalle del ornamento de la hoja central.

—El padre Campos —dijo Gemelli y luego miró el reloj— estuvo toda la noche analizando el tatuaje que hemos logrado dilucidar de las cuatro víctimas. Y sus conclusiones...

Antes de que Gemelli terminara la frase, Campos ingresó en la sala.

—Disculpen las demoras —dijo. Traía consigo una *notebook* y varios papeles, y, sobre todo, el cansancio dibujado en su cara—. Veo que el capitán —dijo para referirse a Gemelli— ha empezado a explicarles.

—De hecho —dijo—, apenas empezaba; si es posible, padre, le ruego que lo haga usted.

Campos asintió. Miró rápido los cinco documentos colocados sobre el centro de la mesa y se acomodó en la silla. Sin perder tiempo, encendió la computadora y, automáticamente, la pantalla se proyectó en un panel gigante en la pared.

—Este es el tatuaje que resulta de los grabados de los cuatro cuerpos —afirmó. Enseguida proyectó el texto ornamentado del *Grupo de Laocoonte*. El resto de la comitiva asintió—. Este es el mismo tatuaje diferenciado, según el color, por el tipo de componente con el que fue hecho. El verde corresponde a la sangre del comisario Zapiola.

Ana observó con detenimiento al padre Campos; la noche anterior había buscado su *dossier* personal en la base de datos de Interpol. El cura era una eminencia en el área de criptografía, pero luego del caso de Elena Lavergne, la primera esposa de Zapiola, se había apartado de su trabajo en la CIA para dedicarse a su vocación de fe. El sacerdote sabía de lo que hablaba y se manejaba con seguridad; a medida que avanzaba en la explicación, nadie parecía respirar a su alrededor, surtía un efecto magnético sobre sus destinatarios, que lo escuchaban con atención. Hablaba casi sin

ademanes, pero el tono de su voz era como el canto de las sirenas, encantador y mágico. Había cierta mística en aquella forma de hablar y moverse, Campos sabía cómo atraer a su público, de eso no había duda.

—Si uno selecciona solo los trazos hechos con la sangre del comisario —hizo una pausa para mirarlo—, el *software* de criptología e iconografía de la CIA y de Interpol arrojan el mismo resultado. —Campos tecleó algo en su computadora con la velocidad de un hombre acostumbrado a esos menesteres. Levantó la mirada para ver que lo que quería mostrar se desplegaba con absoluto esplendor sobre el panel y dijo —: Esto es lo que se ve.

Ana, que estaba a punto de beber café, dejó la taza sobre la mesa y agudizó la vista.

—¿Son letras? —preguntó, mientras trataba descifrar aquel antiguo trazado.

—Es una sigla, para ser exactos —irrumpió Callahan, que hablaba por primera vez.

—LCRF-PB —leyó Zapiola intrigado—. ¿Qué significa?

—No sabemos —contestó Campos abatido—. He estado la noche entera tratando de descifrarlo. Lo cierto es que puede ser una sigla —observó a Callahan a modo de reproche, ya que no coincidía con aquella teoría—. O pueden ser iniciales.

—Lo cierto —intervino Gemelli—, y aunque el padre Campos no esté de acuerdo con nosotros, estas letras coinciden con un evento que tendrá lugar esta noche en Roma.

—¿Evento? —inquirió Verónica, más confundida que antes.

—Esta noche, el empresario Laurent Christophe Remis, también conocido como «el Francés», realizará la inauguración de su galería de arte en la Piazza Borghese.

El silencio en la sala resultó demoledor. Campos no coincidía; que aquel tatuaje dijera eso era un absurdo, por no decir una burla a la inteligencia de cualquier investigador que se digne de tal.

—LCR, Laurent Christophe Remis —aclaró Callahan—, es un reconocido mecenas francés, y su evento se llevará a cabo en la Piazza Borghese.

—LCRF-PB —repitió Ana desconfiada—. Me parece demasiado sencillo. ¿Cuatro cuerpos de La Legión mutilados y tatuados para que el mensaje sea la presentación de una galería de arte de un conocido gigoló francés? —Se puso de pie—. Conozco a Christophe, no puede tener nada que ver con asunto vinculado a La Legión.

—Sabemos que lo conoce —dijo Callahan seco. Su mirada la atravesó como un puñal y ella sonrió con sorna. No había nada en su pasado que Interpol no supiera de ella.

—Quieren que vaya a ver a Christophe —aseveró con cierta malicia—. ¿También tengo que acostarme con él? —preguntó furiosa.

—Lo que haga con su vida privada no es de nuestra incumbencia —respondió sarcástico Callahan—, pero contamos con que sabrá estar a la altura de las

circunstancias.

Ana dejó escapar una carcajada y decidió poner las cartas sobre la mesa. Ya no tenía nada que perder.

—Señor Callahan —dijo en el más irreverente de los tonos que conocía—, que yo haya estado involucrada años atrás con Christophe no le da derecho a exigirme que vaya a verlo a fin de obtener... —dudó—. ¿Qué? ¿Una confesión? —Volvió a reír. Había sorna en el tono de su voz—. Es absurdo. Christophe Remis no es santo de mi devoción, es un criminal de poca monta: alguna falsificación, el robo de alguna pieza de arte para su colección privada...

—Colección privada que usted conoce muy bien. —Callahan sabía cuándo meter el dedo en la llaga.

—Por eso me convocaron —dijo Ana, mientras se sentaba en su lugar—. Hijos de puta —murmuró—. Siempre supieron que el tatuaje tenía esas iniciales, que se trataba de la inauguración de La Lune. Todo esto es una puesta en escena. —Ana hablaba en un tono de voz monocorde, casi como si estuviera a punto de explotar y se contenía para no matarlos ahí mismo. Observó directamente a Callahan—. Usted es un canalla —dijo sin más—. Me trajeron hasta acá porque saben que tengo acceso directo a Christophe y saben que me recibirá sin problema, ¿qué más saben? ¿Con qué otra sorpresa me voy a encontrar? Y, lo más importante —agregó furiosa—, ¿qué quieren saber de Christophe? ¿Qué pretenden que averigüe?

Nadie dijo una sola palabra. Verónica recordó la época en que Ana y Christophe se habían conocido en el Mediterráneo, fue un romance fugaz pero intenso, ambos sabían que lo suyo no era amor, sino algo puramente físico, pero se tenían cariño y, sobre todo, se respetaban. Verónica notó cómo en los ojos de su amiga se traslucía la resistencia a actuar a espaldas de su amigo de antaño. Estimaba a Christophe, no iba a traicionarlo.

—Por Dios —continuó Ana—. El tipo es un excéntrico, un millonario mimado que busca adrenalina y comete ilícitos por deporte, pero matar a cuatro personas... y que esas personas sean justamente de La Legión. Es una pérdida de tiempo —remató.

—¿Qué relación la une a Remis? —preguntó Gemelli, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Fuimos amantes un verano —respondió Ana sin tapujos—. ¿Quiere detalles?

Domenico levantó una mano haciendo un gesto por la negativa.

—Mejor así —continuó Ana—. Lo que sí voy a decirles —aclaró con certeza— es que Christophe Remis es un gran amigo mío y no voy a engañarlo. Iré a verlo, pero pienso hablarle con la verdad. Estas iniciales son una mera coincidencia.

—Antes de tomar tal decisión —dijo Callahan, que parecía disfrutar aquel pequeño espectáculo—, le sugiero que vea el siguiente informe.

Tras pronunciar esas palabras, las luces de la sala bajaron y en el proyector vieron lo impensable.

Capítulo XIII

JULIA Durée miró el reloj, pasaban de las cinco de la tarde, la hora pactada. Presionó el botón del octavo piso y se sumergió en el ascensor. Volvió a mirar el reloj, llegaba apenas tarde; a las siete debía participar de una misión. Las puertas del ascensor se abrieron y ella descendió con elegancia, estaba vestida para un cóctel. El vestido negro hasta la rodilla le recorría el cuerpo con armonía, había optado por acompañar los pequeños aros de diamante por un discreto colgante de oro blanco. Estaba demasiado sobria para su gusto, pero la misión así lo requería. A medida que avanzaba por el *hall* del hotel y percibía el aroma a jazmines recién cortados y cómo sus Manolo Blahnik se hundían en las profundidades de la alfombra persa, notó que estaba nerviosa. ¿Hacía cuánto que no se veían? Observó el número de las habitaciones y se detuvo frente a la *suite* 802, dudó un segundo antes de golpear. Pero ya sin manera de demorar lo impostergable, obligó a que su mano respondiera a las órdenes de su cerebro y golpeó.

Escuchó del otro lado de la puerta los pasos firmes del hombre que iba a ver. Casi como si se tratara de un acto en cámara lenta, la puerta se abrió. La vida misma desfiló ante sus ojos en aquellos breves segundos entre que la abertura giró y pasó de cerrada a abierta. Allí, frente a ella, estaba su pasado.

—Julia —dijo él algo taciturno.

—Hola, Negro —respondió Durée con un leve temblor en la voz.

El comisario Zapiola llevaba un esmoquin oscuro que le sentaba a las mil maravillas. Era claro que había sido hecho a medida. Zapiola no se andaba con pequeñeces a la hora de ir a un evento. Hijo de diplomáticos, estaba acostumbrado a la vida de lujos y excentricidades; sin embargo, nunca había perdido el Norte, siempre había sido un tipo más bien discreto, pero no por eso había olvidado la elegancia. La invitó a pasar; ella caminó con lentitud, dejó el sobre que usaba de cartera apoyado en una cómoda y tomó valor para enfrentar al que aún era su marido.

Verla le hacía mal. Justo acorazó su alma y su corazón con todas las herramientas que su conciencia encontró disponibles. No había tenido suerte con las mujeres. Primero Elena, luego Julia. La única diferencia era que una había muerto a manos de un asesino serial, y la segunda había sido la asesina de su alma. Después de Julia, había jurado no volver a meter un lío en su cama. Mujeres de paso, las que quería, las que hubiera, las que no se enamoraran, nada de amor para él, ya había cubierto su cuota y aquella mujer había sido la estocada final, el puñal que lo había dejado sin vida. Y ahora allí, después, de un segundo mensaje —Negro, necesito verte—, la mujer que le había destrozado las noches, los días, la vida misma se le plantaba allí como quien no quiere la cosa, ajena a la congoja que todavía se desataba en su interior. Su mente era una tormenta, no podía pensar, tenerla en frente le removía los más oscuros recuerdos. Había huido de Nueva York para evitarla y ella regresaba; no

había manera de escaparle a Durée, era como Rebeca, esos amores que matan.

—Te escucho —dijo sin más. Tenía un nudo en la garganta.

Julia observó a Zapiola con los ojos de alguien que todavía quiere su pasado. Lo miró un momento: había engordado, el pelo negro ya no estaba más y la cabeza calva brillaba bajo la luz de la dicroica de la habitación.

—Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —arrancó Durée.

Zapiola asintió y la invitó a sentarse. Una vez que ella se acomodó en uno de los silloncitos del *living* íntimo de la *suite*, hizo lo mismo y se ubicó frente a ella.

—Cuando escuché que estabas en Roma —continuó—, supe que era hora de volver a vernos.

—¿Para qué? —preguntó escéptico.

—Para terminar esto bien.

El dardo fue preciso, certero y lapidario. «Para terminar esto bien», había dicho, y la frase anidó en su cerebro para quedarse.



Ana había regresado al hotel sin decir palabra. Lo que había visto en la pantalla de la sala la había dejado pasmada. ¿Podía ser posible que Christophe tuviera vínculo con La Legión?

Luego de procesar la información que le habían brindado y tras cambiarse, tomó el celular y llamó a Remis. Sabía que el hombre no tardaría en responder.

—*Chérie* —dijo la voz seductora del otro lado de la línea.

Ana no pudo evitar sonreír, estimaba mucho a Christophe, pensar en lo que estaba a punto de hacer le dolía el alma. Pero sobre todo estaba el deber, y ella tenía una misión que cumplir.

—Chris, estoy en Roma y supe de la inauguración de La Lune. —Hizo una pausa para respirar, no le gustaba la misión en la que se embarcaba—. Me gustaría acompañarte, sé que esta galería es algo que siempre quisiste.

Christophe Remis sonrió del otro lado de la línea. Ana pudo adivinarlo en el tono de su voz. Ese hombre la estimaba, y ella iba a traicionarlo. Pero ¿y si era cierto aquello que Interpol decía de él? No olvides que simularon tu muerte, la voz de Riglos resonó en su cabeza como un tambor que no dejaba de retumbar. Lo que había visto aquella tarde no parecía montado, Remis era parte de La Legión y en aquel relevo de información había participado la *hacker* Julia Durée. Conocía a Julia, había coincidido con ella en uno de los simposios de seguridad internacional. Era una profesional de renombre, una eminencia en derecho informático y, sobre todo, una *hacker* capaz de vulnerar los secretos mejor guardados del mundo. Sabía que había

accedido a la Casa Blanca, el Pentágono le temía, y trabajaba para la NSA. Además, según le habían informado esa mañana, había violado la seguridad informática de La Legión. De allí habían obtenido el *dossier* privado de Remis.

—¿En qué hotel estás, cariño? —preguntó Christophe amoroso. Ana conocía ese tono de voz, iba a ser difícil evitar los embistes del gigoló francés—. Un auto irá a buscarte en una hora.



Agustín y Román estaban listos para concretar la misión que conocían como Protocolo Angulema. Vestidos con sobrios esmóquines, mientras bebían *champagne*, se perdieron entre el gentío del lugar. Román hablaba al tiempo que bebía; el nano dispositivo que llevaba en la oreja hacía las veces de micrófono y auricular. Agustín y él, cada uno por su lado, se comunicaban por esa vía.

Román observó el reloj, eran las siete: Julia estaría por llegar. El plan era sencillo: debía acercarse a Remis y seducirlo. Sabía que ella no tenía escrúpulos, y si hacía falta llevar al *bon vivant* a su cama para obtener lo que quería, lo haría. Lo había vivido en carne propia.

A las siete en punto, la mujer estaba en la puerta de entrada. Enfundada en un vestido negro que le recorría el cuerpo sin piedad, con el cabello recogido, lejos estaba de parecer la *hippie grunge* que solía pasearse por las oficinas. Se la veía sofisticada, segura y elegante. Román notó cómo un par de hombres le clavaban la mirada al andar y sintió que la sangre le hervía: la quería para él. Aunque más no fuera una vez, quería llevarla a su cama y recuperar el tiempo perdido. La odiaba, la odiaba desde lo más profundo de su ser, tanto que hasta por momentos se desconocía, pero quería poseerla y hacerla sufrir, sufrir como él cuando ella desapareció de su vida en un abrir y cerrar de ojos. Controlate Román, se escuchó murmurar. Necesitaba enfocarse, estaba en una misión y en eso se iba su vida, de ahora en más se jugaba el puesto de director de Europol. No podía equivocarse, no después de tanto sacrificio. Se obligó a quitarse ese velo de niebla de los ojos y a concentrarse en la misión que lo había llevado a la inauguración de aquel antro de millonarios extravagantes y artistas del submundo europeo.

Observó con detenimiento a Julia y le clavó los ojos hasta casi desnudarla; la mujer, del otro lado de la sala, notó la tensión entre ellos. Había cuentas pendientes con Román, pero se obligó a archivar ese calor que se había despertado en el compartimento más racional de su cerebro. Luego, comenzó la jugada.

En su ojo derecho llevaba una lente de contacto especial que, aunque imperceptible a simple vista, le brindaba información infinita respecto a la persona u objeto que observaba. Así podía saber todo de quienes se cruzaran: información

relevante, curricular, datos bancarios; lo que quisiera. Cuando detectó a Christophe Remis, sonrió adrede. No prestó atención a lo que la lente le mostraba, podía recitar su prontuario de memoria. Conocía los gustos del gigoló —que apenas había pasado los cincuenta años— tanto como los suyos. Iba a ser fácil hacerlo caer, era un hombre débil ante la belleza de una mujer. Avanzó hacia él con lentitud y logró captar su atención, lo que no esperaba era lo que ocurrió después.

Agustín recibió un llamado y luego, utilizando el mismo nano dispositivo que Román y Julia, dijo: «Aborten misión, nos retiramos». Durée, perpleja, giró sobre sus pasos y emprendió la retirada al tiempo que vio cómo una mujer de su edad, con el pelo oscuro suelto y un vestido blanco de Ellie Saab se abrazaba cariñosamente con el objetivo. Remis le decía unas palabras cálidas al oído, mientras ella reía con simpatía y lo abrazaba.

—¿Qué pasó? —preguntó Durée mientras abandonaba el salón.

—Callahan envió a otra agente —respondió Román, que había visto cómo una despampanante Ana Beltrán capturaba la atención del francés sin parpadear.

Agustín la vio moverse con gracia, con la seguridad de un felino que sabe que va por una presa segura. Lo que variaba en aquella ecuación era que ella y Remis habían tenido una historia: eso no le gustaba nada. Apretó los puños con violencia y se resistió a irse, no podía dejarla, la estaban usando. Callahan era un hijo de puta que, al tanto del asuntito entre ella y el mecenas años atrás, la utilizaba para sacar rédito. Lo que no entendía era cómo Ana había aceptado. Sabía que estimaba a Remis, ¿o era algo más? Se obligó a apartar la duda de su cabeza. No, a Ana le habían mostrado el *dossier* privado de Remis, ahora sabía quién era el falso mecenas francés. La cuestión estaba en si estaría a la altura de las circunstancias, si podría separar lo personal de lo profesional, y, lo que más le preocupaba, ahora que él había desaparecido y ajena a que la observaba, ¿hasta dónde llegaría con el amante de antaño?

Agustín se dio cuenta de que tenía los puños apretados y de que por un momento se había olvidado de respirar. Decidido, cambió el canal del dispositivo y solo le habló a su compañero.

—Román, necesito diez minutos.

—Te cubro —respondió, ya que sabía perfectamente qué tramaba—. Nos encontramos en la base.

—Está bien.

Agustín desconectó brevemente su dispositivo y siguió a Ana, que hablaba muy acaramelada con Christophe. ¿Por qué le daba la mano? Estaba furioso. Ella iba de un blanco impecable, el vestido le llegaba justo debajo de la rodilla y los tacos altos le daban a sus piernas un contorneo elegante. Estaba radiante. Se la notaba algo cansada, pero nada que no pudiera disimular con un poco de maquillaje. Pero él la conocía bien y sabía que aquella sonrisa era forzada y que la mujer se debatía entre creer en su amigo o en el informe de Interpol; a fin de cuentas a él le habían hecho creer que Ana había muerto. ¿Por qué creer en otro informe de Interpol, entonces?

Sabía cómo pensaba su mujer y esa era la duda que evidenciaba su rostro lozano bajo el arte del maquillaje.

Perdido entre la multitud que estaba en la inauguración de la galería de arte La Lune, Agustín pasó desapercibido. Las mujeres despleaban joyas que encandilaban y vestidos de alta costura, los hombres iban de Hugo Boss, Ermenegildo Zegna y Hermès. Nada estaba fuera de lugar, la *crème de la crème* se había juntado en aquel sitio; Ana pertenecía a ese ambiente, se había criado en ese microcosmos. La siguió con los ojos, notó que tenía una copa de *champagne* en la mano, pero que no bebía, que, mientras hablaba de frivolidades con Remis, se movía al compás de la melodía instrumental de *Strangers in the night* y prestaba especial atención a lo que él le decía. En un momento, Ana se excusó y desapareció entre la gente, Agustín la siguió. La mujer entró al baño de damas y, sin que ella lo notara, él se inmiscuyó en allí. Trabó la puerta y, luego de verificar que no hubiera nadie más en el lugar, la observó sin que lo notara. Estaba pálida. La vio refrescarse la cara, transpiraba. Notó que apoyaba las manos sobre el mármol de Carrara donde estaban los lavatorios y trataba de calmar su respiración. Se veía agitada.

Cuando estaba a punto de girar e irse, no pudo contenerse y la abordó. Antes de que ella gritara, le tapó la boca con una mano y le susurró algo al oído para luego mirarla. Había extrañado la profundidad de ese negro vivaz que tenían sus ojos.

—Ana... —dijo en un gemido que no llegó a más porque le capturó la boca con un beso tan profundo que la hizo temblar.

Ella pasó del miedo a la voracidad en un segundo. Agustín estaba allí, en el baño de La Lune, y la apretaba contra el mármol frío. No pensó más, no dijo nada y dejó que él la levantara y la apoyara sobre la mesada. Él no pidió permiso. En un santiamén le había arrancado la ropa interior y la penetraba con urgencia. No hablaron, estaban juntos; aunque fuera un momento, aunque fuera un segundo, estaban juntos y eso era lo que importaba. Agustín la había extrañado; haberla visto con Remis le había puesto los nervios de punta. Ana lo abrazó con premura, le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo con fuerza hacia sí, dejó que él la embistiera sin reparos, profundo, mientras lo abrazaba con fuerza y le devolvía sus besos con avidez. Le mordió el cuello, la oreja, gimió. Cuando estaba a punto de acabar, le clavó las uñas bajo la chaqueta del esmoquin. Lo quería, lo extrañaba y no iba a dejarlo ir.

Terminaron agitados, excitados y aturcidos.

—¿Dónde estabas? —preguntó Ana, mientras él le besaba el cuello.

—No me preguntes —murmuró—. Confía en mí.

—Diacó —afirmó ella, al tiempo que bajaba de la mesada.

Agustín asintió.

—No puedo hablar, no me lo pidas ahora. —Se acercó y le plantó un beso en la boca tan intenso que Ana tembló. No quiso decirle que podía ser el último—. Te pido que confíes en mí, que sigas en la misión en la que estás y que esperes mi contacto.

Cuando termine lo que tengo que hacer, voy a volver a buscarte.

—¿Buscás la Tabla? ¿Estás de vuelta en Interpol? —preguntó preocupada.

—La Tabla Esmeralda me importa una mierda —dijo él mientras le tomaba el rostro—. Y sí, estoy de nuevo en Interpol, pero no puedo explicártelo ahora —insistió—. Seguí con Remis.

—¿Sabés por qué estoy acá? —preguntó.

—Callahan me puso al tanto.

Ana asintió; empezaba a atar cabos. Había mucho que no le decían; cada vez se sentía más usada por Interpol.

—¿Creés que Christophe...?

—Vi los archivos, Ana. Tené cuidado, por favor —le rogó.

La abrazó con fuerza y, exactamente veintidós minutos después de haber hablado con Román, salió de Piazza Borghese y volvió a la base.

Ana se quedó quieta y en silencio, no lograba pensar. Allí, en el baño de la galería, mientras Christophe Remis la esperaba con la clara intención de pasar la noche juntos, no lograba sacarse a Agustín de la cabeza y concentrarse en lo que debía hacer. No sabía cómo continuar; simplemente no podía moverse de donde estaba, como si por arte de magia hubiera perdido la voluntad.



Julia estaba furiosa. Llegó al cuarto de hotel que usaban de base y se quitó los zapatos y se soltó el pelo.

—¿Qué mierda pasó? —gritó.

Román, que había llegado unos minutos antes, levantó la mirada y sonrió.

—Ana Beltrán —respondió parco, mientras se debatía entre lo que debía y lo que quería hacer.

—No entiendo.

Román no pensaba responder, sinceramente no tenía ánimo ni ganas de entablar una conversación con aquella mujer. Se levantó y emprendió camino hacia la habitación conjunta, prefería evitarla.

—¿Adónde vas? —preguntó Julia prepotente.

Benegas eligió no responder y seguir su camino. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta que conectaba las habitaciones, ella se interpuso.

—¿Qué carajo te pasa, Benegas?

Él echó la cabeza hacia atrás y resopló. No pensaba entrar en el juego enfermo de esa mujer.

—¡Te estoy hablando, Román! —insistió.

—No tengo ganas de hablar con vos, Julia —respondió parco y, sin más, cerró la

puerta y la dejó allí, sola, tras el panel, desconcertada mientras exudaba adrenalina.

Capítulo XIV

FAKE Callahan la miraba en silencio. Ana no se sentía bien: le faltaba el aire, estaba pálida y había empezado a transpirar. Verónica lo notó de inmediato: iba a desmayarse.

—Necesita aire —dijo a modo de orden y logró que Gemelli, Práder y Callahan salieran de la sala de reuniones del Vaticano, donde habían regresado luego de que Ana abandonara La Lune.

Zapiola seguía junto a ellas.

—Ana, ¿estás bien? —preguntó, mientras le acercaba un vaso de agua.

—Estoy algo mareada —respondió, pero, al ver que el resto de los hombres de habían ido, dijo—: Me niego a creer que Christophe sea...

—Ana —interrumpió Verónica—. Entiendo que desconfíes de Interpol. Digamos que no te han jugado limpio. —Hizo una pausa—. Sin embargo, los informes están validados, cumplen con los protocolos de seguridad de Interpol; la CIA ha ratificado la información.

Ana trataba de asimilar todo aquella información. No podía.

—Además —agregó—, los informes fueron extraídos del corazón mismo del búnker informático de La Legión. Julia Durée, la *hacker*, logró violar sus *firewalls*.

La sola mención del nombre de su exmujer en los labios de Verónica le generó al comisario Zapiola un sinsabor que no sabía si iba a poder olvidar. Mantuvo silencio. Notó que Ana dejaba asomar una minúscula sonrisa en la comisura de sus labios.

—Durée es la Lisbeth Salander bien vestida de Interpol —bromeó.

Verónica rio con fuerza. Era cierto, la abogada tenía fama de ser una de las mejores *hackers* del mundo. Las veces que la había visto siempre estaba ataviada con alguna vestimenta singular que solo ella sabía llevar. La mujer, sin duda extravagante, tenía un estilo exótico y personal. Sabía, de buena fuente, que había roto más de un corazón entre los agentes.

—Antes de que Callahan y Gemelli vuelvan —dijo Ana y le dio un giro radical a la conversación—, tenemos que revisar todo este asunto de los cuerpos. Hay algo que nos ocultan, no creo que las iniciales tatuadas con tu sangre...

—Yo tampoco —interrumpió Zapiola—. Hay algo más.

—Pero eso no quita que Christophe... —dijo Verónica.

—Lo sé —dudó Ana—, pero hay algo más. Tenemos cuatro cuerpos de La Legión. —Hablabla y gesticulaba con sus dedos mientras señalaba punto por punto cada uno de los temas que rondaban su cabeza y seguían sin resolver—. Tenemos la sangre de Zapiola, la de un papa y la de un posible ¿pariente? de tu primera mujer. —Zapiola asintió—. Y no nos olvidemos de que alguien mató al camarlengo y que el mejor de los espías papales, según Gemelli, está desaparecido.

—Deberíamos hacer la autopsia del camarlengo —dijo Verónica decidida.

—Y saber más del espía.

—El cuerpo está a su disposición, el *dossier* del espía también —interrumpió Gemelli, al tiempo que ingresaba nuevamente a la sala de reunión.

—¿Así nomás? ¿Tan fácil? —inquirió incrédula Ana, que, a esa altura, desconfiaba hasta de su propia sombra.

—Doctora Beltrán. —Gemelli estaba harto de su desconfianza—. El Vaticano está a su disposición, la hemos llamado, la hemos convocado para que trabaje con nosotros. —Ana notó cierto hastío en el tono de su voz—. Y sí, reconozco que sabíamos un par de datos antes que ustedes y, *mea culpa*, no los compartimos. También reconozco que sabíamos que usted y Remis habían intimado; fue por eso, sí, por eso —enfaticó con cierto sarcasmo—, ¡acéptelo!, que, en gran parte la hemos convocado. Sabemos que es una gran criminalista, pero que tuviese acceso al hijo de Diaco Simer, el líder de La Legión, le abrió, literalmente, las puertas del cielo.

Ana guardó silencio un momento. Consideraba seriamente la posibilidad de levantarse y mandarse a mudar y que a Christophe accediera el mismísimo papa si así lo querían. Pero, en cambio, prefirió mantenerse impertérrita un par de minutos más, tantos más que los presentes empezaron a incomodarse.

Le gustaba ver cómo descolocaba a la gente cuando tardaba más de la cuenta en responder. Sonrió por adentro, luego respiró profundamente, y como quien sabe que va a tomar una decisión que va a cambiar su Norte, dijo:

—Si voy a hacer esto —dijo pausadamente—, lo voy a hacer a mi manera.



Agustín estaba por jugar una carta que podía costarle la vida, pero igualmente tomó el celular descartable, marcó los dígitos correspondientes y aguardó.

—¿Sí? —La voz conocida del otro lado de la línea hizo que, por primera vez, un escalofrío lento le recorriera el cuerpo.

—Soy Uróboro —dijo Agustín—. Tengo una oferta que hacerte.



Ana había pedido acceso a internet, cuatro *notebooks* y una jarra de café. En silencio, Práder, que se resistía a usar «aquel aparato», como solía llamar a la computadora, se ubicó frente al monitor y habló cara a cara con Daniela.

—Necesito que vuelvas a analizar los resultados del tatuaje y que hagas especial hincapié en el documento que Ana va a enviarte.

—Son varias letras en una tipografía antigua —interrumpió Ana mientras se

acercaba al monitor; la conexión vía Skype era impecable—. Los archivos criptográficos de Interpol y de la CIA arrojan resultados que no nos convencen, necesito que los analices hasta el último de los detalles.

Daniela asintió y se dispuso a trabajar. Ana volvió a su sitio y comenzó a analizar la información que Gemelli le había facilitado. Verónica y Práder, por su parte, se levantaron y, escoltados por dos guardias suizos, fueron hasta el laboratorio de análisis forense donde reposaba el cuerpo del camarlengo Olaf Zizek.



Agustín Riglos se embarcó en una aerolínea comercial bajo el nombre de Marcos Gutiérrez. Su destino final: Buenos Aires. En un campo perdido de la provincia había pactado una reunión a solas con el líder de La Legión. Conocía a Diaco y sabía que un hijo sería su talón de Aquiles. Durante los años en que estuvo en La Legión, jamás le había oído nombrar a algún familiar, menos confesarle que tuviera un hijo. Ahora, con la información que Durée había logrado extraer de las arcas informáticas de la cofradía, esperaba poder pactar un acuerdo: la vida de su hijo por la de Ana. Si Diaco no aceptaba, él mismo pondría punto final a la vida del Francés.



Diaco estaba nervioso. Cancio lo notó irritable y distraído como nunca en más de cuarenta años que lo conocía. El llamado que había recibido por la tarde le había cambiado el humor. Tras cortar la comunicación, se había encerrado en su habitación, había hecho un par de llamadas y, después de bañarse, había pedido a su chofer de confianza que lo llevara al aeropuerto. Solo dijo que tenía un asunto pendiente que resolver.



Ana se sentía cansada. No dejaba de bostezar mientras le daba vueltas y vueltas al expediente de Enrico Pellica. El *dossier* no decía mucho en realidad, ya que una gran parte de la información había sido suprimida por su «alta confidencialidad», que era lo mismo que no tener nada.

Pellica era hijo del antiguo curador de los Museos Vaticanos, quien había dedicado su vida entera a la restauración de documentos secretos y se había suicidado

cuando Enrico tenía tres años. El archivo no contenía más información. ¿Por qué se habría suicidado un curador del Vaticano?, no pudo evitar preguntarse Ana.

Enrico, licenciado en Historia y especialista en recuperación de documentos, al igual que su padre, había ocupado el mismo puesto en la Santa Sede a la edad de cuarenta años. Pero si bien era un experto en historia y una eminencia en la recuperación de documentos, que hasta que no caían en sus manos resultaban irre recuperables, era en realidad un espía papal. La fachada de hombre del mundo académico le permitía acceder a los documentos más secretos de las arcas vaticanas. Se había entrenado con el mejor equipo y, según el informe que Ana tenía en sus manos, había seguido el protocolo de seguridad en un episodio que estaba vedado a los ojos de la patóloga. Si nadie le informaba de qué se trataba el «episodio», ¿cómo iba a averiguar realmente qué había pasado con Pellica? O, lo que era más significativo, ¿qué relación existía entre los cuatro cuerpos, el extraño tatuaje y sus componentes, el asesinato del camarlengo y la propia desaparición del espía?

—La mitad del archivo esta borrado —se quejó Ana, al tiempo que le entregaba la documentación a Zapiola para que la mirara. Se habían quedado a solas mientras Verónica y Práder realizaban una segunda autopsia al cuerpo del camarlengo.

—No creías que te iban a dar toda la información, ¿cierto? —inquirió Zapiola sarcástico—. Esto es el Vaticano, no un convento de las Carmelitas Descalzas.

Ana hizo una mueca a modo de sonrisa. No le había causado gracia en absoluto.

—¿Qué pasa entre Verónica y vos? —preguntó sin preámbulos.

—Nada que te importe —respondió él sin pestañear ni sacar la mirada del archivo que leía.

—Sufrió mucho.

—Todos sufrimos mucho —retrucó, molesto por el ataque de moral.

—Cuidado, Zapiola —amenazó Ana.

—Cuidado, Beltrán. Te metés donde no te corresponde y, en todo caso —seguía con la nariz metida en el *dossier* de Pellica—, Ávalos es grande.

Ana sonrió, el comisario tenía razón, por lo que volvió al asunto que la ocupaba.

—¿Qué sabemos de Pío XII?



La Perla era un campo en medio de la nada que quedaba a ocho kilómetros de Licenciado Matienzo, un pueblito de no más de cien habitantes perteneciente al Partido de Lobería, Provincia de Buenos Aires. Era el lugar perfecto para un encuentro seguro y anónimo. El campo había pertenecido a la familia de Agustín desde que tenía memoria. Su bisabuelo materno, un reconocido abogado y escribano de la ciudad de Buenos Aires, había comprado las tierras en 1934, luego de haber

cochado una significativa suma de dinero por haber realizado la sucesión de un importante latifundista. Amante de las semillas, Rómulo Bilbao había adquirido aquellas leguas con el objeto de crear su propio jardín botánico, sitio que frecuentaba desde sus años mozos. Ahora, La Perla, cuyo nombre era en honor a Silvia, su única hija mujer y a la que llamaban «la perla de la casa», aunque ella lo negara y dijera que en realidad era por Salgari y su mítico Sandokán que estaba perdidamente enamorado de la Perla de Labuán, estaba rodeada por una frondosa arboleda que constaba de eucaliptos, arces, pinos: la variedad era infinita; y los aromas de esa mezcla de naturaleza, exquisitos.

Agustín no tenía hermanos, por lo que La Perla había pasado a sus manos luego de que su madre muriera. Amaba ese lugar: la casa de piedra blanca con algo de verdín adherido a las paredes, el cuarto con balcón de madera, el piso en damero blanco y negro, la cocina de un blanco añejo, el banco de piedra bajo un pino centenario. Tenía allí los mejores recuerdos de su infancia, como juntar piñones y aplastarlos con una piedra sobre el banco para luego comerlos hasta cansarse, jugar a la pelota en el jardín, correr hasta cansarse con *Porthos*, *Athos* y *Chirola*, los tres perros de su infancia, caminar hasta la tranquera y perderse en los bosques al costado del camino, andar a caballo, sentir el viento en la cara con olor a eucalipto, las noches estrelladas, las caminatas nocturnas con su padre, o ir en la caja de la camioneta con el pelo revuelto por la tierra y el viento para comprar caramelos en el almacén del pueblo y no pagar. «¿Lo anoto en la cuenta Bilbao?», preguntaba el vendedor, y Agustín sonreía. Todo eso era La Perla. Su infancia reducida a un puñado de hectáreas que olían a pino, eucalipto y leña.

Llegó a la estancia temprano, un día antes de lo pactado. Ese día, en su palacio de la nostalgia, desfilaban todos aquellos que ya no estaban en ese mundo: su madre, su abuela y su queridísima Mate, María Esther, en realidad, pero él le decía Mate.

María Esther Aldao de Bilbao era una mujer de carácter que, cuando murió Rómulo, tomó las riendas de la hacienda y la fortuna familiar con la pericia de un experimentado hombre de negocios. «Uno carga sus cruces como puede», solía decirle, mientras tomaban el té en la galería de la casa. En aquel momento no la había comprendido, pero tiempo después, cuando supo de las andanzas de sus hijos y su yerno con la fortuna familiar, comprendió. Por otro lado, la frase era tan cierta que le estremecía el alma.

La Perla estaba intacta, la había mandado a arreglar, pero no había cambiado su estilo, ese sitio era uno de los pocos lugares en el mundo en el que se sentía invencible. Quizá por esa razón había citado a Diaco allí, no había manera de que el hombre llegara acompañado sin que él no lo notara. Un auto de su confianza pasaría a buscarlo por Mar del Plata y lo conduciría los ciento setenta kilómetros que separaban el mar del casco de la estancia.

Agustín se encontró parado en el medio del parque con los brazos en jarra, mientras observaba la veleta de hierro con forma de gallo ubicada en lo más alto de la

torre: el viento estaba cambiando. Caminó por el parque con cierta cadencia, al tiempo que aspiraba el aroma a pasto recién cortado y a brisa de verano. Aquel lugar tenía cierto efecto soporífero en su alma: le adormecía los sentidos y le potenciaba los recuerdos. No supo cuánto tiempo se quedó allí, sentado en el banco de piedra bajo el viejo pino, como si sus ojos quisieran devorar hasta el último vestigio del lugar para que quedara grabado en su retina como una fotografía que no habría de olvidar. Miró la hora, faltaban veinticuatro horas para su reunión con Diaco Simer.



Verónica Ávalos y Antonio Práder ingresaron en la sala de reuniones sin demasiado ánimo.

—Un balazo entre ceja y ceja. Limpio. Un profesional —dijo la agente.

—Nada que valga la pena, no hay indicios. Nada —agregó Práder.

El comisario Zapiola se había puesto de pie y sirvió dos tazas de café humeante que acercó primero al doctor Práder y luego a Verónica. Ambos agradecieron el gesto con un movimiento de cabeza, y Ana notó que le susurraba algo al oído de Ávalos y le apretaba el hombro más de la cuenta.

—Es alguien de adentro —dijo Verónica sin dudar.

—¿Un topo en el Vaticano? —preguntó Práder incrédulo.

—No sería la primera vez —contestó Ana, mientras hacía clara referencia a Agustín Riglos, también conocido como Uróboro, el espía papal.

—¿Qué te hace estar tan segura? —preguntó Zapiola y clavó los ojos en Verónica.

—No hay indicios de pólvora en la mano del camarlengo. Se descarta el suicidio. —Ella le dio un sorbo al café—. Nadie escuchó nada. Hablamos de que quien lo hizo usó un silenciador.

—Hasta ahora no me dijiste nada que resulte un claro indicador de que haya un topo —aseveró Zapiola.

—¿Me vas a decir que alguien de afuera entró al Vaticano al alba, le metió un tiro a la mano derecha del papa y luego se largó sin más? —Ella tenía razón.

Ana levantó el *handy* que le había facilitado Gemelli y le pidió que se acercara a las oficinas. El hombre no tardó demasiado, estaba cerca, siempre. A su lado, cual perro faldero, iba Callahan, que hablaba por una línea segura con otro agente.

—Necesitamos acceso al listado de todas las personas que tenían contacto directo con el camarlengo o acceso a sus oficinas.

—Hemos estado ahí, doctora Beltrán —dijo Gemelli—. No hay nada que valga la pena, pero le daré la información. ¿Algo más?

—Sí —respondió con desenfado—. El expediente de Enrico Pellica sin clasificar.

Capítulo XV

ROMÁN cerró el *e-mail* que recién había leído y sintió un dolor tan profundo que apenas pudo respirar. ¿Estaba seguro de lo que hacía? ¿Valía la pena todo aquel sacrificio por ser director de Europol? Lo cierto era que la decisión estaba tomada y que sus abogados acababan de confirmarle que Verónica Ávalos había firmado el divorcio.

Por un momento había añorado que la mujer se resistiera y no firmara; en cambio, el ostracismo y el encierro de ella habían sido la forma que había encontrado para exorcizarlo. Ya no había Román Benegas y Verónica Ávalos, él lo había arruinado por su avidez de poder: era el culpable y lo que le había hecho no tenía perdón. Había otra manera de hacer las cosas, le había dicho Agustín. Era cierto, pero Benegas solo conocía una forma de manejarse: por el camino corto, el que iba a lo seguro, el que le garantizaba aquello que quería; lo demás era anecdótico.

El golpe en la puerta lo distrajo. Levantó la mirada del *smartphone* y caminó hasta la puerta. Del otro lado estaba Julia Durée.

—Callahan nos espera en su oficina —dijo sin más, para luego regresar a los confines de su habitación.



Había cambiado el viento. La veleta marcaba que soplaba del Sur. El cielo se había cubierto de plomo y la lluvia parecía amenazar el firmamento. A lo lejos, Agustín divisó el automóvil que se aproximaba a cierta velocidad. Atrás, el polvo cubría el horizonte.

Llevaba unos *jeans* gastados, una remera azul y unas alpargatas bordó que había dejado la última vez que había estado en la estancia. Parado frente a la casa, al abrigo de la galería —aún en verano, las tardes podían llegar a ser frías cuando había tormenta— y apoyado con los brazos cruzados sobre uno de los arcos de piedra que sostenían el techo de tejas españolas, no perdía de vista el vehículo que se aproximaba con rapidez.

El auto, un Volkswagen Vento oscuro, se detuvo justo frente al portal de la casa. Caminó unos pasos. Él mismo abrió la puerta para que su invitado bajara. La mano que sostuvo era más huesuda de lo que recordaba. ¿Hacía cuanto que no se veían? ¿Tres años? Pero, aunque las venas y los huesos se le marcaran más de que lo que recordaba, esa mano, la mano del líder de La Legión, no había perdido una gota de fuerza.

El hombre bajó del vehículo con cierta parsimonia, casi como si se tratase de un ritual. Los ojos enjutos de un azul profundo se clavaron en los grises de Agustín.

Había cierto respeto en aquella mirada, aun pese a la traición que Diaco sentía de su parte. Los hombres caminaron en silencio, un preámbulo elegante a la charla áspera que les aguardaba.

—Resultaste un hombre de campo —dijo Diaco.

Agustín sonrió, había un juego de palabras en aquel mensaje.

—Soy un soldado, Diaco —dijo a modo de respuesta—. Cumplía con mi deber.

Diaco dejó que una pequeña sonrisa le asomara en la comisura de los labios.

—Nos traicionaste. Te dimos cobijo y...

—No me dieron cobijo —retrucó—. Me necesitaban, me querían dentro de Centauro. Hice todo lo que un espía sabe para que ustedes creyeran que era yo perfecto, para que Emerio me quisiera como a un hijo, para ser el amigo perfecto para Max y, sobre todo, para que confiaran en que iba a enamorar a Ana. Lo único que no calcularon fue que yo me enamoraría de ella.

Diaco volvió a sonreír.

—Veo que lo tenías todo planeado.

—Me enseñó el mejor —respondió con una sonrisa. Mal que le pesara, Diaco Simer había sido un gran maestro.

A medida que caminaban, la ventisca había empezado a cobrar identidad. Diaco se arropó con el saco de carpincho que llevaba. Agustín notó que la piel empezaba a erizársele, hacía frío.

—Entremos, la tarde no está para paseos —dijo Agustín, mientras abría la puerta de entrada de la casa.

La situación le resultó absurda. Su casa de la infancia, la estancia donde había pasado los mejores veranos de su vida de repente se había convertido en el punto de reunión de una negociación que no sería fácil.

La mesa en el centro de la sala estaba dispuesta. Un mantel blanco, tazas de losa celeste, una tetera y unas masas. Todo muy austero, Agustín conocía los gustos de Diaco. Lo invitó a sentarse y le sirvió té. Estaban solos ya que le había pedido a la señora que se ocupaba de la casa que abandonara la finca. Así lo prefería, no podía haber testigos de aquel encuentro, menos de la conversación que iba a tener lugar entre aquellas cuatro paredes.

Diaco bebió un poco de té y luego le agregó un poco más de leche. Agustín prefería café y, mientras revolvía el brebaje, dejó que sus ojos se escaparan tras el ventanal. Afuera, la tormenta se había desatado. Las primeras gotas que habían caído mutaron en una lluvia copiosa, casi una cortina de agua. Diaco no iba a poder abandonar La Perla esa noche. Si el agua seguía cayendo así, los dos hombres dormirían bajo el mismo techo.

—Christophe no es negociable —Diaco empezó la conversación.

—Puedo decir lo mismo de Ana —dijo Agustín mientras bebía su café.

Por un momento olvidó que negociaba la vida o la muerte de personas; en cambio, sintió que discutía una simple transacción comercial.

—Ana Beltrán se robó algo que pertenecía, por derecho, a La Legión.

—Ana resultó ser un custodio azaroso de un secreto milenario, nada tiene que ver con La Legión. El asunto es conmigo, Diaco —dijo serio, ya sin las gentilezas del té y las masas.

—Cierto —respondió el líder de la cofradía—. Tu traición me hizo quedar en ridículo, te había dado mi confianza —murmuró a modo de reproche.

—Estaba en una misión, vos más que nadie deberías saberlo.

Un silencio incómodo se apoderó del lugar. El tintineo de la cuchara contra la loza al revolver el café y el tic-tac de un reloj antiguo a lo lejos parecían haber usurpado el ambiente.

—Si tengo tu palabra de que Ana no saldrá herida, que no te vas a meter con ella, Remis no sufrirá daño alguno. De hecho, y contra mi propia gente, lo ayudaré a huir.

—Christophe no tiene nada que ver con La Legión —retrucó Diaco.

—Nos conocemos mucho, Diaco, por eso me sorprendió no saber sobre la existencia de tu hijo. Pero luego me resultó claro, es tu talón de Aquiles. Si Interpol, la CIA o la NSA, incluso si La Legión sabía de su existencia, te habrían tenido agarrado de las pelotas. Por eso decidiste mantenerlo oculto. —Hizo una pausa—. Puedo hacer desaparecer su *dossier*, puedo darle una nueva identidad, ingresarlo a un programa de protección de testigos, darle inmunidad, solo tenés que jurarme que dejarás a Ana en paz.

Diacó no respondió; en cambio, se puso de pie. Afuera, la tormenta estaba en su punto más álgido.

—Estoy cansado, ha sido un viaje largo. ¿Cuál es mi habitación?



Enrico Pellica recibió la noticia como un balde de agua fría. No podía ser cierto. Contra las órdenes de sus superiores y de cualquier protocolo de seguridad, hizo lo que no debía: llamó a Dolores.

El teléfono estaba desconectado. Volvió a intentar. La línea no existía. ¿Podía ser posible? ¿Así de fácil lo habían engañado? A él, al espía que había pasado más de veinte años encubierto en el corazón mismo del Vaticano, al curador del archivo de la Santa Sede, al experto en seguridad informática que había *hackeado* el Vaticano desde adentro y nadie lo había descubierto. A él, que había provisto de información invaluable a La Legión y que se pensaba invencible, ¿lo habían engañado así?

Diacó había sido claro: «Alguien *hackeó* nuestra base de datos. Saben todo de nosotros, saben quiénes somos». Y entonces lo supo, lo habían engañado, y de la peor forma: enamorándolo. *Fra noi è finita così, domani non ritornerai più.*



El crepúsculo moría inexorablemente. Agustín miraba tras el vidrio cómo la tormenta iba *in crescendo* y la noche llegaba para instalarse. Diaco dormía en la habitación que tenía balcón, y él, en el *living* de la casa, le daba vueltas al asunto. Diaco parecía no querer ceder. «Christophe no es negociable», había dicho.

La cabeza de La Legión todavía era un hombre duro. Pasados los ochenta años, su lucidez resultaba asombrosa, el temple, envidiable, y el carácter, el de siempre: impertérrito, indescifrable, de acero. Aquella iba a ser la negociación más difícil de su vida.

Abrió su *notebook* y desplegó el archivo privado de Remis. El prontuario oficial del *hackear* francés no era gran cosa: mujeres, obras de arte, más mujeres. Ana Beltrán.

Observó las fotografías de hacía unos ¿trece? años. Ana no tendría más de veinticinco años y disfrutaba de la compañía del francés en un barco sobre las aguas azules del Mediterráneo. Remis la había abordado porque era la hija de Emerio Beltrán, y La Legión había estado tras ella desde siempre incluso de las maneras más impensadas. Cerró las fotografías, no podía soportar las manos del extranjero sobre su mujer. Luego abrió el expediente que Julia había conseguido de las arcas informáticas de La Legión. Aquel era otro cantar. Laurent Christophe Remis, alias «El Francés»; padre: Diaco Simer; madre: desconocida.

—Era una mujer bellísima —escuchó a sus espaldas.

Agustín giró para encontrarse a un Diaco que parecía más anciano que aquella tarde. Iba con un pijama a rayas, parecía un hombre vulnerable, pero no lo era, eso lo tenía claro.

—La madre de Christophe —aclaró, mientras se ubicaba frente Agustín— era una mujer bellísima. Una joven risueña, idealista...

Abrió una caja de cigarrillos, le ofreció uno a Agustín, que lo rechazó con un movimiento de mano, y luego encendió el suyo con elegancia. La primera bocanada llegó rápido a sus terminaciones nerviosas, dejó escapar el aire y continuó.

—El destino nos juega bromas macabras —reflexionó en voz alta—. A veces el amor llega en los lugares más insólitos.

Agustín escuchaba atento el relato del hombre que tenía sentado frente a él. Diaco Simer, el implacable, el líder de la sociedad secreta más hermética y poderosa del planeta, le hablaba de ¿amor?

—Al igual que tu Ana —continuó—, era una estrategia, una mujer a conquistar para luego sacar provecho. Ella sabía cosas.

Riglos se levantó del sillón y se acercó al bar junto a la chimenea. Sirvió dos medidas de Jack Daniel's y le acercó el vaso al hombre que continuaba con su monólogo.

—Yo todavía no era cabeza de San Miguel, no era el líder, pero tenía claro que ese era mi objetivo. —Se detuvo para dar otra pitada al cigarrillo—. En aquel entonces la cofradía estaba en manos del padre de Cancio, un gran hombre. —Hizo una pausa—. Supongo que él habría preferido que su hijo ocupara su lugar, pero Cancio es distinto, no es un estratega, es un hombre de acción. Le gusta más la sangre que... —Guardó silencio, notó que se desviaba del tema—. El asunto es que esta mujer era una pieza clave en nuestra búsqueda.

Agustín notó un destello de luz en sus ojos. Había amado a esa mujer.

—Y como alguna vez lo hizo Marcos Gutiérrez —sonrió—, me infiltré en la familia de esa chica, la enamoré... —Volvió a hacer una pausa, esta vez para beber el whisky—. Pero cometí un error.

Los ojos de Diaco se habían vuelto oscuros. Agustín notó que, por primera vez, veía angustia en aquel hombre. Él también bebió, le dio espacio, mantuvo el silencio al tiempo que miraba por la ventana. La tormenta había cesado, la bóveda celeste se había cubierto de un azul cobalto y la noche se había despejado. A lo lejos empezaban a cantar las ranas.

—Me enamoré... —confesó—. Le dije quién era, qué hacía... —Volvió a beber—. No me lo perdonó nunca.

Agustín seguía en silencio. No entendía el objeto de aquellas confesiones, pero si aquel soliloquio llevaba a una buena negociación, estaba dispuesto a escuchar.

—Habló con su hermano, le contó quién era yo... —Tenía lágrimas en los ojos, Agustín nunca lo había visto así—. Él la ayudó a desaparecer.

El líder de La Legión aplastó su cigarrillo en un cenicero, se recostó sobre el sofá y cerró los ojos un momento. Agustín sabía que estaba conteniendo las lágrimas.

—Y ella se fue. Cambió su nombre, se escondió en París... Estaba embarazada. —Diaco carraspeó, tenía un nudo en la garganta—. Allí nació Christophe. La busqué por cielo y tierra, le rogué a su hermano que me dijera dónde estaba, le supliqué, me arrodillé, lloré.

A medida que contaba su pasado, Agustín notó que mutaba en sus estados de ánimo. Ahora hablaba con odio, había una pasión desahogada en su voz.

—Lo amenacé, juré venganza, le apunté con un arma en la cabeza. Él nunca me reveló dónde estaba Inés. Nunca. Dedicué años de mi vida a buscarla. Cuando la encontré, ya era tarde: Inés murió de tristeza y su hermano jamás le dijo que yo la buscaba. En cambio, se ocupó de ocultarme su paradero y el de mi hijo. Ahí juré que mi venganza sería lenta: primero mataría a su mujer, luego a él y por último a su descendencia. Encontré a mi hijo, lo eduqué en los mejores colegios, le conté la historia de su vida, juró que él también se vengaría.

Diaco se levantó con cierta dificultad, se abrigó y miró por la ventana.

—El camino estará seco mañana —dijo—. Podré partir.

Agustín sintió que perdía la batalla una vez más, pero no pensaba darse por vencido.

—No hemos terminado, Diaco. La vida de Christophe por la de Ana, así de simple.

—Emerio Beltrán —dijo—. El hermano de Inés se llamaba Emerio Beltrán.

Diaco no dijo más, se dirigió a las escaleras y subió a la segunda planta. Las cartas estaban echadas. Sabía que Agustín podía matarlo allí, pero honraría su palabra y respetaría la tregua que habían sellado para realizar aquel encuentro, y, en caso de que no lo hiciera, Christophe tenía orden de matar a Ana.

Llegó a su habitación, cerró la puerta y se recostó. El cantar de los pájaros anunciaba la inminente llegada de la mañana.

Capítulo XVI

ROMÁN Benegas no estaba de ánimo para una reunión con el director de Interpol. Sin embargo, sabía que si el mismísimo Callahan los convocaba, el asunto no debía de ser menor.

—Enrico Pellica —dijo Callahan sin preámbulos, al tiempo que dejaba caer un grueso expediente sobre su escritorio—. ¿Cómo lo conociste? —le preguntó directamente a Julia.

La mujer se ubicó con elegancia en la silla frente al jerarca de Interpol y se quitó los anteojos con parsimonia. De alguna manera la habían descubierto. Había cuidado sus pasos a conciencia y eliminado rastros, ¿cómo lo habían hecho?

—Habla dormido —respondió sin dar más explicaciones. Callahan enarcó una ceja y Román la atravesó con la mirada—. Necesitaba ingresar a los archivos vaticanos, él era el curador. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad lo de curador era una fachada. Pellica es un experto en seguridad informática, y estaba a punto de dejarlo cuando descubrí que era un agente encubierto de La Legión dentro del Vaticano.

—¿Por qué no lo informaste? —inquirió Callahan furioso.

—Porque era más útil dentro que tras las rejas. Si lo entregaba perdería la oportunidad de *hackear* a La Legión. Verás —dijo, mientras se inclinaba hacia adelante en la silla que ocupaba y creaba un clima de intimidad entre los presentes—, cuando un hombre está enamorado baja la guardia, y Pellica estaba entregado. Al principio era muy celoso de sus cosas, luego se relajó y un día instalé un gusano en su máquina; él mismo introdujo el virus en el servidor. —Julia sonrió—. El plan fue perfecto.

—Deberías haberlo reportado —insistió Callahan indignado—. Era tu deber.

—¿Y perder la oportunidad de entrar al servidor más protegido del mundo? ¡Ni el Pentágono, ni siquiera la NSA o la CIA lo lograron! No todo en la vida se rige por las reglas y procedimientos, Callahan —dijo con sorna—. A veces hay que saber tomar riesgos, más cuando los resultados pueden ser magistrales.

Callahan no podía disimular su rabia. Había algo que todavía no les había dicho.

—Los protocolos de seguridad y las reglas existen para algo, Julia —le dijo ciertamente enojado—. Que no hayas reportado a Pellica es un problema. —Hizo una breve pausa para tomar agua—. Reconozco que haber vulnerado la fortaleza virtual de la cofradía es un hecho incomparable, pero que no hayas reportado que había un doble agente en el Vaticano puede costarte el puesto.

Julia no pestañeó, sabía que la necesitaban más de lo que iban a reconocerlo.

—Enrico Pellica desapareció.

—Lo sé —respondió la mujer con desparpajo—. Dejó de llamar y el gps que coloqué en su computadora no se ha movido del Vaticano. O está allí encerrado o

escapó.

Callahan estaba fuera de sí. Si hubiera podido, la habría matado ahí mismo.

—Escapó. Y ahora que sabemos que es doble agente, creemos que mató al camarlengo.

—¿A Zizek? —preguntó Julia desconcertada—. Imposible, lo quería como a un padre, no podría haberlo hecho. Pellica es un buen *hacker*, podrá o no ser un buen espía, pero es imposible que matara al camarlengo, lo estimaba demasiado, y su gran error fue ser sentimental.

—Entonces, si no fue él, fue alguien más de dentro.

—¿Hay otro topo en el Vaticano? —inquirió Román, que hablaba por primera vez.

—O alguien que puede entrar y salir a su antojo sin ser descubierto.



Agustín Riglos no salía de su asombro. La hermana de Emerio Beltrán era la madre de Christophe Remis, por lo que él y Ana eran primos y podría haberla matado cuando quisiera. La pregunta era por qué no lo había hecho hasta ahora. Lo cierto es que oportunidades no le habían faltado. ¿Qué tramaba?



El expediente sin clasificar de Enrico Pellica no era gran cosa, hasta que Callahan y Gemelli hablaron.

—Enrico Pellica es un agente de La Legión.

Ana tragó saliva.

—¿Por qué nos dicen esto ahora? —preguntó Verónica sorprendida.

—Acabamos de enterarnos —respondió resignado Gemelli.

—O sea que su mejor hombre, su mejor espía —dijo Ana con cierto sarcasmo— ¿es un doble agente?

Un silencio incómodo se instaló en la sala de reuniones.

—Sí —respondió enojado Gemelli—. Mi mejor hombre es un doble agente; soy un idiota al que han engañado por más de veinte años. ¿Está contenta, Doctora? —Hizo una pausa—. Si ahora podemos ponernos a trabajar, por favor, sería un gran adelanto en la investigación.

Ana, que se había quedado callada un momento, dijo:

—Lo siento, capitán, no fue mi intención ser maleducada. Mis disculpas.

Gemelli aceptó las disculpas con una leve inclinación de cabeza.

—Tengo que pedirle dos cosas —continuó Ana—. Necesito el archivo privado del papa Pío XII y que vayamos a los Museos Vaticanos, quiero ver la escultura del *Grupo de Laocoonte*.

—El archivo del papa está fuera de discusión. Esos archivos se cierran cuando el pontífice fallece y no pueden volver a abrirse hasta pasados setenta y cinco años de su muerte. Hablemos en veinte años.

—¿No puede hacer una excepción?

—Imposible, las leyes vaticanas son inviolables.

Ana guardó silencio un momento. Luego se puso de pie.

—Vamos a ver el *Grupo de Laocoonte*, entonces.

Gemelli asintió y se incorporó. Zapiola, Verónica y el doctor Práder lo imitaron. El padre Campos, que también estaba en la reunión, los siguió en silencio, no entendía qué creían poder encontrar en aquella escultura helenística; él la había observado por horas sin encontrar nada que le llamara la atención.

Salieron de la sala de reuniones y luego del edificio de oficinas administrativas. Atravesaron el patio de piedra gastada y Ana levantó la vista, el cielo se había cubierto de un gris plomo, se aproximaba una tormenta. Se ajustó el tapado y levantó las solapas para cubrir su cuello, hacía frío. Notó que Verónica se frotaba las manos contra el *jean* para entrar en calor y el viento que se había levantado hacía centellar la bufanda de Zapiola. Si bien el trayecto al aire libre hasta la entrada de las oficinas que antecedían a los Museos Vaticanos era corto, bastó para que sintieran el frío de la noche que se aproximaba.

Ingresaron en silencio luego de que Gemelli acercara su iris al lector biométrico y una puerta automática se abriera ante ellos; estaban entrando al museo por el acceso de oficiales. No era común ver gente ajena a las oficinas vaticanas por aquellos pasillos, que estaban iluminados con tubos fluorescentes que se refractaban en el piso de linóleo y cuyos accesos de servicio eran custodiados por guardias suizos. A medida que avanzaban, Gemelli saludaba con una leve inclinación de cabeza a cada uno de sus oficiales. Ese hombre imponía respeto al andar; sus hombres parecían, además, admirarlo. ¿Cómo podrían haberlo engañado durante veinte años?, pensó Ana. ¿Cómo podía un jefe de seguridad tener un infiltrado tanto tiempo y no notarlo? Se obligó a concentrarse en el asunto que le urgía: el *Grupo de Laocoonte* y descifrar qué había querido decir el asesino cuando grabó en el cuerpo de las víctimas el nombre de la escultura. No es la estatua, había dicho, es el lugar. Pero ahora no estaba tan segura.

El suyo era el arte de la observación, de la mirada que veía más allá que lo que estaba a simple vista. Se ganaba la vida observando más allá de lo evidente; sin embargo, no encontraba un hilo conductor entre el tatuaje, los componentes con los que había sido hecho y las iniciales LCRF-PB. Y ahí había otro tema: ¿por qué se había usado la sangre del comisario Zapiola? ¿Era coincidencia que las iniciales pintadas exclusivamente con su sangre coincidieran con el nombre y alias de Remis y

la inauguración de la galería de arte? De alguna manera había una conexión, más allá de que Christophe fuera hijo de Diaco.

Un escalofrío lento le recorrió la espalda, ¿Remis conocería su verdadero origen? ¿Se habría acercado a ella para acercarse a Emerio? La sola idea de pensar en que su amistad con Christophe era otra más de las estrategias de La Legión hizo que se le revolviere el estómago. ¿Cuántas cosas en su vida eran falsas? La mujer que la había criado resultó ser la que mató a su padre, el hombre del que se había enamorado era un doble agente espía de Interpol infiltrado en La Legión. La vida de Agustín era un diseño de ingeniería de la mentira, y ella, sin embargo, sabía que era lo más valioso que tenía. Por otro lado, estaban los secretos de su padre y de Máximo Zaldívar, su antiguo amante. Todo a su alrededor era una mentira. ¿En qué mundo había vivido? A medida que elucubraba todas aquellas reflexiones y avanzaba por los pasillos, justo cuando leyó la placa que decía «Sala Pío Clementino», sintió que su celular vibraba. Un mensaje de Eduardo Holmberg ingresó a su casilla. Una adrenalina que no pudo explicar ante la posibilidad de tener contacto con Agustín le recorrió el cuerpo.

Abrió el mensaje sin demora. El texto era breve, pero la dejó sin habla.



Agustín Riglos aterrizó en Fiumicino en un vuelo privado de Interpol. Sin necesidad de hacer trámites aduaneros, más que registrar su huella digital y su iris en el lector biométrico del corredor de agentes especiales, el acceso a Roma fue tan rápido que, cuando quiso darse cuenta, ya estaba en las oficinas de Interpol.

—Román —dijo sin perder tiempo en saludar y se ubicó justo frente a él—. Tenemos que hablar.

—Supongo que la reunión con Diaco no fue fructífera —se aventuró su amigo.

Estaba claro que Román lo leía como un libro abierto.

—¿Dónde está Durée? —preguntó antes de arrancar con el tema que le urgía discutir.

—Encerrada en su despacho, ¿por?

—No quiero que escuche esta conversación —aclaró y, tras verificar que la puerta estuviera cerrada y la oficina libre de micrófonos, dijo—: estuve dándole vueltas al asunto de la Tabla Esmeralda y del Protocolo Angulema.

—No entiendo... —interrumpió Benegas.

—Déjame terminar, por favor —dijo Agustín, que trataba de poner en palabras el más complejo de los escenarios—. Hace un año, cuando encontramos la Tabla Esmeralda, y Evelyn Hall la robó de nuestra propia base en San Isidro —Benegas asintió, no olvidaría ese día jamás—, pasó un tiempo antes de que te convocaran para recuperarla. ¿Cierto?

—Dos meses después ya me habían puesto a cargo de la misión.

—¿No te parece demasiado tiempo, dos meses? —preguntó suspicaz.

—¿A dónde querés llegar?

—Por años estuvimos tras ese manuscrito, más de quince años en una operación monumental que consumió nuestras vidas y tanto tiempo como dinero de Interpol. La tuvimos en nuestro poder. —Hizo una breve pausa—. Los dos vimos los destellos de la Tabla al poner las láminas de esmeralda una sobre otra. Luego, Hall se la lleva delante de nuestras narices, pero Interpol, que dedicó casi dos décadas a buscarla, ¿tarda dos meses en armar un equipo para recuperarla? Hay algo que no me cierra.

—Vos sugerís que siempre supieron dónde estaba —afirmó Román, que empezaba a entender los caminos lógicos del pensamiento de Agustín.

Él asintió.

—¿Y si además sabían que Evelyn era una doble agente? ¿Y si lo supieron siempre y sabían que iba a robar la tabla y continuaron tras sus pasos cuando ella se fugó?

—Es imposible, lo de Hall nos tomó por sorpresa.

—No lo sé. Siempre supimos que no había un solo topo, Paul Preston no estaba solo.

—Eso lo sabemos: Amelia Tate, Borja Sáenz y Evelyn eran los otros.

—¿Y si queda alguien más? ¿Y si hay un topo más que todavía no hemos descubierto?

Román guardó silencio un momento, no era una teoría descabellada.

—¿Quién?

—Ojalá lo supiera, pero tengo una leve sospecha. —Hizo una pausa—. He pensado que alguien de Interpol sabe quién es, y ese mismo alguien sabía que Evelyn, Amelia y Borja eran doble agentes y estaban esperando que descubriera a Preston. Preston era el pez gordo y creo que hay alguien más, alguien más gordo.

—¿Callahan? —inquirió Román desconcertado.

—No lo sé —respondió enfático—. Aquí es donde necesito tu ayuda.



Ana fue la primera en ingresar al Museo Pío Clementino. Atravesó el Atrio de las Cuatro Cancelas hasta llegar a la sala en forma de cruz griega que conducía al antiguo patio de las estatuas de Belvedere. Su equipo de trabajo la seguía en silencio, mientras observaba la obra del papa Clemente XIV, luego continuada por Pío VI.

El recorrido hasta la escultura del *Grupo de Laocoonte* implicó ver una cantidad de obras de arte que a los ojos de los investigadores resultó un deleite para la vista y el alma. Los cuadros exquisitos, las esculturas magistrales, nunca habían visto una

colección semejante. Ana no pudo evitar detenerse frente al sarcófago de Helena de Constantinopla, una obra de arte en sí misma realizada en pórvido rojo, una piedra púrpura de una belleza sin igual. Sin embargo, al llegar al pie de la escultura, quedaron sin habla. Presentaba una vivacidad que quitaba el aire, el mármol níveo en ciertos puntos, reluciente en otros y más gastados en algunos sectores, quitaba el aliento. Inmensa, pensó Ana cuando la vio. Retrocedió unos pasos en silencio para poder observarla de manera completa y se sentó en un banco de descanso en medio de la sala. No dijo nada, se limitó a observar. La luz de la tarde, que ya empezaba a escasear, se filtraba apenas por un ventanal. Gemelli encendió las luces de la sala, y ella no pudo evitar pestañear. La obra era magnífica, no podía dejar de verla. Desbloqueó su celular y buscó la imagen del tatuaje. «*Grupo de Laocoonte*», leyó en silencio, y a su alrededor el ornamento hecho con la sangre de Zapiola. El tatuaje había sido hecho por un experto o, en su defecto, se había realizado mediante una filigrana digital. Aquel parecía un grabado antiguo, necesitaba averiguar más. Si lo era y se había realizado una copia digital para luego tatuarlo, ¿de dónde había salido?, ¿quién era su autor? Si bien las suyas eran meras conjeturas, debía pedirle a Daniela que comparara el dibujo con la base de datos pictórica, aquel era un grabado muy singular.

Levantó la mirada de la pantalla y volvió a concentrarse en la estatua. No es la escultura, pensaba una y otra vez, es el lugar.

—¿Qué hay debajo de esta sala? —preguntó desde donde estaba.

Gemelli giró sobre sí mismo y la miró fijo.

—Piedra.

—¿Pasadizos?

—Imposible, y le mostraré por qué.

Tomó su teléfono y, tras desbloquearlo con su iris, pasó sus dedos rápidamente por la pantalla.

—Estos son los planos del Vaticano. —Agrandó y acercó la pantalla justo al sitio donde se encontraban—. Esta es la sala Pío Clementino, el lugar exacto donde nos hallamos ahora. Debajo no hay nada. —Luego cambió el plano y le mostró otro—. Esta es la Casa de Santa Marta, los actuales aposentos papales, aquí sí hay pasadizos y túneles, ¿los ve?

Ana asintió. De cualquier manera, había aprendido que por más pruebas empíricas que le entregaran, siempre había un margen para lo inesperado. Sin decir más, continuó sentada en su sitio mientras observaba. Tenía la certeza de que allí estaba el principio de la respuesta.



—El asunto es este —continuó Agustín—. Interpol ha dedicado casi dos décadas a la búsqueda de un manuscrito que, cuando desaparece, no le presta la mayor importancia. ¿Por qué?

—Dos meses en armar un grupo de operaciones no me parece una demora significativa —retrucó Román.

—¿Para una operación a la que le han dedicado casi veinte años? Es una monstruosidad de tiempo —argumentó—. Lo que pienso es que cuando Julia Durée *hackeó* La Legión, ella y Callahan llegaron a un acuerdo.

—Quiero saber más —lo alentó Román.

—Durée no es una mujer que haga nada por mero altruismo, lo sabemos. Haberse infiltrado en el mismísimo corazón informático de La Legión la posicionó en un lugar de clara jerarquía. Dejó de ser una simple abogada especialista en informática, una *hacker* de las sombras, para ser una estrella. Todos saben que esa mujer ha derribado la barrera que guardaba los secretos mejor guardados de la sociedad más hermética que existe. Entonces...

—*Quid pro quo* —reflexionó Román.

—Exacto. Durée accedió a una tonelada de información, sabe más de lo que dice. —Hizo una pausa—. Mucho más de lo que dice —repitió—. Debe de haber negociado con la cabeza mundial de Interpol un ascenso, un suculento aumento en sus ingresos e inmunidad.

—Inmunidad para hacer lo que quiera.

—Durée es ambiciosa. Como no puede bajar a Callahan, lo tiene de aliado. ¿Qué es lo que más quiere entonces?

—Europol —masculló esas palabras con odio. Ese era su puesto—. ¿Cómo no lo vi antes?

—Román, concéntrate en lo que te digo. Europol quedará bajo tu ala, pero para eso necesitamos hacer creer a Durée que somos sus aliados.

—No sé si pueda convencerla.

—Vamos —dijo Agustín con cierta complicidad—. El papel te queda perfecto y lo interpretaste más de una vez.

Él lo miró fijo.

—Hay momentos en los que... —empezó a decir.

—Verónica se acuesta con Zapiola —espetó Agustín sin más. La cara de Román se transformó.

—No es verdad.

—El marido de Durée se revuelca con tu mujer. No sé qué esperarás.



Finalmente, Ana se levantó de la silla. Práder, Verónica y Zapiola recorrían la escultura sin ver más allá. Callahan y Gemelli observaban los planos. Pero Ana veía de otra manera, tenía los ojos entrenados, los detalles no escapaban a su observación. Cada lustre, cada zona gastada de la escultura era una invitación a la búsqueda de indicios. Se acercó a la piedra, la tocó, era fría y tersa como la seda. Recorrió con los dedos las más pequeñas hendiduras, imperfecciones y detalles. Era cuestión de tener paciencia. No es la escultura, es el lugar, se repetía convencida.



Román caminaba por la oficina como un león enjaulado.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—La dejaste a Verónica. Que no se te olvide.

Benegas se quedó en silencio, descolocado, no sabía qué pensar.

—El tema es este —continuó Agustín para retomar el punto al que quería llegar—. Mientras estuve fuera —dijo para referirse a su reunión con Diaco—, tuve algo de tiempo para pensar. Román, te convocan dos meses después de que desaparece la Tabla Esmeralda para una misión, que se supone es para recuperarla, y que tiene como nombre Protocolo Angulema. ¿Por qué Angulema?

—Te dije que era el *software* que creó Durée para *hackear* La Legión.

—Ningún *software* —retrucó—. Hice mis averiguaciones. Durée instaló un gusano en la máquina de Enrico Pellica, el doble agente nunca supo que estaba entregando la información de La Legión en bandeja.

—Está bien. —Román intentaba procesar el tema de Verónica y Zapiola.

—Angulema es otra cosa, algo de lo que Durée vio en los archivos de La Legión. Está el duque de Angulema, Luis Antonio de Francia, está su consorte, la duquesa de Angulema, la hija perdida de Luis XVI y María Antonieta, incluso Carlos de Valois también fue duque de Angulema. ¿Y si algo de todo esto tiene que ver con la Tabla Esmeralda? ¿Existe hoy el duque de Angulema? ¿Quién es? ¿Puede ser que sea miembro de La Legión, o de Interpol? ¿Tiene él la Tabla o sabe algo al respecto?

—Un momento, Agustín —dijo Román abrumado—. Esto es hilar demasiado fino, o creo que...

—Nada es lo que parece, menos entre agentes. El Protocolo Angulema es una operación más grande que la Operación Esmeralda y, en algún punto, y te aseguro que lo voy a descubrir; se tocan. Si no, no se explica porqué no tenemos la Tabla en nuestro poder y demoran tanto el asunto.

Román se quedó en silencio. Había cierta lógica en lo que planteaba. A su entender, el entramado era demasiado complejo y rebuscado, pero ¿y si verdaderamente el Protocolo Angulema era otra cosa y no el programa que había

logrado vulnerar La Legión y dar con el paradero de la Tabla Esmeralda?

Observó cómo Agustín escribía rápidamente un mensaje en su celular y luego lo guardaba en su bolsillo.

—Vamos —dijo expeditivo—. Tenemos trabajo que hacer.



Ana se concentró en el área más percutida de la piedra, estaba sentada sobre el piso con las piernas cruzadas y las manos recorrían el suelo sin descanso. Sin perder el foco de atención en lo que hacía, sintió el vibrar de su celular en el bolsillo. Lo extrajo y comprobó que tenía un nuevo mensaje de Eduardo Holmberg, cuyo asunto decía: FYEO. *For your eyes only*, murmuró: solo para tus ojos. Abrió el *e-mail*. El mensaje constaba de dos palabras: Protocolo Angulema. ¿Qué era el Protocolo Angulema y qué quería decirle Agustín?

Capítulo XVII

ANA continuaba sentada en el suelo del Museo Pío Clementino. El resto del equipo observaba las obras alrededor y los pisos también en busca de algún indicio. Estaba convencida de que había un pasaje secreto en aquel lugar. No es la escultura, decía, es el lugar. Alguien se había esmerado sobremanera para llevarlos al Vaticano. ¿Por qué?

Gemelli la observó azorado cuando se acostó en el suelo junto a la escultura. ¿Qué pensaba encontrar? Luego, escuchó el crujido.

—¿Qué pasó? —preguntó Gemelli sobresaltado.

Ana seguía acostada al ras del piso, sus piernas reposaban contra el mármol blanco y sus manos estaban dentro de la escultura. La piedra volvió a crujir y Gemelli observó cómo la base se movía.

—Ayúdenme —dijo Ana, que empujaba la piedra con todas sus fuerzas.

El comisario Zapiola fue el primero en acercarse y empujó con esmero; Verónica, Gemelli y Callahan también aportaron lo suyo. El doctor Práder, por su cuenta, observaba consternado el escenario. De repente, una estatua que pesaba más de una tonelada era deslizada por un mecanismo de rieles minúsculos que Ana había logrado descubrir al apretar una de las hendiduras de la base de mármol. Al mover por completo la piedra, un hoyo profundo se descubrió ante sus ojos.

—La linterna —pidió.

Gemelli, tan abrumado como sorprendido, le acercó el aparato. Se suponía que conocía el Vaticano como la palma de su mano. Sin embargo, aquel hueco que aparecía ante él lo dejaba sin habla. Un doble agente infiltrado en sus filas, el camarlengo muerto y ahora un pasadizo secreto que desconocía por completo y no figuraba en los planos. ¿Qué otras sorpresas lo esperaban?

Ana encendió la linterna; el potente haz de luz hizo que el polvo contenido allí dentro —solo sabía Dios por cuánto tiempo— pareciera flotar en el aire como si súbitamente hubiera cobrado vida. Las motas de tierra y mugre se contorneaban bajo la luminaria sin permiso y el olor a encierro les pegó en las fosas nasales con violencia. Ana avanzó un paso y descendió. El túnel olía a polvo y a moho, tal como huelen los espacios que han estado cerrados por años.

—Es una escalera.

—Tenga cuidado, doctora —dijo Gemelli, que se adelantó con otra linterna y se puso delante de ella—. Yo iré primero.

El equipo de investigación, encabezado por Gemelli, se adentró en las fauces del túnel con prudencia. Cada hombre llevaba una linterna. Iban con cuidado, mientras trataban de acostumbrar los ojos a la negrura del pasadizo y la nariz al olor fétido de años de encierro. Uno a uno descendieron los escalones que aparecían a medida que los iluminaban. La escalera parecía no terminar. Gemelli notó que había perdido señal

en su celular, pero su *handy* seguía en radio. Nadie sabía que estaban en el corazón mismo del vaticano, nadie sabía de ese pasadizo, reflexionó.

Avanzaron con lentitud. El último escalón, calculó Gemelli, estaba a unos cuarenta metros bajo la sala Pío Clementino.

—¿Ubica dónde estamos? —preguntó Práder agitado.

—Por Dios —musitó Gemelli, que empezaba a hilar en su cabeza el plano de la Santa Sede—. Estamos camino a los archivos.

—¿Los archivos vaticanos? —preguntó Verónica pasmada.

—No, a los archivos secretos. Solo el sumo pontífice, el camarlengo y el jefe de seguridad vaticana sabemos de su existencia. Nadie ha entrado allí desde que asumió el último papa, nadie sabe de su existencia.

—Es sabido que hay archivos secretos vaticanos —dijo Ana con desconfianza.

—Doctora Beltrán —dijo Gemelli cansado—. Usted ha visto demasiadas veces la película *El código Da Vinci* y la otra... *Come si chiama?*

—*Ángeles y demonios* —respondió Zapiola, al referirse a la película basada en el libro de Dan Brown.

—Cierto, *Ángeles y demonios* —dijo—. Los archivos vaticanos son abiertos al público; los que se mantienen cerrados son aquellos que, no pasados los setenta y cinco años de la muerte del papa que los generó o que estaba en ejercicio cuando aparecieron, deben, por ley, seguir cerrados; o, en su defecto, incunables que solo pueden verse con dispensa papal ya que sus condiciones son tan frágiles que exponerlos sería un crimen. Ahora...

—Ahora... —repitió Callahan expectante.

—Hay cierta bóveda secreta que solo conocemos el papa, el camarlengo y el jefe de seguridad, en este caso, yo. Es imposible que alguien más sepa de su existencia.

—Alguien sabía, alguien construyó estas escaleras bajo el *Grupo de Laocoonte*.

—Doctora —insistió Gemelli—, esta escultura está desde el año 1506 en el Vaticano, ¿usted me quiere decir que el papa Julio II mando a construir un túnel secreto para luego cerrarlo para siempre?

—No lo sé. Quizá no fue él, quizá se hizo después. Insisto, alguien se esmeró demasiado para que llegáramos aquí. El tema es por qué.

—Por esto —respondió Gemelli, que tras avanzar unos metros se encontró con el final del túnel.

Las luces de las linternas se concentraron en un solo punto: una puerta de piedra. En ella había un texto grabado. Ana se acercó y leyó en voz alta.

—«La sangre de la inocencia se alza ante ellos en remordimiento eterno».

Zapiola retrocedió un pasó, sintió que iba a vomitar. El padre Campos entendió el mensaje al igual que él.

—Por Dios —dijo el cura casi sin aire—. 8.va centuria, cuartilla 87 —murmuró.

El resto de los presentes guardaba silencio, seguían sin comprender. Zapiola, por su parte, había avanzado hacia la puerta e intentaba abrirla.

—Michel de Nôtre-Dame —aclaró Campos.

—Nostradamus —dijo Ana desconcertada—. ¿Este verso pertenece a las profecías de Nostradamus?

—Sí —respondió Zapiola, mientras se pasaba el brazo por la frente transpirada—. Y es lo último que escribió Elena en su computadora horas antes de morir.

El silencio volvió a usurpar el pequeño pasillo que antecedió a la puerta de piedra. Con cuidado pero no sin dificultad, Zapiola y Gemelli movieron la abertura. Ante sus ojos, se desplegó la habitación que no existía, el archivo secreto que, en cualquier otro momento, Gemelli habría negado a muerte. El sitio con los secretos mejor guardados del Vaticano.

Gemelli ingresó primero, conocía la habitación, que más que una habitación parecía un inmenso depósito de cajas herméticas rotuladas. Ana desplegó los ojos por los nombres, algunos capturaron su atención más que otros: Adolf Hitler, Benito Mussolini, los nombres eran miles, pero uno la atrajo: Juan Domingo Perón. Se acercó a la caja, que más que una caja parecía un cofre de seguridad, pero Gemelli la detuvo de inmediato.

—Esto es extraoficial, Doctora. No ha visto ni verá nada de esto, ¿está claro? Si dice una sola palabra respecto de este archivo que no existe, lo desmentiremos oficialmente, ¿comprende? Olvídense de abrir nada, vamos a ir directo adonde debemos ir.

—Y ¿dónde es eso? —preguntó Ana, en un intento por absorber toda aquella información confidencial que la circundaba, aunque más no fuera retener la infinidad de nombres de cada uno de los rótulos que había.

—A la caja con los archivos de Nostradamus —interrumpió el padre Campos—, ¿dónde...?

Gemelli les indicó que lo siguieran, el orden de aquellas cajas de seguridad, al estilo de bóveda de un banco suizo, era simple: alfabético. Cuando llegaron a la N, Michel de Nôtre-Dame fue fácil de encontrar. Gemelli se acercó al lector biométrico, esperó a que el dispositivo escaneara su ojo y, luego de que aceptara su patrón de código ocular, digitó una clave alfanumérica que hizo que un pequeño escáner apareciera al costado de la caja. El jefe de seguridad apoyó su dedo pulgar derecho y luego de que el sistema lo reconociera, el cerrojo de la caja fuerte se abrió. Dentro había una infinidad de documentos. Se calzó unos guantes especiales que había en un sector separado de aquel inmenso archivo y depositó con cuidado el contenedor metálico sobre una mesa de estudio estratégicamente colocada en el centro de aquella inmensa habitación. Se acercó al tablero de luces y prendió aquellas estrictamente necesarias; las condiciones de aire e iluminación en aquel recinto eran controladas con sumo cuidado. Había textos y documentos tan arcanos que, si fueran expuestos a condiciones de luz demasiado fuerte o a las bacterias más comunes del aire, podrían arruinarse. En cambio, el oxígeno de la sala, aún en penumbras, ya que las luces se encendían gradualmente para no alterar el ecosistema del recinto, sufría un proceso

de filtrado tal que evitaba que cualquier bacteria ingresara al lugar. De hecho, cada vez que el sumo pontífice, el camarlengo o el jefe de seguridad ingresaban al lugar, lo hacían por la única puerta que conocían que, antes de abrirse, los desinfectaba. El recorrido que habían hecho no respondía a esas normas de seguridad, pero en la medida en que fueran cuidadosos con lo que tocaban —y solo sería el archivo de Nostradamus, así lo había aclarado Gemelli—, iban a estar bien.

—¿Qué buscamos? —preguntó Ana, que ya se había puesto los guantes y, junto con el padre Campos y el comisario Zapiola, empezaban a separar los delicados documentos con extremo cuidado.

—Empecemos por el grabado en la puerta, 8.va centuria, cuartilla 87. Busquen allí en las profecías —dijo el cura, y señaló una carpeta oscura cerrada con hilo rojo bajo la que se leía el título «*Propheta*».

Ana sujetó los pergaminos en los que estaban celosamente guardadas todas las profecías del Michel de Nôtre-Dame a partir del año 1555 y buscó la indicada por el padre Campos. Cuando la encontró, notó que había un sobre que parecía bastante viejo, pero no tanto como el resto de los documentos.

—Esto no es de Nostradamus —dijo Ana, sujetó el sobre algo ajado por el paso del tiempo y lo abrió con extremo cuidado—. 9.na centuria, cuartilla 34 —leyó.

El padre Campos, quien parecía muy familiarizado con la obra del antiguo profeta, buscó con una velocidad envidiable la centuria indicada.

—«Al retorno, el marido será cubierto por la mitra, el conflicto atravesará las Tullerías, por quinientos, un traidor será mencionado. Narbone y Saulce guardan el aceite de sus clientes» —leyó sin pausa.

—Nada tiene sentido —dijo Ana desconcertada.

—Por Dios —interrumpió Gemelli, que se encontraba en una de las bóvedas próximas a donde estaba el resto de los investigadores—. Falta...

—¿Qué? —Ana giró sobre sí misma y vio el vacío en una de los nichos de metal.

—Falta una caja. —Gemelli sintió que se le escapaba el aire. Tomó su celular, pero recordó que no tenía señal. Luego verificó el *handy* que siempre llevaba encima —. Carlo —dijo sin más—, comuníqueme con el Santo Padre. Es urgente.



Domenico Gemelli subió las escaleras corriendo, casi a ciegas. Pidió al resto del equipo que no se moviera de los archivos y encargó a uno de los guardias suizos de su mayor confianza que custodiase que aquel singular grupo de investigadores no tocara nada más que la caja sobre la mesa. Luego desapareció en la oscuridad.

Cuando emergió de la negrura bajo la escultura, lo esperaba el sumo pontífice, cuyos ojos recorrían incrédulos aquel pasadizo desconocido.

—¿Qué ha pasado, Domenico? —preguntó con la tranquilidad que lo caracterizaba.

—Será mejor que me acompañe, su eminencia —dijo Gemelli con profundo respeto.

El prelado asintió y, vestido como estaba con sus ropas de fajina, un pantalón y una camisa negra con un suéter de lana gris encima descendió junto a Gemelli a la profunda oscuridad del pasadizo. Una vez dentro, e iluminado por linternas, avanzaron con cierta cadencia. El papa era un hombre que aún a su edad era ágil y atlético; Gemelli notó que le seguía el paso sin problema alguno. El pontífice se detuvo en la puerta de piedra y leyó el texto grabado.

—Nostradamus —le explicó Gemelli.

Luego ingresaron a la inmensidad de la sala. Ana y el resto de los presentes guardaron silencio. Súbitamente notaron que, ante ellos, se encontraba el papa del fin del mundo, Ana sintió que el alma le temblaba. Lentamente, los presentes se acercaron y lo saludaron. El hombre, carismático y cariñoso, los saludó con devoción y escuchó los pormenores del asunto que los había llevado al Vaticano.

—No entiendo cómo no estábamos al tanto de este pasadizo —le dijo el santo padre a Gemelli.

—Yo tampoco —respondió avergonzado—. Pero esto no es lo que más me preocupa, su santidad.

El papa enarcó una ceja.

—Falta una de las cajas de seguridad. La caja sin nombre.

Ana escuchaba atenta el diálogo y tuvo una corazonada. Su instinto le decía que el *e-mail* que le había mandado Agustín algo tenía que ver con la caja sin nombre, con el pasadizo, con todo lo que Gemelli y Callahan no les decían. Decidió hablar.

—El Protocolo Angulema —dijo, como si supiera de lo que hablaba.

Gemelli, Callahan y el santo padre giraron la cabeza sorprendidos. Callahan se acercó a Ana con prudencia, desconfiado.

—¿Cómo sabe del Protocolo Angulema, doctora Beltrán? —preguntó suspicaz.

—La caja que falta —Ana se escapó por la tangente—, ¿tiene que ver con el Angulema, cierto? —Estaba a punto de hacer agua. Si alguno de los hombres que tenía en frente no caía en la trampa, no tenía mucho más con qué sonsacar información.

—Que haya desaparecido el testamento de la duquesa —Gemelli había caído, hablaba sin pensar y Ana sonrió por dentro— es demasiado grave como para que perdamos el tiempo en discusiones que no nos llevarán a nada. Necesito que terminemos este tema de los asesinatos y encargarme de la desaparición de este documento.

—¿Por qué es tan importante ese documento? —insistió Ana.

—Doctora, usted está aquí porque hay una serie de asesinatos que la han traído. El último nos ha conducido a este pasadizo secreto. Hasta ahí sabrá, lo que hay aquí

dentro o lo que falta es cuestión del Estado Vaticano. Lo siento, pero debe entender que hay información a la que no podrá acceder, concéntrese en lo que busca. ¿Qué dice la última centuria?

—No es la centuria lo que importa —interrumpió Zapiola, que se había dedicado a observar los textos de Nostradamus—, es una coordenada. Alguien ha hecho una anotación al margen de la centuria indicada y es, sin duda, una coordenada.

—¿Una coordenada? —preguntó Gemelli mientras se acercaba al manuscrito.

—34° 36' 27" Sur —dijo Zapiola—. 58° 22' 24" Oeste —concluyó.

Ana anotó las coordenadas en su teléfono inteligente y aguardó a que el gps le arrojará como resultado un lugar. El sitio que le indicó el aparato la dejó sin habla.

—Es la Catedral Metropolitana, la catedral de Buenos Aires.



Agustín recibió el mensaje de Ana pasadas las diez de la noche. Abrió el documento y leyó su contenido.

Ubicación: Museo Pío Clementino.

Pasadizo bajo escultura *Grupo de Laocoonte* lleva a archivos secretos vaticanos.

Textos Nostradamus: centuria 8, cuartilla 87; centuria 9, cuartilla 34.

Coordenadas: Catedral Metropolitana, Buenos Aires.

Alguien ha robado el testamento de la duquesa de Angulema.

Verificar documentos adjuntos.

Aquel era el final del mensaje. Sin perder tiempo, abrió los archivos que Ana había adjuntado al correo electrónico dirigido a Eduardo Holmberg y se encontró con las cuatro autopsias correspondientes a las víctimas asesinadas y el resultado del tatuaje, el *Grupo de Laocoonte* y los componentes con los que se había realizado.

—Por Dios —murmuró Riglos. El Protocolo Angulema era mucho más de lo que podían imaginar—. Román deberías ver esto.



Román Benegas salió de las oficinas de Interpol en Roma con un solo objetivo en la cabeza: hablar con Julia Durée. Había conocido a Julia como Victoria Lang, era una buena persona, ¿eso también había sido una mentira? Subió a su auto cuando la noche

ya estaba instalada, manejó un par de cuabras antes de llegar a destino y allí, tras ingresar al hotel, abrió la puerta de la *suite* sin contemplaciones. La habitación contigua a la de Agustín y a la suya estaba a oscuras. ¿Durée dormía? No le importó, abrió la puerta que comunicaba las habitaciones y encendió la luz.

—Arriba —dijo sin contemplaciones. Había ira contenida en su voz.

—¿Qué carajo te pasa, Benegas, estás mal de la cabeza? —gritó Durée entre enojada y desconcertada.

La mujer estaba profundamente dormida, se le notaba, llevaba los ojos hinchados a medio cubrir por un antifaz negro, el pelo revuelto y un bretel de la camiseta que usaba para dormir se le había caído por debajo de la curvatura del hombro.

—Una mierda me vas a quitar Europol —gritó furioso.

Julia tardó en comprender. Estaba muy dormida, había tomado una pastilla para dormir, necesitaba descansar. Antes de responder dejó escapar una carcajada burlona.

—¿Creés que estoy tras la dirección de Europol? —preguntó incrédula.

Román dudó. ¿No era así?

—Quiero la dirección, Román —dijo ella mientras volvía a taparse—. Voy por el puesto de Callahan. Apagá la luz, por favor, estoy que se me parte la cabeza.

Román apagó la luz y se sintió un idiota. ¿Apagaba la luz? ¿Era tarado? ¿Desde cuándo le hacía caso a Victoria Lang o como mierda se llamara en realidad? Se quitó la ropa, cerró la puerta con traba y se metió en la cama de la mujer.

Durée sonrió. Aún lo conocía como a la palma de su mano.



El padre Campos y el doctor Práder estaban sentados alrededor de la mesa de reunión de la sala de oficinas. Campos miró el reloj. El equipo de antropología de la Santa Sede relevaba el pasadizo secreto, la escultura y el archivo que no existía, parafraseando al capitán Gemelli. Ellos, por su parte, tenían en su poder las dos centurias de Nostradamus, las coordenadas de la Catedral Metropolitana de Buenos Aires y cuatro cuerpos tatuados que los habían llevado hasta allí. ¿Qué relación había entre esos puntos? Solo Dios lo sabía. Pero Ana y el comisario Zapiola, que se habían cargado la investigación auestas, estaban decididos a encontrar un punto en el que todos aquellos factores se unieran como un algoritmo perfecto.

—Daniela —dijo Ana a través de Skype—. ¿Qué pudiste averiguar de la escultura de Laocoonte?

En Buenos Aires, donde ella trabajada sin descanso desde los laboratorios Mesa de Piedra, eran las tres de la madrugada. En Roma, las ocho de la mañana.

—Recibirás el informe en segundos —respondió, con la eficacia de siempre.

—Ahora necesito que te concentres en estos datos que te voy a pasar. Hay alguna

conexión entre ellos.

Ana le repitió las centurias de Nostradamus, las coordenadas de la Catedral Metropolitana y le pidió que no descartara relación alguna. Ni entre esos temas ni con el tatuaje, las víctimas, La Legión, lo que se le ocurriera.

—Averiguá la historia de la Catedral Metropolitana. ¿Quién la construyó? ¿Quién hizo los planos? ¿Cuándo? ¿Qué había debajo? ¿Había otra construcción? Hay alguna singularidad en esa catedral, no pases nada por alto.

—Está bien —asintió la chica, que a pesar de su juventud tenía más experiencia que nadie luego de cinco años bajo la tutela de Práder.

—Con respecto a Pío XII, necesito todo lo que haya, oficial y extra oficial. Si para eso tenés que *hackear* al mismo Vaticano a través de mi *laptop*, hazelo. —Ana sabía que Daniela tenía ciertas «habilidades especiales». Ella se sonrojó.

Ana notó cómo el padre Campos la miraba perturbado. Optó por no darle importancia.

—Y por último, este doctor Lavergne, averigüemos quién es. ¿Por qué hay restos óseos y no su sangre en la tinta? ¿A qué se debe esa diferencia en la tinta del tatuaje?

Ana se detuvo un momento para respirar. Sabía que iba demasiado rápido, pero la cabeza le iba a mil por hora, era como si una luz supernova le explotara dentro cada vez que tenía que resolver un caso y el tiempo del habla no se condijera con su velocidad mental.

—Otra cosa: averiguá todo lo que puedas del testamento de la duquesa de Angulema que estaba bajo custodia del Vaticano.

Terminada la frase, Ana cerró la *notebook* sin despedirse. Cuando trabajaba perdía los modales, iba para adelante sin importarle qué o quiénes quedaban atrás.

—Ahora —dijo y miró fijamente a Campos y a Zapiola— necesito que me cuenten el caso sobre el que trabajaba Elena Lavergne cuando murió.

Capítulo XVIII

ROMÁN sintió que la cabeza le daba vueltas, como si alguien se la hubiera partido con un bate de béisbol. Abrió los ojos y la luz de la mañana le perforó las retinas. Estiró la mano para agarrar a Durée y atraerla hacia él, pero ella ya no estaba.

Contra su voluntad y con el cuerpo dolorido, se incorporó. Definitivamente la mujer se había ido, su ropa ya no estaba sobre la silla. Caminó despacio hacia el baño, encendió la ducha y una vez que estuvo lo suficientemente caliente, se perdió bajo la lluvia de agua para ver si lograba despertarse. Estaba singularmente cansado.

Llegó a las oficinas de Interpol cerca del mediodía.

—¿Qué te pasó? —preguntó Agustín al verle la cara de agotado.

—No sé, estoy extenuado —respondió y evitó hablar sobre la noche que había pasado con Durée.

—¿Julia viene con vos? —preguntó, mientras se llevaba los dedos al tabique de la nariz. Él también estaba agotado, le dolía la cabeza. Había pasado la noche en vela leyendo los informes que le había mandado Ana.

—Pensé que estaba aquí contigo —dijo Román sorprendido—. Me levanté esta mañana y ya no estaba...

—Por acá no pasó —respondió Agustín, que seguía recostado sobre el respaldo de su silla, parecía atrincherado en su escritorio—. Voy a buscar café, ¿te traigo?

—Sí —respondió—. Yo llamaré a Durée. Necesito que avancemos con esta bendita operación, tengo cosas que resolver.

Agustín lo observó un momento antes de salir de la oficina en busca del brebaje caliente que los despabilara un poco. ¿Cosas que resolver?, pensó. Román no sabía qué quería de su vida, eso estaba claro, y no era el protocolo Angulema ni la Tabla Esmeralda lo que lo tenía extenuado, era su disyuntiva ante la vida, dos mujeres: Verónica Ávalos y el pasado, Julia Durée.



Necesitaban descansar. El comisario Zapiola observó cómo el doctor Práder roncaba en uno de los sillones de la sala. Verónica tenía ojeras y Ana bostezaba sin cesar. ¿Hacía cuanto que no dormían? Había perdido la cuenta. Gemelli había desaparecido luego del robo de la caja de seguridad y ya había contado ¿tres? cambios de la Guardia Suiza, que custodiaba que no salieran del recinto y no metieran la nariz donde no correspondía.

—Ana —dijo Zapiola mientras estiraba los brazos.

Ella sacó la nariz de los papeles que leía y se quitó los lentes de lectura. Apretó

sus cejas en un claro signo de agotamiento y lo miró.

—Vamos, necesitamos descansar.

Ana observó a su alrededor. Gemelli y Callahan se habían esfumado, Práder dormía en un sillón y Verónica, Justo, y estimaba que ella también, tenían cara de zombis.

—Vamos —dijo Ana. Luego miró el reloj y entendió que, si no descansaban, no avanzarían.

Lograron conseguir la autorización para salir de allí. Llegaron al Regina Baglioni cerca de las diez de la mañana. Roma ya se había despertado; Ana y su equipo se disponían a dormir unas horas ya que el sueño no les permitía pensar. Ingresaron al ascensor agotados. Práder se recostó sobre una de los paneles del cubículo y cerró los ojos, no veía la hora de estar en su cama. El elevador se detuvo, las puertas se abrieron; Ana y Verónica bajaron primero, tras ellas, Zapiola y Práder. Este último fue el primero en despedirse con un gesto de mano, se verían en unas cinco horas según lo acordado. Ana hizo lo propio y se zambulló en su habitación. No se desvistió, simplemente se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama, se sumergió así en el sueño antes de apoyar la cabeza en la almohada.

En el pasillo del hotel, Zapiola tomó de la mano a Verónica y no dijo nada, simplemente la condujo a su habitación. Abrió la puerta con la tarjeta magnética y la introdujo en la ranura del dispositivo dentro de la habitación para que las luces se encendieran. Pero no llegó a ver si se encendían, enseguida, y sin pedir permiso, arrinconó a Verónica contra la pared y la besó sin piedad. La había extrañado. La mujer respondió a los besos sin decir palabra y se abrazó al cuerpo del hombre que la empujaba a la cama.

—No busco amor, agente —dijo él sobre sus labios a medida que la desvestía.

—Nadie habló de amor, comisario —dijo ella y sonrió.



Ana se despertó pasado el mediodía. Tenía la cabeza aplastada contra el colchón y la ropa con la que había pasado los últimos días pegada al cuerpo. Con toda la voluntad que le quedaba, se incorporó. Estaba agotada, pero se resistió a volver a la cama y se desvistió para luego prender la ducha y perderse bajo la lluvia de agua que necesitaba para despabilarse antes de volver a arrancar.

Aquel caso no terminaba más; lo peor era que sentía que no avanzaba. Necesitaba terminar de leer el informe de Daniela, pensó mientras dejaba que al agua le cayera por el cuerpo y de a poco, a medida que se bañaba, empezó a sentirse más limpia y liviana.



Verónica se despertó en la cama de Zapiola. El hombre estaba de espaldas y ella pudo detenerse en el tatuaje maorí que le cubría la piel. El dibujo la atrajo enseguida, la espalda, contorneada y bien formada, le quitaba el sueño. Poder observarla en detalle mientras él dormía era un lujo que pensaba darse.

No era la espalda de Román, pensó, y el corazón se le hizo un nudo, pero el hombre a su lado en la cama era diferente, noble, lo presentía casi como si lo conociera. Zapiola era un enigma que, si le daba oportunidad, estaba tentada a desentrañar. Pero él no buscaba amor y ella tampoco; de alguna manera aquella era la ecuación perfecta: dos cuerpos que se llevaban bien en la oscuridad de la noche y que podían convivir alejados durante el día ¿sin extrañarse? Dudó. Le había gustado que la tomase de la mano apenas bajaron del ascensor y, sin consulta previa, la hubiera llevado a su cuarto para dormir juntos.

Volvió al tatuaje en la espalda. El comisario respiraba tranquilo, una respiración lenta pero rítmica, dormía profundamente. Observó los trazos tribales maoríes que le cubrían la piel, eran muchos, pero componían una imagen integrada que llamaba su atención. Notó un detalle muy singular: tenía algo escrito en uno de los omóplatos, una palabra minúscula que no pertenecía a los diseños tribales, se la habría hecho antes o después, pero allí estaba, escondida entre aquel entramado de tinta. «*Aroha*», decía. Debía averiguar qué significaba.

Con el dedo índice recorrió las letras que componían la palabra y luego uno de los dibujos. Zapiola se movió, y ella quitó la mano de inmediato. El hombre giró y la atrajo hacía sí.

—Tenemos una hora antes de la reunión —dijo.

Verónica rio como hacía mucho que no lo hacía.



—Julia no responde —dijo Román, mientras ingresaba en el despacho que usaba Agustín—. Su gps dice que está en el hotel, pero hablé con el conserje, no ha vuelto.

—¿Le preguntaste a Callahan? —inquirió Agustín, que estaba concentrado en un escrito.

—Pensó que estaba con nosotros porque no fue a la reunión que tenían a las dos. Me preocupa, Agustín, Julia no es así.



Zapiola salió de la ducha y le alcanzó la toalla a Verónica, que se envolvió en el blanco mullido y respiró el aroma a limpio. No había dormido demasiado, pero se sentía renovada. Él se mantenía en silencio y ella optó por imitarlo. Fue lentamente a buscar sus cosas con la intención de vestirse cuando él la abrazó con ternura por detrás y le dio un beso en el cuello.

—¿Estás bien, nena? —preguntó en un susurro.

Verónica asintió a modo de respuesta. Zapiola preguntaba por la otra noche, la noche que había irrumpido en un llanto en su cama y había pedido que no preguntara nada. «¿Estás bien, nena?». En otra persona ese «nena» le habría disgustado sobremanera, pero en Zapiola le había hecho temblar el cuerpo.

—He estado peor, gracias por preguntar —dijo y sonrió. Luego se acercó a la puerta—. Te veo abajo.

Él asintió y se perdió en la habitación para cambiarse; Verónica salió del cuarto y entró al suyo. Se cambió rápido y miró la hora, debían estar esperándola abajo para seguir con la investigación. Se observó un momento en el espejo y notó que se le había ido la niebla de los ojos.



Román entró en la habitación sin contemplaciones, no había rastros de Julia. Agustín y Callahan trataban de rastrearla por todos lados sin éxito. Entonces sintió el vibrar de su teléfono, era la línea segura de Callahan.

—Hotel Baglioni, ahora —ordenó—. Necesito que te encuentres con el comisario Zapiola, te está esperando. Algo le ha pasado a Julia.

—¿Qué...? —quiso preguntar.

—No hay tiempo, Regina Baglioni, ahora en el *lobby*. No pierdas tiempo.



Justo Zapiola tomaba un café en el *lobby* del hotel cuando recibió el mensaje, lo abrió porque venía de una línea segura. La imagen era concreta: un brazo sostenía el diario *Corriere della Sera* del día. Reconoció la muñeca de Julia por el tatuaje. Se incorporó con velocidad y los comensales a su alrededor notaron que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana, al tiempo que veía entrar a un Román Benegas con cara de agotado.

—Zapiola —gritó Román—. ¿Qué pasó con Julia?

Verónica sintió que entraba en una dimensión paralela, desconocida y absurda. Allí, mientras tomaba un café con Zapiola, su reciente exmarido ingresaba al grito de

«¿Qué pasó con Julia?», ¿quién era Julia?

—Secuestraron a Julia —decía Zapiola, que no soportaba a Román. Sabía que había sido su amante, pero ahora le urgía resolver ese tema—. Me mandaron esta imagen, pero no te quiero acá —gritó furioso. Román no le hizo caso.

Ana tomó el teléfono de Zapiola y allí vio una foto que le resultaba familiar. Se la mostró a Verónica, que instantáneamente comprendió. «*Aroha*» decía la muñeca tatuada.

Aroha. Se concentró en el problema. La imagen era igual a la que había recibido luego de que La Legión secuestrara a Ana y la retuviese en aquella vieja casona en Colonia del Sacramento.

Aroha. Zapiola y su espalda tatuada se atravesaron en su cabeza. Se obligó a guardar ese recuerdo en algún lugar remoto de su memoria y a enfocarse.

El recuerdo de la imagen de Ana secuestrada se le apareció en la cabeza de una manera fugaz. Ella estaba atada a una silla, con los ojos vendados y sostenía el diario del día. En la imagen se veía una sola palabra: Uróboro. La Legión pretendía intercambiarla por el espía papal también conocido como Uróboro; para Interpol, Agustín Riglos.

—Es La Legión —dijo Verónica con seguridad. Luego miró a Román a los ojos. ¿Quién carajo es Julia?, tenía ganas de preguntarle, pero se quedó callada—. Justo —dijo en cambio con tranquilidad—, quien quiera que sea Julia, está en manos de La Legión, y para eso nada mejor que el agente Benegas. —Le echó una mirada de soslayo, hacía casi un año que no se veían y no podía creer soportar—. Además de yo misma para ayudarte.

—Julia es mi exmujer —dijo Zapiola y lo miró fijo a Román—. Es Julia Durée.

Verónica se quedó callada. ¿Julia Durée era la exesposa de Zapiola? Estaba pasmada.

Aroha. Los dos tenían tatuado esa palabra. Clávenme un puñal, pensó, mientras disimulaba sus celos por Durée, su odio y su amor por Román, la ira misma que se había desatado en su interior producto de aquella situación.

—En cuanto a vos, Benegas —dijo furioso Zapiola—, me chupa un huevo que seas el mejor en los temas de La Legión. —Había furia en su voz—. No te quiero cerca de Julia.

Román no dijo nada. Ya de por sí le resultaba incómoda la situación de que su exmujer estuviera allí presente. Exesposa que, dicho sea de paso, no solo no lo miraba a la cara, sino que se acostaba con el comisario.

—Zapiola... —dijo Román.

—¡Zapiola las pelotas! —gritó fuera de sí—. No te quiero acá, salí o te cago a trompadas.

Verónica observó a Zapiola y luego, a Benegas. Sus ojos se clavaron en él. ¿Román la había dejado por Julia Durée? Lo mataba.

—Ana —interrumpió Verónica—. Sacalo a Benegas.

Ella asintió y se lo llevó de la cafetería del hotel. Verónica, por su parte, se quedó a solas con Zapiola. Lo obligó a sentarse y le devolvió el teléfono con la maldita imagen del tatuaje *aroha*. Se contuvo. No quería pensar más.

—Justo —dijo en cambio, tranquila—. Durée vulneró a La Legión, buscan venganza. Román Benegas es un imbécil, pero también es el mejor en estos temas, con él salvamos a Ana de esta misma situación.

—Benegas es un hijo de puta. —Verónica nunca lo había visto tan enojado—. Y no lo quiero en esto. —Se calmó un momento y luego notó que era Ávalos con quien hablaba—. Disculpame, vos no deberías estar en esto tampoco. Nosotros...

—Zapiola —dijo ella con la seguridad más fingida que podía articular—. Entre nosotros no hay nada. —Se enderezó en la silla e impostó la voz para continuar—. Acá lo que importa es que la vida de una mujer está en peligro. Si la querés salvar, me necesitás, y mal que me pese a mí, porque ciertamente con la última persona en la Tierra con la que quiero trabajar en este momento es con Román Benegas, lo necesitas a él también. Así que ahora vas a dejar de lado cualquier conflicto que tengas con él y vas a colaborar en todo lo que te digamos. Si te contactaron a vos —dijo ya más calmada, estaba logrando concentrarse en el trabajo—, te van a pedir algo. Saben que sos el talón de Aquiles de Durée. Así que pensá, ¿qué quieren?

Mientras pronunciaba esas palabras, le hacía señas a Ana para que trajera a Román. Práder, por su parte, se había quedado sentado en el *lobby* del hotel y observaba el triste espectáculo.

—Verónica —dijo Román a modo de saludo.

—Román —respondió ella y le devolvió brevemente la mirada. Lo odiaba—. Arranquemos. ¿Qué sabemos de Durée en las últimas veinticuatro horas?

—No tuve contacto con ella —respondió Zapiola—. La vi hace tres días, pero ayer no supe de ella. —Observó a Román. Iba a tener que responder.

Ana notó que el aire se cortaba con una tijera. Román, Zapiola y Verónica, los tres en una misma sala. La tensión podía palpase con los dedos de una mano si querían.

—La vi a la noche —dijo Román sin poder mirar a Verónica ni a Zapiola a los ojos—. Esta mañana ya no estaba.

Un silencio tenso se apoderó del ambiente. Ana creyó que Zapiola iba a saltar sobre la yugular de Román. En cambio, lo vio tragar saliva y contenerse. A fin de cuentas, pensó, él había dormido con Verónica la noche anterior. *Quid pro quo*. Lo que le preocupó fue la sombra de tristeza que Verónica había dejado caer sobre sus ojos. La niebla había vuelto para instalarse.

Capítulo XIX

ENRICO Pellica estaba sentado sobre una silla de madera. Frente a él, estaba Dolores o, como se llamaba en realidad, Julia Durée. De fondo se podía escuchar el cantar de Iva Zanicchi, *Fra noi*. Pellica tarareaba la canción sin cesar. Julia tenía los ojos vendados, pero pudo sentir un leve olor a gas butano cuando el hombre prendió uno de sus típicos cigarrillos. Lo escuchó aspirar y luego sintió cómo exhalaba el humo en su cara.

—Enrico —dijo Julia calmada—. *Amore...* —musitó en un vano intento por convencer al hombre de que la soltara.

Pero Pellica no estaba dispuesto a escuchar y, sin más, le propinó un golpe que la dejó inconsciente en el piso.



Jake Callahan llegó al hotel cuando Zapiola, Ana, Román y Verónica ya se habían instalado en una de las habitaciones y discutían los pasos a seguir. Entró a la *suite* sin pedir permiso, contaba con una llave de acceso.

—Acabamos de recibir esto. —Callahan se sentó junto a Zapiola y le pasó su celular.

Abrió el archivo de video y vio a Julia sentada en una silla: estaba atada, con los ojos vendados y su labio inferior sangraba. Los golpes en el rostro evidenciaban moretones de, por lo menos, veinticuatro horas. El hombre hablaba en italiano. No se trataba de un secuestro extorsivo, a Julia la quería para él, no pedía nada, solo quería que su familia, su marido en especial, supiera que se hacía llamar Dolores y que iba a pagar el hackeo a La Legión. El video terminaba ahí, con la imagen de Julia golpeada e ida. La iban a matar.

—Román —se escuchó decir Zapiola—. Por favor, no dejes que la mate.

Él asintió.

—¿Cómo procedemos? —dijo Román y miró a Verónica a los ojos.

Ella no dudó, conocía los procedimientos como un médico las funciones de cada órgano.

—Enrico Pellica —dijo Verónica, que había recibido un informe de la Guardia Suiza respecto al doble agente infiltrado en sus filas y se estimaba que era a quien Julia Durée había utilizado para ingresar a los sistemas de La Legión—. Creemos que él la tiene cautiva. Sabemos que escapó del Vaticano la noche que mataron al camarlengo y es el primer sospechoso del asesinato.

—Julia cree que es imposible que Pellica haya matado al camarlengo —interrumpió Román—. Lo quería como a su padre.

—¿Julia te puso al tanto de la existencia de Pellica? —inquirió Ana, que intervenía en la conversación por primera vez—. ¿Julia y vos trabajan en el Protocolo Angulema?

Román se sorprendió.

—¿Qué es el Protocolo Angulema? —preguntó Verónica, que era la segunda vez que oía a Ana mencionar el tema.

—Dejemos que Callahan nos explique —dijo Román.

Callahan observó a su subordinado con sorna, lo había expuesto. Zapiola notó el resquemor en la mirada del estadounidense.

—Jake —intervino Zapiola—, te ruego que seas sincero. —Hizo una pausa y luego agregó—: Por los años que hemos compartido en Langley —se refería a cuando habían trabajado para la CIA—. Lo merezco.

Callahan lo observó por un momento. No le debía nada, pero no podía decírselo y, sin duda, debía dar una respuesta.

—El Protocolo Angulema es una operación fantasma —dijo. Y se levantó en busca de un vaso de agua. Le quedaba mucho por explicar.



Domenico Gemelli se bajó del avión después de catorce horas de vuelo. En la pista lo esperaba un auto de la nunciatura porteña, que tenía orden explícita de llevarlo al lugar preciso que se le había indicado por un carril seguro de información y llevarlo de vuelta al aeropuerto.

El jefe de seguridad vaticana tomó su celular y esperó a que su agente respondiera.

—Hemos revisado todo, capitán —le decía su hombre—; aquí no hay nada.

—Las coordenadas son claras —gritó al borde del fastidio. Estaba agotado—. Hay algo en la catedral, voy para allí. ¡Encuéntrelo!

Gemelli dio fin a la conversación y arrojó el teléfono sobre el asiento trasero del vehículo que lo transportaba. Luego recostó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos un momento. Necesitaba descansar cinco minutos, aunque más no fuera.



Julia Durée no sabía cuánto tiempo había pasado desde que la habían secuestrado en la puerta del hotel. Solo sabía que estaba en un lugar frío, húmedo y no muy lejos de la ciudad. No había pasado más de quince minutos en un auto antes de que la bajaran, por lo que no debería estar lejos del centro de Roma. Pero lo único que podía

escuchar era a Iva Zanicchi cantar una y otra vez *Fra noi*. Se iba a volver loca.

Percibió que Pellica estaba fuera de eje; en el año que había intimado con él, jamás lo había visto así. Lo escuchaba deambular por la casa al son de Zanicchi y lo único que hacía era tararear la canción. ¿Tanto lo había afectado? ¿De veras había creído que el suyo era un amor para toda la vida, como le había dicho la última vez que la vio?

Escuchó que el hombre descendía las escaleras. Estaba en un sótano, un sótano húmedo. Había una canilla que goteaba y el olor a moho estaba impregnado en las paredes, por momentos le resultaba imposible respirar. Estornudó. Se estaba resfriando, pero lo cierto era que ese era el menor de sus problemas.

—Enrico —dijo suave—. ¿Podemos hablar?

—Ay, Dolores... —dijo él con una sonrisa que ella le pudo adivinar tras la venda—. O Julia. ¿Debería llamarte Julia, cierto?

—Como quieras, Enrico: mi nombre no cambia lo que siento, el amor que nos tuvimos —mintió. Notó que Pellica callaba—. Por favor, Enrico —suplicó.

Pero Pellica no dijo nada. Solo se sentó enfrente, ella escuchó el crujir de la silla bajo el peso de su cuerpo y, otra vez, percibió un leve olor a gas butano. Enrico acababa de prender otro cigarrillo.



Román Benegas se acomodó en la silla y clavó los ojos en los de Callahan.

—¿Operación fantasma? —Sentía que le faltaba el aire. ¿En qué había estado trabajando?

—Tranquilo, Román —dijo Callahan—. La operación existe, pero es una pantalla.

—No entiendo —dijo el agente.

—Cuando Interpol perdió la Tabla Esmeralda —comenzó Callahan—, la cúpula de la agencia decidió que no se podían dedicar más recursos a recuperarla. Veinte años, Román, veinte años en total y más de cien millones de dólares en recursos gastados en una tabla que nadie sabía si verdaderamente tenía poder alguno. —Se hizo un breve silencio—. Pero tu tesón y tu testimonio, sobre todo tu testimonio —recalcó—, hizo que la cúpula —hablaba de la «cúpula» de Interpol como si fuera un ente abstracto al que no pertenecía, cuando, en realidad, todos sabían que la cúpula era él mismo— reconsiderara la misión. Operación Esmeralda consumió demasiados recursos, demasiadas vidas y agentes de primera línea, pero, por primera vez en veinte años, alguien la había visto, tuvimos a la Tabla en nuestro poder —dijo y lo miró fijo—. Viste la Tabla en acción y entonces decidimos que había que recuperarla costara lo que costara. El asunto es que cuando decidimos recuperarla, Julia Durée

logró vulnerar la fortaleza informática de La Legión y allí descubrimos no solo dónde estaba la Tabla Esmeralda, sino todo lo que La Legión tenía: un mundo de tesoros que nos interesa, entre los que hay una biblioteca de Alejandría completa y, creemos, el Santo Grial. —Nadie daba crédito a lo que oían—. No puedo decirles demasiado, pero lo cierto es que La Legión tiene más de lo que pensábamos, es una sociedad demasiado poderosa y todo el conocimiento que posee, lo quiere Interpol. Entonces decidimos retrasar el recupero de la Tabla para, así, ir por todo.

—Sigo sin entender qué es el Protocolo Angulema —dijo Román, molesto y sorprendido al mismo tiempo. ¿El Santo Grial? ¿Qué sustancias aspiraba Callahan?

—¡Digo que Julia descubrió una caja de Pandora, que La Legión tiene más información en sus arcas que los mismísimos archivos vaticanos!

—Seguís sin responder mi pregunta, ¿qué es el Protocolo Angulema?

Callahan no podía evitar más la pregunta. Finalmente se rindió.

—Cuando Julia accedió a la computadora de Pellica, encontró que el archivo que el agente más visitaba era una carpeta bajo el nombre de «Angulema». Eso llamó su atención. Una vez que logró vulnerar las barreras informáticas y su gusano estaba en el corazón mismo de La Legión, notó que los agentes de sistemas de la organización accedían a varias carpetas con mayor frecuencia, una correspondía a la Tabla Esmeralda y la otra carpeta era la «Angulema». Empezó a rastrear los accesos y, por supuesto, accedió a los contenidos de ambos documentos y encontró una conexión entre ellos.

Román recordó las palabras de Agustín: «Hay una conexión entre la Operación Esmeralda y el Protocolo Angulema, y yo voy a encontrarla».

—¿Cuál?

—*Madame Royale*.

Capítulo XX

ENRICO Pellica observó sus manos, giró las palmas hacia arriba y se detuvo a mirar la punta de los dedos. No tenía huellas dactilares, un proceso de abrasión química había borrado hasta el último vestigio de su identidad. Pero su sangre era, en realidad, el último bastión de su batalla. La suya era sangre real, lo sabía, debía preservarla ya que él era la prueba viviente de que el enigma del sin nombre podía ser resuelto, él y el documento que llevaba en la maleta de titanio.

Estuvo tentado de abrirlo, pero sabía que el protocolo de seguridad lo impedía. «Enrico debes ser paciente, a su debido tiempo reclamaremos lo que por derecho te corresponde. Tu familia ha sido custodia de un gran secreto, es tu deber protegerlo con tu vida. Hay que guardar silencio y esperar», había dicho Diaco. Estaba cansado de esperar. Se había pasado la vida entera aguardando. Primero había sido su padre quien, por derecho, llevaba la sangre real; a él le había tocado esperar sin suerte porque murió luego de que Pío XII abriera el documento y lo sellara nuevamente. No había podido con el silencio del pontífice. Enrico recordaba aquel día como si hubiera sido el día anterior, podía relatar hasta la fragancia a flores que entraba por la ventana, el aroma a comida recién horneada por su madre, el leve olor a hule que despedía el mantel de la cocina. Esa mixtura exótica de aromas volvía a su cabeza cada vez que revivía aquel día. Corría 1958 y apenas tenía unos cuatro años, pero recordaba aquella conversación como si hubiera sido mayor. El pontífice estaba sentado en la cocina de la pequeña casa que ocupaban en el área destinada a vivienda del personal de la Santa Sede.

—No podría revelar este secreto —recordó que Pío XII le decía a su padre, que bajó la cabeza en clara resignación y asintió. El pequeño Enrico vio una lágrima rodar por la mejilla paterna—. Espero que lo entiendas, Nicola —había repetido el Santo Padre, mientras le daba un apretón en el brazo—; cambiaría la historia. No nos hemos recuperado de la Segunda Guerra aún; no me pidas que dé a conocer este documento.

Su padre había asentido sin decir nada. Había besado el anillo del pescador y luego el sumo pontífice se había retirado. Sobre la mesa con el mantel plástico había dejado el sobre nuevamente lacrado. Pellica debía volver a guardarlo en el archivo que no existía, pero no pudo con su genio, rompió el lacre y leyó aquello que se suponía no debía. Entonces comprendió la verdadera razón por la cual el santo padre no revelaba ese documento al mundo.

A la mañana siguiente, la señora Pellica encontró el documento perfectamente lacrado sobre el escritorio de su marido; a él, en cambio, lo encontró la Guardia Suiza ahorcado en su despacho.

Lo último que Enrico recordaba de aquella época era la decepción en la mirada de su padre aquella noche y la tristeza que había robado el espíritu de su madre. Lo demás se había perdido en una nebulosa de recuerdos. Lo que sí tenía claro era que

Nicola Pellica se había suicidado luego de leer el contenido del sobre. Por eso él, allí con el documento en el maletín de titanio, estaba tentado de abrirlo y saber. ¿Qué había leído su padre que tanto lo angustió?



Julia tenía sed, mucha sed. Necesitaba agua. La garganta estaba seca, áspera, casi como si hubiese comido vidrio molido y tragar era cada vez más doloroso. El catre al que Enrico la había atado era de esos antiguos, elástico de metal y colchón de lana. Podía sentir cada uno de los metales contra su espalda dolorida y percibía el claro hundimiento del lecho hacia el centro. ¿Cuántos años tendría ese colchón allí? ¿Todavía los hacían de lana? Divagaba. Su cabeza ya había empezado a reflexionar sobre temas inútiles y desvariaba. Olía a café y a pan tostado con aceite de oliva. Enrico preparaba el desayuno. ¿Sería de mañana? Había perdido la noción del tiempo. Tenía sed, demasiada, tuvo que tragar, su garganta era fuego; se quedó dormida.

Unos minutos después, Pellica se ubicó junto a ella y aguardó a que el aroma del café y de las tostadas surtieran efecto y la despertara. Primero se movió, luego abrió los ojos. No había notado que le había quitado las vendas.

—¿Enrico? —preguntó ella dubitativa, al tiempo que ajustaba las pupilas a la semipenumbra que la envolvía.

—Te traje algo de comer —dijo—. Me gustaría que te levantas.

Julia se alertó. ¿En qué momento Pellica había vuelto a ser quien era? Debía estar alerta.

—¿Me podrás ayudar? —preguntó ella.

El hombre la ayudó a incorporarse y le colocó un almohadón detrás de la espalda. La mujer gimió de dolor.

—Gracias —dijo.

Pellica no respondió.

—Te hace falta algo de comida —aclaró—: nos espera un largo viaje.

Luego giró sobre sí mismo, subió las escaleras y desapareció tras la puerta que cerró con llave. Julia, por su parte, se abalanzó sobre las tostadas, el agua y el café con fruición. Después de tantos días sin alimento, aquel fue el mejor desayuno que había probado en su vida.



Domenico Gemelli estaba de vuelta en el avión que lo regresaba a Roma.

—Hemos dado vuelta la catedral, revisamos cada centímetro del lugar, allí no hay nada. —Hablaba por teléfono desde la butaca de la aeronave—. Ha sido una pista falsa... —Hizo una pausa y luego agregó—: O alguien llegó antes que nosotros.

—No puede ser una pista falsa —dijeron del otro lado de la línea.

—Entonces alguien nos ganó de mano.

—Resuélvalo... —se escuchó antes de que pusieran punto final a la conversación.

Gemelli odiaba que le dieran órdenes, pero en aquel asunto había mucho que perder, mucho más que ganar; por lo tanto, aguantaba un poco más.



Agustín tenía sobre su escritorio toda la documentación que Ana le había enviado. Ahora que Román trabajaba en el secuestro de Durée, estaba solo.

Lo cierto es que se sentía tan perdido como al principio. Pensaba en los cuatro cuerpos cuyos tatuajes componían una ilustración final que arrojaba como resultado el texto *Grupo de Laocoonte*. Dos cosas le llamaban la atención de aquel tema. La primera era los componentes con los que se había hecho la tinta para el tatuaje: la sangre del comisario Zapiola y de Pío XII y el polvo de restos óseos de un médico francés bajo el nombre de doctor Lavergne. La primera mujer de Justo Zapiola se llamaba Elena Lavergne y había muerto asesinada durante el transcurso de una investigación muy similar a la que Ana comandaba en este momento. A diferencia de las cabezas con los labios suturados, Elena había aparecido con sus párpados cosidos al estilo de La Legión. ¿Qué había visto esa mujer que le había costado la vida? Más allá de la singularidad de la sangre de Zapiola en el componente de la tinta, y ni hablar de que estuviera mezclada con la de un papa del siglo anterior, el hecho de que el apellido del médico y de la mujer de Zapiola fueran el mismo no era casual. ¿Qué unía a esos tres en sangre y polvo que fuera tan importante?

La segunda cuestión que le llamaba la atención era el pasadizo bajo la escultura. ¿Cuándo se había construido? Quien lo construyó, ¿cómo sabía del archivo que no existía? Y lo que era más importante, ¿por qué estaba grabada en la puerta de acceso aquel fragmento de la centuria de Nostradamus y qué tenía que ver con todo aquello? Él era un hombre de acción, de campo, los enigmas no eran lo suyo. Necesitaba trabajar con Ana, pero no podía verla: Diaco la tenía vigilada día y noche. No había pasado un solo día sin que recibiera una imagen de la mujer mientras salía o entraba al Vaticano o al hotel. La seguían, pero ¿quién?

Lo cierto era que salvo en Román, ya no confiaba en nadie dentro de Interpol. Etchegaray, a quien había visto veinticuatro horas antes cuando fue convocado por la muerte del camarlengo, estaba dedicado a las cuestiones de Latinoamérica. Pero era un hombre ambicioso, no era trigo limpio y no había llegado a su puesto en buena

ley. Pero de ahí a que fuera un espía. No, Etchegaray era ambicioso pero dudaba de que tuviera lo que hacía falta para ser un doble agente. Callahan y Blanc eran dos históricos dentro de sus organizaciones. Blanc, a punto de jubilarse, iba a ser reemplazado por Román, que haría una buena gestión a cargo de Europol. Aquel hombre había sacrificado lo impensado para llegar donde estaba; en cierta forma lo admiraba, pero en el fondo sentía una gran pena por él. El hambre y el frío que había sufrido de niño, la pobreza estructural en la que había crecido el agente habían grabado a fuego su ambición. Iba a llegar lejos, lo sabía, se había jurado jamás volver a pasar hambre o frío, y si para eso debía sacrificarlo todo, lo haría. Y así lo había hecho.

Se había casado con Verónica luego de un breve romance. Ella era buena gente, una mujer noble e instruida que, además de su trabajo, amaba la vida y había insuflado un soplo de luz en el espíritu mustio de Román. Por eso, cuando la propuesta de Callahan llegó a sus oídos y le dijo que para ser cabeza de Europol no podía tener puntos débiles, que debía deshacer su matrimonio y cortar relación con la mujer, no lo dudó. Le dolió el alma, Agustín lo había visto abatido en la cama de ese hotel mientras mataba las horas para no pensar, pero no dudó en pedir el divorcio. Verónica jamás había esperado semejante golpe bajo. No recibió ninguna explicación, solo la notificación de divorcio. Ese día, ella había muerto un poco.

Ninguno de aquellos hombres podía ser el topo. Definitivamente era alguien de la segunda línea, pero ¿quién? Volvió a concentrarse en los archivos que estaban sobre el escritorio. Tomó su lapicera Montblanc y no pudo evitar pensar en Emerio, que se la había regalado cuando asumió la dirección de Centauro. Sonrió. Había querido a Emerio. Con la lapicera en la mano dibujó un triángulo y en cada punta de la figura anotó un nombre: «Justo Zapiola, Pío XII y doctor Lavergne». De este último sacó una flecha y anotó entre signos de interrogación el nombre de Elena Lavergne. Se recostó sobre su asiento, llevó las manos detrás de la nuca y no dejó de observar el dibujo. Lavergne, Zapiola y Pío XII; «Pacelli» escribió entre paréntesis, el apellido de Pío XII era Pacelli.

Ahora aguardaba a que Ana le enviase el informe de la muerte de Elena. Había hablado con Zapiola al respecto.



Julia sabía que su única oportunidad era recuperar fuerzas, luego escaparía. Pero para eso debía seguir el juego de Enrico.

—¿Irnos de viaje? —recordó haberle preguntado.

—Lejos —había dicho él.

—¿Adónde? —insistió, pero no había obtenido respuesta.

Ese día, Enrico había dejado que se bañara por primera vez.



Agustín recibió el *e-mail* en el preciso instante en que ingresaba al hotel, necesitaba descansar. El asunto era breve: «Ana». El texto del correo le hizo recordar que La Legión estaba en todas partes. «No la contactes más», decía, «sabemos todo, vemos más». Adjunto había un *link* que, al abrirlo, lo redirigió a distintas cámaras de seguridad que seguían los pasos de la patóloga. El corazón le dio un salto, al tiempo que un *e-mail* dirigido a Eduardo Holmberg entraba a su casilla de correo.



Verónica Ávalos entró al cuarto y dejó que el peso de su cuerpo se apoyara sobre la puerta para que volviera a cerrarse. Suspiró. Estaba tan triste, tan sola. Los pensamientos que arrebolaban su cabeza eran muchos y todos pesados. Demasiado pesados para una mujer sin vocación de tristeza. Sintió el golpe en la puerta, pero no quería abrir, sabía quién estaba detrás del panel.

—Nena —escuchó.

Verónica sintió que el alma se le estrujaba. No me digas nena, fue lo único que pudo pensar.

Zapiola ingresó a la habitación y vio que había llorado. Levantó las manos y acunó el rostro de la mujer entre sus dedos.

—Tenemos que trabajar —dijo ella con los ojos llorosos.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió.

Una tormenta se había desatado en su interior. Haber visto a Román al mismo tiempo en el que se permitió descubrir los sentimientos que tenía, y que había querido negar, por Zapiola la había desestabilizado. Eran demasiadas emociones juntas. El comisario seguía sosteniéndole el rostro, pero ella no podía mirarlo. Contuvo las lágrimas.

—Verónica —dijo Zapiola—. Habíamos quedado en que nada de amor.

Ella, que había desviado un momento la vista, la clavó en la del oficial y sintió que la ira tomaba forma en su interior. Sus ojos, cubiertos de niebla, se tornaron piedras de fuego.

—Tenés un ego muy grande, Zapiola —dijo furiosa pero sin levantar la voz—. Eso hace que no veas las cosas como son. ¿O acaso no viste a mi exmarido ahí? —Hizo una pausa y se acercó al oído del comisario—. Mi exmarido —repitió en un

susurro que, notó, le erizó la piel al oficial—, el que se coge a tu mujer. —Había maldad en el tono de su voz, pero no lo reprimió—. Eso me pone mal. Vos... —Lo miró a los ojos—. Vos no sos nada.

Zapiola retrocedió para darle paso a la mujer, que abandonaba la habitación. Se encontró solo en la sala contigua, con los brazos en jarra y la mirada en el piso mientras contenía una sonrisa. *Touché*, pensó. Verónica sabía pegar donde dolía, pero más le había dolido ese «no sos nada». Se negaba a creerle. Lo cierto era que no podía dedicarle más tiempo al tema, en cambio, debía concentrarse en encontrar a Julia Durée.



Agustín Riglos abrió el documento que acababa de recibir de parte de Ana y entendió que se trataba del expediente de la CIA sobre el asesinato de Elena Lavergne. Lo primero en lo que se detuvo fue en las fotografías del cuerpo. La mujer yacía sobre la alfombra con las piernas abiertas, el torso desnudo y los párpados cosidos. La imagen era virulenta y sanguínea aun para el ojo más entrenado. Había sufrido mucho antes de morir, se podía ver que la habían amordazado, golpeado y, según la autopsia, había soportado varios puntos de sutura antes de desmayarse.

Lavergne había estado trabajando sobre su investigación cuando fue asaltada. Sobre la pantalla de la computadora había una frase escrita: «La sangre de la inocencia se alza ante ellos en remordimiento eterno». Más adelante, en el mismo informe se aclaraba que aquel verso correspondía a la 8.ª centuria, cuartilla 87 de las profecías de Nostradamus. Agustín leyó una anotación de Ana que decía: «Bajo la escultura del *Grupo de Laocoonte*, ubicada en el Museo Pío Clementino, se esconde un pasadizo secreto que desemboca en una puerta. Esa puerta tiene grabado este mismo verso, tras ella, hay un enorme depósito de documentos secretos clasificados que el Vaticano negará en caso de darse a conocer. Un archivo secreto dentro de los archivos secretos».

Agustín hizo una pausa y releyó la anotación de Ana, «un archivo secreto dentro de los archivos secretos», repitió. Avanzó un par de hojas y descubrió que, al momento de su muerte, Elena investigaba una serie de asesinatos en los que los cuerpos encontrados —dos torsos sin una gota de sangre y sin sus brazos y piernas— habían aparecido en dos iglesias católicas de Nueva York. El testimonio del aquel entonces agente de la CIA y esposo de Lavergne, Justo Zapiola, era desgarrador: «Desde que empezó con la investigación de este caso, Elena no dormía, no comía. Empezó a consumirse, a apagarse, no había una gota de ella en ese cuerpo flaco que mutaba por la casa en busca de respuestas entre documentos y expedientes. Se pasaba noches enteras leyendo declaraciones, casos similares que ella consideraba que tenían

relación con lo que investigaba. Era desolador verla trabajar, fumaba sin cesar, tomaba café frente a la computadora sin siquiera sacarse el pijama. Estaba ojerosa, pasaba semanas enteras sin bañarse, había entrado en una profunda depresión. Creo que el punto de inflexión fue cuando supo quién era el asesino. Elena dejó de ser Elena luego de la noche en que se enfrentó con él».

Agustín hizo una pausa, volvió a leer lo que decía Zapiola. ¿Elena Lavergne había descubierto quién era el asesino? Sin distraerse, continuó con la lectura de la declaración: «Hace poco más de un mes, Elena recibió un dato. Un hombre decía saber quién era el asesino. El informante era un sujeto en el que ella confiaba, no había nada raro. Combinaron un encuentro y nada parecía indicar que aquel sería un punto de no retorno en la vida de mi mujer. Luego de acudir a la cita pactada, nada fue igual. Volvió singularmente aturdida esa tarde, lo recuerdo porque no quiso hablar del tema. Se metió al baño y se duchó. Tardó más de la cuenta, demasiado, y cuando salió noté que había llorado: tenía los ojos rojos e hinchados. Le pregunté qué había pasado, pero nunca quiso decirme, no quería hablar del tema; insistí pero fue en vano. Elena se había cerrado como nunca antes, como si la verdad la carcomiera por dentro».

Agustín dejó el documento sobre la mesa y se recostó sobre la silla. Trató de hilvanar lo que Zapiola había relatado sobre los últimos días de su mujer, debía hablar con él. ¿Qué había averiguado Lavergne en la reunión con el informante? ¿Qué le habían dicho que había trastornado de tal manera su conducta? Volvió al expediente. Lo que leyó después lo dejó sin habla.

Capítulo XXI

JAKE Callahan hablaba mientras Román, Ana y el doctor Práder escuchaban atentamente. Verónica se ubicó donde había estado antes de haberse excusado un momento para levantarse; Zapiola había hecho lo mismo segundos después.

—Julia Durée realizó una profunda investigación de los documentos que encontró en las arcas de La Legión, especialmente del *dossier* correspondiente a la Tabla Esmeralda y al testamento de la duquesa de Angulema.

—¿Testamento de la duquesa de Angulema? —quiso saber Ana.

—Sí —respondió Callahan—. De todos los documentos encontrados, había dos carpetas a las que los agentes accedían con mayor frecuencia, una era la de la Tabla Esmeralda y la otra era la del testamento de la duquesa de Angulema. Estos dos documentos, aparentemente sin ninguna conexión, tenían un punto en común, un punto que Durée descubrió luego de largas horas de investigación. —Callahan hizo una pausa y miró fijo a Román—. El punto en común resultó bastante extraño, se trata de *Madame Royale*, también conocida como María Teresa Carlota de Francia, duquesa consorte de Angulema.

—¿Qué puede tener que ver el testamento de una duquesa consorte con la Tabla Esmeralda? —inquirió Román exasperado, ya que no lograba descubrir la conexión.

—Entre la Tabla y el testamento nada —respondió enfático Callahan—. Pero entre los documentos que Julia analizó en el *dossier* de la Tabla había un escaneado de cierta bitácora de viaje, las Anotaciones de Pérgamo, en la que se registra el viaje de la Tabla Esmeralda y los custodios que velaron por su seguridad. En ese diario hay un registro en el que se menciona a *Madame Royale*, ese es el punto en común.

—Puede ser una casualidad —interrumpió Ana, que conocía bien el libro con las Anotaciones de Pérgamo. Era un documento que habían encontrado bajo el zoológico de Buenos Aires.

—Ese es el asunto —retrucó Callahan—. No lo es.

Los presentes hicieron silencio, aguardaban una explicación, algo que desentrañara aquel rompecabezas de piezas tan disímiles como aparentemente azarosas.

—Hay una anotación en particular en la que el artista Pierre Joseph Redouté habla de ciertas flores que pinta...

—La rosa *centifolia*, la rosa *clinophylla* y la rosa *moscheta* —interrumpió Ana para hacer referencia a las tres pinturas que habían encontrado en el Instituto de Botánica Darwinion, en San Isidro—. Bajo estas obras estaban las tres láminas de esmeralda que completaban la Tabla.

—Exacto —asintió Callahan—. En las Anotaciones de Pérgamo hay una entrada del año 1824 realizada en París. Allí, Redouté, cuya mecenas había sido Josefina Bonaparte y quien anteriormente había pertenecido al gabinete de artistas de María

Antonieta en Versalles, se reunió con la duquesa de Angulema, la hija de Luis XVI y María Antonieta.

—Sigo sin comprender —resopló Benegas.

—Román —dijo Callahan con cierto fastidio—, Redouté, custodio de la Tabla Esmeralda, estuvo reunido en París con *Madame Royale*, hija de los reyes de Francia muertos durante la Revolución y duquesa consorte de Angulema, que pidió que su testamento fuera custodiado por el Vaticano y se leyera después de cumplidos los cien años de su muerte. ¿No te resulta singular que quien custodiara la Tabla se reuniera con esta mujer, única sobreviviente de la familia real? ¿Y que justamente sea ese testamento el que haya desaparecido de los archivos vaticanos?

—Callahan —contestó Román enojado—, no veo relación. Me decís que Redouté se reunió con la duquesa, que el testamento desapareció... ¡No me estás diciendo nada!

—Lo siento —continuó—. Quizá no soy claro. En un principio yo tampoco lo comprendí, Julia fue quien me hizo ver la conexión. La Tabla Esmeralda es uno de los objetos que más deseaba La Legión, una vez que lo consiguió, notamos que el acceso a los documentos relacionados con la Tabla descendió y el vinculado a la duquesa de Angulema aumentó. Dedujimos, entonces, que ese testamento era ahora lo que más les interesaba a los hombres de La Legión.

Román asintió.

—A partir de ese momento, Julia comenzó a investigar la vida de la duquesa de Angulema. —Callahan hizo una pausa—. María Teresa de Francia, también llamada «*Madame Royale*», fue la primera hija de Luis XVI y María Antonieta, y es considerada la única sobreviviente de la familia real luego de la Revolución Francesa. Si conocés la historia, sabrás que en 1789 Francia se encontraba en medio de una revuelta popular y para julio de ese año la Revolución ya se había desatado. Años después, en 1793 para ser exactos, Luis XVI moría en la guillotina y de su familia solo habían sobrevivido dos de sus cuatro hijos, María Teresa y Luis Carlos, que estaban apresados en la prisión del Temple. María Antonieta, por su parte, estaba en la prisión de la Conciergerie. Allí esperaría su turno en el cadalso. A mediados de ese año, los hermanos fueron separados y nunca más volvieron a verse, ni siquiera cuando el niño enfermó y *Madame Royale* pidió verlo. —Hizo una nueva pausa, esta vez más prolongada—. Lo cierto, Román, es que según los archivos de La Legión, el niño a quien se mantuvo en cautiverio en la prisión del Temple no era Luis Carlos, el delfín de Francia y heredero al trono, sino un sustituto, un niño enfermo a quien cruelmente se encerró en una celda del Temple y recibía alimentos a través de un mínimo ventanuco. Esa fue la razón por la cual no se le permitió a su hermana verlo, Teresa notaría la sustitución y eso haría caer la mentira por su propio peso. —Callahan se puso de pie—. La Legión sabe qué fue del paradero de Luis Carlos, considerado el rey Luis XVII heredero legítimo de la casa de los Borbones, y creemos que, por alguna razón que todavía no logramos descubrir, el encuentro entre

Redouté y *Madame Royale* en París en 1824 es la clave de este asunto.

—¿Qué dice el libro de las Anotaciones de Pérgamo sobre este encuentro? —preguntó Ana suspicaz.

Callahan dejó de mirar a Román y, súbitamente, recordó que no estaban solos en aquella habitación de hotel, observó a Ana y asintió. Tomó su iPad y comenzó a buscar un documento.

—Léalo usted misma —dijo mientras le entregaba el dispositivo.

Ana lo tomó y comenzó a leer. Cuando concluyó, levantó los ojos de la pantalla y comprendió la conexión entre la Tabla Esmeralda y el testamento de la duquesa de Angulema.

—Por Dios —murmuró, al tiempo que le entregaba el aparato a Benegas para que leyera el documento—. ¿Esto es cierto?

—Doctora Beltrán, usted encontró las tres rosas de Redouté —afirmó Callahan—. ¿Había tres láminas de esmeralda bajo ellas?

Ana asintió pasmada.

—¿No cree, entonces, que sea probable lo que Redouté relata sobre su encuentro con *Madame Royale*?

Ana asintió, si Pierre Joseph Redouté había custodiado la Tabla Esmeralda escondiendo tres de sus piezas bajo sus obras de arte, las flores pintadas, ¿qué impedía que lo que relataba que había hecho con el testamento no fuera cierto?

Anotaciones de Pérgamo

París, 1824

El belga sostenía entre los labios el pincel. Luego, como quien sabe que está por dar el último toque a una obra de arte, retrocedió unos pasos y observó los colores sobre el bastidor. Minúsculas, delicadas, vaporosas, así eran aquellas tres flores que había decidido pintar. Una junto a la otra, inocentes a su destino, reposaban las tres: la rosa clinophylla, la rosa centifolia y la rosa moscheta.

Escuchó el crujir de la puerta.

—Maestro —dijo su aprendiz—. Lo esperan.

Pierre Joseph Redouté asintió y caminó hacia el portal, atravesó la puerta y se acomodó el saco antes de ingresar a la sala. Apuró el paso y abrió la puerta.

—Madame —dijo y saludó educadamente a quien recordaba como una niña graciosa que correteaba por los jardines de Versalles y que se había transformado en una mujer que ya había superado los cuarenta y cinco años.

—Monsieur Redouté —dijo la duquesa—. Me resulta casi un milagro volver a verlo.

El artista notó un velo de tristeza cubrir aquellos ojos claros que habían visto el Terror. Reencontrarse con una figura del pasado no era habitual para ella, ya que todos a quienes apreciaba o quería habían muerto a manos de la Revolución.

Redouté se ubicó frente a Madame Royale y, tras esperar a que la criada les sirviera el té, aguardó a que la mujer hablara.

—Maestro —comenzó ella, lo llamó como acostumbraba en la corte de su madre—. Hace varios años, tuve una larga conversación con mi amiga Josefina de Beauharnais antes de que falleciera. —Bebió un poco de té antes de continuar—. Ella guardaba un gran secreto, un secreto que le reveló el mismísimo Napoleón, su esposo. Ese secreto me fue revelado en su lecho de muerte y corroboró una sospecha que me ha atormentado el alma desde la prisión del Temple. He tardado más de diez años en decidirme.

—¿Decidirse? —preguntó Redouté.

—Decidirme a venir a verlo —aclaró la mujer—. Josefina me dijo que usted era una persona de su total confianza. —Hizo una pausa—. Me comentó sobre la Tabla y cómo ocultó... —vaciló— las piezas.

El hombre asintió. Todavía no entendía por qué Madame Royale estaba allí.

—Tengo dos encargos que hacerle —continuó la dama—, pero antes debe jurar con su vida que a nadie habrá de revelar lo que hablaremos aquí.

—Madame Royale —dijo Redouté solemnemente—. Estimé a su madre como a nadie y madame de Beauharnais fue mi gran mentora, le debo la vida. Lo que usted necesite yo lo haré.

—Puedo pagarle por sus servicios.

—No podría cobrarle un solo franco, madame.

Ella sacó entonces un documento que entregó al pintor.

—Este es mi testamento, una copia lacrada y certificada ante notario. Necesito que la esconda por si el original que he de dejar en el Vaticano desaparece o sufre algún tipo de extravío. Sepa, maestro, que no confío en nadie, no desde la Revolución.

Redouté asintió en silencio.

—Lo segundo que debo pedirle es que me permita visitarlo la semana que viene para poder recibir aquí a una persona con total discreción. Ni siquiera sus criadas pueden estar presentes, ese encuentro debe permanecer en el más estricto de los secretos.

—Por supuesto, madame —respondió el artista algo desconcertado—. ¿Debo saber a quién esperar?

La mujer asintió.

—Dice llamarse Pierre Benoît, pero yo lo conozco como Luis Carlos, mi hermano, o Luis XVII, el legítimo heredero al trono de Francia.

Román se detuvo. Lo que leía no podía ser cierto. Levantó la mirada y observó a los presentes. Callahan tenía la mirada fija en la pared, había escuchado el relato de las Anotaciones de Pérgamo como si fuera la primera vez que lo hacía. Ana, Verónica, Zapiola y Práder escuchaban atentos lo que el agente leía en voz alta.

—Esto es imposible —dijo Román, que trataba de procesar la información que acababa de leer—. El delfín de Francia murió en el Temple, no hubo Luis XVII, la monarquía fue retomada por Luis XVIII.

—Román —dijo Verónica mientras lo miraba a los ojos—. Luego de lo que vimos aquella tarde en la base de Interpol —dijo para referirse a cuando reunieron las piezas de la Tabla Esmeralda—, ya nada me sorprende.

—Sí, pero este documento, este testamento, ¿qué valor puede tener?

—Hay que seguir leyendo —interrumpió Ana—. Así comprenderás.

—Callahan —dijo en cambio—. ¿Con qué lidiamos? ¿Qué pasa? ¿Por qué la urgencia por este testamento?

—Estás al tanto de que luego de que Julia accediera a la base informática de La Legión descubrimos que cuentan con una cantidad infinita de documentos antiguos y material que, hasta hace poco, creíamos perdido. Material invaluable, la historia misma parece estar en poder de esa organización, y, entre ellos, el testamento de la duquesa de Angulema. Yo creo que no quieren que su contenido se dé a conocer, creo que robaron el original de las arcas vaticanas y ahora están tras esta copia. Cualquiera sea la información que *Madame Royale* haya confesado en ese escrito, no ha de salir a la luz, no sin afectar importantes intereses que, me arriesgo a decir, perjudicarían sobremanera a La Legión y a su cúpula. Digamos que se han convertido en un gran custodio de secretos, algunos que ni siquiera nosotros estamos al tanto de su existencia.

—Por Dios —murmuró Román, y se dejó caer sobre una silla—. Por eso demoramos el recupero de la Tabla, ¿cierto?

Callahan asintió.

—Ya no solo queremos la Tabla, queremos todo el material que está en poder de La Legión y, con tu ayuda, espero poder llegar a encontrarlo. Pero para eso debemos rescatar a Julia Durée, ella es la única que puede terminar lo que empezó: descifrar las coordenadas encriptadas que detallan dónde se encuentra el búnker de La Legión. Una vez que tengamos ese dato, iremos por todo: la organización y sus archivos.

Román guardó silencio un momento, intentaba ordenar sus ideas. El Protocolo Angulema era tan grande como Agustín había supuesto, iban por todo: Diaco, su gente y todo aquello que a lo largo de los años habían robado y escondido. Manuscritos, documentos clasificados... ¿Qué más podían tener? Según Callahan, la biblioteca de Alejandría misma, la historia del mundo guardada en alguna fortaleza

en algún punto escondido del planeta y que Durée trataba de encontrar.

—Verónica —dijo con seguridad—, voy a necesitar tu ayuda.

Ella asintió. Observó que el hombre se dirigía a la puerta y lo siguió.

—¿Adónde van? —preguntó Zapiola preocupado.

—Si querés volver a ver a Julia —contestó Román, mientras clavaba los ojos en los del comisario—, vas a tener que confiar en nosotros.

Luego de decir esto, ambos desaparecieron tras el vano de la puerta.

Capítulo XXII

CUANDO abrió los ojos notó que estaba en movimiento. Se sentía abombada, con la boca pastosa y la cabeza que le daba vueltas. El desayuno, pensó Julia. Enrico debía de haberle puesto algún somnífero en el café; si no, no se explicaba qué había sucedido desde el último recuerdo que tenía, haber terminado de bañarse, y donde se encontraba ahora, en el baúl de un auto. Intentó moverse, pero fue en vano: llevaba las manos y las piernas atadas y, como el espía que era, Pellica le había quitado cualquier objeto que pudiera ser más que lo que aparentaba. No llevaba su reloj, ni sus anillos ni ninguna de sus cadenas, pero conservaba sus aros, lo notó cuando acercó la oreja a su hombro. Ahora solo debía encontrar la manera de desatarse.

El automóvil atravesó un bache y dio un pequeño salto que, para sus costillas, resultó demoledor. Tenía sed y el calor en esa recinto se había tornado insoportable, le faltaba el aire. ¿A dónde la llevaba Enrico? No con poco esfuerzo logró levantar las rodillas y dio un golpe seco al baúl, que ni se movió, iba a necesitar más que fuerza para escapar. Luchó contra las ataduras una y otra vez hasta que las de las muñecas, ya lastimadas, cedieron.

No pasó demasiado tiempo hasta que el auto empezó a aminorar la marcha. Luego se detuvo. Escuchó al hombre apagar el motor y descender; luego los pasos acercarse. Julia había logrado desatarse y se mantenía quieta y expectante. En su mano derecha llevaba uno de sus aros de diamante que disimulaba su verdadero propósito: esconder el hilo de alambre que había oculto bajo la piedra preciosa y con el cual pensaba ahorcar a Pellica. Estaba lista.

Cuando notó que la tapa del baúl se abría, esperó a que Pellica apareciera frente a ella y, sin titubear, lo atacó. El primero fue un golpe certero, una patada en medio del esternón que lo dejó inmediatamente sin aire; luego la mujer saltó del auto y, sin darle tiempo a reaccionar, se posicionó detrás del cuello del hombre y le apretó el codo con el cable de alambre hasta que las manos empezaron a sangrarle. Al principio el hombre se resistió, pero luego, a medida que el aire dejaba de llegar al cerebro, empezó moverse de manera errática, hasta que por último dejó de luchar.

Julia lo soltó cuando estuvo completamente segura de que había muerto. Ahí, en ese instante, se permitió mirar alrededor. La negrura era absoluta, la noche fría había llegado para instalarse. ¿Dónde estaba? A pocos metros podía distinguirse el contorno de una casa vacía, seguramente allí Enrico pensaba terminar con su vida para luego enterrarla en medio de aquel bosque olvidado en algún lugar de Italia. Se apuró a tomar las pertenencias de Pellica y las llaves del auto, una vez dentro del vehículo, encendió el gps. Se encontraba a trescientos kilómetros de Roma, en la zona de Chianti.

Arrancó y, antes de partir, revisó el bolso de Pellica. Había algo de dinero, una

laptop, un maletín de titanio y un celular. Abrió el celular, extrajo la tarjeta de memoria y la guardó. Segundos más tarde, desarmó el móvil y lo arrojó en el fondo del bolso. Luego tendría tiempo de analizarlo y abrir el maletín.

Comenzó el camino de regreso. Pasados los cien kilómetros vio una estación de servicio. Se detuvo, tomó algo de dinero y cargó gasolina. Luego compró un teléfono desechable, un café y algo de comer. Nuevamente en viaje, prendió el celular, marcó un número y aguardó a que la atendieran.

—Soy la agente Sesenta y Seis, necesito que me comunique con el agente Uno.

Julia Durée aguardó unos instantes antes de escuchar la voz de Callahan del otro lado de la línea.

—Soy Julia, voy de regreso —dijo y después partió el celular y lo arrojó por la ventana.

Anotaciones de Pérgamo

París, 1824

La calesa se detuvo en una pequeña calle desierta. El alba apenas asomaba, y París continuaba dormida. La mujer bajó con destreza, llevaba la cabeza cubierta por una capa de terciopelo negro que la amparaba del frío y de las miradas indiscretas. Apuró el paso hasta llegar a la entrada de la vivienda del artista. Allí, según lo convenido, tocó tres veces. Aguardó unos instantes, que le parecieron los segundos más largos de su vida. Con la mirada baja, perdida en los guantes de cabritilla mientras rezaba para que nadie la hubiera seguido, Madame Royale era consciente de que estaba a punto de reencontrarse con su pasado. Hacía treinta años que no veía a su hermano, desde enero de 1794 cuando le quisieron hacer creer que el niño que habían encerrado en la prisión del Temple era él. Nunca había vuelto a verlo. El niño del Temple había muerto, pero ella sabía que ese no era el delfín de Francia.

Escuchó pasos, apretó las manos con nerviosismo. La puerta se abrió, del otro lado se encontraba monsieur Redouté, que la invitó a pasar en silencio. Ella avanzó unos pasos, el hall se convirtió en un estar y allí, en el medio de la sala, vestido con una levita impecable y sombrero de copa, el pasado mismo la esperaba de pie.

—Luis Carlos... —murmuró con un hilo de voz.

El hombre sonrió. Había dolor en sus ojos, mucha tristeza en sus gestos, pero la alegría de ver a su hermana parecía borrar todo recuerdo del Terror. Avanzó con dificultad, una de sus piernas no le respondía bien. Se miraron a los ojos, ella los tenía vidriosos, él estaba profundamente conmovido.

—Teresa —dijo, y se fundieron en un abrazo que los conmovió por completo. Hacía tres décadas que no se veían.

Julia Durée ingresó al hotel Regina Baglioni pasado el mediodía. Allí, en la habitación que habían convertido en el centro de reuniones para organizar su rescate, la esperaban Zapiola, Román, Callahan, Ana y Verónica.

—Julia —dijo Zapiola preocupado.

Ella hizo un ademán para darle a entender que estaba bien. Llevaba un ojo que había empezado a oscurecerse producto de la pelea que había mantenido con Pellica y estaba cansada, pero más que por eso y por las muñecas lastimadas por las ataduras, estaba bien. Observó a su alrededor, el grupo de hombres y mujeres que había intentado buscarla resultaba bastante heterogéneo en su conjunto. Se detuvo en Verónica, la mujer de Román. Llevaba el pelo oscuro recogido en una cola e iba vestida con *jeans* y un *sweater*.

—Julia, soy Verónica Ávalos. —Las mujeres se estrecharon las manos—. Necesito hacerte un par de preguntas.

Ella asintió.

—Antes de contestar nada, quiero que vean esto.

Julia abrió el bolso que llevaba y extrajo el maletín de titanio, la *laptop* y el celular desarmado de Pellica. Aparte entregó la memoria.

—Estas eran las pertenencias de Pellica. Creo que deben ver el maletín, la clave para abrirlo es «Dolores».

Callahan tomó el portafolio, digitó la clave y se abrió de inmediato. Dentro había un sobre con un lacre que reconoció de inmediato.

—El anillo del pescador —dijo.

—Un documento del Vaticano —agregó Julia—, y yo no lo abrí —dijo para referirse al sello violado—. Lo encontré así. Creo que la razón por la cual Enrico enloqueció se encuentra en esa carta.

—¿Qué es? —preguntó Ana, que hablaba por primera vez.

—El testamento de la duquesa de Angulema —respondió Durée.

A su alrededor, el silencio se hizo presente.



Agustín Riglos volvió leer las notas finales del expediente. Elena Lavergne se había metido hasta el cuello en aquella investigación y, a su entender, la relación que había encontrado entre ella y los asesinatos había sido el detonante de aquella depresión. ¿Zapiola estaría al tanto del asunto o se lo habrían ocultado? Ante la duda, levantó el teléfono. Aguardó a que el hombre respondiera.

—Comisario Zapiola —escuchó Agustín del otro lado de la línea.

—Justo —dijo con tranquilidad—. Soy el agente Riglos, ¿tiene un momento para hablar conmigo?

—Aguarde un momento —dijo el oficial, al tiempo que Agustín dedujo que había salido de una habitación e ingresado en otra. A su alrededor no se escuchaba nada más que silencio—. Lo escucho —concluyó.

—Lamento molestarlo, comisario; sé que atraviesa un momento complicado —Agustín se refería al secuestro de Julia—, pero tengo una pequeña pregunta que hacerle.

—¿Qué necesita saber, agente? —preguntó interesado Zapiola.

Agustín hizo una pausa antes de continuar, el asunto que debía tratar era delicado.

—Tengo en mi poder el expediente del asesinato de su esposa.

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Dónde está, agente? —preguntó Zapiola.

—En las oficinas de Interpol.

—Apenas resuelva el tema de Julia iré a verlo, ¿le parece?

—Yo le diré dónde; avíseme cuando esté disponible y le enviaré la dirección del sitio donde nos encontraremos.

—De acuerdo —respondió, para luego poner fin a la conversación.

Agustín apoyó el celular sobre la mesa y luego miró el reloj. Otra vez, y sin darse cuenta, se habían hecho las seis de la tarde, había perdido la noción del tiempo. Giró la cabeza y notó que Roma se desdibujaba a la distancia, la noche había empezado a devorarse el horizonte. Estaba cansado, pero necesitaba seguir. Se levantó de la silla tras el escritorio y estiró las piernas, luego observó el sobre que reposaba en la madera y que había recibido aquella mañana. Había tenido que mover cielo y tierra para conseguir ese documento, pero tras enterarse de los componentes del tatuaje de las víctimas y haber accedido al expediente de Zapiola, solo restaban dos informes más que ver. El que más le interesaba era aquel que dormía en el interior del aquel sobre: el *dossier* de Pío XII.

Lo tomó con delicadeza, casi como si se tratase de un antiguo documento. Rompió el precinto de seguridad y comenzó a leer: «Eugenio María Giuseppe Giovanni Pacelli. Confidencial». El archivo era inmenso, contaba con información de lo más variada, pero un artículo del diario *ABC* de Madrid fechado el 27 de octubre de 1968 capturó su atención de inmediato.



Diacó Simer sumergió las manos en el agua y luego acercó el rostro al lavabo para refrescarse. El sol todavía no había salido, pero aquel era el día en que iba a poner

punto final a años de odio y a su necesidad de venganza. Había llegado el fin de una era. Cerró los ojos, y la imagen de Inés atravesó sus recuerdos. Su bella Inés, joven y feliz, hasta que Emerio Beltrán se atravesó en sus vidas. Diaco apretó el puño y lo colocó bajo el agua que salía del grifo. Se quedó un rato largo mientras observaba el agua caer, la mano mojada, el sonido del líquido invadirlo todo. Luego lo cerró con firmeza y levantó la mirada, se encontró con un reflejo impiadoso. El espejo gritaba cómo los años le habían dejado surcos en el rostro. ¿Dónde estaba el Diaco Simer joven y fuerte que había sido? ¿Quién era ese del reflejo en el vidrio opaco? No se reconocía: por dentro se sentía vital y joven, por fuera era nada más que un viejo con los días contados.

Se obligó a hacer a un lado sus pensamientos y se enfocó en aquello que debía hacer. Había llegado el momento del final. Salió de su habitación y se dirigió a la sala de reuniones; allí lo esperaba su gente.



Agustín recibió el *link* con la filmación de Ana mientras trabajaba dentro de la habitación del hotel. Los observaban. Ingresó al sitio y escuchó el audio, Ana hablaba. Tomó el celular y, cuando estaba a punto de marcar, el móvil vibró.

—Tenemos a Ana en la mira —dijo la voz del otro lado de la línea.

Agustín sintió que el corazón le daba un vuelco. Segundos después recibió una imagen. Era una captura de pantalla de Ana con el objetivo de una mira láser que le apuntaba a la cabeza. Apretó el celular con furia, había llegado el momento de actuar.

—Agente —continuó la voz—, cualquier movimiento extraño y Ana Beltrán estará muerta. Desaparezca, no vamos a volver a decírselo, sabemos que están en contacto.

La llamada concluyó abruptamente. Agustín se dejó caer sobre el sillón y observó el celular. No sabía cómo continuar. No podía enviar un *e-mail*, no podía llamar, lo observaban a él también. Miró la pila de documentos sobre la mesa, se acumulaban expedientes y no conseguía dilucidar el hilo conductor entre unos y otros. De fondo escuchaba que Ana hablaba, decía algo de Pellica.

Algo de lo que escuchó le llamó la atención y subió el volumen de la *laptop*. Y entonces lo notó. Se levantó y se acercó al escritorio, buscó el dispositivo para anular cámaras y micrófonos y lo accionó hasta estar seguro de que no quedaba ninguno encendido. Luego anotó algo y lo fotografió. Segundos más tarde envió el último *e-mail* desde la casilla de Eduardo Holmberg. Encriptó la documentación que había recogido dentro de una tarjeta de memoria y la guardó en el lugar seguro que había elegido. Ahora solo restaba esperar.

Capítulo XXIII

EL comisario Zapiola abandonó el hotel cuando la noche ya se había instalado sobre Roma. Miró su reloj, Agustín lo aguardaba en la casa segura en una hora. Subió al auto y siguió las instrucciones al pie de la letra. Cuarenta y cinco minutos después estaba frente a un departamento al que debía acceder por una puerta lateral. Subió por las escaleras y allí, en el tercer piso, lo esperaba el agente.

—¿Qué necesita saber? —preguntó Zapiola mientras se acomodaba en una silla. El departamento estaba prácticamente vacío.

—Su esposa, Elena, trabajaba en un caso en el que dos cuerpos aparecieron en similares condiciones a los que usted y Ana investigan ahora.

Zapiola asintió. Sabía hacia dónde iba la pregunta.

—¿Por qué no dijo nada? ¿Por qué ante tal evidencia no mencionó el caso de su mujer?

—Callahan estaba al tanto de todo; trabajábamos juntos en la CIA cuando Elena investigaba el caso que le costó la vida. Fue él mismo quien me puso a cargo de esta investigación por las similitudes —aclaró—, y fue él quien le pidió a Gemelli que Ana y mi equipo viniésemos.

—Insisto —interrumpió Agustín—. ¿Por qué no le dijiste a Ana?

Había comenzado a tutearlo. Zapiola decidió seguir el mismo camino.

—Agustín. —Hizo una pausa antes de continuar—. Hay cosas que...

Él se inclinó hacia atrás y se apoyó sobre el respaldo de la silla vieja en la que se había sentado. ¿Cómo no lo había notado antes? La única razón para que un oficial no revelara una información clave como aquella que Zapiola había guardado era una sola: no trabajaba solo.

—Nunca dejaste la CIA.

Zapiola desvió la mirada un momento. Sonrió apenas.

—Vos más que nadie, al ser agente de Interpol, sabés que hay secretos que es imposible revelar. He estado tras el asesino de Elena desde hace quince años. Cuando Jake me llamó para decirme lo que habían encontrado en La Plata, no dudé en encargarme personalmente del asunto y de contar con el mejor equipo, Ana entre ellos.

—¿No entiendo por qué no se lo dijiste a Ana! —insistió.

—Porque necesitaba una mirada fresca, un equipo que no supiera nada de Elena, que descubriera lo que fuera que pudiera ayudarme a atrapar al hijo de puta que mató a mi mujer. —Había furia en su voz—. He analizado el caso quinientas veces y no he encontrado nada; el cadáver en la plaza Moreno me dio un poco de esperanza.

—¿Esperanza? —preguntó Agustín, sorprendido por la palabra utilizada.

—Esperanza de que el mismo hombre, el asesino de Elena, hubiera vuelto al ruedo, de atraparlo. No podía viciar a mi gente con mi mirada intoxicada de odio.

Decidí mantenerme al margen, dejar que Ana observara, y estoy seguro de que no me equivoqué.

—Decime la verdad —insistió—. Todo eso que decís es muy lindo, pero es una estupidez. ¿Por qué te mandó la CIA? ¿Qué perseguía Elena y qué descubrió?

Zapiola mantuvo su silencio.

—Justo —inquirió el agente—, ¿qué oculta la CIA que no me estás diciendo?



Jake Callahan leyó el documento que Julia Durée había encontrado entre las pertenencias de Pellica y, tras acomodarse los anteojos, dijo:

—Este no es el testamento de la duquesa de Angulema, es una carta de Pío XII al curador del Vaticano, el doctor Nicola Pellica, padre de Enrico. Lo que dice aquí...

Ana tomó el documento y lo releyó.

—Esto es absurdo —dijo—. ¿Por qué un papa le escribiría al curador del Vaticano? ¿Por qué iba a decirle que «él no es el heredero»? ¿A qué se refiere?



Ana recibió el *e-mail* en el preciso instante en el que ingresaba a su habitación. Abrió la imagen y leyó el texto. ¿Qué quería decirle Agustín? Luego observó el resto de la imagen. En el centro, en el papel escrito a mano —reconocería su caligrafía en cualquier sitio, era ciertamente singular, por no decir que se asemejaba a un jeroglífico— se podía leer: «Donde el tiempo no corre». Luego observó el resto de la imagen: el escritorio de Agustín estaba infectado de documentos y expedientes. Volvió al texto: «Donde el tiempo no corre». La frase no tenía sentido. Escribió algo rápidamente y respondió el correo. El *e-mail* rebotó, la casilla había sido dada de baja.



Daniela Quesada era metódica, prolija y perseverante. Tenía un trabajo que hacer, y a él se había abocado. Observó el reloj, pasaban de las dos de la mañana. En Roma estaría por amanecer. Debía hablar con la doctora Beltrán, ya que había logrado encontrar el hilo conductor. Sabía qué significaba la sigla LCRF-PB que aparecía en los tatuajes. Ana debía volver a Buenos Aires, y debía hacerlo de inmediato.

Mientras aguardaba la conexión de Skype observó los libros sobre la mesa. La búsqueda en internet había sido difícil pero fructífera. El autor de aquella obra era un médico forense. Parecía estar todo conectado. Su nombre le había llamado la atención de inmediato: Federico Zapiola.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la imagen de Ana del otro lado de la pantalla, estaba vestida y lista para ir a trabajar. Daniela notó que estaba en un cuarto de hotel y que bebía café mientras se disponía a hablar con ella.

—Doctora Beltrán —dijo Daniela—. Creo que debe volver a Buenos Aires.

—¿Qué averiguaste? —quiso saber de inmediato.

—Luego de una búsqueda exhaustiva encontré un libro que contiene un denominador común en toda esta investigación: habla sobre un grabado hecho por un ingeniero francés radicado en Buenos Aires en el siglo XIX. El grabado es este.

Daniela buscó una página del libro y la puso frente a la cámara. Ana, que estaba a punto de beber café, dejó la taza sobre la mesa.

—Es el *Grupo de Laocoonte* —murmuró asombrada.

—Exacto. Y si observa el detalle de aquí abajo. —Acercó el pie de página a la pantalla.

—Es el tatuaje —afirmó Ana, con la cabeza que le corría a mil por hora.

—El dibujante es Pierre Benoît, un francés que llegó a Buenos Aires en 1818. Participó del diseño de la ciudad de La Plata, de su catedral, de la catedral de Mar del Plata y de la fachada de la Catedral Metropolitana. Creo que la clave está aquí, en Buenos Aires. Debe regresar doctora.

Ana guardó silencio un momento, mientras trataba de analizar lo que le decía.

—¿Qué significa la sigla LCRF-PB?

—Luis Carlos, Rey de Francia-Pierre Benoît.

—Por Dios...

—Y hay más —dijo Daniela—. Luis Carlos era el hermano menor de María Teresa Carlota de Francia, también conocida como «Madame Royale» o...

—O como la «duquesa de Angulema».

Daniela observó cómo Ana guardaba silencio y se quedaba sentada detrás de la pantalla. Hacía sus conexiones, ataba cabos.

—Doctora, puedo mandarle el escaneado del libro, pero creo que debe venir a Buenos Aires y verlo usted misma. Debe volver a los lugares donde aparecieron los cuerpos. Cada una de las escenas del crimen son sitios construidos por Benoît o por su hijo.

—Daniela, ¿le comentaste este asunto a alguien más?

Ella negó con la cabeza.

—Quiero que lo mantengamos entre nosotras. ¿Puede ser?

Daniela asintió.

—Volveré a Buenos Aires cuando pueda. Por lo pronto, mandame todo lo que tengas a mi casilla segura.



Verónica Ávalos no había dormido. Se le notaba en los surcos bajo los ojos, en la piel seca, en los ojos cansados. Llevaba un café a sus labios cuando notó la presencia de Ana. La mujer se ubicó frente a ella en el comedor del hotel.

—No digas nada —dijo Ana—. Tenemos que salir de acá.

Verónica terminó el café para no llamar la atención. Conocía a su amiga como a la palma de su mano y, tan solo con verla, sabía que algo había ocurrido, lo último que querían era llamar la atención. Se levantaron del bar del hotel y salieron a la calle. Ana llamó un taxi y subieron sin hablar. Le indicó al conductor una dirección y el resto del viaje lo hicieron en silencio. Cuando se detuvieron, Verónica descubrió que estaban frente a las oficinas de Interpol.

—¿Qué hacemos acá?

—Vamos a la oficina de Agustín. Necesito que veamos a Román.

Verónica no tuvo tiempo para quejarse, Ana ya había ingresado y se anunciaba.

—Tenemos una cita con el agente Benegas. Dígale que lo esperan Verónica Ávalos y Ana Beltrán.

Las dos mujeres aguardaron en el *lobby* de Interpol. No pasaron más que dos minutos antes de que Román las invitara a subir. Ana sabía que, con Verónica a su lado, él no se negaría a recibirlas.



Christophe Remis observó a su padre. Diaco estaba viejo y cansado. Se le notaba en la manera de andar, en los ojos cansados y en la forma en que se había dejado caer sobre la silla para presidir la reunión. Recordaba a su padre como un hombre de maneras elegantes y seguras, aquel que se había sentado sobre la cabecera de la mesa era un anciano.

Repasó mentalmente la charla que habían tenido la noche anterior y no pudo evitar sonreír, se iniciaba una nueva era para la organización y él estaría al mando.



Román Benegas las esperaba tras el escritorio. Sabía que Ana iría a verlo, Agustín se lo había anticipado. A Verónica, en cambio, no la esperaba. Sintió un nudo en la garganta. Tragó saliva e intentó concentrarse en lo que debía hacer. «Cámaras», había

escrito Agustín en el breve mensaje que le había enviado. Luego, una palabra más, «Diacó». Y con esos dos breves vocablos comprendió que le informaba que se iniciaba la cruzada final.

Luego de haber recibido aquellos mensajes, Riglos había desaparecido. Román, por su parte, verificó que no hubiese cámaras en su oficina. Había. Se suponía que Interpol era el lugar más seguro, una ilusión, reflexionó.

—Necesito ver la oficina de Agustín —dijo Ana sin preámbulos.

Él asintió y les indicó con un gesto que lo siguieran. Las mujeres caminaron detrás de él en silencio. El trayecto era corto, atravesaron un pasillo. Román abrió el despacho con una llave especial. Ana notó que el escritorio estaba vacío.

—¿Dónde están las carpetas en las que Agustín trabajaba? —quiso saber.

—Así como lo ves dejó todo.

—¿Dejó? —preguntó Verónica, que hablaba por primera vez.

—Agustín dejó Roma —contestó Ana con seguridad—. Va tras Diaco.

—¿Cómo? —interrumpió Román sorprendido.

—Porque lo conozco, porque sé que se alejó de mí para protegerme y porque va a terminar lo que empezó.

—Acabar con La Legión —dijo Verónica, que empezaba a comprender.

—Exacto —afirmó Ana y luego avanzó unos pasos en el despacho—. «Donde el tiempo no corre» —musitó.

Verónica y Román se miraron un instante. Notaron como Ana se acercaba al escritorio y se sentaba en la silla. Abrió uno a uno los cajones, estaban completamente vacíos. Palpó la madera en busca de hendiduras, compartimentos secretos, nada. Se recostó sobre la silla y observó a su alrededor. Nada estaba fuera de lo normal.



Agustín Riglos acomodó sus anteojos y observó el reflejo en el espejo retrovisor. Los Ray-Ban espejados eran una manera elegante de disimular el cansancio que llevaba encima. Había pasado demasiadas horas sin dormir, demasiado tiempo dedicado a una búsqueda frenética que lo había llevado al punto en el que se encontraba: conduciendo a toda velocidad por Europa a la espera de que Ana encontrara las instrucciones a seguir y pudiera, finalmente, ponerle punto final a La Legión.

No iba a ser fácil deshacerse de Diaco, pero más difícil iba a ser terminar con una sociedad secreta tan poderosa como La Legión. Sin embargo, aunque la vida se le fuera en aquella quimera, estaba decidido a ponerle fin. No había manera de seguir con su vida, menos aún pensar en una vida con Ana, si La Legión seguía en pie.



La piedra del muro estaba fría. El hombre se encontraba alerta, a la espera de alguien, y entre los dedos sostenía un cigarrillo que no habría de prender. Lo había dejado hace tiempo; aunque la avidez por sentir aquella inigualable dosis de nicotina por momentos resultaba incontrolable, había tomado una decisión al respecto, y él era un hombre que respetaba sus decisiones. Manipulaba el cigarro, lo hacía bailar entre los dedos; luego fijó la mirada en el piso y notó que la suela de los zapatos crujía sobre la grava, las hojas se habían apelmazado bajo la primera nevada. Levantó la cabeza, la noche era tan cerrada que no distinguía estrella alguna. La bóveda celeste se descubría cerrada aquella noche de invierno y el hombre esperaba, en silencio.



La oficina de Agustín estaba vacía; a excepción del escritorio y del teléfono, no había nada. El hombre la había dejado así antes de irse. Los papeles y documentos que se veían en la fotografía que había recibido no aparecían, y Ana no paraba de pensar en la frase «donde el tiempo no corre».

Por más que revisaba el sitio, no había paneles falsos en el escritorio, doble fondos en las bibliotecas, nada. El sitio estaba limpio. Sin embargo, Agustín había mandado un mensaje claro: había investigado y accedido a los documentos que ella misma le había enviado y, por lo que se veía en la imagen, a muchos archivos más. ¿Dónde había guardado todo aquello? ¿Por qué no lo había dejado allí? Era claro que desconfiaba hasta de su propia sombra y la clave estaba donde no corría el tiempo, pero ¿dónde era eso?

—Ana —dijo Román—. No sé qué pensás encontrar acá. Agustín es muy prolijo en sus investigaciones, pero sabés que yo te puedo ayudar, decime y...

Ana se detuvo en Román. El hombre llevaba un traje de color oscuro, impecable. Si no supiera que era un agente de Interpol, jamás habría notado la irregularidad en la tela producto de la sobaquera con el arma reglamentaria que llevaba bajo el brazo. Él, al igual que Agustín, eran espías de carrera, seguían protocolos de seguridad que estaban establecidos. Quizás sí pudiera ayudarla a fin de cuentas.

—Ayer recibí esto de Agustín.

Ana le mostró la fotografía. Román observó la imagen en el celular y comprendió.

—Agustín era observado, al igual que vos —dijo mientras la miraba a los ojos—. Anoche recibí dos mensajes de él. Uno tan solo decía «cámaras», efectivamente su escritorio estaba infectado de micrófonos y cámaras que él desactivo y yo eliminé. Mi

despacho estaba en iguales condiciones.

Las mujeres lo observaban en silencio.

—Agustín cree que hay un topo más en Interpol —continuó—. En vista de que nuestras oficinas eran monitoreadas, no me cabe la menor duda de que es así.

—¿Agustín sabe quién es el topo?

—No todavía —respondió—, pero está en eso. Ahora...

—¿Y el segundo mensaje?

—Que iba por Diaco. Nada más.

Ana guardó silencio un momento y volvió a mirar la pantalla de su celular. ¿Dónde había guardado Agustín esa documentación? Y lo que era más importante, ¿qué había encontrado que lo había llevado a esconderla y hacerle saber que debía buscarla?

—Agustín me mandó una serie de mensajes en los últimos días —dijo Ana—. Mensajes breves, crípticos. El primero fue sobre el Protocolo Angulema, el segundo sobre Christophe Remis.

—¿Qué dijo de Remis? —quiso saber Román.

—Que su madre era Inés Beltrán, mi tía.

Capítulo XXIV

EL departamento sobre la Via dei Coronari, en el barrio de los anticuarios, era una calle especial. Adoquinada con *sampietrini*, como la mayoría de las callecitas romanas, la mixtura de los edificios renacentistas y el bullicio de la gente que caminaba de un sitio a otro, o los turistas que tomaban un helado en la Gelateria del Teatro, le daban al escenario un aspecto mágico pero, sobre todo, cumplía la función que debía: ser la fachada perfecta. El laberinto de casas de antigüedades albergaba en uno de sus edificios la base de inteligencia en la que Julia Durée aguardaba a su contacto. A su alrededor, un grupo de empleados realizaba sus tareas de manera coordinada, casi como si cumplieran las reglas al pie de la letra. Observó su oficina, el lugar era el fiel reflejo de su vida: ni un solo rastro de identidad, ninguno de los objetos que había allí había sido elegido por ella. Un día era Victoria Lang, otro día era Julia Durée, mañana podía ser cualquier otra persona, a eso se dedicaba. El MI6 del Servicio de Inteligencia Secreto Británico al que reportaba, se ocupaba de que aquel desarraigo fuera bien pago. Ahora solo quedaba cumplir con la misión que le habían encargado: convertirse en la cabeza de Interpol. Debía hacer caer a Callahan; para eso estaba allí, en esa oficina, para aguardar a su contacto. El intercomunicador le anunció la llegada.

El hombre atravesó la puerta con dificultad. Aquel sujeto era demasiado alto, pensó al verlo. No lograba acostumbrarse al tamaño del jefe de seguridad vaticana.

—Tenemos que hablar, Domenico —dijo ella, mientras lo invitaba a sentarse—. Estamos en tiempo de descuento.

El hombre se ubicó en uno de los sillones y observó el reloj, estaban demorados.

—Está por llegar —dijo Julia.

Ambos mantuvieron el silencio mientras aguardaban al tercer asistente de aquella reunión. La mujer desvió momentáneamente la mirada y dejó que sus ojos se escaparan tras el vidrio. La tarde brillaba, refulgía con esa característica prístina de las tardes de antaño. Habría querido asomar la cara y dejar que el sol le pegara en la frente, aspirar el olor de la calle, del viento de otoño que mutaba en invierno. Pero no podía, debía estar ahí y esperar para avanzar en la que, entendía, se había convertido en la misión más importante de su vida.

La puerta se abrió sin parsimonia. Del otro lado se encontraba la persona que esperaban.

—Estanislao —dijo Gemelli y se incorporó para saludarlo.

Estanislao Lencke ingresó a la oficina de Julia con determinación. Llevaba un traje azul, camisa celeste y corbata impecable. Usaba el pelo corto de un rubio ceniza tan blanco que contrastaba con el oscuro de la vestimenta. Se movía con precisión. Se notaba que era un hombre ejecutivo, entrenado para actuar y ser eficaz en cada uno de sus actos. Observó a la mujer detrás del escritorio levantarse para saludarlo y

estiró la mano con elegancia.

—Lao Lencke —dijo.

—Julia Durée —respondió ella y le estrechó con fuerza la mano que le ofrecía y sin dejar de mirarlo fijamente a los ojos. Luego volvió a su asiento.

—Muy bien —interrumpió Gemelli—. Es hora de empezar.



Provincias Unidas del Río de la Plata, 1824

El hombre acercó los ojos al plano sobre el que trabajaba y, con delicadeza, trazó el último de los detalles para aquel pórtico. Un año atrás, cuando el presidente Bernardino Rivadavia lo nombró arquitecto constructor de planos en el Departamento de Ingenieros Arquitectos, jamás imaginó participar del diseño de la fachada de la Catedral Metropolitana. Sonrió con cierto grado de satisfacción: había quedado magnífica.

Terminada la fachada, continuó con la segunda parte del encargo: los cristales. Se levantó con cierta dificultad de la mesa de trabajo y se acercó a las cajas que había hecho importar de París. En su interior se escondían los caireles más exquisitos que hubiera visto. No pasó demasiado tiempo antes de que se sumergiera por completo en la labor que tenía.



Ana continuaba en el mismo lugar y observaba en detalle el despacho de Agustín. El escritorio estaba vacío, los cajones no guardaban más que pelusas y la silla sobre la que se encontraba no escondía sobres ni documento alguno. Siguió con la inspección. Tamborileó los dedos sobre la madera oscura y luego percibió el cuero del tablero sobre el que reposaba un lapicero antiguo. «Donde el tiempo no corre», repitió en un suave murmullo. La palma de su mano volvió a recorrer la tersura del cuero, estaba frío al principio, pero a medida que apoyaba la mano podía sentir cierto calor. Se recostó sobre el respaldo y giró hacia la ventana. Detrás del vidrio, Roma fluía discreta. Un recuerdo la asaltó: ella estaba sentada en una oficina idéntica, hacía un tiempo atrás, como Isabel Romero. La oficina era una réplica exacta de la que había ocupado durante sus meses en Interpol en Londres. Las oficinas de Roma y de Londres compartían estilo y tipo de mobiliario; de hecho, la única diferencia entre uno y otro despacho era que el de Londres tenía al Támesis como escenario tras el

ventanal y las paredes estaban cubiertas de *boiserie*; en el de Roma, las paredes eran de un blanco inmaculado sobre las que colgaban varios cuadros de la ciudad y un antiguo reloj. Los cuadros eran réplicas baratas, en cambio, el reloj era lo único, junto al escritorio antiguo, que parecía no haber sido comprado en Ikea. Ana notó que las agujas estaban detenidas. «Donde el tiempo no corre». El corazón le dio un salto, se levantó del asiento sin vacilar y estiró una mano hasta alcanzar el objeto. Lo descolgó sin esfuerzo y lo dio vuelta. No había nada detrás de él. Convencida de que ese era el lugar al que apuntaba el mensaje de Agustín, retiró la tapa que ocultaba las pilas y allí, en medio de los resortes, una pequeña memoria digital reposaba a la espera de ser descubierta. Ana sonrió. Retiró la diminuta tarjeta y la guardó en uno de sus bolsillos, luego volvió a colocar el reloj en su lugar y salió de la oficina de Agustín para no volver.



Ana ingresó al hotel junto con Verónica y, sin decir palabra, entraron en la habitación y buscaron la *notebook* para ingresar la memoria encontrada en la oficina de Agustín. Unos minutos después, la computadora reconoció el dispositivo y se abrió una carpeta que tenía una clave. Ana dudó un segundo, luego escribió «Holmberg» y, automáticamente, los archivos se abrieron. Allí se encontraba toda la documentación que ella misma le había hecho llegar a Riglos. Un archivo captó su atención de inmediato con la palabra griega: «ἀνάγραμμα». La criminóloga cerró los ojos un segundo. Anagrama, murmuró. Abrió el documento sin dudar y leyó dos palabras separadas por un guion: «Pellica-Pacelli».

El corazón le dio un vuelco. Lo había tenido en frente todo ese tiempo y no lo había visto. El apellido de Enrico Pellica era el anagrama del apellido de Pío XII: Pacelli. Agustín le mostraba una conexión entre Pellica y Pacelli, ¿algún parentesco? Y si así fuera, ¿por qué ocultarlo? Por otro lado, recordó Ana, la sangre del papa estaba en la tinta con la que se habían hecho los tatuajes de las víctimas. Debía pensar, debía averiguar qué escondía todo aquel entrevero de enigmas en el que se encontraba inmersa. Debía hablar con Zapiola.



Julia Durée se quedó en silencio. La penumbra se había colado por la ventana y el silencio en la oficina se había hecho tangible. Se había quedado pensando en Lencke. El agente del MI6 era mucho más de lo que aparentaba o dejaba ver. En el fondo de

los ojos azul petróleo se escondía un hombre oscuro, sombrío. Había algo en sus silencios, en la forma de hablar, que no terminaba de descifrar. ¿Quién era Estanislao Lencke? Su *dossier* oficial decía que era agente de la agencia británica desde hacía veinticinco años, que apenas había superado los cincuenta y que su padre, un exagente inglés, se había casado con una española. Luego estaba el detalle de las misiones en las que había participado; para Julia, era solamente el enlace con el MI6. Pero intuía que había mucho más detrás del Lao Lencke que acaba de conocer. Ella, por su parte, estaba a punto de hacer caer a Callahan y concretar su misión: convertirse en la directora de Interpol. La reunión que se había concertado aquella tarde había ultimado los detalles para llevar a cabo la misión que los reunía.



Agustín Riglos estaba listo para morir. Si ese era el precio para liberar a Ana, iba a pagarlo. Ajustó el reloj y observó que aún había algo de tiempo. Envío un mensaje por un canal seguro y aguardó. Solo restaba esperar.



Buenos Aires, 6 de diciembre de 1829

El francés recibió la noticia en la tranquilidad de su hogar. De las afueras de la casa se escuchaban corridas y gritos, el clamor de la calle parecía colarse por entre las celosías y la tensión podía sentirse en el aire. Ya nada volvería a ser igual, Pierre lo intuía, pero él estaba a salvo. La Legislatura de Buenos Aires había designado a don Juan Manuel de Rosas como gobernador de Buenos Aires y lo proclamó «Restaurador de las Leyes e Instituciones de la Provincia de Buenos Aires».

Benoît observó el crisper del fuego, las llamas se contoneaban al son de una melodía imaginaria y la mixtura de colores lo trasladaba a una época que no quería recordar. Cerró los ojos, las imágenes que desfilaban en su cerebro lo atormentaban, el Terror le había quedado grabado en la retina a pesar de que en aquel entonces era solo un niño. Los tiempos habían cambiado, pero le habían robado la paz aquella noche antes de llegar a Varennes y ya nada había vuelto a ser igual. Ahora, a miles de kilómetros de distancia de su Francia natal y a años de la oscuridad de aquellos tiempos, su nombre era otro, su vida era radicalmente diferente y a veces se permitía sentir cierta seguridad. Un mero espejismo. Sabía que a María Teresa la extorsionaban, sabía que su hermana era una mujer fuerte que no claudicaría a las

presiones de aquel hombre nefasto, pero habría querido no estar a merced de un mercenario. Si se supiera su paradero, su familia no estaría a salvo y debería desaparecer. Había logrado establecerse en Buenos Aires, amaba a su esposa, María de las Mercedes Leyes Espinosa, tenía cierto equilibrio en su vida y, otra vez, los fantasmas del pasado amenazaban. No quería recordar, no quería nada de aquello que por ley le correspondía y, sin embargo, habría dado la vida por volver a ver a sus padres una vez más.

El golpe suave en la puerta lo trajo de vuelta de aquel ensueño. Mercedes se encontraba bajo el dintel, sigilosa y con ánimo de preservar el estado taciturno y reflexivo de su esposo, no habló, solo le alcanzó el sobre rubricado y lo dejó a solas. La misiva provenía de los aposentos del Restaurador. Le informaban que todos los ciudadanos debían usar un distintivo rojo punzó en señal de apoyo al nuevo gobernador. Pero él estaba exento, Rosas sabía quién se escondía detrás del personaje de Pierre Benoît. El francés terminó de leer la epístola y la arrojó al fuego. Como alguna vez lo hizo Napoleón y luego Simón Bolívar, don Juan Manuel de Rosas se había transformado en su nuevo protector. Estaba a salvo.



Justo Zapiola revolvió el café y dio un sorbo antes de contestar. A su alrededor, Ana, Verónica y el doctor Práder aguardaban una respuesta.

—La muerte de Elena no fue azarosa —dijo el comisario con cierta tristeza—, eso es obvio —agregó—. Ella trabajaba en uno de los casos más escabrosos que he visto hasta el día de hoy: dos torsos sin una gota de sangre que aparecieron en las escalinatas de dos iglesias católicas en Washington.

Ana, que leía un *e-mail* en su celular, levantó la cabeza con brusquedad. Sus ojos parecían inyectados de sangre.

—¿Y ahora nos lo decís? —dijo furiosa—. ¿Me querés decir que desde que empezamos con la investigación de los cuatro cuerpos no tuviste necesidad de comentarnos las similitudes entre el caso en el que trabajaba Lavergne y en el que trabajamos nosotros?

—Ana —murmuró Zapiola—. Hay cosas que no estoy autorizado a comentar.

Al escuchar esas palabras, Ana observó fijo a Verónica. Ambas comprendieron.

—¿FBI o CIA? —preguntó Verónica.

—CIA.

—Hijo de puta —exclamó Ana mientras se ponía de pie—. ¿Qué más nos ocultás?



Viena, 20 de octubre de 1851

La noticia de la muerte de la duquesa de Angulema se esparció sobre Viena como las llamas de un incendio. El doctor Lavergne se encontró con la noticia cuando se dirigía a verla. En la entrada de la mansión Frohsdorf, donde Madame Royale había decidido pasar sus últimos años, le informaron sobre los sucesos de la última noche de la duquesa consorte. Había muerto la gallina de los huevos de oro, la mujer que a lo largo de los años había desembolsado una pequeña gran fortuna para mantener su boca cerrada. Ahora era cuestión de decidir si iría a verlo. ¿Se enfrentaría al mismísimo delfín perdido para pedirle pago por su silencio? Lavergne sabía que sí.



Ana Beltrán se sumergió en la cama con el libro de Federico Zapiola que le había hecho llegar Daniela con la intención de desentrañar aquel misterio de las siglas en el tatuaje de las víctimas. El Kindle en el que iba a leer el archivo PDF le mostraba el título de la obra: *Luis XVII, ¿murió en Buenos Aires?* ¿Qué era esa locura? ¿Qué tenía que ver con los cuatro cuerpos que habían encontrado? Y lo que era aún más extraño, ¿qué tenía que ver con La Legión? ¿Por qué las cuatro víctimas eran agentes de aquella cofradía?

Comenzó a leer. El autor, un médico forense bisnieto del ingeniero francés Pierre Benoît, de quien se decía podía haber sido el delfín perdido de Francia, narraba la historia de aquel marino francés con una prosa apasionante. Súbitamente, Ana se encontró inmersa en la Revolución Francesa y en los pesares de la familia real desmembrada en la prisión del Temple. La única sobreviviente había sido Madame Royale, y el paradero del delfín, a entender del forense Zapiola, no habría sido la muerte en aquella nefasta prisión, sino que habría escapado a Buenos Aires con la ayuda de Napoleón. Ana detuvo la lectura un momento, tomó su teléfono y envió un mensaje seguro a la casilla del comisario Zapiola. «¿Qué parentesco tenés con el médico forense Federico Zapiola?», preguntó. «Ninguno que yo sepa», respondió el comisario desde su habitación del hotel. Ana continuó con la lectura que, entre numerosos documentos, anotaciones, fotografías y recortes periodísticos que Federico Zapiola había plasmado en su obra, permitían hilar la historia del supuesto delfín perdido de Francia. A medida que avanzaba en la historia, no pudo evitar preguntarse quién era en realidad Pierre Benoît.

El libro lo describía como un marino que había llegado a Buenos Aires desde

Calais en el año 1818 y que, entre sus muchos saberes, figuraba el de la ingeniería. Su pasado era un misterio, un tema del que se negaba a hablar. Pero ¿por qué? ¿Por qué Benoît se negó a revelar sus orígenes, pero sucumbió a las preguntas de su hija, para luego rogarle que no repitiera lo que le había revelado ya que la tildarían de loca? ¿Qué le había revelado? ¿Qué secreto lo atosigaba? ¿Por qué hablaba de «tormentas de la vida» por las que había pasado para contradecirse luego al decir que «había nacido en cuna de oro»? ¿Cómo era posible que el hijo de una familia de pescadores poseyera una erudición tan exquisita? ¿Quién o quiénes habían costeado tal educación? ¿Por qué, si era francés, prohibió a su familia hablar tal idioma? ¿Por qué escondió cuatro flores de lis, símbolo de la realeza borbona, que rodeaban su autorretrato y que solo fueron descubiertas cuando se desmontó el marco? ¿Por qué disimulaba una «L» y una «C» en la «P» de Pierre cada vez que firmaba? ¿Era Luis Carlos el que firmaba en realidad? ¿Por qué la caligrafía de Benoît y la que se conserva de los deberes escolares del delfín eran idénticas? ¿Por qué Benoît le entregó a su hija una trenza de cabello rubio guardada en un estuche de seda en el que aún se podían apreciar restos de un escudo de laureles semejante al de los borbones? ¿Por qué esa trenza era idéntica a la que se guarda en el Museo Carnavalet de París y que perteneció a María Antonieta? ¿Cómo llegó a manos de Benoît si María Antonieta se había cortado el cabello, lo había peinado en dos trenzas y entregado una a su hija y otra a su hijo Luis Carlos antes de morir en la guillotina?

Ana no podía parar de leer, la historia de Pierre Benoît era apasionante, la intriga y los silencios en su vida preponderaban a lo largo del relato. Avanzó en la lectura hasta el capítulo que hablaba de las construcciones que había realizado como ingeniero. Tal como le había adelantado Daniela, los sitios donde habían aparecido las víctimas habían sido construidos, en su totalidad o en parte, por Benoît: la catedral de la Plata, la catedral de Mar del Plata y, para su sorpresa, el frente de la Catedral Metropolitana, cuyas coordenadas habían encontrado en los archivos vaticanos. Estaba claro que debía volver a Buenos Aires; no era azaroso que los cuerpos hubieran aparecido en aquellos sitios, y menos que tuvieran tatuado lo que Benoît habría dibujado. Buscó el apartado sobre las obras de arte que había realizado, entre ellos, un grabado en tinta china del *Grupo de Laocoonte*. Daniela se lo había mostrado, ya había visto el dibujo y también el tatuaje que había aparecido en los cuerpos, sin embargo, verlo en detalle, magnificando la imagen para ver el trazo fino y precioso de una prolijidad y belleza impoluta, la dejó sin aire. El grabado era sublime. Según Zapiola, Benoît había pintado varios cuadros, muchos sobre marina, algunos autorretratos y retratos de la familia real francesa. ¿Simple admiración o un homenaje a sus padres? Ana necesitaba saber. Y también el *Grupo de Laocoonte*, que representa a la hidra de la revolución que ahoga a sus dos hijos, basado en el verso de Virgilio que Benoît cita al pie de la obra.

Ana levantó la mirada del Kindle y perdió los ojos tras la negrura de la ventana. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué relación podía haber entre un hombre que podría haber

sido el delfín de Francia y los cuatro cuerpos tatuados con el ornamento que acompañaba la oda de Virgilio del *Grupo de Laocoonte*? Recordó que Daniela le había mandado un par de archivos adjuntos con ciertos detalles de las averiguaciones que había hecho. Abrió el que figuraba bajo el nombre de «versos de Virgilio e interpretación *Grupo de Laocoonte*». Sonrió. Ella era impecable en sus labores. Se había tomado el trabajo de traducir los versos de Virgilio y adjuntar una interpretación. Comenzó a leer:

La pareja monstruosa
marcha derecho al gran sacerdote,
y sus cuerpos tortuosos primero hacia sus dos hijos en
[curvas se despliegan;
en un anillo escamoso enlaza su débil vida, la roe con
[sus dientes,
la sofoca con sus pliegues.
El brazo armado, en socorro de sus hijos el padre acude;
[ambas a su vez lo toman
[y en espantosos nudos todo
[entero lo envuelven.
Doblemente por el medio de sus pliegues lo han
[abrazado;
doblemente sobre su cuello sus cuerpos se han
[arrollado;
redoblan sus nudos,
y su soberbia cresta supera aun su frente y domina su
[testa.

Concluyó el verso y pasó a la interpretación:

La serpiente o la hidra de la revolución, venida de los más bajos hondones del pueblo, se arroja sobre los hombres visibles de la casa de Francia, que, como Laocoonte, el sacerdote de Troya, pretendieron oponerse a la voluntad sangrienta de los dioses, que reclamaban como una expiación el sacrificio de la vieja y ya inerme monarquía. El artista Pedro Benoît, no sin motivo acaso, ha elegido y transcritto el texto del bello episodio clásico cantado por Virgilio bajo un titular que corresponde al de la famosa escultura del tiempo de Augusto, materialización del referido y legendario suceso. Además, a su alrededor ha dibujado con maestría unas bandas de arabescos que, a juicio del doctor Federico Zapiola, esconden un pesado secreto familiar. Benoît, presuntivamente habría confiado al azar un secreto tremendo que no debía

revelar, pero que tampoco podía dejar extinguir del todo.

Ana guardó silencio. El tatuaje que habían encontrado en las víctimas componía aquellos arabescos que mencionaba Daniela y hacían clara referencia al grabado del *Grupo de Laocoonte*. Entre los arabescos, sin embargo, y aquello era lo significativo, se podían leer las iniciales LCRF-PB que, al entender de Federico Zapiola en aquel libro que estaba a punto de terminar de leer significaba «Luis Carlos Rey de Francia-Pierre Benoît». A lo largo de la obra del francés, según el escrito de Zapiola, las siglas se repetían una y otra vez, ¿era una suerte de rubrica secreta?, ¿un mensaje para su familia?

Necesitaba descansar. La noche ya se había instalado en Roma y pasaban de las tres de la mañana. Había leído sin parar y estaba a punto de dar por concluida la jornada cuando, en una de las notas finales de Federico Zapiola, leyó un nombre que captó de inmediato su atención. Zapiola hablaba de un médico de apellido Lavergne. El corazón le dio un vuelco. La sangre del comisario Zapiola, la sangre del papa Pío XII y polvo de huesos de un tal doctor Lavergne componían la tinta con la que se había tatuado a las víctimas encontradas en tres sitios construidos por Pierre Benoît.

Ana se puso de pie y corrió hacia la puerta, debían volver a Buenos Aires.

Capítulo XXV

EL comisario Zapiola se encontraba en la barra del bar del hotel. A su lado reposaba un tequila añejo color amarillento o ámbar, según el tamiz de la luz que lo atravesara. En silencio, bebió de un trago el líquido y cerró los ojos un momento. Llevaba tres tragos y todavía no se acostumbraba al sabor de la bebida. Aquel había sido un día difícil, y después de dar varias vueltas en la cama había optado por bajar al bar y beber unas copas. Era el único en el lugar, hasta que Ana apareció a su lado.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Zapiola asintió.

—Sigo trabajando para la CIA —dijo—. Creí que había quedado claro esta tarde.

—No es eso —respondió Ana—, es esto. —Le alcanzó una tableta electrónica donde se podía ver el libro escrito por Federico Zapiola.

—Te dije que no conozco al autor ni sé si tengo relación...

—El libro habla de un doctor Lavergne.

Zapiola pareció recuperar la lucidez que había dejado atrás con el segundo tequila y clavó los ojos en Ana.

—¿Qué dice?

—El tal doctor Lavergne extorsionaba a Madame Royale.

—¿Extorsionaba a la hija de Luis XVI y María Antonieta? —preguntó Zapiola atónito—. ¿Con qué?

—Amenazaba con revelar cuál había sido el destino del Luis Carlos, el delfín de Francia.

—Murió en la prisión de Temple cuando era un niño —aseguró Zapiola.

—No según este libro. Federico Zapiola alega que, con la ayuda de Napoleón Bonaparte, escapó del Temple y fue adoptado por la familia Benoît en Calais. En 1818, y con carta de recomendación de Napoleón y de Simón Bolívar, arribó a Buenos Aires.

—Existen infinidad de teorías sobre...

—Ninguna habla del doctor Lavergne.

—¿Y la sangre de Pío XII? ¿Qué conexión puede haber para que la sangre de un papa también sea uno de los componentes de la tinta con la que grabaron los tatuajes?

—De eso quiero hablarte —comenzó Ana—. Es claro que hay varias conexiones en este asunto de los tatuajes. En primer lugar, el tatuaje en sí, el texto «*Grupo de Laocoonte*» ornamentado, pertenece al grabado en tinta china que está en este libro y que fue hecho por Pierre Benoît. —Buscó la página con el grabado y se la mostró al comisario—. Luego está el asunto de que bajo la estatua del *Grupo de Laocoonte* hay un pasadizo secreto al corazón mismo de los archivos vaticanos, y el hecho de que los cuerpos hayan aparecido en sitios que fueron construidos o en los cuales Benoît

participó de su construcción, como la catedral de La Plata, la de Mar del Plata y la Metropolitana, sitio al que llegamos luego de encontrar las coordenadas geográficas en los archivos vaticanos. Nada es azaroso, aquí hay un claro mensaje: el tatuaje, el autor de la obra, el pasadizo, los sitios donde aparecieron los cuerpos y la tinta del tatuaje: tu sangre, la sangre de un Zapiola, como la de Federico Zapiola, bisnieto de Pierre Benoît, la sangre del doctor Lavergne, que ¡oh, casualidad! es el apellido de tu primera mujer, quien murió mientras investigaba un caso de similares características y, por último, la sangre de un papa. —Ana hizo una pausa—. Agustín me dejó unos archivos con algunos documentos, hay dos que quiero que veas.

Zapiola seguía atento el discurso. Al notar que deslizaba los dedos sobre el dispositivo móvil, enfocó la mirada en la pantalla.

—Agustín descubrió que Enrico Pellica está relacionado de alguna manera con Eugenio Pacelli, el papa Pío XII.

Zapiola enarcó la ceja desconcertado.

—Pellica es el anagrama de Pacelli. —Ana le mostró el escrito de Agustín—. Hay otro mensaje allí, no sé cuál es la relación todavía, pero tengo a Daniela trabajando en eso. —Bebió un poco de agua y continuó—. Y, por último, me dejó este artículo del diario *ABC* de Madrid de octubre de 1968. Quiero que lo leas.



—Cero.

Agustín Riglos giró sobre sí mismo al escuchar su apodo y se encontró con un rostro que conocía desde hacía años. Sonrió, ver a Lencke siempre era bueno. El asunto era cuando no se notaba su presencia, eso significaba la muerte; él era el mejor asesino por encargo que existía.

—Lao —dijo Agustín, mientras le estrechaba la mano a su colega—. Siempre es bueno verte, significa que aún estoy a salvo —bromeó.

Lencke sonrió, se conocían desde hacía años e intuía que el día que le tocara matarlo no sería nada sencillo, aquel era un agente implacable.

—Tenemos que hablar —dijo Lencke serio, al tiempo que se sentaba frente a él en una silla algo desvencijada que crujió bajo su peso.

Los hombres se encontraban en una casa segura en las afueras de Minsk, en Bielorrusia. La niebla característica del otoño apenas dejaba ver el río Sviloch que, en primavera, se veía claramente tras la ventana. Una leve ventisca se coló por la ventana, y Agustín se puso de pie para cerrarla.

—Te escucho —dijo, al tiempo que se sentaba en un sillón viejo en el centro de lo que hubiera sido el *living* de algún hogar en otros tiempos.

—Sé que estás convencido de que hay un topo en Interpol.

Agustín no parpadeó, no asintió, no hizo gesto alguno. Dejó que el agente del MI6 hablara.

—Estás en lo cierto —continuó Lencke—; lo sabemos desde hace varios años.

—¿Lo sabemos? —interrumpió por primera vez—. ¿Los servicios británicos y quiénes más?

—La NSA, la CIA, el FBI e incluso las cabezas de Europol y de Interpol Latinoamérica.

—¿Por qué no lo sacaron antes si sabían?

—Por la misma razón por la cual Interpol no ha recuperado la Tabla Esmeralda, porque sabemos que hay algo más grande detrás y queremos todo.

—Es Jake Callahan, ¿cierto?

Lencke asintió. Agustín era por demás intuitivo, no había dudado al preguntar si el estadounidense era el doble agente.

—¿Julia lo sabe?

—Sí.

—¿Cómo lo vas a matar?

—Va a ser un accidente. Una vez que Julia descrypte la locación del búnker de La Legión, él va a morir. No tendrá tiempo de avisarle a la cofradía. Ya sabemos que están en esta área, será todo coordinado. Realizaremos el operativo en simultáneo.

—La Legión se va a dar cuenta de que algo ocurre si su hombre muere en un accidente.

—No si en el accidente muere uno de los nuestros también.



Julia Durée estaba extenuada. Reclinó la cabeza en el respaldo de la silla sobre la que se encontraba desde el amanecer y cerró los ojos. El cifrado de aquellas coordenadas era más que un jeroglífico a sus ojos entrenados, era simplemente imposible. No encontraba la manera de resolverlo. Había recurrido a los mejores programas de descryptación, a los *hackers* más buscados por las agencias de inteligencia. Todos decían lo mismo, el cifrado era inviolable. Pero Julia sabía que nada era absolutamente inviolable; todo tenía una manera de resolverse, un camino alternativo. Dejó que la mente descansara un poco, programó algo de música y se levantó solo para volver a echarse sobre el sofá de la oficina; necesitaba dormir un rato. La música empezó a sonar en el cubículo cuando la voz de Bob Serger inundó el sitio. Los primeros acordes de *Against the wind* fue lo último que escuchó antes de quedarse profundamente dormida. No notó cuando el hombre ingresó en la sala y la tapó. Tampoco que accedían a su computadora.



Christophe Remis ingreso al búnker acompañado por su padre. En el centro de la sala, un séquito de hombres aguardaba la llegada del líder de La Legión y de su hijo.

Luego del asesinato de Paul, quien había oficiado de líder por unos pocos meses, el mandato de Diaco debía llegar a su fin. Él lo sabía, estaba cansado, ya no se sentía con las mismas fuerzas y, definitivamente, la sangre joven de su hijo era la adecuada para continuar con su legado. Sabía que muchos de los allí presentes compartían su decisión, algunos, en cambio, opinaban que un hombre criado fuera del ámbito de La Legión no sería lo mejor, pero la obediencia era una regla que se cumplía sin cuestionar en aquella cofradía, por eso había muerto Paul, por negarse a cumplir las reglas.

Diaco observó cómo su hijo se plantaba en el centro de la sala, por un segundo le pareció ver un vestigio de su amada Inés en su descendencia, y luego se vio a él mismo cuarenta años atrás: implacable.



Buenos Aires, 21 de agosto de 1852

La casa se encontraba en penumbras; a lo lejos el crepúsculo moría inexorablemente. Recostado en su cama, el francés había cerrado los ojos para descansar. Los dolores se habían intensificado, lo notaba cada atardecer cuando el cuerpo un tanto tullido se quejaba tras tantas horas postrado. Pensó en dormir un rato, pero el golpe en la puerta lo distrajo. Mercedes ingresó con la noticia de que un compatriota había ido a visitarlo. El francés sintió que el corazón le daba un vuelco. ¿Un compatriota? Dos personas sabían de su ubicación en Buenos Aires y ambas estaban muertas. ¿Quién más sabía de él? Entonces no tuvo que pensar, vio al hombre ingresar por la puerta con la mirada llena de secretos. Él sabía quién era Pierre Benoît en realidad.

—Doctor Lavergne —dijo Benoît en francés—. ¿Qué lo trae por aquí?

—Sé que anda con algunas dolencias —alegó el doctor— y he venido a traerle ciertos medicamentos que han de ayudarlo.

—Mercedes —dijo Pierre, volviendo a hablar en español. Era la primera vez que su esposa lo escuchaba hablar en su idioma natal—. Déjanos solos, por favor.

La mujer salió de la habitación y dejó a su esposo junto al extranjero. Benoît, por su parte, clavó los ojos en Lavergne, sabía a qué había ido.

—Ha realizado un largo viaje en vano —dijo Benoît.

Lavergne sonrió.

—Mi hermana fue demasiado benévola con usted. Yo no pagaré un solo franco por su silencio.

El doctor volvió a sonreír al tiempo que se sentaba en una silla frente a la cama en la que reposaba. Luego, abrió su maletín de médico y extrajo tres frascos.

—Si usted no paga, ya sabe qué ocurrirá. —Un silencio casi tangible se estableció entre los dos hombres—. Usted elige. Si paga, no habrá necesidad de que su familia sufra, si no, debe morir.

—Prefiero la muerte antes que pagarle un solo franco —espetó Benoît con entereza.

—Ya sabe lo que tiene que hacer entonces —retrucó—. Si para mañana no lo ha hecho, volveré por su familia.

Benoît tomó una de las ampollas de vidrio y quebró la tapa; luego, y sin dudar, bebió el líquido sin dejar de mirar a los ojos al doctor Lavergne.

—Ojalá arda en el infierno —dijo antes de dar por concluida la conversación. Elegía la muerte antes que ser extorsionado por ser quien era, un Capeto de ley; jamás revelaría su identidad, no volvería a revivir el Terror. Nadie más que él sería custodio de aquel secreto.

El doctor Lavergne abandonó la casa de los Benoît pasadas las siete de la tarde. Se despidió de Mercedes Leyes Espinosa luego de indicarle que dejara reposar a su marido, le había administrado un fuerte sedante que le permitiría descansar toda la noche. Cuando a la mañana siguiente Mercedes fue a despertarlo, Benoît no volvió a abrir los ojos, no lo haría jamás. Había muerto.



El avión que los llevaba de vuelta de Buenos Aires era el mismo que los había trasladado a Roma hacía poco más de una semana atrás. Volvían con la certeza de que el misterio de las cuatro muertes se desentrañaría en Buenos Aires. El comisario Zapiola estaba en una de las salas del avión privado y leía el artículo que había salido publicado en el diario *ABC* de Madrid en octubre de 1968. El título del diario rezaba: «¿Fue Pío XII descendiente de Luis XVI?», y comentaba que en el año 1970 se abriría el testamento de la duquesa de Angulema que podría aclarar el destino del delfín perdido de Francia y su supuesta descendencia que se remontaba hasta el papa Pacelli.

Zapiola, que se había acomodado en una de los amplios sillones de la sala, cerró los ojos, no podía parar de pensar: su sangre, la sangre del papa y los restos óseos del doctor Lavergne, todos relacionados por una teoría común: el misterio del delfín de Francia. ¿Qué secreto se ocultaba detrás de todo ello?

Recostado sobre el sillón, escuchó cómo la puerta del recinto se abría

automáticamente. El aroma inconfundible de Verónica inundó el lugar. Sin decir palabra, ella se acomodó en el sillón junto al de él.

—*Aroha* —dijo sin necesidad de explicarse.

—Amor —respondió él.

—¿Cuándo pensabas decirme que Durée es tu exmujer?

Él abrió los ojos y se incorporó hasta quedar frente a frente con la mujer que le había robado las noches.

—Agente Ávalos —dijo seriamente—. Pensé que había dicho que yo para usted no era nada, ¿por qué contarle entonces las miserias de mi pasado?

Verónica sonrió.

—Ninguno de los dos se borró el tatuaje —continuó la agente.

—Ni lo haremos —aclaró Zapiola.

—¿Todavía la querés? —Había tristeza en su voz.

Zapiola sintió un dejo de felicidad en aquel velado reclamo y una puntada en la entrepierna; necesitaba a esa mujer con más urgencia de lo que jamás hubiera imaginado.

—Julia es una mujer muy importante en mi vida —dijo, y de inmediato notó cómo un velo de tristeza se instalaba en los ojos de la agente—. Lo será siempre, pero no es la mujer que amo —aclaró. Verónica tragó saliva—. Pero como sé que no te interesa hablar de amor —continuó—, no hablaré de mi pasado; cuando no hay amor, no hay pasado ni futuro.

—Solo presente —murmuró algo suspicaz.

—Exacto.

Zapiola dejó su asiento y se sentó junto a la mujer. Luego levantó la mirada y observó la penumbra en el resto del avión, los pasajeros dormían. Notó que la respiración de Verónica se agitaba y se acercó más. Estaban solos en una sala de reunión, nadie los observaba, lo sabían. En el más absoluto silencio, él estiró una mano y abrió lentamente cada uno de los botones de la camisa que la mujer llevaba. Ella no se negó, simplemente lo dejó avanzar. Sin dejar de clavarle la mirada, Zapiola introdujo sin permiso sus dedos por debajo de la ropa interior, y cuando apretó su pezón, ella dio un pequeño respingo de satisfacción. Luego se acercó y le susurró al oído:

—No vamos a hablar de amor, ¿cierto, agente? —se burló. Verónica sintió un cosquilleo que la recorrió de pies a cabeza.

—Nadie habló de amor, comisario —retrucó ella. Quiso acariciarle el pecho, pero él la detuvo. En cambio, la miró a los ojos, negó con la cabeza y le sujetó las manos con fuerza obligándola a recostarse sobre el sofá.

—Hoy va a ser a mi manera —dijo y sujetó a la mujer, que estaba cada vez más agitada, mientras con la mano libre le abría las piernas.

—Justo... —atinó a decir ella.

—Silencio —ordenó, al tiempo en que uno de sus dedos corría su bombacha y se

sumergía en su humedad—. No te di permiso para hablar.

La mujer asintió y cerró los ojos. Se moría por besarlo, por abrazarlo, por recorrer cada centímetro de ese cuerpo, pero el comisario no la dejaba moverse, la recorría a su antojo y le provocaba una tormenta de sensaciones que no sabía si podría controlar. Sintió cómo los dedos entraban y salían con ritmo y no pudo evitar gemir. Él entonces le llevó los dedos a la boca, y ella lo mordió con fuerza. Lo deseaba. Zapiola sonrió y la colocó sobre él en un solo movimiento. Quedaron enfrentados, cara a cara, agitados. Sin hablar, Zapiola perdió su boca entre los pechos semidesnudos de la mujer y la mordisqueó. Ella sintió que explotaba, él podía notarlo. Volvió a sonreír cuando quiso abrazarlo y él le retuvo los brazos.

—Hoy mando yo —insistió.

Verónica gimió. Necesitaba a ese hombre ahí y en ese instante. No podía seguir el juego de tire y afloje al que la sometía; él, en cambio, pensaba hacerla desear más. En la oscuridad de aquella sala, la dio vuelta y la arrodilló sobre el sillón, y sin ninguna contemplación la penetró por detrás. Ella gritó. Zapiola sonrió y le tiró fuerte de la cabellera mientras la embestía sin piedad. Verónica sintió que moría un poco y se dejó caer al abismo.

El hombre volvió a hacerla girar y se acostó sobre ella en el sillón de la sala de reuniones. Por fin dejó que lo abrazara y antecedieron el clímax con cierta cadencia, agitados. Finalmente se apretó fuerte contra ella y Verónica se perdió en el que, sabía, se había convertido en un camino de ida en su vida. No había marcha atrás después de aquello, Justo Zapiola se había convertido en una adicción que no quería dejar.



Román Benegas observó el reloj, eran más de las dos de la mañana. Levantó la cabeza y pudo ver cómo Julia Durée dormía en el sillón de su oficina bajo el cobijo de la manta con la que la había cubierto. La miró dormir un rato más. Ya había instalado el virus espía que Agustín le había pedido en la computadora de la mujer. Podía irse ya, pero había algo en la imagen de la abogada mientras dormía que lo encantaba, que le impedía moverse. Se quedó en silencio, la observaba, pensaba.

Resultaba un gran desafío instalar un *software* que no fuera detectable en la mismísima máquina de una experta en seguridad informática, sin embargo, parafraseando a Agustín, el *hacker* que había diseñado aquel bicho informático había sido profesor de Durée y les había asegurado que no lo notaría. En cambio, les permitiría a ellos saber en qué momento Julia descifraba las coordenadas con la ubicación del búnker de La Legión. Luego procederían a actuar y pondrían punto final al Protocolo Angulema.

Benegas se incorporó, se aseguró de dejar las cosas como estaban y se fue. Luego

tendría tiempo de hablar con Durée, pero en aquel momento sentía una terrible urgencia de hablar con Verónica. Hacía días que notaba que la extrañaba, que la necesitaba, que dejarla había instalado un vacío en su alma. Sin embargo, era consciente de que no renunciaría a la jefatura de Europol por ella. Era un egoísta y, aun así, la extrañaba. Tomó el celular y la llamó. El contestador respondió de inmediato, tenía el teléfono apagado.



Ana Beltrán había desplegado sobre la mesa de trabajo del avión las cuatro fotos de las víctimas y, en el centro, la imagen del tatuaje. Observaba en detalle el dibujo y las iniciales LCRF-PB resaltadas en color verde en el ornamento que acompañaba al texto «*Grupo de Laocoonte*». Luego se concentró en las cuartillas de Nostradamus que habían encontrado en los archivos vaticanos. La primera, la centuria 8, cuartilla 87, decía: «La sangre de la inocencia se alza ante ellos en remordimiento eterno».

Según Daniela, hacía referencia a la Revolución Francesa y a los atroces crímenes contra el delfín de Francia. La otra centuria, la 9.ª, cuartilla 34, rezaba: «Al retorno el marido será cubierto por la mitra, / el conflicto atravesará las Tullerías, / por quinientos, un traidor será mencionado. / Narbone y Saulce guardan el aceite de sus clientes».

Ana abrió el archivo que Daniela le había enviado y comenzó a leer:

El 20 de junio de 1792, los jacobinos invadieron el palacio de las Tullerías y obligaron al rey a cubrirse con el gorro frigio, símbolo de la libertad, que es la mitra a la que se refiere la primera línea. Cada vez que la reina no estaba, Nostradamus se refiere solamente al «marido». Posteriormente, el 10 de agosto de 1792, quinientos hombres afectos a los revolucionarios ocuparon las Tullerías, asesinaron a los guardias suizos y destituyeron al rey. (La mención de las Tullerías es extraordinaria ya que dicho palacio no existía en la época en que se publicaron las centurias, acotaba Daniela). En cuanto a la mención al Conde de Narbone, el ministro más inteligente de la época y quien hacía un doble juego político, era considerado un traidor, hecho que la historia ha comprobado; la mención a Saulce, quien fuera funcionario municipal de Varennes y que impidió que el séquito real siguiera su camino hacia la frontera, se sabe que era comerciante de aceites.

Ana dejó de leer. Las centurias estaban claramente vinculadas a la Revolución Francesa: «el marido» se refería en aquel contexto a Luis XVI; la mitra, el gorro frigio símbolo de la libertad y bastión de la Revolución, que el rey fue obligado a usar

luego de que Saulce, el ministro de Varennes, lo detuviera en aquella ciudad. Las Tullerías, tomadas por quinientos revolucionarios. Las profecías de Nôtre-Dame resultaban tan exactas que sintió un leve escalofrío en la espalda. ¿Podía ser posible que más de doscientos años antes de que ocurriera la Revolución un hombre predijera todo aquello? Beltrán estaba pasmada. Ella era una mujer de ciencias, de contrastaciones empíricas, las venturanzas y la futurología no era lo de ella; sin embargo, una vez más, todos los caminos conducían a la Revolución Francesa, a Luis XVI y María Antonieta, a la duquesa de Angulema y, sobre todo, al motivo que los llevaba de regreso a Buenos Aires: la teoría de que el delfín perdido hubiera huido a esa ciudad oculto bajo el nombre de Pierre Benoît. ¿Pero quién era en realidad ese hombre? ¿Era el hijo de unos pescadores de Calais? Y si así fuera, ¿cómo se explicaba su exquisita educación? ¿Cómo habían costeado sus padres su instrucción? Hablaba más de cinco idiomas, era marino e ingeniero y su erudición era propia de la realeza. ¿Era ese hombre realmente quien decía ser? ¿Por qué cada vez que Benoît debía dar datos sobre su pasado esquivaba el tema? ¿Por qué no hablaba de su pasado? Pero más allá de todas aquellas especulaciones que había logrado sacar del libro de Federico Zapiola, había un dato en particular que le rondaba la cabeza. Cuando Benoît arribó al puerto de Buenos Aires a bordo de *La Chiffonne*, declaró que el nombre de su madre era Juana Daulo. El nombre de María Antonieta era María Antonia Josefa Juana de Austria y Lorena. Si se jugaba un poco con la iniciales de aquel nombre, Juana de Austria y Lorena podía convertirse en Juana Daulo. ¿Se trataba acaso de una casualidad o era aquel otro mensaje cifrado del francés?

Ana cerró los ojos y dejó que los textos de Zapiola, las imágenes de los cuerpos, las centurias y el tatuaje se mezclaran en su cabeza hasta quedarse profundamente dormida. Todavía faltaban varias horas para llegar a Buenos Aires. A su lado descansaba el doctor Práder y en la otra sala, Verónica y Justo. Debían aprovechar y descansar, lo más difícil de aquel caso recién empezaba: unir las piezas del rompecabezas más complejo que hubiera tratado de armar jamás.



Nueva York, noviembre de 2000

Elena Lavergne se ubicó frente al escritorio y le dio un sorbo al café. Justo dormía en la habitación de arriba; ella, en cambio, no podía pegar un ojo. Desde que había descubierto lo que había detrás de aquellas dos muertes macabras que investigaba, su vida había dado un vuelco. No dormía, no comía, tan solo pensaba en desandar aquel camino que la había llevado al precipicio. Si tan solo su padre hubiese sido honesto con ella, si alguien le hubiese advertido sobre su pasado, jamás habría iniciado

aquella búsqueda que la había colocado entre la espada y la pared. ¿Qué debía hacer? No podía hablar con Justo, no entendería. La historia que debía contarle era tan absurda que no sabría por dónde empezar. Había acudido a su tía paterna en busca de respuestas, quien le había dicho que eran los custodios de un secreto maldito, que el apellido Lavergne estaba manchado y que no preguntara más. Elena trató de indagar, pero la mujer se negó a decirle más nada. El silencio fue lo primero que empezó a matarla. Su padre fue quien dio la estocada final.

Capítulo XXVI

EL aeropuerto de Buenos Aires estaba inmerso en la bruma del amanecer. La niebla se había vuelto densa y las luces, difusas. Los pasajeros bajaron del avión en silencio. Sobre la pista los esperaba una camioneta de Interpol que los llevaría directo a destino: la Catedral Metropolitana.

Ana fue la primera en subirse; a su lado se acomodó el doctor Práder y en los asientos tras ellos, Verónica y Justo. Los cuatro iban en silencio, cansados por el vuelo, agotados luego de tantos días de dormir poco y trabajar sin descanso.

—No sé qué pensás encontrar en la catedral —dijo Zapiola mientras bostezaba.

—Yo tampoco —respondió Ana—. Pero lo cierto es que las coordenadas nos mandan allí.

Continuaron el resto del viaje en silencio. Zapiola, por su parte, tomó su teléfono y envió un mensaje. Tenía un asunto que le daba vueltas en la cabeza desde que embarcaron en Roma. Luego de que Verónica se durmió a su lado en el avión, él no había logrado pegar un ojo, se había quedado pensando en ciertas conversaciones que creía haber escuchado de chico. Tenía que ver a su madre.



Domenico Gemelli aguardaba la llegada de Callahan para ultimar detalles. Estaba cansado de aquella vida, pero si las cosas marchaban bien, aquella sería su última misión; luego se retiraría. Callahan creía que iba a encontrarse con un doble agente. Por años, Gemelli había hecho las veces de agente de seguridad vaticana y miembro de La Legión. Pero no lo era, trabajaba para el consejo de seguridad vaticano en estrecho vínculo con las más importantes agencias de seguridad mundiales. Había sido elegido para aquel puesto por su pericia, por su experiencia, pero, sobre todo, por su falta de escrúpulos. La misma que le había permitido acercarse a Callahan para que lo reclutara como agente de La Legión. Habían sido diez años de intenso trabajo que, aquel día, rendirían sus frutos. El mensaje del consejo había llegado al alba, aquel era el inicio del fin.

Le había dedicado años a la seguridad del santo padre y era un experto en seguridad de campo, por eso no podía dejar de reprocharse el haber tenido que hacer la vista gorda ante el conocimiento de que tenía un doble agente en sus propias filas. Pero elegía pensar que había sido en pos de un bien mayor y que todo fue para que Callahan creyera su historia. Sabía que el consejo de seguridad lo había reclutado luego de que descubrieran que Enrico Pellica era un agente de La Legión, lo que no sabían, y él había logrado descubrir con el tiempo, era que Pellica era un descendiente directo del papa Pío XII. El secreto que custodiaban aquellos hombres

era de tal envergadura que habían sacrificado sus propias vidas para protegerlo. Habían vivido por generaciones bajo los techos del Vaticano y velaban por la seguridad de aquellos documentos a su resguardo, con la esperanza de que algún día la verdad saliera a la luz.

Enrico, como su padre, se había convertido en curador del archivo vaticano, su único objetivo era custodiar la caja sin nombre, la caja con el testamento de la duquesa de Angulema. Nicola Pellica se había suicidado luego de que Pío XII abriera los documentos de dicha caja. Pero Pellica, cuyo apellido en realidad era Pacelli, como el de Pío XII, pero que por su seguridad La Legión había optado por cambiar, había cometido el peor de los pecados: sucumbir a la curiosidad. Lo que leyó en el sobre sellado con el anillo del pescador lo destruyó.

Enrico y su padre habían muerto, eran víctimas de sus propias elecciones, pensaba Gemelli. Olaf, en cambio, había sido un daño colateral que él habría podido evitar si hubiese tenido valor. Pero no. Él cumplía órdenes, era un soldado. Cuando el camarlengo le avisó que Pellica había huido y se dirigía al búnker de La Legión, y que él comenzaría a seguirlo tal como habían planeado hacerlo durante tantos años, ingresó a la oficina de la mano derecha del papa y, sin dudar, le disparó entre ceja y ceja. Nadie, ni siquiera un cura debía saber de la existencia de Pellica y menos de la operación conocida bajo el nombre de «Protocolo Angulema».

Ahora, mientras esperaba a Callahan, quien sabía desde hacía tiempo que era agente de La Legión, repasaba la manera en que debía matarlo. La misión era sencilla: debía llevarlo a Castel Gandolfo a una reunión con el santo padre, en el trayecto, el hombre sufriría un accidente junto a su acompañante, Luis Blanc. El director de Europol era la víctima designada; a días de retirarse, tenía los minutos contados. Así, Callahan dejaría de ser un problema y el siguiente paso sería atacar los cuarteles secretos de La Legión, ubicación que aquella mañana había logrado descifrar Julia Durée.



El párroco de la catedral no les abrió las puertas hasta que la nunciatura porteña no le envió la orden. El sol de la mañana apenas amenazaba y la ventisca era mínima, pero lo suficiente como para que los hombres que esperaban a los pies de las escalinatas sufrieran el frío. Ana refregaba sus manos contra el pantalón de *jean* en busca de calor, Verónica cruzaba sus brazos sobre el pecho y se resignaba a esperar, Práder caminaba de un lado al otro; Zapiola hablaba por teléfono. Finalmente, cuando las puertas se abrieron, el hombre que los esperaba del otro lado no parecía muy contento, no solo por la hora y porque habían interrumpido su sueño, sino porque era la segunda vez en aquella semana que un grupo de gente se presentaba en horas

indecentes a revisar la catedral como si fuera un sitio del hampa y no el hogar de Dios. Luego de ese comentario, todos cruzaron miradas, alguien más había estado allí en busca de algo, pero ¿qué? Y lo que más les intrigaba, ¿quién? ¿Quién, además de ellos, estaban presentes en aquel archivo vaticano cuando descubrieron la existencia de las coordenadas que llevaban a aquella iglesia? Entonces, sin necesidad de hablar, todos supieron la respuesta: Domenico Gemelli.



Nueva York, noviembre de 2000

Elena Lavergne siempre se había considerado una mujer serena. De pocas palabras y muy reflexiva, jamás había actuado por impulso, pero cuando recibió el sobre con las fotografías, no dudó en salir en busca de respuestas.

Hacía más de diez años que no se enfrentaba cara a cara con el hombre que iba a cambiar su vida para siempre. Había jurado no verlo nunca más luego de aquella noche en la que lo escuchó discutir con su madre. No tendría más de quince años, pero recordaba esa noche como si hubiese sido el día anterior. Lo último que había visto de su padre fue su cabello negro flotar al son del viento luego de salir de la casa que ella y su madre compartían y que el hombre visitaba esporádicamente. Su madre se había vuelto un ser sombrío en el transcurso de una madrugada, ya nada había sido lo mismo. Los silencios en la casa se habían vuelto casi tangibles. Su madre se había negado a revelar el motivo de la pelea y, poco a poco, la mujer se había ido extinguiendo, como empezaba a ocurrirle a ella ahora que sabía lo que su familia ocultaba.

Así, con decisión, pero con el alma destruida por la verdad que se develaba ante sus ojos, partió en busca de su destino.



Christophe Remis continuaba en el centro de la sala. A su alrededor, el séquito de su padre aguardaba sus primeras palabras como líder de La Legión. Su padre había hecho una breve introducción; él se había limitado a observar a los allí presentes. El arte de la observación era su especialidad, descifraba en la postura de aquellos hombres y en sus maneras quiénes estaban a su favor y quiénes no. Ya sabía los que debían morir y los que serían aliados incondicionales. Cancio, claro estaba, era fiel a su padre y, por ende, había visto en sus ojos lealtad indiscutible. Llegaba una nueva

era a La Legión y él estaba a cargo. Lo primero que pidió fue ver la Tabla Esmeralda.

Su padre asintió, sabía lo que Christophe haría, iba a cumplir con el mandato de La Legión: destruir la tabla maldita que vaticinaba el fin de los tiempos. Recordó los ojos llenos de lágrimas de Evelyn Hall cuando se acercó a sus aposentos para darle la noticia. La mujer había descifrado el más arcano de los secretos: la Tabla no era tan solo el tratado de alquimia que habían supuesto, era mucho más que eso y lo habían visto con sus propios ojos luego de unir las tablillas ocultas bajo la obra de Redouté. Por eso Diaco jamás olvidaría los ojos cristalinos y aterrados de la científica cuando fue a verlo a sus oficinas. Por un momento, el que hasta hacía momentos nada más había sido líder de La Legión, se olvidó dónde estaba y que debía escuchar el discurso inaugural de su hijo; en cambio, recordó la última vez que había visto a Eve.

—Diaco —había dicho con angustia la mujer—, la Tabla no puede ser destruida. —La mujer temblaba, jamás la había visto así.

Recordó haber levantado los ojos de su lectura y observar a la mujer. La había alentado a que siguiera.

—Podríamos hacer un gran bien a la humanidad si reveláramos el contenido de este manuscrito.

Él había sentido el puñal de la traición.

—Esa Tabla ha costado la vida de miles de nuestros hermanos. Nuestra ley exige que se destruya. Los apóstatas la defendieron, los paganos creyeron ella, nosotros creemos en el Dios de los cielos, Eve, no en brujería.

—Diaco —había insistido Hall—, sé que parece una locura, pero desde que estudio la Tabla he visto... —La mujer se había detenido un momento en busca de la palabra adecuada—. Tragedias... La Tabla es un libro de profecías. He leído cómo ha anunciado la Primera y la Segunda Guerra, la caída de las Torres Gemelas y a futuro... —Hall había guardado silencio, al tiempo que tragaba saliva—. Infinidad de muertes que podemos evitar. Si tan solo...

—Evelyn —recordó haber interrumpido Diaco—. La nuestra es una cofradía que juró hace miles de años destruir la Tabla Esmeralda. No haremos excepciones.

—Pero sí hicimos excepciones a la hora de guardar los manuscritos rescatados de Alejandría —dijo con un conocimiento de causa que lo sorprendió.

Diaco se había quedado callado.

—Estoy al tanto de la existencia del arca sagrada, Diaco; sé que no han quemado los manuscritos rescatados de Alejandría. ¿Por qué deberías entonces destruir este que podría salvar tantas vidas?

Él no había respondido; en cambio, había decidido que Evelyn Hall debía morir. No solo por negarse a destruir la Tabla, sino porque conocía un secreto que no debía: la existencia del arca sagrada, el recinto donde La Legión custodiaba los secretos más importantes de la humanidad.

El aplauso de los asistentes hacia el fin del discurso de su hijo lo trajo de vuelta. Observó a Christophe y sonrió, aquel hombre estaba hecho a su imagen y semejanza.



Ana Beltrán recorrió la Catedral Metropolitana por segunda vez. Estaba desmoralizada. Nada parecía indicar que hubiera alguna pista o indicio relacionado con las cuatro muertes que investigaban. Pero, por alguna razón, las coordenadas que habían encontrado en el vaticano los habían llevado hasta allí. La Legión, que a su entender estaba detrás de todo aquello, era muy poderosa, pero ¿qué buscaban? Siempre habían estado tras los manuscritos de Alejandría y, en especial, de la Tabla Esmeralda, pero ya la tenían. ¿Qué buscaban con los cuerpos tatuados, el mensaje cifrado en el ornamento del grabado del *Grupo de Laocoonte*? ¿Por qué todos los caminos los llevaban de vuelta al francés conocido como Pierre Benoît?

En silencio ingresó a la capilla Nuestra Señora de la Paz, donde el mausoleo del general San Martín irradiaba respeto con tan solo mirarlo. Levantó la cabeza y observó en detalle el féretro en piedra que conservaba los restos mortales del Libertador de Argentina, Chile y Perú. Un héroe reposaba tras el mármol frío. Ana recorrió el lugar como quien quiere ver más de lo que se puede observar a simple vista. No había nada fuera de lugar, nada que pareciera ser lo que no era.

Escuchó los pasos de Verónica acercarse.

—Ana —dijo la agente—, debemos descansar. Hay algo que se nos está escapando, está claro.

Ella asintió.

—Pero no lo veremos así; hace horas que no dormimos. Volvamos por la tarde.

Ana notó que los primeros rayos del sol asomaban por el portal principal, que el doctor Práder se había sentado sobre uno de los largos bancos del templo y que Zapiola se había alejado del grupo para responder un llamado telefónico. Se sentía desmoralizada: estaba entrenada para ver, para descubrir los indicios más minúsculos, los detalles que al ojo común pasaban desapercibidos. Pero aquella mañana no encontraba la concentración para observar. Necesitaba descansar. Miró el reloj, pasaban de las siete de la mañana.

—Encontrémonos en Mesa de Piedra a las seis de la tarde.



Justo Zapiola ingresó al departamento de la calle Callao cerca de las ocho de la mañana. Tal como imaginaba, su madre, que arañaba los ochenta años, tomaba un café junto al ventanal que daba a la avenida. Le sonrió con la calidez de siempre. Con agilidad, se incorporó y abrazó a su hijo.

—Qué bueno verte, Justo —murmuró.

Madre e hijo se fundieron en un abrazo amoroso. Luego, Zapiola acompañó a su madre al sofá y habló con total franqueza.

—Tengo que hablar con vos —dijo.

La mujer sonrió.

—Sabía que llegaría el día.

El hombre levantó una de sus cejas, no comprendía lo que le decían.

—Tu padre siempre supo que llegaría el día en que querrías saber la verdad.

—¿La verdad? —preguntó Justo absolutamente desconcertado.

—La verdad sobre tu familia, los Zapiola. —La mujer hizo una breve pausa—. Todas las familias guardan secretos. Nosotros custodiamos el nuestro.

La mujer se puso de pie y se acercó a un antiguo escritorio del cual extrajo una caja de madera.

—Esta es la historia de tu familia —dijo para referirse a la caja que llevaba en las manos y le acercaba a su hijo—. Tu padre lo recibió de su padre y tu abuelo, de su padre. Ahora es mi turno de dártelo. Espero sepas honrar el legado de tu familia, hijo mío.

Zapiola tomó la caja y la miró. Luego, levantó los ojos y los clavó en los de su madre. Trataba de entender.

—¿Por qué papá nunca hablaba de sus parientes? —quiso saber.

—Está todo en la caja. Allí dentro está la verdad.

Capítulo XXVII

AGUSTÍN Riglos encendió el fuego de la chimenea de aquella casona en Minsk y aguardó. Minutos después, el paisaje silencioso se vio invadido por el sonido del vehículo que se aproximaba. La casa se encontraba en medio de la nada, alejada de la ciudad y con el campo y el río Sviloch como único paisaje de fondo. Aquella casa segura era uno de los *bunkers* preferidos de Agustín a la hora de trabajar, ya que, contra todo pronóstico, era un sitio que le daba cierta paz. Pasar los días sentado frente al fuego le permitía planificar los pasos a seguir de manera eficaz.

El motor del automóvil se escuchaba más cerca y luego dejó de escucharlo, observó que ya estaba en la entrada y que Lao Lencke descendía. El rubio ceniza de su pelo brillaba bajo la resolana de un invierno que apenas comenzaba. Los anteojos negros que llevaba podían ocultar sus ojos azul petróleo, no así el cansancio de sus ojeras.

—Está hecho —dijo Lencke al entrar a la casa. Luego se quitó el abrigo y los guantes. Fue por un poco de café antes de sentarse frente al fuego.

Agustín ya estaba ubicado frente al hogar. Iba por la segunda taza de café de la mañana y aguardó a que el agente se ubicara en su silla para empezar a hablar.

—Ahora solo debemos esperar —dijo Lencke y bebió el brebaje caliente.

—No me gusta esperar.

—Ana está bien —dijo, al tanto de la situación.

—Lo sé, pero ¿por cuánto tiempo? —Había furia en su voz—. Diaco juró vengarse de mí y va por Ana, lo sé.

—Román ya está al tanto de todo, él sabrá protegerla.

—No me alcanza —murmuró Agustín, que, antes de desaparecer, había coordinado con Román la protección de Ana—. Por eso seré yo quien dé por terminado este tema. Una vez que entremos al búnker, Diaco es mío. Vos puedes ocuparte de Remis.

Lencke asintió y luego terminó su café. Todavía faltaban varias horas antes de ponerle fin al Protocolo Angulema y desbaratar a La Legión, además de rescatar las reliquias custodiadas en su escondite secreto.



Justo ingresó en su departamento sobre la plaza Vicente López pasadas las diez de la mañana. Apoyó la caja sobre la mesa del *living* y se sentó frente a ella para observarla con detenimiento. Aquí está la historia de tu familia, le había dicho su madre. Cerró los ojos y un sinfín de imágenes de la infancia desfilaron ante sus ojos. Sus padres que discutían, su madre que le rogaba a su padre que accediera a ver a su familia, y él

se negaba. Todos esos recuerdos, reprimidos de alguna manera, se habían desatado tras la lectura del libro de Federico Zapiola. Él había escuchado ese nombre antes, no sabía dónde, y fue solo en el avión mientras volvía de Roma que recordó haberlo escuchado de boca de su padre. Ahora, frente a la caja que atesoraba el pasado de su familia, debía tomar valor para abrirla. Sonrió. Había participado de operativos cuasimilitares y enfrentado a asesinos seriales, pero temblaba de miedo a la hora de abrir aquel puñado de recuerdos. Sin pensarlo dos veces, estiró la mano y con la punta de los dedos acarició la madera fina y lustrosa; deslizó los dedos hasta la traba que la cerraba. La liberó sin problema; empujó con cuidado la tapa hacia arriba. En su interior pudo ver varios papeles, cuadernos, un sobre de tela muy antiguo y varias cartas. La primera, dirigida a Federico, capturó su atención de inmediato.

Querido Federico:

Estás con la intención de saber lo que mi tía Pedrita me dijo de mi abuelo, que él le había confesado en secreto mucho de su vida pasada; y yo te aseguro que no miento, pues no me lleva ningún interés volver a un pasado que él no quería recordar. Pero, sin embargo, a su hija le dijo:

En el año 1794, en esa época del Terror, una mujer y un hombre me llevaron escondido bajo una amplia capa a una calesa donde me esperaban para ser conducido a Calais. Al poco tiempo, llegó Napoleón y le dijo a Benoît, a quien me entregaron: «Una palabra suya le costará la lengua». Recibí una secreta educación y fui tratado con todo cariño, estaba escondido pero muy bien cuidado. No me pidas, Pedra, hablar de antes de aquellos días, no quiero recordar. Bajo el amparo de la familia Benoît me sentí a resguardo hasta que Napoleón, llegada cierta edad, me nombró oficial de marina con el nombre de Pierre Benoît.

Tenía la goleta el nombre *La Mouche*. Después de varios parajes y embarcaciones, Benoît se radicó en Buenos Aires y edificó una casa en la calle Bolívar 793 (hoy, hogar de ciegos). Se casó con Mercedes Leyes Espinosa y tuvo dos hijos: Pedra y Pedro. Venía algo debilitado su físico y su espíritu, pero actuó en nuestro país con la inteligencia propia y vasta que tenía: estuvo en nuestra marina, trabajó en los planos de la catedral con Pellegrini, viajó con Bonpland, Rosas, que lo admiraba y quería, le dio muchos trabajos, entre ellos, el proyecto de su tumba de la cual vos tenés fotografías. Se puso más tarde tullido y estuvo quince años en cama. Envió a buscar a Francia cristales y armó arañas que fueron colocadas en nuestra catedral, en Santo Domingo y en San Francisco.

Un día llegó de Francia un médico y se presentó de improviso en el cuarto de mi abuelo. Le sorprendió esa visita y le dijo: «¿Usted aquí? ¿A qué ha

venido?». «A curarlo», respondió el visitante, le recetó unas píldoras y le dijo a mi abuelita: «Le di esto a Benoît; se curará». Cuando al rato ella fue a verlo, dormía, dormía para siempre, y el médico había huido a París. Mi tía Pedrita me dijo que a los varios meses supieron que este médico, el doctor Lavergne, había sido guillotinado en París.

Vos estás empeñado en descubrir lo que él quiso callar y te vas a molestar inútilmente. Mi abuelo quería dejar todo el doloroso pasado en el más completo secreto y se indignaba cuando le preguntaban de su vida pasada y jamás habló de sus antepasados. Creo que mi padre, Pedro Benoît, no sabía quiénes eran sus abuelos.

Mi abuelo no quería saber ni escuchar nada de Francia. Decía que esa época del Terror lo había hecho sufrir mucho, pero le confió en secreto a mi tía sus verdades aunque le dijo: «Pedra, que no salga de vos, porque no te creerán y te llevarían al manicomio».

Te entrego este libro en el que mi abuelo guardó documentos firmados por Napoleón y otros detalles que creo te serán de utilidad.

En fin, entrego estas memorias para que las atesores, van como un rayito de luz de una vida que ya no alumbra, para que la literatura de un talento la ilustre para recordar a quien fue o, si se quiere, a quien no fue...

No lo hago con interés sino con cariño hacia él. Tal vez olvido algo, pero juro decir la verdad de lo que mi tía me dijo.

Lola Benoît, 1940.



Ana Beltrán ingresó a su departamento frente al Jardín Botánico cuando el reloj apenas marcaba las diez de la mañana. Estaba fundida. Durante los últimos quince días su vida había constado de una seguidilla de noches sin dormir, autopsias eternas y aviones a medianoche. Aunque se devanaba los sesos, no encontraba respuestas a aquellas muertes. El panorama no se presentaba demasiado alentador. El hilo conductor, un personaje francés del siglo XIX, era todo lo que había logrado descubrir.

Estaba tan cansada. Necesitaba tanto a Agustín. Y de él, ni noticias. ¿Cuándo tendrían oportunidad de vivir una vida normal, sin sobresaltos ni separaciones? A veces sentía que estaba destinada a fracasar, que cada vez que la vida le daba un respiro y los planetas parecían alinearse otra vez, el destino le jugaba una broma macabra y el aparente orden en el que se encontraba se esfumaba sin piedad. Necesitaba paz. Pero, sobre todas las cosas, lo necesitaba a Agustín y ya no tenía manera de contactarlo. Debía confiar en el agente, en que sabría cómo poner punto

final a la amenaza de La Legión y volver a casa. Él era implacable, lo conocía como a la palma de su mano, pero aun así un pequeño miedo en su interior cobraba forma: ¿y si no lo lograba?

Sintió náuseas. Se obligó a hacer a un lado ese pensamiento. Caminó por la casa mientras se quitaba la ropa hasta llegar a su cama. Fue como sumergirse en un templo, casi como si el roce de la piel con el algodón limpio de la sábana fuera un bálsamo para su cuerpo cansado. Se acomodó lentamente, aspiró el aroma floral de las mantas que la cubrían y cerró los ojos. No había nada como estar en casa.



Verónica Ávalos se dejó caer en el sofá del *living* y cerró los ojos. No podía dejar de pensar en lo sucedido en el avión, todavía sentía la electricidad recorrerle el cuerpo y el aroma de Justo impregnado hasta en la última partícula de su ser. Aún con los ojos cerrados y las imágenes de la noche anterior que le revoloteaban en la cabeza, notó cómo vibraba su celular. Miró la pantalla y masculló algo por lo bajo. Román. La habilidad de ese hombre para aparecer –o reaparecer– en su vida cuando menos lo esperaba resultaba agobiante. No quería responder aquel llamado. Lo único en que quería era pensar en Zapiola y en las últimas horas que habían pasado juntos, no en el mal trago que a lo largo de esos meses Román le había hecho atravesar. No pudo evitar recordar cuándo le había propuesto que se casaran; al principio le había resultado precipitado, no hacía ni seis meses que estaban juntos, y, sin embargo, lo había aceptado. Tras una ceremonia civil breve en la que Agustín y Ana oficiaron de testigos, se convirtieron en marido y mujer. La luna de miel la habían pospuesto dado que Román había sido asignado a una misión inmediatamente después de la boda. Así, casi seis meses después de la ceremonia civil, en la ciudad de Puerto Rico mientras caminaban por la playa, Román había sido lapidario: «Esto es un error, lo siento, Verónica, pero no soy un tipo que pueda estar casado». Y así, como quien no quiere la cosa, el matrimonio se había disuelto sin explicación alguna. Ahora que las cosas parecían ordenarse, que por fin aparecía alguien en su vida que la había hecho volver a sonreír, justo ahí volvía a aparecer. Rechazó el llamado y se adentró en su habitación. No más Román en su vida.



Zapiola estaba desconcertado. Las palabras de Lola Benoît, nieta de Pierre, a su hijo Federico Zapiola, autor del libro que Ana le había mostrado y que él había leído, habían anidado en su cabeza para quedarse. Luego de leer la carta había comenzado a

revolver la caja. Un par de planos de varias arañas antiguas llamaron su atención, en los que se especificaba que aquellas luminarias correspondían a las que se encontraban en la Catedral Metropolitana de Buenos Aires y habían sido diseñadas por el ingeniero francés. Lo siguiente que revisó fue un antiquísimo sobre de seda bordado con canutillos en forma de flor de lis. Lo abrió con extremo cuidado, a simple vista se notaba que aquel era un objeto de cientos de años. Lentamente, introdujo sus dedos y con delicadeza extrajo una larga trenza de pelo color ceniza, un rubio apagado. La desplegó sobre la mesa del *living* y calculó que debía medir unos setenta y cinco centímetros de largo. Luego volvió a la caja; en un sobre transparente había una foto de una trenza similar y un anillo cuyo centro contenía el mismo cabello trenzado. Justo tomó la fotografía y la observó en detalle, la semejanza era evidente. Giró la foto y distinguió la caligrafía de su padre. «París, Museo Carnavalet. Trenza perteneciente a María Antonieta. Anillo con trenza perteneciente a María Antonieta». ¿Por qué su padre nunca le había hablado de aquello, de su familia, de los Benoît y de los Zapiola? ¿Qué motivo lo había llevado a callar sobre su pasado?



Christophe Remis se sumergió en el agua caliente y dejó que el líquido lo cubriera por completo. Las burbujas que dejó escapar por la nariz hicieron de barrera a cualquier sonido exterior. Necesitaba pensar. Ya era cabeza de San Miguel, custodio de La Legión, la autoridad máxima de la cofradía y tenía decisiones que tomar. Su padre parecía satisfecho, aunque sabía que todavía necesitaba algo más para estar finalmente en paz: vengarse de Agustín Riglos. Aquel era el siguiente paso.

Diacó ya estaba viejo, no pasaría demasiado tiempo antes de que las fuerzas de su cuerpo lo abandonaran por completo. Estaban en tiempo de descuento. Por otro lado, debía elegir un nombre. Cada líder de La Legión abandonaba su nombre de pila y elegía uno nuevo cuando se convertía en cabeza de San Miguel. Como Diaco, que había renunciado a su nombre el día de su nombramiento y optó por uno proveniente del latín, «*diaconus*», que significaba «servidor».

El verdadero nombre de su padre era un secreto que pocos conocían. Cancio y Abdiel eran de los pocos que conocían la verdadera identidad del, hasta hace poco, líder de La Legión. Él sabía que no conocía todo sobre su padre, pero sí lo suficiente como para admirar su tesón. De su madre, Inés Beltrán, recordaba lo suficiente como para saber que Emerio había sido cruel con su hermana al ocultarle el paradero de su novio. Diaco jamás lo había perdonado; él, tampoco. Por eso, cada vez que estuvo con Ana, cada vez que habló con ella, siempre en algún momento la idea de matarla atravesó su pensamiento, pero sabía que la venganza era un manjar que se comía frío y que ya llegaría la hora de hacer pagar a la hija de Emerio. Lamentaba que no

estuviera vivo para verla morir. Tantas veces había imaginado matar a la que era su prima frente a los ojos de Beltrán, tantas veces había deseado matarlo a él. Pero el magnate había muerto a manos de Cancio y de Matilde. Su descendencia, en cambio, moriría a manos de Remis.



Nueva York, noviembre de 2000

Elena estacionó el vehículo detrás del convento. La noche ya se había hecho presente en la ciudad y se instalaba como un manto que augura nada más que oscuridad. Pensó en Justo, en que debería de haberle dicho la verdad. Pero el solo hecho de pensar aquello le revolvía el estómago.

Caminó con determinación y apuró el paso en el preciso instante en el que le pareció ver una sombra escabullirse entre la niebla. Hacía frío, pero casi no lo notaba; la nieve de la mañana se había congelado y el piso resultaba resbaladizo. El sonido de sus botas contra el cemento cristalizado era, junto a su respiración, lo único que se escuchaba.

Tres golpes. Nada más que tres veces debía tocar a la puerta y esperar, así decían las instrucciones. ¿Estaba segura de lo que iba a hacer? Por un momento pensó en enviarle un mensaje a Justo, avisarle donde estaba, qué tramaba, pero él no comprendería. El agente de la CIA ya no era el de antes, algo había cambiado entre ellos. ¿Cuándo habían empezado a perderse?

Llegó al portal y se detuvo. Tocó tres veces y esperó.



Justo volvió a la caja. El cuaderno, de tapas de cuero y hojas finas como las antiguas biblias, contenía infinitas anotaciones. La caligrafía, por momentos indescifrable era, sin embargo, un deleite a la vista: la exquisita letra manuscrita, la tinta aún oscura y de trazo definido. Sus ojos no daban crédito a lo que veían.

Pasó página por página con delicada parsimonia. El cuaderno de anotaciones era una belleza. En el interior, en la primera página, específicamente en el ángulo superior derecho, se podía leer LCRF-PB. Luis Carlos Rey de Francia, Pierre Benoît. Murmuró en voz alta. Luego avanzó en la lectura. Había dibujos de la marina, bosquejos de cuadros, retratos de María Antonieta y de Madame Royale y luego un exquisito dibujo en tinta china del *Grupo de Laocoonte*. Se detuvo en el bosquejo.

Cada uno de los trazos de tinta se distinguía con claridad. Debajo, los versos de Virgilio que Daniela había analizado, terminaban adornados con lo que luego se había convertido en el tatuaje de los cuerpos. El asunto era quién había logrado acceder a esa información, quién y cuál era el motivo por el cual un dibujo del anónimo francés había aparecido tatuado en cuatro miembros de La Legión.

Zapiola sabía que debía llevar aquella documentación a su reunión en Mesa de Piedra, pero para eso faltaban varias horas todavía y, si bien necesitaba dormir, lo cierto es que el tiempo apremiaba y había mucho más para ver en aquella caja de secretos que su padre le había dejado. Decidió continuar.

Hizo a un lado el diario de anotaciones y volvió a la caja. No revolvió demasiado cuando encontró el sobre en el que de inmediato reconoció la letra de su padre. «Justo», decía, tan solo. Lo abrió. Además de una carta, encontró una llave. La apoyó sobre la mesa y sujetó con fuerza el papel, sintió que el sobre le quemaba. ¿Hacía cuánto que no veía algo escrito de puño y letra de su padre? Cerró los ojos profundamente conmovido. ¿En qué momento se habría sentado a escribirle? ¿Dónde lo habría hecho? Sin saber por qué, notó que demoraba la apertura de la epístola. Casi como si aquella fuera una misión titánica que no estaba preparado para enfrentar, sintió que el pulso se le había acelerado y que las palmas de las manos habían empezado a transpirarle. Pero se obligó a volver en sí, a enfocarse en lo que debía hacer y con todas las fuerzas de su voluntad abrió el papel doblado y comenzó a leer.

No tardó demasiado en sentir que las primeras lágrimas se le caían sin pedirle permiso. Tuvo que detenerse un momento para que la niebla de los ojos se le disipara y poder seguir con la lectura. La desazón que pudo percibir en la escritura de su padre lo inundó de tristeza. ¿Quién era ese hombre que escribía? ¿Dónde había estado escondido durante tantos años? Le resultó tan extraño leer a un Belisario Zapiola tan apasionado por la historia familiar. ¿Por qué no le había contado todo aquello cuando aún estaba vivo? ¿Por qué había ocultado su pasión por el niño del Temple y la investigación que había cursado por el paradero del delfín de Francia? ¿Quién era su padre, aquel hombre adusto y reservado que recordaba o ese apasionado de la historia familiar que encontraba en la carta? Su desconcierto era absoluto.

Capítulo XXVIII

Salamanca, marzo de 1950

EN la profundidad de una sala oculta entre los túneles subterráneos de la Universidad Pontificia, un grupo de hombres esperaba la llegada del líder. La Legión había sido comandada durante los últimos treinta años por Timoteo, quien, cansado ya de su mandato, había elegido a su predecesor. Los cuatro jóvenes candidatos con posibilidad de suceder al líder esperaban ansiosos el nombramiento. Cada uno de ellos confiaba en ser el elegido y habían dedicado los últimos cinco años al más estricto entrenamiento, a la disciplina más rígida con el objeto de convertirse en líderes de La Legión. Pero solo uno lograría su cometido, y el resto pasaría a formar parte de la primera línea de mando. Pero ninguno tendría tanto poder como quien fuese designado cabeza de San Miguel.

Timoteo ingresó a la sala en silencio. Sin pronunciar palabra, se ubicó en la mesa central y luego lo hizo su grupo de fieles. Lo único que se escuchaba en aquel lugar era la respiración de uno de los candidatos y el susurro de las pequeñas llamas de las velas que irrumpían la penumbra. Timoteo observó a los cuatro muchachos parados frente a él, solo uno era el elegido y, a su entender, el indicado. Ese joven poseía el temple y la determinación que se necesitaba para comandar la cofradía. Detuvo su mirada en cada uno de ellos, los estudió con detenimiento, pudo sentir la tensión que se acumulaba entre esas paredes ancianas que no habrían de volver a verlos a no ser que la organización sufriera alguna situación crítica que así lo ameritara.

Timoteo se puso de pie. Se acercó con aplomo al hombre que había elegido y se ubicó frente a él. Levantó su mano derecha y la ubicó en el hombro derecho del elegido.

—Jean Lavergne —dijo—. Serás cabeza de San Miguel. ¿Has elegido tu nuevo nombre?

Lavergne asintió. Dio un paso adelante y con firmeza dijo:

—He de llamarme Diaco.



El edificio del laboratorio Mesa de Piedra se erigía solitario en medio de un inmenso parque. El verde a su alrededor le daba a la construcción moderna un toque de terrenidad y constaba con la tecnología más desarrollada de Latinoamérica. Se había convertido en la meca de científicos y estudiosos.

Ana estacionó su auto y se detuvo un momento para contemplar su sueño hecho

realidad: el laboratorio de análisis forense más importante de Latinoamérica. Había logrado aunar tecnología de punta y las mentes más brillantes para trabajar en equipo y resolver los casos criminales más complejos. Sentía una gran satisfacción cada vez que llegaba a aquel lugar que consideraba su sitio en el mundo. Respiró profundamente y pudo sentir el aroma a eucalipto que emanaban los árboles alrededor. Cerró los ojos un instante antes de ingresar, quiso disfrutar de la tarde fría, del aroma a invierno que se avecinaba, de la tranquilidad previa a la vorágine laboral en la que, sabía, estaba a punto de sumergirse.

Con paso lento se dirigió hacia la entrada y, luego de acercar su iris al lector biométrico, accedió a las oficinas. Afuera quedaba la paz del crepúsculo, adentro comenzaba el final de una historia, podía presentirlo.

Una vez dentro del edificio apuró el paso hasta llegar a su despacho. Allí se detuvo un momento y buscó un par de carpetas. Luego se detuvo en el panel que tenía armado con las fotos y datos de las cuatro víctimas, se apoyó sobre el escritorio y cruzó los brazos sobre el pecho. Observó un largo rato la pizarra, allí estaban las imágenes de los cuatro cuerpos, los tatuajes, el detalle del ornamento con las iniciales tatuadas con la sangre de Zapiola y luego la conexión con Pío XII, el doctor Lavergne y Elena Lavergne. Los puntos en común eran los grabados en tinta china del *Grupo de Laocoonte* hechos por Pierre Benoît y los sitios donde habían aparecido los cuerpos en los que el ingeniero francés había participado en su construcción. ¿Qué más se le escapaba?

—Estamos todos —interrumpió Verónica, a quien las horas de sueño le habían sentado bien.

—Dame cinco minutos —respondió Ana con la vista fija en el panel.

Verónica se acercó a su amiga y se ubicó en el escritorio junto a ella, frente a la pizarra.

—Algo se nos escapa —murmuró Ana.

—Tenés que ver lo que trajo Justo.

Ana giró la cabeza. Había cierto modo en la manera en que Verónica había pronunciado ese nombre que le llamó la atención. La miró un momento.

—Así que Justo Zapiola, ¿no? —preguntó mientras se reía.

—Ana... —sonrió Verónica—, no es nada importante.

—¿Qué trajo el comisario? —preguntó luego y cambió de tema.



El *jeep* se desplazaba sobre el suelo nevado a gran velocidad. El hombre que conducía era un experto en manejo sobre nieve. Aunque recién comenzaban a caer los primeros copos, la mañana prometía una gran helada. Christophe se acomodó el

abrigo y aguardó a llegar a destino. Súbitamente el automóvil se detuvo. Ante ellos, la montaña que empezaba a cubrirse de blanco se desplegaba en su máximo esplendor. Era la primera vez que visitaba el búnker, solo unos pocos hombres de La Legión tenían acceso al arca. Su padre descendió del vehículo con dificultad y sonrió al ver la entrada al lugar. Las puertas de casi tres metros de altura, blindadas de acero impenetrable, estaban custodiadas por cuatro hombres armados que, al ver a Diaco, inclinaron la cabeza y las abrieron de inmediato. En el interior, un vehículo los aguardaba para llevarlos a las mismísimas entrañas de la Tierra. La inmensa autopista subterránea parecía no tener fin. Iluminada por largos tubos fluorescentes y de paredes totalmente blancas, la autovía parecía perderse en las fauces de aquella montaña. Anduvieron en silencio en el *jeep* que los trasladaba desde el acceso a la bóveda hasta la sala de comandos. Allí, en el centro neurálgico del arca, se manejaban los destinos de los saberes del mundo y se albergaba la mayor colección de arte y saber que podía existir.

Diaco notó un dejo de orgullo en los ojos de su hijo. Una sonrisa asomó en la comisura de sus labios, las pupilas de Christophe se habían dilatado al ver aquel centro de mandos. Observó cómo el francés descendía del vehículo antes que él y, casi como si se tratara de un niño que mira un escaparate de golosinas, sucumbió ante la magia del lugar. La sala era inmensa, cubierta de pantallas que proyectaban el interior de las distintas bóvedas que componían lo que habían denominado «el arca», y lo que sin duda había dejado a Christophe sin habla era el grupo de científicos que trabajaba en el centro de la sala. Dos mujeres y dos hombres que manipulaban lo que parecía ser una inmensa red de archivos virtuales.

—Cada uno de los documentos del arca está digitalizado —dijo Diaco al oído de su hijo—. ¿Alguno que quieras ver e particular? —preguntó luego.

—La Tabla Esmeralda —respondió Remis.

—La Tabla será —dijo Diaco e instruyó a sus hombres para que le mostraran el documento a su hijo.

Christophe observó cómo luego de que una de las científicas deslizara sus dedos por el aire cuatro piezas digitalizadas aparecieron ante él. Luego, la mujer le hizo un gesto para que se acercase. Como en un juego de realidad virtual, avanzó unos pasos y sintió que se sumergía en otro mundo. Podía agrandar y achicar los manuscritos como deseara, estudiarlos en detalle, hacerlos girar, someterlos a cualquier capricho de sus dedos y verlo como si fuera el mismísimo documento, pero sin siquiera tocarlo o dañarlo. Era el holograma perfecto, y a un costado aparecían todos los archivos relacionados al que estudiaba en aquel instante.

—Es magnífico —susurró Remis.

—Es más de lo que puedes imaginar.

—El Código de Copiale —dijo, mientras se deshacía de la Tabla Esmeralda y observaba cómo aparecía un nuevo documento ante sus ojos.

Lo miró embelesado, el manuscrito cifrado incluía símbolos abstractos del

alfabeto griego y del latino. Era una belleza. Lo desechó al mismo tiempo que decía:

—Los Manuscritos del Mar Muerto.

Ante sus ojos, los rollos escritos en hebreo y en arameo encontrados en las grutas de Qumrán se desplegaron en su máximo esplendor. Retrocedió unos pasos para ver el grupo de manuscritos que parecía flotar en el centro de la sala. Miró a su padre y sonrió. El arca se había convertido en una gran e inmensa biblioteca de Alejandría que, además de manuscritos, albergaba tesoros inigualables.



Ana Beltrán ingresó en la sala de reuniones donde Zapiola y Verónica la esperaban.

—Le pedí a Práder que no viniera —aclaró en el momento en que ingresaba—. Necesita descansar y ya ha hecho bastante.

—Bien —afirmó Zapiola—. Ahora necesito mostrarte algo.

El comisario se acercó a la mesa en el centro de la oficina y abrió una caja de madera. En su interior había una gran cantidad de documentos y unos cuadernos. Ana tomó la caja y empezó a mirar con atención. A medida que comenzaba a hojear el cuaderno de anotaciones que había capturado su atención de inmediato, se sentó en una de las sillas y notó cómo Zapiola y Verónica hacían lo mismo.

—¿De dónde sacaste esto?

—Era de mi padre —respondió—. Lo revisé de arriba abajo...

—Por Dios —murmuró Ana, que se había detenido en una de las ilustraciones del cuaderno.

—¿Qué? —preguntaron al unísono Verónica y Zapiola.

—Esta flor... Este dibujo es muy similar a...

—A los de Redouté... —concluyó Verónica, que miraba fijo a los ojos a su amiga.

—Cuando encontramos la Tabla Esmeralda —dijo Ana—, los manuscritos estaban ocultos detrás de tres pinturas de Pierre Joseph Redouté, un artista belga que recibió las tablas de parte de Josefina de Beauharnais, esposa de Napoleón. Este lirio que dibuja aquí Benoît —continuó, mientras señalaba la ilustración en tinta negra sobre un blanco alguna vez inmaculado— es muy similar a las flores que pintaba Redouté. Necesito que pienses. ¿Tu padre tiene alguna pintura de este artista? ¿Recordás haber visto algo similar en algún lado?

Zapiola tomó el libro de anotaciones y observó el dibujo en detalle.

—Es la primera vez en mi vida que veo esto. No hay nada semejante en lo de mi padre.

—Pensá, Justo. Pensá, por favor.

Ana volvió a tomar el cuaderno y observó el resto de las anotaciones alrededor de

la flor. Benoît había anotado varios números.

—4, 5, 19, 19, 15, 21, 19, 6, 12, 5, 21, 18.

—¿Coordenadas? —preguntó Verónica.

—No —respondió Ana, mientras comenzaba a anotar algo en un papel—. Es un cifrado por sustitución.

Zapiola y Verónica observaron cómo Ana copiaba los números, luego escribía el abecedario y a cada letra le asignaba un número del uno al veintisiete. Luego tomó los números anotados por el francés y los sustituyó por letras.

—*Dessous fleur* —murmuró mientras se recostaba sobre el respaldo de la silla.

—Debajo de la flor —tradujo Zapiola rápidamente.

Enseguida, Verónica tomó el cuaderno y lo llevó hacia una de las lámparas de mesa de la sala. Lo ubicó de varias maneras distintas a fin de buscar algún mensaje oculto o marca de agua en el papel. No había nada.

—¿Debajo de qué flor? ¿Un cuadro? ¿Ahora tenemos que buscar una pintura? —Era la primera vez que Verónica escuchaba a Zapiola quejarse.

Se dejó caer sobre una silla, estaba desmoralizado y cansado. ¿De qué se trataba ese dibujo? Y lo que era peor, ¿de qué iba todo ese asunto en general y por qué su padre nunca le había dicho nada al respecto? Cerró los ojos un momento ¿había visto la pintura de Redouté en algún sitio y no lo recordaba?

Ana, por su parte, todavía revolvía la caja.

—Estos planos —dijo sobresaltada, mientras desplegaba los diseños de dos magníficas arañas colgantes—. Esto lo hemos visto.

La miraron expectantes.

—En la Catedral Metropolitana —dijo Verónica.

—Sí —afirmó Ana—, y miren este detalle. —Beltrán señaló una de las luminarias en las que el detalle de un pequeño cristal había sido resaltado con un círculo de color rojo.

—Vamos —dijo Zapiola, y de inmediato salieron de Mesa de Piedra rumbo al centro de la ciudad.



Cuando el automóvil en el que viajaban Jake Callahan y Luis Blanc desbarrancó camino a Castel Gandolfo, Domenico Gemelli recibió un mensaje que le confirmaba el accidente y, enseguida, dio aviso de las muertes a Lencke. Fue lo último que hizo. Una vez confirmada la muerte de Callahan, una bala le atravesó el cráneo.

En el medio de la montaña, el cuerpo de Gemelli cayó sin vida sin que nadie lo notara. Lao Lencke era implacable a la hora de asesinar. Apostado en el suelo montañoso, el francotirador había esperado el momento exacto para disparar. Gemelli

nunca se dio cuenta de nada. Lencke, por su parte, guardó el arma que llevaba y se comunicó con el Agente Cero. Había llegado el momento de ingresar al búnker.



La Catedral Metropolitana se erguía majestuosa en el centro de la ciudad. La noche se había instalado hacía rato y el frío empezaba a cobrar identidad. Ana descendió de la camioneta y se levantó las solapas del tapado para cubrirse el cuello desnudo. El viento comenzaba a soplar y el pelo oscuro acompañaba el movimiento de la brisa. Observó a su alrededor, la noche era oscura, ya casi no había autos en las calles y la soledad de la noche parecía cubrirlo todo. A su lado, Verónica y Zapiola caminaban a toda prisa.

Levantó la vista y pudo ver que en el pórtico de la catedral se encontraban el antropólogo Rafael Schatz y su equipo de trabajo. Schatz, quien había participado del hallazgo de la Tabla Esmeralda y se había hecho cargo de la recuperación de los manuscritos encontrados bajo el zoológico de Buenos Aires, sonrió al verla.

—Doctora Beltrán —dijo y le extendió la mano.

—Doctor Schatz —respondió Ana, mientras le estrechaba la mano y sonreía al mismo tiempo—. Sé que el doctor Práder lo puso al tanto de la situación —agregó.

El antropólogo asintió.

—Traje todo lo necesario para buscar lo que necesitamos —dijo.

—¿Qué piensa de este asunto, Rafael? —preguntó Verónica, que hablaba por primera vez—. ¿Es posible que Pierre Benoît haya sido el delfín perdido de Francia?

—Hace al menos una década —dijo Schatz—, la familia Zapiola pidió al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires permiso para excavar bajo la avenida San Juan. Dicha avenida atraviesa el lugar donde estaba la casa de Benoît. —Hizo una pausa—. La casa quedaba en la calle Bolívar 793. El equipo arqueológico no encontró absolutamente nada de lo que se pensaba encontrar. Según los dichos de Federico Zapiola, en el piso de esa casa, enterrados en botellas, estaban las pruebas de la identidad de Benoît.

—No ha contestado mi pregunta —insistió Verónica—. ¿Es posible que Benoît fuera Luis XVII?

—Estamos acá para descubrirlo —respondió—. ¿Trajeron los planos?

Ana asintió y les indicó a los presentes que ingresaran a la iglesia, allí desplegarían el material a revisar. En el interior del templo, Schatz había colocado una mesa plegable de trabajo donde ya se podía observar el plano de la catedral. De inmediato, Ana desplegó el plano de las luminarias diseñadas por Benoît y acercó la lámpara portátil al sitio que buscaba mostrarle al equipo de antropólogos.

—Estas arañas —dijo Ana, para luego levantar una mano y señalar las que

colgaban del techo, una a cada lado de la nave central— fueron diseñadas y construidas por Benoît. Y si observan bien la lámpara de la derecha, justamente aquí —posó su dedo sobre un círculo rojo en el plano en blanco y negro—, verán que hay algo que Benoît quiso resaltar. ¿Trajo la escalera? —preguntó por último.

Schatz asintió y dio la orden a su equipo para que subiera hasta la luminaria; si había algo allí, lo encontrarían.

—Es el séptimo cairel. Ahí es donde debemos buscar.

Uno de los hombres de Schatz, vestido con mameluco de trabajo, guantes descartables y un casco con linterna en su cabeza, subió las escaleras metálicas con gran agilidad. Una vez arriba, no tardó demasiado en asentir. Había algo en el cairel.



Nueva York, noviembre de 2000

Elena no recordaba cómo había llegado hasta su casa. Los recuerdos que asaltaban su memoria eran vagos, erráticos. Por momentos se preguntaba si aquello que había visto y oído era verdad. ¿Quién era su padre? ¿De qué era capaz?

Súbitamente se encontró sentada frente a la computadora. El informe que necesitaba escribir estaba en blanco. Observó la pantalla ida; analizaba sin poder pensar; quería descifrar aquella realidad virtual en la que se había sumergido. Lo único que podía recordar era lo que su padre le había dicho.

—Elena —había dicho—. Los Lavergne somos custodios de un gran secreto.

—No quiero escuchar —recordó haber interrumpido Elena.

—Tenés la opción de sumarte a nuestra familia —había continuado su padre.

—Esta no es mi familia y vos no sos mi padre —había contestado la joven psicóloga, que trataba de asimilar lo que había escuchado minutos antes.

—Todos los Lavergne hemos honrado nuestro juramento —había retrucado el hombre que le hablaba.

—Entonces no seré más una Lavergne. No puedo honrar la mentira, no puedo jurar vengar a un médico extorsionador.

—Hay verdades que no deben salir a la luz.

—Han pasado casi ciento cincuenta años de la muerte de un hombre que era tu antepasado y ¿honrás un juramento que alguien hizo en su honor? ¡Es ridículo!

—Tu antepasado fue injustamente guillotinado, asesinado.

—Era un extorsionador. Me acabás de decir que amenazaba a la duquesa de Angulema con revelar el paradero de su hermano, el delfín de Francia, si no le pagaba lo que pedía. Jamás honraría un juramento tan bajo. Por otro lado, llevo el apellido Lavergne en los papeles, pero mi madre fue quien me crio. No hay nada que me ate a

vos. Maldigo la hora en que decidí buscarte.

Diaco había observado a su hija por última vez.

—Los dos cuerpos que encontraste en las iglesias de Washington —había dicho— pertenecieron a dos miembros de La Legión que quisieron contarle al mundo nuestros secretos. No te conviertas en uno más, Elena.

Ella recordó entonces que había mirado por última vez a su padre. Lo había mirado fijo a los ojos, desafiándolo con la intensidad de un odio que sentía crecer minuto a minuto. Luego, de alguna manera que no recordaba, había llegado hasta su hogar. Estaba aturdida, y Justo quería hablarle. Ella se había metido a la ducha y allí lloró. Lloró como jamás lo había hecho antes; su padre era el culpable de las muertes que investigaba, era un asesino que comandaba una secta criminal. Esa verdad había empezado a matarla lentamente, la corrompía por dentro. Esa noche no durmió, se la pasó frente a la computadora. Fue la primera de muchas noches de insomnio.

Capítulo XXIX

EL antropólogo Rafael Schatz se había ubicado bajo la luz que había colocado en la improvisada mesa de trabajo. Apenas inclinado, sostenía el cairel con forma de gota alargada que uno de sus hombres había bajado de la araña diseñada por Benoît. Luego de tomar una lupa y observar en detalle lo que parecía ser un grabado, dijo:

—Coordenadas. El cristal tiene grabadas coordenadas.

Ana observó a Schatz y le rogó que se las dijera lentamente para poder cargarlas en el gps.

—37° 59' 57" Sur —dijo, al tiempo que Ana ingresaba los datos en su iPad— y 57° 32' 57" Oeste —concluyó.

Ana dejó que el dispositivo ubicara las coordenadas y, al ver el resultado, levantó la cabeza asombrada. A su alrededor, el equipo de antropólogos, Verónica y Justo aguardaban ansiosos el resultado.

—Por Dios —musitó—, es la catedral de Mar del Plata, las coordenadas indican que...

—Catedral basada en un diseño de Benoît y que su hijo finalmente construyó —interrumpió Zapiola.

—Sitio donde apareció el cuerpo de Evelyn Hall y las cuatro cabezas de las víctimas.

Sin perder tiempo, Verónica tomó el celular y alistó el avión de Interpol para partir rumbo a Mar del Plata. El fin de aquel misterio estaba cada vez más próximo.



Julia Durée se ubicó detrás del monitor que le permitía observar la totalidad del operativo y aguardó a que el agente a cargo diera la orden de ingresar.

Por su parte, Lao Lencke había cumplido su objetivo: Jake Callahan y Domenico Gemelli estaban fuera de juego. Era momento de tomar por sorpresa a La Legión. El búnker o «arca», como lo llamaban sus miembros, estaba escondido bajo una de las montañas más altas de la antigua Rusia. El monte Elbrús, ubicado en la parte occidental de la cordillera caucásica, era el sitio que indicaban las coordenadas que había logrado descifrar de los archivos de La Legión. Observó cómo Román Benegas se colocaba el auricular en la oreja y verificaba el correcto funcionamiento del dispositivo.

—Águila Uno —lo escuchó decir.

—Águila Uno lista —respondió Agustín Riglos desde la inmensidad de la montaña.

Los hombres iban camuflados, apenas se los veía con tanta nieve. Sin embargo, allí estaban, y en el monitor infrarrojo se podía observar al pequeño ejército de elite que estaba por irrumpir en el corazón mismo de la sociedad secreta más hermética y poderosa conocida hasta el momento.

Julia sintió cómo la adrenalina empezaba a apoderarse de su cuerpo, estaban a punto de hacer historia. Pudo ver cómo los hombres avanzaban sigilosos en medio del blanco impoluto. Observó a Román. El español dirigía la misión con temple de acero. Llevaba, al igual que todos los allí presentes, ropa térmica que lo había protegido de las inclemencias del frío afuera. Ahora, en la casa segura en Minsk, estaba parado en el medio de la base que habían montado a cientos de kilómetros del monte y observaba con atención los monitores que mostraban a la compañía de elite al mando de Agustín Riglos desplazarse en la nieve. Román sabía que aquel ya era un asunto personal entre su amigo y Diaco, que no hubo manera de convencer al agente de Interpol de no participar de aquel operativo. Julia notó que Román dejaba asomar una pequeña sonrisa en la comisura de los labios; él sabía que allí comenzaba el final.

—Cero —dijo Román, mientras observaba las imágenes del satélite que tenía frente a él—, el área está despejada. Procedan.

—Comprendido —respondió Agustín y enseguida tomó el control de la situación—. Equipo de explosivos listos, avancen ahora —ordenó.

Tres hombres vestidos de blanco avanzaron de manera coordinada hacia las inmensas puertas del búnker. Allí, en menos de treinta segundos, colocaron las cargas de explosivos necesarias para volar la entrada. El estruendo fue seco pero lo suficientemente potente como para que la tierra alrededor temblara y una breve lluvia de nieve cayera sobre el resto de los hombres que ya corrían hacia el acceso. Fueron segundos los que tardaron en ingresar, vestidos con sus trajes de asalto blanco y con máscaras del mismo color que los protegían de los gases que arrojaron al entrar. El humo del gas lo cubrió todo, pero la tropa de elite podía ver sin inconveniente a través de sus anteojos especiales. Agustín sintió lo que nunca, que aquella era la última misión de su vida, que ese era el final de su carrera como agente, que estaba a pocos minutos de ponerle punto final a La Legión, y, sobre todo, a Diaco.

Escuchó los disparos del interior del búnker y pudo ver los fogonazos que pasaban cerca. La pequeña batalla había empezado bajo los cielos de aquella bóveda perdida y sus hombres respondían a los disparos con sus ametralladoras, al tiempo que él avanzaba dentro del túnel. Con su nueve milímetros en mano, listo para disparar cuando hiciese falta, logró adentrarse unos pocos metros antes de que el grupo de soldados de La Legión apareciera frente a él. No dudó y descargó el arma con precisión. Tres de los hombres cayeron al piso sin vida, los otros dos disparaban a mansalva. Se escudó tras una gruesa columna de concreto y, a medida que reponía la carga, disparaba sin cesar. Sus hombres comenzaron a ingresar y, con su apoyo, el resto de los soldados sucumbió ante las balas. Pero aquel combate recién empezaba.

Las alarmas del búnker se habían encendido, el sonido y el humo que no se

disipaba aturdía y la tropa de elite avanzaba sin saber con precisión a dónde debía dirigirse. Los gritos de alto se mezclaban con los estruendos de los disparos, los fogonazos iluminaban el concreto y Agustín disparaba sin contemplaciones. Giró la cabeza y observó el escenario: alguno de sus hombres estaban en el piso, otros disparaban a mansalva y un par luchaban cuerpo a cuerpo con los miembros de La Legión. Para su sorpresa, notó que recién habían avanzado tan solo unos quinientos metros desde la entrada.

—Águila Uno a Líder —dijo. Recurrió a los ojos de Román, que veía lo mismo que ellos a través de las cámaras que llevaban en los cascos tácticos.

—Aquí Líder, Águila Uno.

—Román —dijo, y rompió el protocolo al llamar por su nombre de pila al agente —, voy a necesitar tus ojos. La entrada es interminable y aparecen hombres por doquier.

—Tenés un grupo de siete que ingresa por la derecha —informó, mientras observaba las imágenes de satélite que le permitían ver el interior del búnker y registrar los cuerpos calientes que se movían en su interior.

—Águila Uno, siete objetivos a la derecha —anticipó Agustín, y sus hombres se ubicaron en posición de ataque.

A medida que disparaban, Agustín volvió a hablar con Román.

—Román, necesito a Durée.

—Te escucho, Cero —respondió ella de inmediato.

—Tengo problemas con el plano del arca. No puedo verlo en la pantalla de mis anteojos.

—Dame treinta segundos —dijo Durée con seguridad y enseguida empezó a escribir algo en la computadora.

De inmediato, Agustín logró ver el plano del arca en la pantalla de su casco e indicó a sus hombres que lo siguieran. Por fin sabía por dónde ingresar al corazón del búnker.



Nueva York, diciembre de 2000

Elena bebió un sorbo de café y dio una última pitada al cigarrillo que llevaba entre los dedos manchados de nicotina. Estaba cansada, pero no podía dormir. Hacía días que no pegaba un ojo, deambulaba por la casa como muerta en vida mientras meditaba los pasos a seguir. No podía revelarles a Justo su origen, no podía contarle que uno de sus ancestros había matado a alguien de su familia.

Durante aquellas semanas, Elena se había dedicado a investigar su historia

familiar y allí había conocido la historia del doctor Lavergne, de la duquesa de Angulema y de Pierre Benoît. Luego había llegado hasta un libro escrito por el médico forense Federico Zapiola, tatarabuelo de su actual esposo. Aquella era una historia fantástica, no tenía sentido y, sin embargo, el que resultó su padre le había dado un plazo: si no se unía a la causa de su familia, moriría. Elena había decidido morir antes de convertirse en un miembro de esa secta de lunáticos. Lo que no imaginaba era que la observaban.

El hombre estaba dentro de la casa desde hacía rato. Había esperado a que Justo Zapiola se fuera para atacar. Ahora, mientras observaba desde la penumbra, disfrutaba anticipar los puntos de sutura que daría sobre aquel rostro. La mujer, ajena a su suerte, observaba la computadora y no pudo escribir más que unas pocas palabras. El golpe la tomó por sorpresa y gritó. Primero saltó de la silla y empujó al agresor, pero el hombre la sujetó con fuerza. Ella pateó, chilló, gritó con todas sus fuerzas, pero el hombre logro doblegarle y romperle el cuello. El crujir de sus vértebras fue lo último que escuchó Elena.

Finalmente, Cancio se puso de pie, buscó su maletín de trabajo y preparó el instrumental quirúrgico. Eligió una aguja curva, la sumergió en cloruro de lapirio y la enhebró con delicadeza. Aquel pequeño ritual era su preferido, el momento en el que la aguja perforaba la piel y un placer mayúsculo lo llenaba de gozo. Así disfrutó de cada uno de los ocho puntos de prolija sutura que aplicó sobre los ojos que habían desafiado a quien no debía.



El avión que los llevaba a Mar del Plata era el mismo que los había trasladado a Roma. Zapiola, Verónica y Ana iban en silencio. El doctor Schatz y su equipo se habían concentrado en la sala de reuniones y especulaban respecto a los pasos a seguir.

—Hay algo que no entiendo —dijo Ana reflexiva.

Verónica y Zapiola dejaron de mirar sus teléfonos y la observaron atentamente.

—¿Por qué La Legión asesinó a cuatro de sus hombres? Y lo que más me llama la atención, ¿por qué los mensajes en el cuerpo? ¿Por qué querrían que averiguásemos lo que han ocultado? —Se quedó en silencio. Luego se incorporó y observó a los agentes a su lado—. ¡Cómo no me di cuenta! —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Verónica, que la conocía como a nadie y había visto en sus ojos un destello de certeza. Había descubierto algo.

—Nos usaron todo este tiempo —dijo y observó fijamente a los presentes—. Sabían que si mataban a Evelyn y a los demás agentes llamarían nuestra atención, sabían que las cabezas con los labios cosidos confirmarían nuestra sospecha de que se

trataba de un asunto de La Legión. —Hizo una pausa y volvió a sentarse para continuar—. Sabían que interpretaríamos los mensajes, el tatuaje, que llegaríamos a encontrar lo que en realidad buscan.

—La copia del testamento de la duquesa de Angulema —afirmó Zapiola.

—Exacto —dijo Ana, que se había puesto de pie nuevamente y caminaba entre las butacas del avión mientras pensaba en voz alta—. Es una trampa, nos observaron desde el principio y nos estarán esperando cuando encontremos la copia del testamento.

—Estamos guiándolos hacia el testamento —interrumpió Verónica.

—Entramos en la boca del lobo y ni siquiera lo habíamos notado.



El equipo de asalto táctico activó sus gafas de visión nocturna. Luego de que se encendieron las alarmas, los pasillos habían quedado a oscuras. El gas lacrimógeno había empezado a afectar a los hombres de La Legión y algunos se mostraban desorientados. Agustín y sus hombres habían logrado avanzar hasta la entrada del centro de mando del arca y estaban listos para atacar. Los hombres que custodiaban el ingreso abrieron fuego. Riglos y sus hombres se atrincheraron tras las columnas de concreto que sostenían el túnel.

—Grupo de asalto —gritó Agustín sobre el estruendo de las balas para comunicarse con sus compañeros por el auricular—. Lancen las granadas.

El estallido fue feroz. Los hombres se resguardaron de inmediato, pero la onda expansiva de la explosión los arrojó al suelo. Tardaron solo unos segundos en levantarse y recuperarse. Al hacerlo, Agustín notó el hueco en la puerta del centro de mandos. Los diez hombres de su equipo que quedaban en pie se abalanzaron sobre el lugar y la balacera entre los dos bandos tornó el sitio en el infierno mismo. Riglos sintió que el primer golpe le quemaba el brazo, pero continuó disparando. Fue entonces que notó entre el humo cómo Christophe Remis ayudaba a su padre a desaparecer tras una puerta de acero.

—Durée —gritó por el intercomunicador—. Necesito que abras esta puerta —dijo, al tiempo que colocaba un dispositivo digital—. ¡Y lo necesito ahora!

Julia ingresó al dispositivo remoto desde la casona en Minsk y en menos de un minuto destrabó la puerta. Agustín, que no había dejado de disparar, se detuvo al ver que los hombres de La Legión habían sido abatidos. Luego notó la sangre que emanaba de su brazo sin cesar, pero, sin darle importancia, ingresó al pequeño refugio dentro del búnker. Allí, para su inmensa satisfacción, se encontraban los dos hombres que buscaba: Diaco Simer y su hijo, Christophe Remis. Había llegado el momento de matar.



El avión aterrizó en el aeropuerto Ástor Piazzolla de Mar del Plata. El equipo de antropólogos descendió primero, detrás los siguieron Ana, Zapiola y Verónica. Luego del breve trayecto que había compartido en el avión y de la charla que habían mantenido, estaban listos para proceder, preparados para entrar en la boca del lobo y salir airosos. Intuían que la catedral de Mar del Plata era el destino final de aquella búsqueda, las coordenadas en el cairil de la araña hecha por Benoît les habían indicado el lugar, que coincidía con el último sitio en el que habían estado antes de partir a Roma: el lugar donde habían aparecido las cuatro cabezas con los labios cosidos. Sabían que estaban prontos a terminar esa búsqueda frenética que los había tenido en vilo durante el último tiempo.

Una vez dentro de los vehículos oficiales, terminaron de colocarse los chalecos antibalas y alistaron sus armas; no iban a dejar nada librado al azar. Si La Legión los había espiado todo ese tiempo y descubrían que encontraban la copia del testamento de la duquesa, atacarían. Ellos estarían listos para defenderse. Estaban en tiempo de descuento.

Cuando estacionaron en la plaza San Martín, frente a la catedral de San Pedro y Santa Cecilia, Ana sintió que había pasado una vida entera desde que había estado allí. Sin embargo, habían transcurrido tan solo algunos días. Subieron las escalinatas con apremio y, una vez dentro, se detuvieron para observar el lugar.

—¿Qué es lo que buscamos exactamente? —preguntó Schatz un tanto nervioso. No estaba acostumbrado a llevar chaleco antibalas, el suyo era otro tipo de trabajo de campo.

—La flor de lis —respondió Ana y señaló el centro de la catedral, el piso de mosaicos que bajo la cúpula central coronaba su belleza con una gran flor de lis, sitio donde el cuerpo de Evelyn Hall había sido depositado.

Capítulo XXX

AGUSTÍN Riglos ingresó a la pequeña habitación que hacía las veces de refugio con la clara intención de deshacerse de Diaco y de su hijo. Pero la voz de alto de uno de sus hombres lo detuvo.

—Cero —gritó el soldado—. No nos manejamos así.

Agustín sintió que un frío helado le recorría el cuerpo. Se detuvo. ¿De verdad iba a matar a un viejo y a un hombre que no conocía? Entonces pensó en Ana y en todo lo que habían pasado, en los años de miedo, de separación, en la noche en que debió dejar Mar del Plata y abandonarla por las amenazas de Diaco. Así, empuñó el arma y se acercó al hombre que, aunque mayor, se paraba en el centro de la habitación.

—Llegó la hora de despedirnos —dijo Diaco con cierta maldad.

Agustín clavó la mirada en el líder de La Legión y notó cómo su hijo atinaba a sacar un arma; los años de entrenamiento no le permitieron dudar, apenas vio el arma disparó a mansalva. El cuerpo de Remis se contorsionó al ritmo de las balas que perforaron su pecho para luego desplomarse sobre el suelo. Diaco no se inmutó, sabía que aquel era el momento en que moriría y notó cómo Agustín se le acercaba y le apuntaba con el arma en la sien.

—Vamos —lo alentó el anciano—. Terminemos con esto.

Agustín tenía furia en sus manos, quería disparar, quería poner punto final a la historia, pero, en su interior, sabía que no podría hacerlo. Retrocedió unos pasos y sus hombres se acercaron a Diaco para apresarlo.

Agustín salió del cuarto un momento para informarle a Benegas que el área estaba despejada y que podían ingresar al búnker, pero no había terminado de decir aquello que el grito de Diaco lo obligó a girar sobre sí mismo. El hombre había activado una granada y sus ojos se encontraron con los del agente un segundo antes de la explosión. De pronto, el mundo se volvió negro y Agustín se perdió en el estruendo.



El equipo de antropología había desplegado sus herramientas de trabajo frente al altar mayor y en el suelo, que alguna vez le había recordado a Zapiola al laberinto de la catedral de Chartres. Uno de los antropólogos hacía circular un sonar digital.

—Es poco probable que haya algo bajo esta la cripta —dijo Schatz.

—Hay algo debajo de la flor de lis, estoy segura —insistió Ana.

Schatz pasó el escáner sobre el piso y se detuvo justo en el centro. Volvió a pasar el dispositivo por el lugar, observó la pantalla del aparato y dijo:

—No sé cómo lo hace, doctora Beltrán —dijo—, pero su instinto nunca falla. Hay algo bajo esta baldosa.

Schatz tomó un cincel y un martillo. Con mucho cuidado de no romper el precioso mosaico color terracota, levantó la baldosa. Allí debajo, una pequeña caja de hierro reposaba desde hacía años a la espera de ser hallada. El antropólogo la tomó con extrema delicadeza y la apoyó sobre un banco de iglesia.

—Está cerrada con llave —dijo, al tiempo que la observaba con detenimiento. Era una antigua caja de hierro común y corriente.

Cuando Schatz mencionó la llave, Zapiola recordó la carta de su padre. Allí, junto a sus palabras, había una vieja llave de hierro. Hurgó en su bolsillo y la extrajo. Sin decir nada, se acercó a la caja y con cierta lentitud la introdujo en la cerradura. Pese a sus años, la llave giró y la caja se abrió fácilmente. Lo que vieron en el interior les robó una sonrisa.



Agustín sintió que la cabeza le daba vueltas, que la boca se le había llenado de cal y que le costaba respirar. Intentó moverse, pero le dolía el cuerpo. Hizo un esfuerzo sobrehumano para ponerse de pie. A su alrededor, el escenario era desolador: sus hombres yacían muertos sobre el suelo, el polvo lo cubría todo y el estruendo de la granada aún retumbaba en sus oídos. Sin embargo, escuchó toser a alguien. Giró y vio a uno de sus soldados incorporarse; del centro de mando del búnker casi nada quedaba, Diaco había arrasado con todo.

—Cero —escuchó en su nano dispositivo de audio—. ¡Cero! —Era la voz de Román.

—Estoy bien, Román —respondió Agustín casi sin voz—, pero necesitamos ayuda.

—Estoy en el helicóptero. Ya llego.

Tres helicópteros más uno sanitario aterrizaron a metros de la montaña. Allí, un grupo de hombres entrenados en rescate y otro de científicos listos para el resguardo de los tesoros que se suponía tenía La Legión descendieron de las naves y se adentraron en la fortaleza bajo el hielo. Esperaban que los documentos hubieran sobrevivido a la explosión.

Román fue el primer hombre en ingresar al lugar. Corrió entre los escombros mientras seguía el rastro que emitía el gps ubicado en el reloj de Agustín. Tardaron cerca de media hora en encontrarlo a él y a su compañero, el resto de los hombres estaban muertos o desaparecidos bajo los escombros. El panorama resultaba desolador.

Los trabajos de rescate comenzaron de inmediato; para la búsqueda de los tesoros, en cambio, habría que esperar.

Agustín salió apoyado en el brazo de su amigo, rengueaba y llevaba una venda

provisoria en el brazo derecho donde había recibido un disparo. El uniforme blanco estaba manchado de sangre y tierra. Una buena parte se había convertido en jirones de tela.

—Se acabó —le dijo a Román con el poco aire que le quedaba—. Se acabó. Diaco está muerto, no más La Legión.

El hombre sonrió ante las palabras de su amigo, sabía que conllevaban mucho más que una misión bien cumplida: para Agustín, no más Diaco y no más amenaza de La Legión significaba la posibilidad de un futuro con Ana.

—Ana —dijo—. Necesito hablar con Ana.

—No te apresures —dijo Román—. Primero que te revise el médico y luego la llamás.

Los dos hombres caminaron lentamente hacia el helicóptero sanitario. Había llegado el fin de una era. A su alrededor, el grupo de rescatistas actuaba con precisión y eficacia. Cuando llegaron, Agustín se desplomó en la camilla y perdió la conciencia por completo.



Ana tomó la pintura con delicadeza y la observó en detalle, el lirio estaba pintado por la mano experta de Redouté. Podía reconocer el trazo, el uso de la acuarela; aquella era sin duda una obra del artista belga. Era simplemente exquisito. Para sorpresa de Schatz, Ana dio vuelta el cuadro que estaba enmarcado en madera y vidrio. Lentamente separó la cubierta trasera. Entre la pintura y la madera que había quitado se ocultaba un sobre lacrado con una flor de lis. Con cuidado, abrió el lacre y extrajo el papel añoso y de tintes amarronados. Luego de mirar el documento, dijo:

—Es la voluntad y último testamento de Teresa Carlota de Francia, duquesa de Angulema —tras decir eso, sintió que un nudo de emoción se anidaba en su estómago.

Pero esa sensación duró apenas unos segundos. La voz pareció tomar forma entre la penumbra, primero fue un susurro y luego se transformó en una voz gutural, ronca, que ya conocía. Sintió que el alma se le congelaba, la voz era la misma que alguna vez había escuchado bajo los túneles del zoológico de Buenos Aires. Atinó a desenfundar su arma; Zapiola y Verónica ya lo habían hecho. El equipo forense retrocedía con lentitud mientras el hombre emergía de la negrura.

—Gracias otra vez, doctora Beltrán.

Ana tragó saliva y empuñó el arma para apuntarle directo a la cara, el hombre no tenía escapatoria. Observó rápidamente a su alrededor, Verónica y Justo estaban listos para atacar también.

—El testamento, doctora —ordenó el hombre.

—Jamás, Cancio —respondió Ana, que veía en aquel hombre a quien había matado a su padre y a su querido Máximo Zaldívar—. Va a ser mejor que te rindas —gritó.

La carcajada se escuchó en la inmensidad de la iglesia con la contundencia de una amenaza. Inmediatamente, las luces del templo se apagaron y el resto de los hombres apareció de la nada.

Gritos. Lo primero que escuchó Ana fueron gritos; luego, alguien disparó. Zapiola les ordenó protegerse. Súbitamente, sintió cómo alguien la empujaba al suelo. Su cuerpo se estrelló contra las baldosas al mismo tiempo que las luces de emergencia de la iglesia comenzaban a encenderse. La penumbra le permitió divisar la figura de los atacantes. Notó que Zapiola luchaba puño a puño contra uno; ella, por su parte, comenzó a incorporarse, llevaba el arma en una mano y el testamento de la duquesa en la otra. Debía esconderlo y atacar a Cancio, pero la mano que la sujetó por detrás se lo impidió.

—Quieta, doctora Beltrán —dijo la voz que conocía de memoria—. Entrégueme el testamento y nadie tendrá que morir.

—¿Para qué lo quiere? —preguntó Ana—. La Legión ya tiene el original.

—Hay secretos que es mejor que no se sepan nunca —le susurró Cancio al oído, al tiempo que su mano le quitaba el documento—. Esto estará más seguro en mis manos.

Ana no pensaba darse por vencida. Aún con las manos de Cancio que la sujetaban con firmeza, comenzó a retorcerse para librarse de las garras de aquel hombre. Por su parte, Zapiola había reducido a uno de los soldados y se escudó detrás de una de las columnas cuando otro de los sujetos empezó a disparar. El estruendo de los disparos hizo que Cancio desviara su atención. Ana aprovechó la distracción para golpear con toda la fuerza de su cuerpo al hombre y liberarse de sus manos. Verónica también disparaba y los dos hombres que contraatacaban lo hacían sin piedad. El primero cayó tras el impacto de una bala de Zapiola y el segundo recibió un balazo de parte de Verónica. De los cuatro hombres solo uno quedaba en pie: Cancio.

Ana estaba en el suelo y se defendía como podía de los golpes del sicario. Pateó con violencia cuando la mano de Cancio se ajustó a su cuello. La presión era inaguantable, sintió que la garganta se cerraba, que el pecho le quemaba y que el mundo se tornaba negro. Entonces, el estruendo del disparo fue lo último que escuchó.



París, 1824

Esta mañana me he reunido con mi hermano. Han pasado treinta años desde la última vez que vi a aquel niño de rizos rubios y mirada color cielo que hoy me mira escondido detrás de otra identidad, con ojos que han visto el Terror. Lo abracé fuerte, tan fuerte que creo que lo he dejado más tullido de lo que estaba. Hemos llorado mucho tratando de recordar los momentos bonitos y no el calvario de las noches de la Revolución. Él no quiere que se sepa quién es en realidad y lo respeto, hemos sufrido demasiado. Ha formado una familia, quiere cuidarla, protegerla, no quiere que nadie sepa jamás que tras su nueva identidad se esconde el verdadero rey de Francia, Luis XVII, heredero legítimo al trono de los borbones. No he logrado convencerlo; sí en cambio le he entregado copia de mi testamento. He pedido al Vaticano que, cumplidos cien años de mi muerte, revele al mundo la verdad y que se sepa que Luis Carlos, rey de Francia, mi hermano, no murió en la prisión del Temple, sino que escapó a Buenos Aires y dice llamarse Pierre Benoît. Sé que en cien años después de mi muerte ya nada importará este asunto, pero la verdad no pierde vigencia y debe saberse. Como sé que hasta en el mismo Vaticano puede haber enemigos, oculto la copia de mi testamento bajo la flor de lis que obsequio a mi hermano y le ruego que lo cuide con su vida y que lo preserve en la familia hasta que sea el momento indicado. Sé que él no admitirá jamás la verdad, pero estimo que su descendencia, algún día, querrá conocerla.



El cuerpo de Cancio se desplomó sobre el de Ana como peso muerto. La mujer sintió que el pecho le explotaba, que le faltaba el aire. Enseguida, las manos de Zapiola y de Verónica le sacaron al hombre de encima y la ayudaron a incorporarse.

—¿Estás bien? —preguntó Verónica mientras la asistía.

Ella asintió, le costaba tragar y su garganta se había convertido en fuego. Aún le costaba respirar.

—Tranquila —dijo Zapiola. La ayudó a levantarse y la llevó hacia uno de los bancos de iglesia.

A medida que la acomodaban, un equipo de policía, acompañado por médicos, ingresó en el templo y se acercó a ella para ayudarla.

—El testamento —carraspeó Ana al oído de Verónica para indicarle que recuperara el documento que Cancio le había quitado.

Su amiga asintió y buscó en el cuerpo del sicario.

Ana observó cómo el cuerpo de aquel hombre que yacía sobre el suelo ya no parecía una amenaza. La vida se le había escapado en el preciso instante en que Zapiola le disparó. Por un segundo pensó en todo el dolor que ese sujeto le había causado, aquel que bajo las ordenes de Matilde había asesinado a su padre y a

Zaldívar, que había suturado los labios de Máximo con deleite y maldad, ya no podría jamás volver a atacar. Se había terminado una era. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Verónica le acercó el documento. Más recompuesta, pero no por eso menos dolorida, tomó el papel y lo abrió.

Zapiola se alejó un momento de Ana y tomó a Verónica del codo para apartarla de la multitud. Quería verificar con sus propios ojos que la mujer estuviese bien.

—Nena —dijo—, quiero que te revise un médico.

—Es solo un raspón —respondió ella, que se sujetaba el costado del abdomen con el *sweater* que se había quitado y había improvisado a modo de venda.

—Vamos —dijo Zapiola, mientras la llevaba del brazo hacia la ambulancia—. Raspón o no, esa bala casi te pega; quiero que te vean.

Verónica sonrió, hacía demasiado tiempo que nadie se preocupaba por ella.

Minutos después, el teléfono de Ana vibró en el preciso instante en que terminaba de leer el testamento de la duquesa. Era una línea segura.

—Agustín —dijo convencida.

—Soy Román. Quedate tranquila, Agustín está bien. Le han disparado, pero está fuera de peligro.

—¿Disparado? —gritó Ana, que sintió que le daba un vahído y que aún le costaba hablar. El médico que la atendía le pidió que se quedara quieta, pero hizo caso omiso de la orden se incorporó para escuchar lo que Román le decía.

—Ha desmantelado a La Legión —se apresuró a decir—. Diaco y su hijo han muerto.

Un silencio sordo se escuchó del otro lado de la línea. Ana respiró y trataba de ordenar sus pensamientos. Notó que aún le quemaba el pecho.

—¿Puedo hablarle? —dijo.

—Ha perdido mucha sangre y perdió el conocimiento, estamos en vuelo hacia Moscú para que lo atiendan. Te llamaré desde allí, pero quedate tranquila que está bien.

—No me dejás muy tranquila con lo que me decís.

—Tranquila, está a salvo.

Ana guardó el celular cuando Román cortó la comunicación y miró al resto del equipo.

—Han desbaratado a La Legión —dijo pasmada—. Diaco y Christophe están muertos.

Un cierto alivio se pudo sentir en el aire. Si no había Legión, no existía amenaza.

—Supongo entonces que nadie más vendrá a buscar este documento —dijo Schatz, mientras introducía el testamento en un sobre transparente para protegerlo.

Ana, Verónica y Zapiola se observaron en silencio. Los cadáveres de los cuatro hombres aún estaban en el suelo y la sangre que fluía de ellos parecía avanzar lentamente sobre las baldosas pintadas con las flores de lis. Los tres agentes se quedaron en silencio y se observaron un momento. Ana tenía dificultades para

respirar, Verónica llevaba vendas en el costado y Zapiola presentaba nada más que golpes. Habían sobrevivido. Aun así, saber que La Legión había sido desmembrada era una noticia impactante. No sabían qué pensar, aunque esperaban poder encontrar paz en sus vidas y resolver las cuestiones que todavía tenían pendientes: Zapiola quería entender qué había pasado con Elena, Ana quería abrazar a Agustín como si fuera la última vez y Verónica pensaba en Román. ¿Estaba dispuesta a sentarse a hablar con él?

Despacio, los tres agentes y el equipo de antropología comenzaron a abandonar la catedral. Debían volver a Buenos Aires, allí cerrarían el resto de la investigación.

—Schatz —dijo Ana a medida que avanzaban hacia los autos—. ¿Es cierto? ¿Es cierto que Pierre Benoît fue Luis XVII?

—Nunca lo sabremos con certeza, doctora, nunca lo sabremos.

Epílogo

VERÓNICA Ávalos abrió la puerta y del otro lado se encontró con Román. Una tristeza inconmensurable le inundó el cuerpo. Cómo había querido a ese hombre que, en poco más de año y medio, había logrado romper todas sus estructuras.

—Vero —dijo él con timidez.

—Román —respondió ella y lo invitó a pasar—. Tenemos que hablar.

—Sé lo que vas a decir y tenés razón —dijo—. He sido un patán, un hijo de puta que por un puesto en Interpol te ha hecho a un lado y no sabés cómo lo siento. Si tan solo...

—Román... —Había angustia en la voz de Verónica—. Te portaste como jamás imaginé que lo harías. Fuiste cruel, me dejaste sin explicación alguna y, lo que más me duele, sin dudas, es que fue por ambición. Ya llegaste a dirigir Interpol, ¡Director mundial de Interpol, Román! Lo conseguiste. ¿Y ahora qué?

El hombre guardó silencio. Luego de la operación que había destruido a La Legión, después de los increíbles tesoros que habían rescatado de aquel búnker y tras saberse que Jake Callahan había muerto y que había sido un topo por los últimos veinte años —aunque esa información se mantenía clasificada—, él había asumido el control total de la agencia. Lo que siempre había soñado ahora lo tenía en la palma de la mano, pero lo cierto era que el vacío que le había dejado Verónica no podía cubrirlo con un puesto jerárquico; estaba sumamente arrepentido y buscaba en aquel acercamiento el perdón de su exmujer.

—Ahora pido perdón —suplicó—. Por favor, Verónica, danos una oportunidad.

—Ya nos di una oportunidad, y desapareciste en el medio de Puerto Rico para dejarme por Interpol. No puedo estar con alguien que es adicto a su trabajo. Lo siento, no hay vuelta atrás.

Román la miró fijo y pudo ver la tristeza que ocultaban aquellos ojos. Tristeza que él había ocasionado y que no podría perdonarse jamás. Atinó a decir algo, pero supo que era momento de hacerse a un lado. Se acercó lentamente, la abrazó con ternura y en un susurro le dijo al oído:

—Espero algún día puedas perdonarme.

Verónica sintió que el mundo se le venía encima, pero se mantuvo estoica, ya no quería sufrir. Ya no más sufrimiento en su vida. Ya no más Román Benegas.



Lao Lencke se acomodó en el avión junto a Julia Durée y aguardó a que el comandante anunciara el despegue. Iban rumbo a Bariloche, una nueva misión los

esperaba.

Observó a Durée, aún molesta porque no se la había designado como cabeza de Interpol sino de Europol. Sonrió, aquella era una mujer de temer, pero ciertamente se le antojaba para otra cosa más que para pelear. Volvió a sonreír, ya tendría tiempo para eso. Julia Durée sería, sin duda, una presa interesante de cazar.



Justo Zapiola cerró el informe de Interpol con lo que habían encontrado en el arca de La Legión y comprendió lo que había sucedido con Elena. Ella era hija de Jean Lavergne, alias Diaco, líder de La Legión. El hombre la había visto un mes antes de que Elena muriera y le había contado el secreto de su familia: habían jurado vengar al doctor Lavergne, muerto en la guillotina luego de haber asesinado a Pierre Benoît en Buenos Aires y tras años de extorsionar a la duquesa de Angulema con revelar su secreto, el paradero de su hermano, el delfín perdido de Francia.

Elena había quedado devastada por la historia de su familia, por la verdad que ocultaba su padre. Aquel había sido el principio de su fin; el resto lo había hecho Cancio, el mismo hombre que, según los registros encontrados en La Legión, había matado a los dos hombres que Elena había estado investigando y a los cuatro que habían aparecido en Buenos Aires, Mar del Plata y Roma. Ese hombre había sido el cruel verdugo de su mujer.

Zapiola sintió un aguijonazo de dolor en el pecho. Tuvo que cerrar el *dossier*; no quería saber más de cuánto había sufrido su querida Elena. Necesitaba avanzar en su vida, y para eso sabía perfectamente a quien llamar. Tomó su celular y presionó un contacto. La mujer atendió del otro lado de la línea.

—Creo que lo correcto sería que empezáramos por salir —dijo sin titubear—. ¿Querés que vayamos a comer?

El hombre pudo adivinar una sonrisa del otro lado del teléfono, y Verónica, que era quien sonría, supo que a veces el amor llega en los sitios más inesperados.



Había pasado un mes desde que Agustín Riglos y su equipo dismantelaron La Legión y un sinnúmero de documentos históricos fueron rescatados de las entrañas del búnker conocido como «el arca». Desde la Tabla Esmeralda hasta una biblioteca de Alejandría completa, la documentación que albergaba ese refugio era invaluable. Poco a poco retiraban cada uno de los tesoros para que fueran analizados por un grupo de científicos de la Unesco, los mismos que habían analizado en su momento

los manuscritos rescatados de la quema de Alejandría encontrados bajo el zoológico de Buenos Aires y quienes se habían convertido en custodios de los grandes secretos de la humanidad. Estimaban que, con el transcurso de los meses, podrían informar al mundo sobre aquello que habían encontrado en lo más profundo del búnker y que había salido indemne a la explosión.

Agustín, por su parte, había presentado su renuncia indeclinable a Interpol. Luego de que su hombro sanara tras la herida de bala, decidió tomarse un descanso con su mujer. Observó cómo Ana caminaba por la playa rumbo a La Nelita y sonreía tras su saludo. De repente, la vida comenzaba a sonreírle, los sobresaltos y las amenazas habían dejado de ser un problema, ya no había quien atentara contra ellos y eran libres para vivir la vida como más querían: juntos.

Ana ingresó a la casa sobre la playa y sonrió al ver al hombre que amaba recortado en la distancia. Se acercó con lentitud y lo abrazó por detrás, ya no quería dejarlo ir. Él, por su parte, la hizo girar y la colocó frente a él, mientras la cubría con sus brazos y observaban el mar. El olor a sal que flotaba en el aire parecía intoxicarlos de calma, habían llegado al punto en que siempre habían querido estar.

El sol caía en la lejanía, el mar rompía en la orilla y ellos estaban juntos. Agustín sonrió y le besó la nuca, amaba el olor de su pelo, el aroma que emanaba su piel. Por fin iba a poder tener un futuro en paz con Ana Beltrán.

—No más *dies irae* para nosotros, doctora Beltrán —dijo.

Ella sonrió e hizo una mueca en busca de una explicación.

—No más días de ira —aclaró Agustín y la abrazó fuerte para no dejarla ir jamás.

Soundtrack

- Ornella Vanoni, *L'Appuntamento*
- *Exótico Hotel Marigold*, Banda de Sonido Original
- Lou Reed, *Why can't I be good?*
- Iva Zanicchi, *Fra noi*
- Dionne Warwick, *Walk on by*
- The Smiths, *How soon is now?*
- Leonard Cohen, *So long, Marianne*
- Iván Noble, *La propina*
- Bob Serger, *Against the wind*

Nota de la autora

 STA es una obra de ficción. Sin embargo, el enigmático ingeniero francés Pierre Benoît existió. Participó del diseño de la ciudad de La Plata y de su catedral, de la catedral de Mar del Plata y del frente de la Catedral Metropolitana, entre otras obras de arte. Benoît tuvo dos hijos: Pedro Simón del Corazón de Jesús, quien participó activamente en el trabajo de su padre y continuó sus trabajos de ingeniería, y Petrona, quien fue su gran confidente. Ella juró guardar sus secretos, pero no cumplió su palabra, cedió a la curiosidad de Dolores Benoît, Lola, su sobrina, quien ávida por saber le preguntó sobre su abuelo.

La historia de Pierre Benoît que relato a lo largo de estas páginas es la historia de mi familia. La escuché por primera vez de boca de mi madre, María de Elizalde, y de mi tía bisabuela, Sarita Zapiola de Dhers, fallecida el 19 de octubre de 2003, a quien recuerdo con mucho cariño.

Con los años, el misterio detrás de la vida de Benoît me llevó a charlar profundamente con quien ha dedicado gran parte de su vida a investigar su prolífica y misteriosa vida, mi tío Fernán de Elizalde, quien, en esta generación, fue designado por nuestros ancestros como el depositario de mucha de la documentación que pasó de mano en mano para que en la familia se mantuviera viva esta historia. A través de sus palabras, logré reconstruir parte de la historia, la que quiso contar y la que dejó velada a través de mensajes cifrados y frases enigmáticas. Ciertamente, nada de esto se habría sabido si Federico Zapiola, bisnieto de Benoît, y Fernán de Elizalde, chozno, no hubieran investigado con tal ahínco y dedicación.

A ellos, gracias; porque sus respectivas investigaciones nos permiten a nosotros, sexta generación Zapiola Benoît de Elizalde, relatarle esta historia a nuestros hijos y no olvidarla.

Los sucesos que atañen a la vida del francés son muchos y por demás singulares, pero lo más significativo fue el examen de ADN que se le realizó de manera privada a los restos óseos de Benoît y que fueron comparados con los restos de las hermanas de María Antonieta, lo que provocó gran asombro en el reconocido especialista en genética, doctor Jean-Jacques Cassiman. Sus palabras, registradas en un *e-mail* enviado a Fernán de Elizalde, fueron «estoy impresionado», refiriéndose a la coincidencia mayor al 98% en los alelos 14.000 y 15.000 que indicarían la consanguinidad entre María Antonieta y Benoît. Pero, por alguna razón que desconocemos, el doctor Cassiman dejó de atender los llamados de mi tío y, días después, afirmó que el corazón que se conserva en la basílica de Saint-Denis, en París, pertenece a Luis XVII. Fernán de Elizalde viajó a Bélgica a ver al doctor Cassiman, pero él se negó a recibirlo.

No puedo probar de manera empírica que Pierre Benoît haya sido Luis XVII, pero, en la vida, hay ciertas certezas que no pueden explicarse.